

ELSA M.R.



LOVE ARMY

MI PRIMER AMOR

Elsa M.R.

Love Army

Mi primer amor

ellas.
montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@ellasdemontena



@ellasdemontena



@somosinfinitoslibros

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Isabel y Nicasio

Prólogo

El primer día del nuevo curso había amanecido gris, frío y triste. «Un tiempo muy apropiado», pensó Aerin mientras corría para llegar puntual a clase. Había calculado mal el rato que tenía para arreglarse y se había pasado diez minutos delineando ligeramente sus ojos con un color marrón. Miró al cielo una última vez antes de tropezarse con los escalones de piedra de la entrada del instituto. Las nubes oscuras se agolpaban sobre ella, amenazando con descargar toda el agua que habían acumulado.

Ni siquiera saludó a los conserjes. Los ignoró completamente y echó a correr en cuanto los perdió de vista, para ahorrarse escuchar un irritante «¡No se puede correr por los pasillos!». Aerin se paró frente a un enorme tablero de corcho en el que, sujetas con chinchetas, estaban colgadas unas cuantas listas impresas en papel blanco.

Buscó con la mirada su nombre entre las casillas de las listas. Por suerte, era fácil de encontrar. Era la única Im Aerin de Seúl y, probablemente, de todo Corea. La única chica que llegaba tarde a clase por querer lucir un maquillaje perfecto y duradero; la única capaz de llevar unas llamativas zapatillas de un color chillón que no entraban dentro del código de vestimenta; la única que soñaba despierta viendo a través de la ventana cómo empezaba a chispear fuera.

—2-B, 2-B, 2-B —canturreó en voz baja.

Subió las escaleras de dos en dos y adelantó a un chico que ni siquiera se entretuvo en mirar.

El día era demasiado frío para ser principios de septiembre. La brisa fresca se colaba por la fina chaqueta de punto del uniforme de Yoongi, y este estuvo a

punto de protestar cuando una chica de melena castaña pasó a su lado levantando una corriente de aire. Odiaba el frío, y más aún cuando se encontraba en un instituto que no conocía y en el que no quería estar.

Terminó de subir las escaleras, cansado. Vio a la chica de antes, la que le había adelantado. Miraba por los ventanucos de las puertas de todas las aulas, poniéndose ligeramente de puntillas. Le llamó la atención su calzado de color rosa neón. ¿Qué clase de persona se presentaba en clase con unas zapatillas de un color tan horroroso?

Yoongi se dedicó a mirar los letreros de todas las clases: 1-A, 1-B, 1-C, 2-A... y, al final del pasillo, donde la chica se paró en seco, la 2-B. Yoongi ni siquiera se molestó en sacar las manos de los bolsillos de su chaqueta; simplemente se quedó al lado de la chica y esperó a que ella llamara a la puerta. No vio la necesidad de mover al menos tres músculos para alzar la mano, cerrar un puño y tocar con los nudillos la madera de la puerta cuando había alguien que podía hacerlo por él. Se limitó a esperar a que la chica llamara, pero ella lo miró.

—¿Qué? —preguntó, molesta.

Yoongi tampoco vio la necesidad de responder a una pregunta compuesta por una sola palabra, así que miró con insistencia la puerta, como diciendo: «Llama de una puñetera vez, llego tarde».

La chica resopló. El sonido de sus nudillos resonó por el pasillo en el que únicamente se hallaban ellos dos y acto seguido la joven abrió la puerta corredera. Inclino el cuerpo ligeramente para disculparse y Yoongi la imitó con desgana.

—Siento llegar tarde.

La chica de pelo castaño esperó a que la mujer subida a una tarima de madera le diera permiso para acceder al aula, pero Yoongi entró sin más. Se sentó en un sitio libre que había al lado de una de las ventanas, detrás de otra chica de gafas. Oyó cómo la mujer —que supuso que sería su tutora— carraspeaba para llamar su atención. La ignoró.

—¿Eres Min Yoongi? —escuchó que decía.

Asintió sin más.

—¿Y tú? —le preguntó la profesora a ella.

—Ah, eh... Im Aerin.

—Qué nombres más curiosos. ¿Sois extranjeros? —preguntó la mujer en un intento por parecer simpática y jovial.

Aerin visualizó el único sitio libre que había, al lado de ese tal Yoongi, el chico de cabello negro y brillante que también había llegado tarde. Las pocas personas que conocía ya estaban sentadas junto a otros compañeros, así que no le quedó más remedio que acercarse algo titubeante. Después de cruzar con él una mirada contrariada, se sentó en la mesa de al lado, resignada.

Si iba a ser su compañero, lo mejor sería relajar el ambiente. Aerin era un desastre a la hora de hacer amigos, pero no se lo pensó dos veces antes de hablar con su característica ironía.

—Oye... Eres extranjero, ¿no? ¿Eres chino?

A Yoongi le gustó su sarcasmo, así que tuvo que contener una sonrisa.

—No, soy de África Central.

Empezaba a chispear fuera. Las hojas de los árboles todavía no habían adquirido los característicos tonos amarillentos y anaranjados del otoño, pero el frío y la brisa eran indudablemente otoñales. Miré cómo las finas gotas de agua caían del cielo encapotado. Suspiré y estiré los brazos sobre la madera fría del pupitre.

Me gustaría haberme sentado al lado de la ventana y poder ver la calle más de cerca y así poder soñar con irme de allí cuanto antes, pero el chico del pasillo se me había adelantado.

Era un chico de una altura similar a la mía, de cabello negro azabache y flequillo desigual, como si se lo hubiera cortado con unas tijeras de cocina, y tenía un aire desgarrado al mismo tiempo que misterioso. Me dio la impresión de que podía ser un tipo que ocultaba un montón de cosas, a cuál peor, pero también parecía un chico de lo más normal. Tanto que, si no hubiera llegado tarde y no me hubiera sentado a su lado seguramente habría creído que era un alumno de otro curso. El instituto era enorme, y a pesar de haber estudiado allí toda la secundaria, aún había rostros que no conocía. En definitiva, mi compañero de pupitre parecía uno más, del montón, de los corrientes. Lo único llamativo era su nombre: Yoongi. Nunca lo había oído.

Durante la primera mitad de la mañana solo había cruzado un par de palabras conmigo. Me quedó bastante claro que era un chico callado; si lo pensaba fríamente, no era tan malo. Sería un compañero de pupitre discreto y no se convertiría en una distracción. Mi único plan en el último año de bachillerato era graduarme con las mejores notas, la primera de la lista. Quizá era algo egoísta, pero allí no estábamos para ayudarnos. El poder graduarnos se había convertido en una competición desde que aquellas irritantes listas colgadas de la pared cambiaban cada semana dependiendo de los resultados...

Así que estar con un chico callado iba a ser una ventaja. O al menos eso supuse.

Él había sacado su teléfono móvil durante la hora de la comida y prácticamente se había incrustado los auriculares en el oído. Poco faltaba para que acabara taladrándose el cerebro. Desconectó de todo lo que pasaba a su alrededor, se hundió en la silla, dejó el teléfono sobre la mesa y se hizo el muerto. Bueno, realmente se quedó dormido. Pero era casi lo mismo; no reaccionó a ningún ruido, ni siquiera cuando los alumnos entraron en la clase como si fueran una puñetera manada de elefantes y movieron las sillas, los pupitres..., todo. De hecho, estaba segura de que nuestros vecinos comunistas del Norte sintieron un terremoto de seis grados en la escala Richter.

Conocía a las chicas que se sentaban delante de nosotros: Park Haneul, una tipa con gafas, bajita y rechoncha, con un apellido que tenía el treinta por ciento de la población, y Park Soyong, otra tipa con el mismo apellido y fama de ser una de las más guapas de todo el barrio. No tenía nada en contra de los apellidos comunes... Dependiendo de quién los llevara, claro.

Llevaba días rezando —y eso que nunca había sido religiosa— para no volverme a cruzar con ellas. Aunque en el instituto siempre se había intentado evitar cualquier actitud relacionada con el acoso escolar, ellas llevaban el título de acosadoras colgado en la espalda. Durante los primeros años de secundaria me hicieron la vida imposible hasta que, harta de lloriquear por todas las esquinas, decidí hacer acopio de toda mi valentía y les planté cara. Yo era más alta que ellas, así que en cuanto me enfrenté a la situación en vez de salir huyendo, fueron ellas quienes retrocedieron.

Haneul giró su cuerpo contorsionándose como si fuera un maldito búho. Estuve a punto de gritar cuando vi la cantidad de máscara de pestañas que llevaba. «¡Emergencia! ¡Que alguien me traiga un bote de desmaquillador y si hace falta un litro de ácido sulfúrico! ¡Estamos ante un maquillaje desastroso!»

Sabía que no tenía intención de hablar conmigo. Sabía perfectamente que se dirigía al chico que estaba a mi lado, a ese tal Yoongi.

La pobre Haneul no parecía haber captado la idea de que, cuando una persona se pone los auriculares y escucha música a un volumen que no es nada sano, es mejor no hablarle. Yo también me giré un poco para ver la reacción del pelinegro al tiempo que Soyong, la otra chica, se daba la vuelta enseñando sus dientes blancos y alineados en una sonrisa igual de falsa que las Nike de su amiga.

La de gafas tamborileó con los dedos en la mesa de Min. Él no abrió los ojos hasta que la tipa se atrevió —¿qué clase de persona hace eso?!— a quitarle de cuajo los auriculares.

—¡Hola! —lo saludó, como si no supiera que acababa de cometer un crimen contra las personas que escuchábamos música en clase y no queríamos saber nada del resto.

Ví cómo el chico abría los ojos despacio. Su mirada, sombría, fulminó a la estúpida de Haneul. Enrolló el cable de los auriculares despacio, sin dejar de dirigirle una mirada asesina, los dejó sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Qué quieres?

Me sorprendía que alguien como él, delgado y enclenque, hablara con una voz tan ronca y grave. Era normal si estaba en el último año de instituto y tenía casi dieciocho años como yo. A las dos idiotas de enfrente debió de pasarles lo mismo. Se miraron entre ellas, atónitas, y se interesaron mucho más por el chico misterioso que tenían sentado en el pupitre de atrás. Yo me limité a abrir mi mochila y a sacar una bolsa de patatas fritas picantes. Me encantaban las peleas —siempre y cuando yo no estuviera involucrada—, así que no había nada mejor que comer patatas mientras presenciaba una discusión.

—Solo queríamos saludarte. ¿Eres nuevo? —preguntó Soyoung, sin borrar su sonrisa. En un intento por parecer inocente, apoyó los codos sobre mi mesa y enmarcó su rostro con las manos.

—¿Acaso me has visto por aquí otros años?

Punto para el chico de mi izquierda. Abrí la bolsa de patatas fritas y me metí la primera en la boca mientras reprimía una sonrisa.

—Ay, y... ¿conoces el instituto? Podemos enseñártelo, ¿verdad, Soyoung? —La de gafas le dio un codazo a su amiga, que asintió con convicción.

—¡Sí! En la planta de arriba, donde está la biblioteca, hay un museo.

—¿Tengo cara de que me importe?

2-0 y segunda patata frita. Si seguía así, iba a acabarme la bolsa en menos de lo que cantaba un gallo. Soyoung tomó la palabra e insistió:

—También podemos enseñarte la cafetería. ¡Y en el museo hay una cabra con dos cabezas!

—¿Para qué quiero ver una cabra con dos cabezas si ya os tengo a vosotras en clase? —soltó, alzando las cejas.

Ninguna de las dos pareció pillarlo. Se rieron, así que aproveché para

dirigirme al chico.

—El sarcasmo no es lo suyo.

Esperé a que Min dijera algo o al menos que me siguiera el rollo, pero volvió a coger su teléfono móvil y me ignoró completamente. «Bien, está claro que no me va a dirigir la palabra.» Ni siquiera suspiré. Seguí comiendo patatas, alternando miradas entre el fondo de la bolsa y el reloj de pared que colgaba sobre la pizarra, esperando a que pasara el tiempo del descanso de la hora de la comida. Cuanto antes empezaran las clases, antes acabarían. Justo cuando terminé las patatas fritas, Haneul volvió a girarse, aprovechando que Min estaba distraído y con los auriculares puestos de nuevo, y se dirigió a mí.

—Qué suerte tienes... ¿Me cambias el sitio?

—¿Por qué debería cambiártelo?

—Quiero hablar con el chico nuevo.

Señalé al susodicho con la cabeza.

—Ahí lo tienes. No hace falta estar sentada a su lado para mantener una conversación con él.

—Ya, bueno, pero prefiero estar sentada a su lado.

Siempre había dado mi brazo a torcer y ellas estuvieron a punto de dislocarme el hombro; me habían manejado como habían querido durante años y me había prometido a mí misma que eso no iba a volver a ocurrir. Me encogí de hombros.

—Haber llegado más tarde.

—Vamos, Im —me dijo, haciendo un puchero y batiendo sus pestañas llenas de máscara. Parecían las patas de una tarántula con tanto grumo—. ¿Qué más te da sentarte al lado de Soyoung? ¡Os lleváis bien!

—Ya, bueno, el término «bien» es muy ambiguo.

Haneul estaba empezando a cabrearse conmigo. Nos conocíamos desde primaria; habíamos sido amigas, pero acabamos siendo simples compañeras que chocaban bastante. Siempre que hablaba con ella, se giraba indignada y se ponía a criticarme a mis espaldas, intentando dejarme por los suelos. Ya no me importaba lo que dijera de mí, sabía que eran mentiras. Además, la opinión del resto no me importaba lo más mínimo. Podrían llamarme de todo, podrían decir que era una persona malísima y hasta que me había acostado con medio instituto, pero yo seguiría viva y haciendo las cosas que me gustaban.

—Vale, vale. ¿Sabes qué? No pienso aguantarte este curso —me soltó, señalándome acusadoramente con el índice.

—Ni yo a ti.

De reojo, vi cómo Min reprimía una risilla mordiendo el labio inferior. Algo me dijo que no estaba escuchando música, sino prestándonos atención a nosotras. No le culpé, yo también era de ese tipo de personas que se inmiscuían en las conversaciones ajenas.

—Im, no me importaría hacerte la vida imposible.

—Por si no te ha quedado suficientemente claro, me da igual lo que piensas y lo que digas de mí. No sería la primera vez que vas por ahí diciendo a los que consideras tus amigos que soy una mala zorra.

Bufó.

—Tu maquillaje es un asco.

Solté una carcajada sarcástica, sonora, que asustó a la mitad de la clase.

—¡Qué graciosa eres, Haneul! ¡Festival del humor! ¿Quieres que te cuente otro chiste? —Ella me miró expectante.

—Tu vida.

Lo dijo Min. Me giré hacia él con una sonrisa que no fui capaz de contener. Me reí. ¡Fue como si me hubiera leído el pensamiento!

—Además —continuó— deberías dejar de ver vídeos de gatitos en internet y buscar algún tutorial de maquillaje. Lo necesitas.

Haneul se dio por vencida. Y aplastada, quizá. Abrió la boca, ofendida, frunció el ceño y se dio la vuelta para comenzar a protestar por lo bajini. Era la primera vez que alguien salía en mi defensa, que alguien utilizaba el mismo sarcasmo que yo. Estaba alucinando. Lo primero que pensé fue que aquel tal Min Yoongi debía ser mi amigo, no solo mi compañero de pupitre. El único problema es que yo no tenía el don de la palabra, ni el de la oratoria, ni el de hacer amigos. Mi capacidad de relacionarme desapareció de golpe en cuanto entré en el instituto y mis pocas amigas me abandonaron por otras más guais que no se preocupaban tanto como yo por los estudios o por los grupos de *idols*... Así que supuse que hacerme amiga de Yoongi iba a ser complicado. Además de sarcástico, parecía frío y callado. Distante. Tuve la sensación de que no quería estar allí, y de que no le gustaban mucho las personas y las clases con casi treinta alumnos.

Estaba dispuesta a chocar los cinco con él cuando el profesor de historia apareció por la puerta. Era un hombre mayor a punto de jubilarse. Había sido mi profesor años anteriores y sabía que era un tipo estricto —de hecho, nos obligó a levantarnos y a presentarnos uno a uno— al que no le gustaba que sus

alumnos hablaran entre ellos. Por eso no le dije nada a Min y guardé silencio.

—Tu turno, chico.

—Me llamo Min Yoongi. No tengo ningún antepasado chino y soy coreano —lo decía por su apellido—. Tengo diecisiete años. Mi libro preferido es el diccionario de gramática y en un futuro me gustaría ser billonario.

—Tu turno. —El hombre me señaló después para que me levantara de la silla.

Carraspeé para aclararme la garganta. Alisé la tela de mi falda y me sequé en ella el sudor frío de mis manos, me retiré un mechón de pelo de la cara y miré a toda la clase a través del cristal de mis gafas.

—Soy Im Aerin —me presenté. Teníamos que decir nuestra edad, nuestro libro preferido y qué aspirábamos a ser en un futuro—. Tengo diecisiete años, mi libro preferido es uno que ninguno de vosotros ha leído y lo único que quiero en el futuro es ser más feliz.

Me senté. No recibí ningún aplauso, pero en mi cabeza imaginé que la gente se levantaba con los brazos en alto y me vitoreaba. Siempre había tenido una imaginación vívida gracias a la cantidad de películas que había visto desde pequeña. Satisfecha con mi presentación, me acomodé en la silla de madera y dejé de prestar atención al resto.

Al bajar la mirada hacia la hoja en blanco de mi cuaderno vi un trozo de papel arrancado de algún lugar en el que, escrito rápidamente a mano, ponía:

Me caes bien.

Alcancé el lápiz de mi estuche plateado, pulsé con insistencia el botoncito para que saliera la mina y respondí:

¿No eras de África Central?

Deslicé la nota sobre la mesa lo más discretamente que pude, para que el ojo avizor del profesor Choi no viera el diminuto trozo de papel.

Min leyó la nota. Vi cómo sus labios rosados se curvaban en una ligera sonrisa, casi inexistente.

Solo intento pasar desapercibido. Espero que el resto no se dé cuenta de que soy negro.

El irritante timbre que daba por finalizada la jornada lectiva sonó un par de veces. Era un sonido metálico, irritante, muy distinto al ding-dong de mi anterior instituto. Este parecía más bien un pato ronco.

Llovía y hacía frío. Era mi primer día de clase en un instituto de una ciudad desconocida, tres veces más grande que la mía. Estaba hasta los cojones de las estúpidas que se habían sentado delante de mí y además no tenía paraguas. Traté de calmarme, tampoco era para tanto. No pasaba nada si llegaba al apartamento con una pulmonía y treinta y nueve grados de fiebre. Miré el lado bueno: así no tendría que ir a clase. Pero, si la lluvia me calaba, pasaría más frío del que ya tenía. Y odiaba el frío.

Miré hacia los lados.

El resto de los alumnos salía del instituto con sus respectivos amigos y amigas. La verdad es que no me daban envidia, a pesar de que pudiera parecerlo por cómo los miraba. Lo único que necesitaba era un paraguas, pero tenía un grave problema: no conocía a nadie allí. Y no tenía ninguna intención de acercarme a alguno de esos tipos o tipas. Parecían tan falsos... tan iguales. No sé. Tenía la sensación de que estaban allí por obligación, por querer trabajar en una jodida oficina durante el resto de su vida dado que no aspiraban a más. Resoplé. Miré hacia mi derecha.

Ví a una de las repelentes que se sentaba delante de mi pupitre. Se llamaba Park So... *So-algo*. Presumía de piernas torneadas y blanquecinas, de cuerpo atlético, de melena sedosa y de pestañas largas, pero no tenía demasiada personalidad. Durante toda la mañana y parte de la tarde se había limitado a reírse de todo lo que yo decía intentando sin éxito caerme bien. Lo único que conseguía era parecerme todavía más infantil y estúpida. Tenía pinta de ser una de esas tías a las que se les puede lavar el cerebro con dos palabras

bonitas. Decidí acercarme a ella despacio, aprovechando que estaba ocupada abriendo su paraguas.

—Eh, hola —saludé.

¿Estaba mal aprovecharse de alguien? Sí, pero no me sentía culpable. La tal *So-algo* era alguien con la personalidad de una ameba y no me importaba demasiado su bienestar.

—Hola —respondió, echando su cabello negro hacia atrás con un movimiento rápido de cabeza y sonriendo como si quisiera encandilarme.

Le devolví la sonrisa.

—No he traído paraguas y...

—¡Toma, toma, toma! ¡Te dejo el mío!

Me tendió el paraguas negro con una ligera reverencia. Me sorprendí. Acepté el paraguas, algo incrédulo. Había sido relativamente fácil. De hecho, esperaba que ella me dijera algo de caminar a su lado hasta que llegara a su casa o algo así, pero simplemente me dio su paraguas como si fuera un asunto de vida o muerte. Volví a sonreír —o a intentarlo—. Seguro que *So-algo* creyó que le había sonreído a ella cuando en realidad solo lo hice porque conseguiría volver a casa sin mojarme.

Caminé hacia la salida, abrí el paraguas y protesté al notar el frío colarse por los agujerillos de la chaqueta de punto azul del uniforme. Enseguida oí el sonido de las gotas de agua rebotando contra el paraguas. Me lo tomé como el pistoletazo de salida para comenzar a andar hacia la verja del instituto e irme de allí cuanto antes.

No me resultó demasiado complicado recordar el camino de vuelta al apartamento, aunque, en el fondo, tenía miedo de perderme en una ciudad tan grande como aquella. Me imaginé a mí mismo dando vueltas por Seúl y acabando, de repente, en una de las playas de Busan. O, peor, en China.

Saqué los auriculares del bolsillo de mi pantalón, conecté la clavija al teléfono y deslicé el dedo por la pantalla del móvil en busca de alguna canción en concreto. Al final no me decidí por ninguna, así que puse el modo aleatorio y dejé que las canciones sonaran sin orden.

Debería haber cogido el metro. Seúl era mucho más grande que Daegu y, por tanto, las distancias eran más largas. Y además llovía.

No había muchas personas por la calle, pero sí muchos coches. Me sorprendió la cantidad de automóviles que se podían ver por las calles en un día otoñal de lluvia. Era como si estuviera lloviendo ácido y la gente se

apresurase a ir de un lado a otro en coche para que las gotas no empaparan su pobre piel. ¡Viva la polución!

También me di cuenta de que los semáforos tardaban más en ponerse en verde para los peatones. Resoplé. Estaba quedándome helado y empezaba a hartarme de esperar a que los coches dejaran de circular. Estuve a punto de lanzarme a la calle a pesar del riesgo que corría de ser atropellado. Puntos buenos de sufrir un atropello: no tendría que ir a clase y estaría cómodamente tumbado en la cama de un hospital. Sonaba tan fácil como estúpido...

Vi de reojo una figura a mi lado. Más bien, vi una mancha rosa chillón a mis pies. Reconocí aquellas zapatillas casi al instante. Como para no reconocerlas. Eran terriblemente llamativas. Poco a poco, me atreví a mirar a la chica que estaba esperando a mi lado. Había venido por el otro lado de la calle, así que supuse que había tomado un camino distinto al mío. Era la chica que había llegado tarde, la sarcástica que se sentaba a mi lado. Se llamaba Aerin. Su nombre se grabó en mi cabeza nada más escucharlo de su boca; era original y... llamativo. Poco común. Era la única que tenía un apellido diferente al resto de la clase. Había, al menos, diez personas que se apellidaban Park, unos cuantos Lee, otros tantos se apellidaban Kim. Y luego estaba ella, que se llamaba Im Aerin. Ella llegaba a parecer hasta más alta que yo, llevaba unas gafas de montura redonda y solo se peinaba el flequillo. El resto de su media melena parecía la mismísima selva. También parecía ser la única que sabía maquillarse de todo el maldito curso.

Llevaba los auriculares puestos y caminaba resguardándose bajo un paraguas.

—Hola —me saludó, sin más.

—Hola —respondí.

No dijo nada más. El semáforo se puso en verde y ella me tomó la delantera. Poco más y echaba a correr. No me quedó más remedio que ir detrás de ella casi pisándole los talones. Iba en la misma dirección que yo. Volví a tener que pararme frente a un paso de peatones y volví a coincidir a su lado. Nos miramos, pero no nos dijimos nada.

Para qué negarlo. No veía la necesidad de malgastar saliva en una conversación a pesar de que ella había resultado ser la única capaz de hablar conmigo sin que me dieran ganas de pegarle un puñetazo en la boca. Dejé de mirarme cuando el semáforo cambió a verde, pero no caminé como la última vez.

—¿Vas hacia allá? —me preguntó. Señaló con desgana hacia delante. Asentí —. Ah, entonces... te acompaño.

Cruzamos el paso de peatones juntos y caminamos por el resto de la avenida, manteniendo las distancias. De todas formas, no quería que se acercara mucho a mí. Más aún cuando estornudó y estuvo a punto de lanzar el paraguas hacia el infinito.

—¡Oh, odio la lluvia! —protestó—. Será una de las primeras veces que ves llover, ¿no? En África Central no puede llover mucho.

Me reí.

—¿Todavía sigues con eso?

—Me ha hecho gracia. —Ella también rio, algo avergonzada—. Normalmente la gente no hace chistes de ese tipo y su humor no es demasiado compatible con el mío...

Alcé las cejas momentáneamente. Era bastante directa. Recordé lo que le había dicho a la otra tía de gafas en clase, eso de que no le importaba su opinión. Me dejó a cuadros. Era la primera vez que conocía a alguien así, alguien que no tenía filtros y que llevaba un calzado tan horrible. Siempre habían dicho que los coreanos teníamos dos caras, una amable y otra no tanto. La mayoría de mis compatriotas tenían fama de dar cuchilladas por la espalda, pero ella no parecía ser una de esas personas. Aerin me miró un segundo. Me di cuenta de que apenas se atrevía a mirarme. Las pocas veces que se dirigió a mí durante las clases ni siquiera me miró. También me di cuenta de que, cuando mantenía contacto visual con alguna de sus compañeras, no las miraba a los ojos. Las miraba al entrecejo o a la nariz, nunca a los ojos. Lo supe porque yo también utilizaba ese truco de vez en cuando.

—¿Qué escuchas?

—Música.

—¡Oh, gracias, señor Obvio! —exclamó, cargada de ironía—. ¡Yo también escucho música! Es una gran coincidencia, ¿no crees que deberíamos casarnos?

Hice una mueca, resoplé aparentando estar molesto y negué con la cabeza.

—Dios, no. No me gustan este tipo de relaciones, ¿no crees que vas muy rápido? ¿Dónde está mi anillo? ¿Y mis flores?

—Qué materialista. Las relaciones no deberían asentarse en el valor de las cosas que uno regala al otro, sino en el amor que se siente —soltó con una actitud completamente distinta, como si el tema le importase muchísimo—.

¿Qué simboliza un anillo? Realmente nada. No.

Observé a Aerin como si fuera un bicho raro. No era mi intención, pero siempre que miraba a alguien tenía pinta de estar cabreado. No podía evitarlo. Era mi cara de siempre. Y no tenía planeado gastarme un riñón para que me quitaran medio párpado. Ella se calló al instante, se retiró algunos mechones de pelo de la cara con un movimiento seco y brusco del cuello y mantuvo la cabeza bien alta. Chasquéé la lengua. Pensé que sabría callarse cuando veía que era necesario, pero no pareció captar que yo estaba escuchando a Jay Z y que me importaba una mierda lo que estaba diciendo. Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta y vi cómo subía el volumen. Tenía curiosidad por saber qué tipo de música escuchaba. Aun así, no le pregunté. Por sus zapatillas rosas, su maquillaje discreto pero brillante y por sus gafas enormes y redondas, supuse que escuchaba algún grupo prefabricado de *idols*.

Me paré en seco antes de seguir por una pasarela elevada que cruzaba las vías del tren.

—Yo me voy por aquí —le dije.

—Vale. Hasta mañana —me contestó. Se despidió de mí con la mano y se dio la vuelta, pero se giró antes de echar a andar—. ¡Eh! —me llamó—. ¿En serio no vas a decirme qué estás escuchando? ¿Te avergüenza escuchar a Girls' Generation o algo así...? —preguntó, juguetona.

—Pues sí. Me has descubierto.

—¿En serio...?

—*Gee, gee, gee, gee, baby...* —canturreé. Le di la espalda a Aerin y anduve por la pasarela elevada hasta cruzarla.

Caminar por allí era como pasar de una ciudad a otra. O como viajar a otro jodido tiempo. No era la primera vez que dejaba atrás los edificios altos de nueva construcción para adentrarme en un barrio que, literalmente, estaba anclado en el siglo pasado. Casas bajas, edificios de apartamentos casi destartados y calles estrechísimas, todo lo contrario de aquellas enormes avenidas.

El precio de la vivienda en Seúl era sinónimo de vender tus órganos. No, aún peor. Era estar endeudado de por vida. Los ricos iban en sus cochazos mientras el resto se conformaba con ir en metro y vivir en apartamentos de veinte metros cuadrados —y hasta menos—. Obviamente yo era de los del resto.

Un chaval de diecisiete años no podía haber ahorrado mucho para alquilar

un piso decente en Seúl, así que tuve que conformarme con un apartamento viejo que estaba en un edificio a punto de caerse. Tenía que subir y bajar todos los días hasta un tercer piso para llegar a lo que supuse que sería mi hogar. No echaba de menos mi casa. Aquel apartamento mugroso a medio derrumbarse era mejor que aquella casa de locos.

Nada más abrir la puerta, me quité la mochila y la lancé sin ganas a la cama. Cayó al suelo. Me quité los zapatos con un quejido y arrastré los pies. Como hice con la mochila, yo también me lancé al colchón.

En el fondo era duro estar lejos de casa, sin un puto duro e intentando cumplir tu sueño sin tener que dejar de lado las obligaciones. Era un coñazo, pero al menos el primer día de instituto no había sido tan malo. Había conocido a Aerin.

Era simpática.

Si había una cosa que no me gustaba de los jueves era que tenía matemáticas a primera hora de la mañana. Las matemáticas y yo nunca nos habíamos llevado bien, y menos aún si tenía que aguantar a una profesora con voz chillona hablándonos de álgebra a las ocho de la mañana de un puñetero jueves. A pesar de todo, aquel día de la semana también tenía su lado bueno. En primer lugar, que fuera jueves significaba que el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina, lo cual quería decir que pronto podría encerrarme en mi habitación a disfrutar de algún k-drama; y, en segundo lugar, pero no menos importante, los jueves había oferta de pan de plátano en la cafetería. Y el pan de plátano era lo mejor del mundo. El pan de plátano era lo que me alentaba a seguir estudiando matemáticas —bueno, quizá no, pero casi.

Golpeé sin querer a Yoongi con el codo mientras copiaba como loca los resultados escritos en la pizarra antes de que la profesora los borrara. Me resultó extraño que nuestros codos chocaran porque ambos éramos diestros y nunca —al menos en las dos semanas que llevábamos de clase— nos habíamos molestado al escribir. Me giré hacia él con el ceño ligeramente fruncido y ahogué una risilla al ver cómo estaba desplomado en la mesa, como si no pasara nada, durmiendo como un maldito lirón. Supe que no estaba muerto al ver cómo su espalda subía y bajaba al compás de su respiración tranquila.

Me pregunté cómo podía ser tan despreocupado, justo lo contrario que yo. Yo miraba de reojo al resto de mis compañeros para ver si ellos también escribían o si yo era la única que no entendía nada, miraba por la ventana para asegurarme de que no llovía o sucedía alguna catástrofe, atendía a la profesora todo lo que mis capacidades cognitivas me permitían... Estaba pendiente de todo, de cada detalle, como si fuera necesario que yo tuviera el control total

de aquella situación por muy cotidiana que fuera... y él, ahí, dormido. No le importaba lo que pensarán sus compañeros y tampoco la bronca de la profesora. En aquel momento me pareció envidiable que tuviera esa capacidad de que todo le resbalaba, pero también temí que la abominable profesora de matemáticas le gritara. No quería que mis tímpanos sufrieran más de lo que ya estaban sufriendo.

Miré hacia la profesora antes de darle un suave toquecito a Yoongi en el brazo y susurrarle:

—Oye, despierta antes de que esta loca pegue un grito y...

—¡Min! —chilló la profesora. Efectivamente, mis tímpanos se resintieron. Me encogí sobre mí misma, sorprendida.

Automáticamente, todo el mundo se volvió hacia mi compañero de pupitre. Hice una mueca. Vaya...

Yoongi no reaccionó los primeros segundos. A lo mejor no estaba acostumbrado a que le llamaran por su apellido o a que una loca matemática con el pelo revuelto le gritara para despertarle. La mujer bajó de la tarima de madera que se encontraba al frente de la clase, junto a la pizarra, y caminó con largas zancadas hasta la mesa de Yoongi. Me quedé lo más quieta posible, recta y tensa, esperando un nuevo chillido atronador que podría romper perfectamente el cristal de mis gafas.

Disimuladamente, pegué otro codazo al chico. Yoongi alzó la cabeza un poco, con cara de fastidio, pero al ver a la profesora delante de sus narices, se encogió y reprimió un bostezo. Sus ojos oscuros y pequeños brillaban por culpa del sueño, y su flequillo negro se había quedado completamente despeinado.

—¿Cree usted que puede dormir en mis clases, Min?

—Mmm... Sí —respondió con sequedad mientras se frotaba los ojos.

En mi interior, me di un golpe con la palma de la mano en la frente. «¡Estúpido!» Si había descubierto algo en las clases con aquella infernal profesora, era que estaba completamente prohibido contestarle de esa manera. Había que asentir, aparentar estar avergonzado y arrepentido, agachar la cabeza y, sobre todo, no llevarle la contraria. Pero Yoongi era nuevo y al parecer no le enseñaban aquellas cosas en la escuela en la que había estado anteriormente.

—¿Y también cree que tiene la libertad de contestarme de esa manera?

—¿Es una pregunta retórica o...? —Alzó las cejas, expectante—. Estamos

en una democracia, así que soy libre. Tengo libertad y puedo hacer...

Di otro golpe a Yoongi. Aquella vez en el muslo, por debajo de la mesa. Se llevó enseguida las manos a la zona dolorida, pero no soltó ningún alarido. Me miró y yo le devolví una mirada que decía: «Cállate de una vez si no quieres quedarte en la calle, gilipollas».

Yo siempre había sido obediente, y más aún en el instituto. Nunca había movido ni un dedo cuando tenía un profesor delante por miedo a que me cayera un castigo, así que lo de Yoongi me pareció, en parte, un acto de valentía, aunque intentar ser tan revolucionario le iba a salir caro.

—Bien, señorito Min. —La profesora se inclinó hacia delante—. Le pasaré esta actitud chulesca por alto si me hace un trabajito extra. Pásese por la sala de profesores esta tarde, sin falta.

Yoongi asintió sin mucha convicción. Escuché algunos cuchicheos sobre él, pero no capté nada importante. Alguna risilla, nada más. Ambos, tanto el pelinegro como yo, guardamos silencio lo que quedaba de clase. Empujé la montura jaspeada de mis gafas con el nudillo del índice hacia atrás y me dispuse a copiar los nuevos ejercicios de la pizarra. Necesitaba una buena nota, y para ello tenía que aplicarme. Me quedé observando las x e y escritas en la pizarra con el lápiz en la mano, absorta, perdida.

Al bajar la mirada a mi cuaderno, vi algo escrito en la esquina inferior derecha de la hoja en blanco.

Yoongi resultó ser un chico poco hablador, pero tenía sus propios recursos. Para evitar tener que articular palabra, escribía en la mesa o algún papel. También era un método infalible para que los cotillas no se enteraran de qué hablábamos. Vivíamos cerca y teníamos que compartir pupitre durante casi medio día, así que decidí volver a casa con él y hacerme su amiga. La cuestión es que me estaba costando bastante porque, además de ser nefasta socializando, Haneul y Soyoung —conocidas también como Zorra Uno y Zorra Dos, respectivamente— intentaban acercarse a Yoongi y llevárselo a cualquier lado. Más bien arrastrarle. El chico nuevo y misterioso no encajaba con los amigos de esas dos, pero aun así iba con ellas. Supuse que no debía molestarme, ¿no? Yoongi podía ir con quien quisiera.

¿A qué clase de «trabajito» se refiere?, había escrito.

Querrá que le quites las telarañas, respondí, deslizando el cuaderno hacia él.

Quiero decir, las de la sala de profesores. Ahí hay todo tipo de bichos. Desde arañas hasta profesores babosos de filosofía, añadí rápidamente.

Pua, escribió Yoongi, con cara de asco.

Creí que se refería a las telarañas hasta que leí:

Odio a los profesores de Filosofía. Me dan repelús.

Oculté como pude una risilla; me tapé la boca con la mano y fingí que no había leído nada cuando la profesora me llamó por mi nombre y apellidos.

—Im Aerin, salga a la pizarra. Veamos si sus fallos son igual de graciosos que el chiste que le ha contado Min, ¿eh?

Resoplé resignada, cogí el libro de matemáticas, lo doblé para poder sujetarlo mejor y me levanté. Odiaba salir a la pizarra, pero no me quedaba otro remedio que hacer los ejercicios bajo la mirada de los estúpidos que se hacían llamar «compañeros de clase» —a excepción de Yoongi; él, de momento, se salvaba del calificativo—. Tenía la esperanza de que no fuera como el resto. Tuve la sensación, desde un primer momento, de que ese chico tenía un aura distinta además de un acento que, definitivamente, no era de Seúl. Sonaba al acento del sudeste, pero había miles de ciudades y pueblos ahí. Tendría que preguntarle.

Solo di un par de pasos cuando me dirigía a la pizarra. Al tercero tropecé con algo y tiré de una forma ridícula y estrepitosa el libro al suelo para evitar caerme. Suspiré aliviada. Al menos no me había dado de bruces contra el suelo, uno de mis grandes miedos. Cada vez que tenía que salir a la pizarra o hacer cualquier cosa que conllevara estar delante de mis compañeros, me ponía nerviosa. Me sentía expuesta a sus miradas envenenadas.

Me volví rápidamente para ver con qué había tropezado y vi cómo Haneul, escondiendo una risita tras sus manos pequeñas y rechonchas, retiraba el pie del pasillo que había entre las mesas.

No tuve las agallas para decirle algo. Recogí el libro del suelo, acuclillándome para no enseñar los pantalones de deporte que siempre llevaba

bajo la falda del uniforme, y miré con rabia a Haneul.

—Uy, te has tropezado. Menos mal que no te has caído al suelo...

Le dediqué una sonrisa falsa.

El instituto a la hora del recreo de los jueves era un jodido caos. No me gustaba que hubiera tanta gente a mi alrededor, y mucho menos si estaban pelándose por conseguir un bollito con sabor a plátano que estaba a mitad de precio porque iba a caducar en breve. Mi compañera de pupitre fue la primera en irse nada más oír el timbre que anunciaba el descanso. Salió corriendo hacia el pasillo.

Haneul, la repelente con gafas que se sentaba delante de mí en todas las malditas asignaturas, se tomó la libertad de colocarse a mi lado y de hablarme cuando tenía los auriculares y la música a tope para amortiguar los chillidos y el ruido de la gente. Ella sonreía y hablaba y hablaba, sin pausas. ¿No se ahogaba? Resoplé. Me quité un único auricular.

—Oye, no te estoy escuchando ni tengo la más mínima intención de hacerlo —le dije antes de colocar nuevamente el auricular en mi oreja.

Ella hizo un puchero, intentando parecer mona cuando en realidad debía de estar cabreadísima. Haneul me caía mucho peor que su amiga *So-algo*. Al menos ella no insistía demasiado en arrastrarme a todos los sitios. Ya había planeado la muerte de Haneul tres veces en lo que llevábamos de curso. Y solo habían pasado quince días.

Con todo el desparpajo del mundo, Haneul retiró las cosas de Aerin de su mesa, apartándolas con sus manos rechonchas, y dejó que algunos lapiceros y bolígrafos cayeran al suelo. Puso encima su libro de matemáticas y me dio un golpecito en el brazo para que le hiciera caso. Estaba desesperadísima por captar mi atención... ¿Qué tenía yo de especial? ¿Que era el jodido nuevo? Desvié la vista, miré por la ventana y subí todavía más el volumen de mi música. Iba a quedarme sordo, pero eso tenía un punto a su favor: no iba a tener que aguantar los monólogos de Haneul ni las broncas de los profesores

nunca más.

Me quitó el auricular más cercano a ella.

—Joder, ¿ni siquiera pillas las directas? —bufé. Le arrebaté los cascos de las manos, cabreado. La tipa se creía la reina y señora de la clase. Se sentaba en las mesas de los demás, pisaba las cosas del resto si llegaban a caerse al suelo, se aprovechaba de la gente y copiaba sus deberes... En resumidas cuentas, era una maleducada. No tenía una palabra mejor con la que calificarla.

—Solo quiero que me ayudes con los deberes de mates... Se te dan bien, ¿no?

Tuve un debate interno por unas milésimas de segundo. Caer bien o quedar como un jodido borde. Encajar con el resto y ser uno de ellos o no hacerlo.

—¿Y qué? No pienso dejarte algo que me ha costado media vida. Aprende a hacerlos tú solita.

—Ay, venga ya. ¡Qué borde!

Ignoré sus súplicas. Ni siquiera la miré, pero sabía que se estaba cabreando conmigo. Me daba igual. Por mí como si explotaba del cabreo.

Vi de reojo cómo Aerin volvía dando brinquitos al aula. Llevaba entre el brazo y el torso, como si fueran bebés, unos cuantos paquetes de plástico transparente con panecillos dentro. Con la otra mano sujetaba la pequeña botella de una bebida de yogur que bebía a través de una pajita. Me miró, y sin que Haneul se diera cuenta, me hizo una seña con el brazo para que me apartara un poco, hacia la ventana. Me moví tal y como me ordenó. Parecía estar calculando la distancia entre sus horribles zapatillas rosas y la mesa donde Haneul todavía protestaba.

Vi cómo la chica del pelo castaño se ajustaba las gafas como solía hacer, empujándolas hacia atrás con los nudillos, y cómo caminaba hacia Haneul. Aerin cruzó los pies y lanzó su bebida de yogur directa a la cabeza de Haneul.

—¡Cuidado! —canturreó mi compañera de pupitre, haciendo que la chica que yo tenía al lado se volviera para ver qué pasaba.

Yo observé casi a cámara lenta cómo el líquido blanco viajaba desde la botella hasta su pelo, cara y camisa, y cómo los bollitos le golpeaban en lo alto de la cabeza. Aerin cayó estrepitosamente al suelo, sobre algunas mochilas y sus propios bolígrafos, y se quedó mirando la escena con una sonrisa divertida en la cara.

—Uy, me he tropezado... —dijo, con sorna.

—¡Eres una...!

—La próxima vez, piénsatelo bien antes de ponerme la zancadilla —soltó, echando hacia atrás algunos mechones de su media melena con un movimiento seco de muñeca—. Y mueve el culo de mi sitio, muchas gracias.

Pestañeé un par de veces, atónito, intentando procesar lo que acababa de pasar. No veía a Aerin capaz de hacer aquello. Parecía la típica niña estudiosa, la chica tímida que las mataba callando pero que, en realidad, era una mosquita muerta... Y ahí estaba, mirando a una repelente a la que acababa de embadurnar con yogur por encima del hombro.

Agaché la cabeza cuando Aerin se sentó en su pupitre y sonreí.

—¿Y tú de qué te ríes? —espetó.

—Acabas de sentarte encima de una mancha de yogur.

Se levantó como si tuviera un muelle debajo del culo, brincando, y se retorció hasta que vio la mancha blanca en la tela de su falda. Pataleó y gritó:

—¡Aaah, lavé ayer el uniforme! ¡Puto karma!

Sí, Aerin estaba como una cabra y lo demostró nada más empezar el curso. ¿Qué podía esperar de todas formas? Era una chica que llevaba unas zapatillas llamativas y que parecía sacada de una de esas series para adolescentes tipo *Betty la fea*, pero sin serlo tanto. Vamos, que ella tenía pinta de ser la protagonista de un drama adolescente con ese maquillaje brillante y esas gafas de cristal grueso, y yo tenía pinta de salir de un thriller psicológico.

Habían subido las temperaturas considerablemente. Ya no hacía tanto frío como la semana anterior, así que no me quedaba otro remedio que quitarme la chaqueta de punto del uniforme si no quería asarme como un pollo en un horno. De vuelta a casa, paré en una minúscula tienda a la salida del instituto, compré un refresco y seguí mi camino.

Siempre tomaba un atajo para no tener que volver con la marabunta de gente de la escuela. Un setenta por ciento de los alumnos iban hacia esa misma calle, y yo, para no tener que ir rodeada de gente que odiaba, cruzaba el parque situado detrás del instituto y callejeaba hasta llegar a la avenida que me llevaba a casa.

Quizá por perder el tiempo en la tienda me encontré con Yoongi. Caminé un par de segundos a su lado, preguntándome si debía de hablar con él o simplemente seguir adelante. No era la primera vez que nos encontrábamos de vuelta a casa en la misma semana, y era de suponer que tampoco sería la última. Sujeté el archivador que siempre llevaba a clase conmigo y lo apreté contra mi pecho.

—¿Escuchas a Girls' Generation?

Girls' Generation era uno de esos grupos de chicas guapísimas, delgadísimas y cargadas de talento que estaba de moda por aquel entonces. Sus canciones se escuchaban hasta en las fruterías y las integrantes estaban constantemente en televisión, anuncios y programas de radio. Yoongi, a decir verdad, no tenía pinta de ser uno de sus miles de fans. No parecía uno de esos tíos que gritaban ensordecedoramente... ¿o sí?

Me miró de soslayo, devolvió la mirada al frente e hizo una mueca.

—Vaya, ¿eres adivina?

—Sí. Tengo el poder de la clarividencia —bromeé.

—Si tuvieras el poder de la clarividencia, verías los resultados de los problemas de matemáticas y no tendrías que copiarlos de la pizarra —soltó.

Ese chico era muy listo. Le lancé una mirada envenenada y abrí la boca para contraatacar, pero me salió un ronroneo entrecortado en vez de una oración genial y sarcástica que le dejara en blanco.

Caminamos juntos. Y nada más. Ni siquiera hablamos. Él llevaba puestos sus auriculares, como siempre, y yo acabé poniéndome los míos y moviendo los dedos al ritmo de la música sobre mi archivador, dando golpecitos.

La curiosidad me comía por dentro. No era una chica cotilla, era imaginativa. Y por eso quería preguntar con todas mis ganas a Yoongi qué narices escuchaba antes de crear una película con créditos incluidos en mi cabeza. La realidad era que, a pesar de ser bastante directa, no me atrevía a dirigirle la palabra cuando estaba con los auriculares puestos. Era una regla inquebrantable: nunca podías hablar a alguien que estaba escuchando música. Nunca. Jamás. En la vida. «¿Y si le hablo y me empuja a la carretera?» Parecía imposible, pero nunca se sabe qué se le puede pasar por la cabeza a alguien.

Así que, continuamos en silencio hasta que vi el altísimo edificio de viviendas en el que yo vivía. Me paré un par de pasos antes de girar la esquina y dejar que Yoongi caminara por la pasarela que se elevaba sobre las vías del tren.

Señalé con la cabeza la calle de mi derecha mientras me quitaba los auriculares. Agité la cabeza para retirar algunos mechones de pelo que caían sobre mi rostro.

—Hasta mañana. —Esbocé una sonrisilla. Yoongi hizo ademán de irse sin mediar palabra, ni siquiera un saludo seco y frío, pero le detuve—. En serio, ¿qué escuchas?

Se encogió de hombros.

—Mús...

—Ay, ya lo sé, señor Obviedades —lo interrumpí—. ¿Qué tipo de música?

—¿Tanto te interesa?

—Eh...

Se encogió de hombros.

—No tengo por qué decírtelo.

—Vale, seguiré creyendo que eres un fan loco de Girls' Generation y que bailas sus coreografías cuando estás solo en casa.

—Como quieras. —Encajó las manos en los bolsillos del pantalón después de despedirse de mí con un gesto apático.

Estaba decidida a ser su amiga. Llevaba años volviendo sola a casa, años sin hablar con alguien de mi edad que no me odiara o que no tuviera malas intenciones. Más que querer ser su amiga, era una necesidad. Pero yo, en el fondo, era tímida y esperaba que fuera él quien se animara a decirme algo como: «Eh, ¿qué te parece si volvemos juntos a casa?».

Vi a Yoongi dar un par de pasos hacia la pasarela. Tuve otro dilema interno. No supe si insistir hasta que él se hartara y me considerara su amiga o darme por vencida y quedarme otro curso sola, con más enemigos que amigos. Agité las piernas y, como de costumbre, solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¡Eh, Yoongi! —lo llamé, antes de que se fuera demasiado lejos. Se dio la vuelta, pero no sacó las manos de los bolsillos ni se quitó los auriculares. Empecé a sospechar que solo los llevaba para que la gente no se dirigiera a él, pero que en realidad no escuchaba música—. ¿Qué te parece si volvemos juntos a casa después de clase? —le pregunté—. Lo digo porque vivimos cerca, no te creas importante —añadí.

—Mmm, por qué no.

Me lo tomé como un clarísimo «sí». Le dediqué una sonrisa bastante más amplia que la anterior, giré sobre mis talones y me encaminé hacia mi casa. Vale, a lo mejor no era tan difícil como pensaba, y a lo mejor él también estaba esperando a que yo rompiera el hielo.

Y así es como comenzó mi amistad con el famoso Min Yoongi.

Bajé las escaleras del conservatorio de música despacio, ajustando las correas de mi mochila. Era mi primer día allí y la verdad es que no estaba demasiado contento. Los profesores eran muy distintos de los que yo había tenido hasta entonces. Más estrictos. Más serios. Era lógico, supuse. Aquello era un centro tres veces mayor que mi anterior escuela de música y las plazas estaban limitadas. Los profesores debían ser más severos si querían saber qué alumnos tenían realmente talento y quiénes no.

Lo cierto es que no estaba demasiado convencido de continuar con los estudios musicales. Sí, la música me apasionaba, pero eso no era lo que yo quería. Pensé que mudarme a Seúl cambiaría las cosas, pero al parecer todo seguía igual. Suspiré cansado mientras bajaba los escalones y cerré los ojos por un momento, el tiempo suficiente para decirme a mí mismo que todo iba a salir bien si dormía al menos diez horas. Dormir lo arreglaba todo. Dormir hacía felices a las personas. Y yo no era una excepción.

Escuché chirriar la suela de unas zapatillas de deporte contra el suelo. Miré hacia los pasillos de aquel conservatorio enorme e iluminado al oír los pasos todavía más cerca y al reconocer aquellas terribles zapatillas rosa chillón.

Aerin corría por el pasillo con unos papeles en la mano. No llevaba el uniforme del instituto, pero seguía calzada con sus maravillosas, preciosas, originales y geniales zapatillas rosas. «¿Es que no tiene más zapatos?» Pasó por mi lado sin decir nada y yo tampoco le dirigí la palabra. Noté cómo la corriente de aire que había levantado al correr me golpeaba en las mejillas. Bajó las escaleras a toda prisa, casi saltando, y desapareció como una exhalación. Ni siquiera me pregunté qué hacía allí. No me importaba.

Bueno, vale, me quedé con ganas de preguntarle a Aerin qué instrumento tocaba.

Por alguna razón que desconocía, siempre llegaba tarde a los sitios. No sabía si se abría una especie de portal espacio-temporal cuando subía las escaleras o si simplemente tenía un despiste enorme; el caso es que era el cuarto día consecutivo que tenía que bajar las escaleras corriendo después de haberlas subido.

Las prácticas de laboratorio comenzaban aquel viernes, y para alguien introvertido como yo podían ser un completo despropósito. Al llegar tarde, supe que mi pareja sería aleatoria y no podría sentarme con la única persona con la que podía cruzar unas cuantas palabras sin querer marcharme de allí: Yoongi. Cuando entré en el laboratorio, vi que estaba sentado junto a Soyoung. Resignada, obedecí a la profesora de química y caminé hasta el final del aula, donde tuve que sentarme con... bueno, con el rarito de la clase. El típico tío que gritaba en su casa las letras de las canciones de sus animes preferidos y que prefería las chicas en dos dimensiones a las de verdad. En el fondo no tenía nada en contra de él, pero sabía que los rumores sobre mí iban a extenderse rápidamente.

Mi compañero de laboratorio lo hacía todo. Yo me limité a mirar por la ventana de vez en cuando y a apuntar los resultados que él mismo obtenía. No sentí que me estuviera aprovechando de él, de hecho, se empeñó en que quería encargarse él personalmente de mezclar ácidos y esas cosas. Le dejé trabajar a su gusto, sin presiones.

A pesar de que a mi compañero de laboratorio no le importaba que yo no hiciera nada, al resto de compañeros de clase les pareció fatal. Como si ellos no fueran egoístas. La voz y el rumor de que Im Aerin era una aprovechada se esparció como la pólvora gracias a, cómo no, Haneul o Zorra Uno. Nadie me conocía en clase a excepción de unas cinco personas de cursos anteriores y

Yoongi, pero al final de las primeras clases de la mañana todo el mundo sabía mi nombre y apellidos, fecha de nacimiento, color favorito y número de cuenta bancaria.

En el descanso de mediodía, harta de los cuchicheos y risillas, decidí salir e ir a mi escondite.

En realidad, cualquiera podía verme ahí, pero normalmente nadie pasaba por aquella zona del patio. Mi «escondite» no eran más que unos escalones viejos de una puerta trasera del instituto que ya nadie utilizaba, donde los setos ya no estaban bien podados, sino descuidados. Era un lugar idóneo para hacer los deberes también. Era perfecto. Me alegraba haber encontrado aquel sitio antes de que lo hicieran dos tortolitos.

Antes de salir del edificio de clases cogí mi mochila y unos cuantos panecillos de la cafetería. Me puse los auriculares y me encaminé hacia allí.

Pero me paré en seco al ver una figura desconocida sentada en el escalón más alto, resguardándose del sol y del calor de septiembre. Reconocí su brillante y despeinado cabello azabache, así que me acerqué a Yoongi después de pensármelo un par de veces. Al principio estuve tentada de darme la vuelta. Él miraba su teléfono con desinterés, así que tuve la sensación de que le molestaría si me sentaba allí. Sin embargo, yo había descubierto mucho antes ese sitio y era casi como un cachito de mi alma, y por eso decidí sentarme un escalón más abajo, sin decir nada.

—¿Siempre tienes que seguirme? —soltó el pelinegro en cuanto posé mi culo en el escalón. Resoplé.

—Perdona, señor todopoderoso de África Central, yo descubrí este lugar antes que tú. Y no te creas el centro del universo. Yo no te he seguido a ningún lado.

—Tienes cara de acosadora —apuntó.

—Y tú también —solté—, así que mejor no hables.

Se lo tomó al pie de la letra y Yoongi no dijo nada más en todo el rato. Yo hice como si él no estuviera ahí y saqué de la mochila mi cuaderno de pentagramas. Lo apoyé sobre mi regazo, jugueteé un rato con un lápiz mordisqueado y empecé a escribir notas entre las líneas y sobre estas.

La armonía no tenía nada que ver con las matemáticas, pero aun así tenían una cosa en común: se me daban fatal. Al final, después de estar pensando cómo y dónde colocar una nota en un mísero acorde, me di por vencida con un resoplido. Guardé el cuaderno y me giré al notar la mirada de Yoongi clavada

en mí. Enarqué las cejas al verle con la barbilla sobre la palma de su mano y el codo apoyado sobre sus rodillas. Abrió la boca para decir algo.

—¿En qué curso estás?

Fruncí el ceño. No le oí bien, así que tuve que detener la música y quitarme los auriculares.

—¿Qué has dicho de unas patatas fritas?

Negó con la cabeza.

—Te he preguntado en qué curso estás.

—Pues en el mismo que el tuyo, idiota.

Yoongi puso los ojos en blanco.

—En el conservatorio, quiero decir.

Puede que lo que nos uniera no solo fuera el sarcasmo y nuestra escasa capacidad de socializar con el resto, sino también la música y el conservatorio. Se podía notar a la legua que Yoongi era el típico chico que podía hablarte sobre sus grupos favoritos durante horas con los ojos brillantes de emoción, tirando por los suelos su imagen de chico misterioso que, de ser el protagonista de alguna novela adolescente, sin duda sería un vampiro. A pesar de pasar las tardes enteras allí, no había visto a Yoongi por el conservatorio. Supuse de todas formas que él también estudiaba música.

—Vaya, por primera vez en todo este tiempo pareces interesado por algo —comenté, analizando su expresión—. Estoy en el antepenúltimo año, ¿por qué lo preguntas?

—Curiosidad —dijo con cierta frialdad.

Apoyé la cabeza contra el pasamanos de piedra de las escaleras, suspirando. Vi a Haneul gritando a una chica más delgada y bajita que ella, puede que de primer año. Puse los ojos en blanco. Al parecer ya tenía una nueva víctima. Ignoré por completo al bajito que intentaba calmarla porque estaba claro que era su hermano. Guardaban cierto parecido: ambos tenían unas manos pequeñas y rechonchas y unos labios gruesos.

—Esa tipa es medio tonta —dijo, recostándose en los escalones.

—Solo dices «medio» porque no has llegado a conocerla del todo. Es una mala persona, y lo peor de todo es que se cree guapa y la reina del mundo, cuando la única reina aquí soy yo. ¡Y encima no sabe maquillarse! ¡Me pone enferma!

—Me gustaría saber dónde ha aprendido a maquillarse. Lo digo por si algún día tenemos que hacer manualidades o algo de ese estilo.

—¿A que parece que se ha maquillado con unas pinturillas de cera blanda para niños?

—Sí —asintió—. Es más terrible que tus zapatillas rosas horteras.

—Eh. —Me volví hacia él y le señalé con el índice—. Con mis fabulosas Adidas no te metas, ¿entendido? Son sagradas. Si te piso con ellas, te bendigo. ¡Son edición limitada y me costó mucho conseguirlas!

Miró hacia otro lado, riéndose, como si quisiera evitar que viera su sonrisa de niño pequeño. Seguramente lo que había dicho le había parecido una idiotez y por eso se reía. Volví a mirar hacia el campo de fútbol antes de que Yoongi se girara y se diera cuenta de que me había contagiado su sonrisa.

—Mira, ahí llega Soyoung.

—Uy, si te has aprendido su nombre...

La susodicha se había acercado a su amiga y tiró de ella tras decirle algo a la más bajita. Después, volvió con su grupito de amigos. Se colgó de la espalda de uno de los chicos más altos, quedando su falda a la altura de sus nalgas, así que deleitó a medio campo de fútbol con una vista casi completa de su ropa interior.

—Lleva bragas de encaje.

—¡Qué pillín eres, Yoongi!

—Joder, que solo...

—Ya, ya, todos decís lo mismo. «Solo he mirado un momentito», ya, ¡pero estabas mirando! —protesté. Vi por el rabillo del ojo la cara de fastidio de Yoongi. Para qué negarlo, era tremendamente atractivo cuando estaba cabreado. A la mayoría de la gente les parecería el rostro de un asesino en serie, pero yo era incapaz de tomármelo en serio con esa carita de bebé—. Todos los tíos sois iguales. Miráis cualquier culo, sea plano, sea gordo, respingón, caído...

—A las viejas no les miro el culo.

—¡Ah, y lo admite!

Se encogió de hombros.

—¿Y?

Resoplé.

—Pues que está mal. Mirar los culos de las tías está mal, joder.

—¿Tú no miras los culos de los chicos?

—No, no me fijo en esas cosas —dije con sinceridad, algo seria.

—¿Y en qué te fijas?

—En la totalidad de la persona. Un culo no sirve para nada más que cagar y eso no es algo bonito precisamente.

—Menudo argumento más aplastante. Estoy seguro de que miras el culo a algún tío. Vosotras también lo hacéis.

—Bueno, lo hará el resto. —Miré la hora en mi reloj de muñeca. Solo quedaban tres minutos para que el irritante timbre que indicaba el inicio de las clases tras el descanso sonara de nuevo. Escuché crujir algunos de mis huesos al reincorporarme—. Suelo fijarme en las manos de la gente, en cómo escriben, en si huelen bien, en si son amables... En cosas más importantes que el culo.

Recogí mi mochila del suelo, me la eché al hombro, bajé el par de escalones que me separaban del suelo y caminé hacia la puerta principal del instituto. No me despedí de Yoongi, porque al fin y al cabo iba a verlo tres minutos después. Me alejé un par de metros y, al entrar en el edificio de clases, me di la vuelta.

Volví atrás, deshaciendo mis pasos, y me planté enfrente de mi compañero de pupitre con los brazos en jarras. Él se había quedado en los escalones, casi tumbado, tan cómodamente.

—Vamos, Yoongi. —Me miró con neutralidad. Como vi que no reaccionaba, cogí su muñeca y tiré de él—. Mueve tu culo enano si no quieres llegar tarde a clase de matemáticas...

—Y no te fijabas en el culo de los tíos, ¿eh...?

Ahugué un grito de frustración e ignoré su risilla hasta que llegamos al aula y me encontré la pizarra llena con frases como «Aerin es una puta zorra», «Aerin es una aprovechada» y demás insultos.

Yoongi se quedó mirándome atónito cuando lancé la mochila a mi pupitre, le tendí mi teléfono móvil con la cámara en funcionamiento y me puse a corretear por la clase hasta llegar a la pizarra.

—Hazme una foto, hazme una foto.

—¿Por qué...?

—¡Para que se den cuenta de que su opinión me importa una mierda y para que vean que voy a seguir siendo feliz por mucho que pongan estas estupideces en la pizarra!

Yoongi dudó un par de segundos, pero finalmente soltó un suspiro y me miró.

—¿Estás preparada para la foto?

—Sí. O sea, ¡no! ¡Espera! ¿Llevo bien puesto el maquillaje?

Asintió. Yo me retiré algunos mechones rebeldes de la cara y posé para la foto.

—¡Ja! ¡Ahora tengo pruebas de la envidia que me tienen!

—¿En serio no te molesta esto? —me preguntó Yoongi una vez me hubo devuelto mi teléfono.

—No —mentí.

Había lidiado tantas veces con los rumores y las malas palabras que había terminado convenciéndome de que no me hacían daño. Me había mentido a mí misma tantas veces diciendo «tampoco es para tanto» que acabé creyéndome la mismísima Paris Hilton en cuanto escuchaba a alguien cuchichear sobre mí. Sin darme cuenta, los insultos seguían afectándome. Era como una de esas enfermedades asintomáticas. Aprendí que, en el fondo, lo único que querían Haneul y Soyoung de mí era verme peor que ellas. Por eso decidí fingir que su comportamiento me hacía reír y no llorar. Había seguido la misma estrategia durante un par de años y parecía funcionar, ¿por qué no iba a seguir con ella?

Por mucho que odiara las matemáticas y la armonía, no podía quejarme demasiado porque finalmente había encontrado a alguien que me ayudaría a enfrentarme a ellas. ¡Y gratis!

Bueno, en realidad establecimos una especie de relación simbiótica, un «si tú me ayudas, yo te ayudo». Descubrí que Yoongi era bueno con la armonía cuando, al ver que yo no hacía nada más que dar vueltas a mi cuaderno de pentagramas durante los descansos, me explicó mis errores. A cambio, y con la excusa de que «no era un profesor particular porque no le pagaba», accedí a ayudarlo con la biología.

Sin estar muy convencida, le envié un mensaje preguntándole si podía ayudarme con los deberes de armonía. Pensaba que no respondería: era un sábado, Yoongi parecía no querer saber nada de mí en cuanto ponía un pie en la pasarela elevada... y yo, en el fondo, no tenía la suficiente autoestima como para dejar de pensar en que todo el mundo me iba a dejar tirada. Sorprendentemente contestó que sí, que me ayudaría. Me puse tan contenta que pegué un brinco y tiré una silla al suelo.

Le pasé la ubicación de una biblioteca cercana que abría los sábados y me encaminé hacia allí. Era la primera vez que nos veíamos fuera del horario lectivo, sin uniforme. Empecé a ponerme nerviosa cuando llegué a la puerta de la biblioteca y él no estaba allí... Pensé que ya me había dejado plantada, pero de todas formas esperé unos cuantos minutos hasta que escuché un carraspeo bastante fuerte a mi lado.

Fingí no estar sorprendida.

—Vaya, al parecer llegas tarde a todos los sitios —protesté.

—Los genios siempre llegan tarde.

Yoongi, con su mochila al hombro, arrastró los pies a la par que yo para

caminar hacia el interior de la enorme biblioteca, situada en un enorme edificio lleno de cristaleras infinitas, de esas que cubrían toda la pared.

—Ya, bueno, creo que Aristóteles era un tío muy puntual —solté. Empecé a enumerar una cantidad inmensa de científicos, filósofos, compositores y hasta directores de cine. No paré hasta que la puerta del ascensor al que llamé se abrió.

Elegimos la mesa más alejada del resto. Aunque era sábado, la gigantesca y luminosa sala de estudio estaba bastante llena. Teniendo en cuenta que los estudios eran una competición más y que todo el mundo quería ser el primero, no era extraño que hubiera tanta gente. Ni siquiera estábamos en época de exámenes, pero era así como funcionaban las cosas.

Yoongi arrastró la silla armando un estruendo enorme. Le mandé callar. Él, con su ya típica desgana, se dejó caer en ella.

—¿Has traído tu cuaderno?

—No, por supuesto que no —susurré, poniendo los ojos en blanco—. Te he pedido que me ayudes con los deberes de armonía y no se me ha pasado por la cabeza traer mi cuaderno de pentagramas... ¿Qué?

Noté que me observaba de arriba abajo. Se quedó mirando mi estuche de flores, mi cuaderno decorado con pegatinas y los bolígrafos de colores que siempre llevaba conmigo. Sí, definitivamente éramos la protagonista de unos dibujos animados y un vampiro de los que sí daban miedo. Éramos de dos mundos distintos. Aunque yo trataba de pasar desapercibida en cuanto a mi vestimenta —como él, que vestía con una sudadera gris—, todos mis accesorios o material escolar eran de colores vivos. Sin embargo, Yoongi optaba por la sencillez y los colores oscuros. Él siempre se quejaba de lo horteras que eran mis zapatillas rosa chillón o de que tenía la cara llena de purpurina. En el fondo no podía odiarlo tanto, ¿era solo un color!

Lo imité y me dejé caer en la silla con un suspiro. Señalé el último acorde que había conseguido resolver y él enseguida se inclinó hacia delante. No tardó mucho en explicarme qué había hecho mal, pero tuvo que repetirlo un par de veces, quizá porque yo era incapaz de dejar de observarle con cierta admiración. ¿Cómo podía ser tan bueno con algo tan difícil? Debió de darse cuenta de que mis ojos brillaban con ilusión; agachó la cabeza, chasqueó la lengua e inspiró profundamente.

Aquel día me di cuenta de dos cosas: una, que Yoongi no tenía paciencia; y dos, que la armonía no era lo mío a pesar de la ayuda. Yoongi terminó harto,

puede que cabreado, y a mí no me quedó más remedio que cruzarme de brazos en la silla, frustrada. Él apoyó los codos sobre la mesa y se frotó las sienes con el pulgar.

—Eres pésima en esto —me dijo.

—Gracias por los ánimos, hombre.

—Joder, en serio, no sé cómo no puedes entenderlo. Es fácil.

—No, no, no. No es fácil —repliqué, negando con la cabeza. La agité tanto que mis gafas acabaron en el borde de mi nariz. Las empujé hacia atrás—. Hay que tener muchas reglas en la cabeza, los compases, las alteraciones... Todo. No puedo estar pendiente de tantas cosas a la vez.

—Se supone que eres una tía, ¿las mujeres no pueden hacer más de dos cosas a la vez?

Puse los ojos en blanco, pero supe que estaba bromeando —noté cierto tono irónico— y le seguí el juego:

—Soy una caja de sorpresas —bromeé.

—Una caja de sorpresas desagradables.

Me reí. Estiré los brazos, el cuello y las piernas sin levantarme de la silla.

—Aún me queda algo de tiempo. ¿Quieres que te ayude con...?

Yoongi no tardó ni dos segundos en pasarme su libro de biología. Lo señaló con apatía.

—Página treinta y seis. Ejercicio dos.

Sorprendida, lo arrastré hacia mi cuerpo, despacio. Lo abrí por la página que me había indicado. Puede que sonara un poquito ofendida.

—¡Pero si esto es facilísimo!

—Y una mierda; es como si me hablaran en árabe.

—Vale, mira. —Arranqué una hoja de mi cuaderno de pentagramas, alcancé un bolígrafo azul y me retiré el pelo hacia atrás para que no me molestara—. Solo tienes que hacer una tabla...

Yoongi me escuchaba con atención. Noté que, al igual que yo, repetía ciertos gestos cuando estaba concentrado en algo. Yo empujaba la montura de mis gafas hacia atrás o mordía la piel que rodeaba mis uñas; él se frotaba el dorso del cuello o pestañeaba con fuerza. A pesar de que Yoongi seguía mis explicaciones y de que el ejercicio no era demasiado complicado, acabó frunciendo el ceño, confuso. Chasqueó la lengua y jugó con un mechón de su pelo azabache —otro de sus gestos.

—¿Qué...? —murmuró.

—¿Quieres que te lo explique otra vez?

Asintió, así que volví a repetirle todo el rollo que le había soltado con palabras todavía más simples y muchos gestos. Yoongi acabó asintiendo de nuevo, sin mucha convicción.

—Aaah, vale. Ya lo entiendo. —Hizo una mueca graciosa al instante, recogió su libro y se encogió de hombros—. ¿Qué podías esperar de un genio como yo?

—Tío, que te lo he tenido que explicar tres veces.

—Y yo he tenido que estar dos horas repitiéndote que no puedes salirte de la tesitura de la voz soprano, y tú seguías haciendo líneas por encima del pentagrama como si nada.

—Bah. —Miré hacia otro lado—. ¿Qué hora es...?

—La hora de que aprendas a hacer los deberes de armonía tú solita —soltó.

Lo fulminé con la mirada. Yoongi, a modo de respuesta, se limitó a esbozar una especie de sonrisa. No tardó mucho en hundir la mejilla en la palma de su mano y en mirar por el enorme ventanal de la sala de estudio, aburrido... más bien cansado.

Decidimos marcharnos antes de que dieran las nueve de la noche. Si hubiéramos estado allí un minuto más, Yoongi se habría quedado frito. Normalmente la gente se quedaba en la sala de estudio hasta la hora de cierre con tal de no descuidar sus calificaciones, pero yo era de esas que abogaban por descansar tras una jornada de estudio.

Recibí una llamada de mi padre nada más pisar la calle. Supuse, antes de contestar, que me llamaba para preguntarme dónde estaba. Sí, tenía un padre bastante controlador... Pero era enrollado. Cuando quería. Y solía hablar de mí muy bien al resto de la gente, lo cual era fantástico y me hacía quedar como una reina, como la típica hija ejemplar.

Pulsé el botón verde para responder a la llamada.

—¿Aló?

—Aerin, estoy en el coche. ¿Necesitas que vaya a buscarte? ¿Dónde estás?

—En la biblioteca que está a dos calles de casa. Puedo ir andando perfectamente.

—Ya, pero aprovechando que estoy en el coche...

—No, papá, gracias. Iré andando.

—Luego podemos ir a por algo de cena.

Mi padre me conocía bien. Se me dibujó una sonrisa en la cara nada más

visualizarme con una grasienta hamburguesa en las manos.

—¡Te espero aquí! ¡Adiós! —le dije antes de colgar. Yoongi me miró con las cejas enarcadas. Yo le sonreí. Solo pensar en comida me ponía de buen humor, me alegraba—. Mi padre va a venir a buscarme en coche. ¿Quieres que te acerquemos a casa? Sé que tú también vives cerca, pero a nadie le importa ir sentado en un coche un par de calles y llegar a casa cinco minutos antes.

—No, da igual —me dijo en un tono frío.

—Venga, que así no tendrás que caminar...

Yoongi negó con la cabeza. Oí el claxon de un coche, y al mirar hacia la carretera, vi el todoterreno negro de mi padre. Me volví hacia Yoongi intentando convencerle una última vez, pero él ya estaba poniéndose sus auriculares y subiendo el volumen de la música.

—Nos vemos el lunes —me despedí de él con un gesto tímido de mano—. ¡Y gracias por ayudarme!

No dijo nada. Ni siquiera me devolvió la sonrisa o el gesto. «Bah, sé que en el fondo también agradece mi ayuda.»

Me acerqué trotando al coche de mi padre, abrí la puerta del copiloto y me senté sobre los asientos de tapicería con un saltito. Me puse el cinturón de seguridad y esperé a que arrancara. Me di cuenta de que observaba a Yoongi con su típica mirada de acechador, de león buscando víctimas. Moví los ojos hacia arriba.

—¿Quién es ese chico?

—El de África —solté—. ¿Puedes arrancar? Me muero de hambre.

Suspiré apoyando la cabeza contra la ventana fría del coche. Quizá era por la falta de experiencia en el tema de hacer amigos o quizá porque mis expectativas eran demasiado altas, pero sentía que no le agradaba a Yoongi. Lo malo de ser insegura es ese constante pensamiento de no ser suficiente, de no haberlo hecho bien en ningún momento. La Aerin de diecisiete años hacía lo que podía por disimularlo. Sonreía y bromeaba en la medida de lo posible... pero siempre estaba ese momento: el momento en el que esperas una sonrisa y solo obtienes una mueca, o en el que ansías que te contesten con la misma ilusión y recibes un silencio incómodo sin más. Eran esos momentos los que me hacían dudar del resto.

Había supuesto que era lo suficientemente cercana a Yoongi como para

contarle, por ejemplo, que tenía ganas de actuar como la típica chica rebelde de las películas americanas —algo que no era— y hacerme un *piercing*, pero a veces su actitud fría y desinteresada simplemente me hacía pensar que estaba deseando perderme de vista. Le mandé un mensaje aquella misma noche, tras discutir con mi padre de vuelta a casa. Él era la única persona con la que hablaba fuera de mi círculo familiar. Contestó casi al instante.

Coge un alfiler, desinfectalo y hazte un *piercing* en la oreja. Yo lo hice así.
Conseguí que me echaran de casa, pero ahora tengo piercings :)

Entendía que Yoongi era alguien que no malgastaba sus palabras. Que contestara rápido a mi mensaje me hizo creer que sí, que éramos lo suficientemente cercanos como para llamarnos amigos. Y sí, hice caso de lo que me dijo y busqué un alfiler por toda la casa a la una de la madrugada. Fue una mala idea. Cuando desperté por la mañana, mi almohada parecía una versión en miniatura de *La matanza de Texas*. Me fui corriendo de casa para que mi madre me echara la bronca después del instituto.

Yoongi podía parecer la persona más indiferente del mundo, más cortante que una puñetera sierra, pero muy en el fondo de su corazón frío, oscuro y prácticamente inexistente seguro que existía un Yoongi simpático. No tenía ni la más mínima idea de por qué actuaba así, tan distante y a veces tan cercano. Quizá era su forma de ser y no podía hacer nada para cambiarla. Bueno, mi objetivo principal no era cambiar su carácter; solo pretendía que fuera mi amigo.

Llegué a la conclusión de que Yoongi era así: apático, pero solo con quien quería y en los momentos que creía necesario serlo.

Me paré en seco y miré cómo Aerin había esparcido su arsenal de bolígrafos de colores y sus cuadernos por su pupitre —y el mío—. Estaba tan concentrada mirándose en el espejo cuadrado que tenía en la mano que ni siquiera reparó en mí. Carraspeé para llamar su atención. Ella me miró de soslayo, pero no se movió. Solo quería que se apartara del medio y me dejara sentarme en mi puñetero sitio.

—¿Cuáles son las palabras mágicas? —canturreó.

—Muévete de una vez.

Puso los ojos en blanco.

—Las palabras mágicas son: «Aerin, por favor, ¿te importaría dejarme pasar?».

—Muévete de una vez. Por favor —añadí.

Bufó y me dejó pasar, echando su melena castaña hacia atrás con una mano y colocando un par de mechones tras su oreja. Arrastré la silla de mi pupitre para sentarme mientras me quitaba la mochila bajo la atenta mirada de Soyoung. Sabía que me estaba observando desde la otra esquina, a pesar de que fingía estar escuchando a su amiga de gafas, la tal Haneul.

Crucé una mirada rápida con la primera y me incliné hacia Aerin, que parecía no prestar atención.

—¿Es normal que me mire tanto?

—Sí —respondió con frialdad—. También cree que tiene una oportunidad con cualqui... ¿Estás sonriendo a Zorra Dos? —gritó en un susurro. Entornó los ojos, mirándome con algo de rabia, y después hizo una mueca de disgusto.

—¿Eh? No...

—Qué pillín —dijo, divertida y acabó escapándosele la risa—. Ten cuidado. Es como una boa constrictor. Te coge por el cuello y no te suelta

hasta que te ahoga... ¿O te va ese rollo?

—La cantidad de gilipolleces que puedes llegar a decir en cinco minutos me deja atónito —solté. Moví sus bolígrafos y hojas hacia su mesa, saqué mis libros y me fijé en el lóbulo de su oreja. Estaba algo enrojecido y llevaba un pequeño pendiente de más. Enarqué las cejas—. ¿Qué es eso? ¿Un bicho?

Fingí ignorancia, y antes de que Aerin se girara hacia mí, me atreví a apretar el lóbulo de su oreja. Ella empezó a quejarse y a soltar alaridos de niña pequeña.

—¡Ay, ay, que me duele!

—¿Desinfectaste el alfiler?

—Pues claro, idiota. No quiero seguir los pasos de Van Gogh.

No creía que Aerin fuera capaz de coger un alfiler y taladrarse la oreja. En el fondo, muy en el fondo, demasiado en el fondo, me sentí realizado. Un poco realizado y contento. Pero solo un poco.

—Está demasiado inflamado. Tendrán que amputártela igual. ¿Han visto tus padres tu acto de rebeldía?

Ella hizo una mueca, inflando las mejillas.

—Sí. Bueno, no, solo vieron la mancha de sangre de la almohada. Parecía *La matanza de Texas*... —Jugueteó un poco con el pendiente hasta que ella misma se hizo daño—. Pensé que no iba a dolerme tanto.

El suelo retumbó —y no exagero— cuando Haneul se acercó corriendo a Aerin y se apoyó en su pupitre haciendo que esta resoplara. No entendía por qué se odiaban tanto. Vale, yo también odiaba a algunas personas sin mucho motivo, pero siempre tenía que conocerlas antes de empezar a odiarlas. Aerin, sin embargo, se regía por la regla del odio aleatorio. No me parecía demasiado correcto que una persona odiara a otra sin apenas saber cómo era. O al menos eso creía. Aerin y Haneul no parecía conocerse mucho mutuamente.

—Im, Im —llamó la bajita de gafas a mi compañera—. ¿Podrías dejarme los deberes de biología, por favor?

Me sorprendió que Aerin sacara de su carpeta un par de hojas escritas a mano. Se las tendió a Haneul sin rechistar. Ella se las llevó a su pupitre y se puso a copiar los ejercicios como una posesa, ignorando a su compañera de pupitre y al resto de las personas que estaban a su alrededor.

—Te quejabas de la hipocresía de la gente —le dije a mi compañera—, ¿y eso no es hipócrita?

Alcanzó su lápiz de purpurina rosa y abrió uno de sus cuadernos por la parte de atrás. Escribió algo rápidamente a modo de contestación, para que Haneul no nos escuchara.

Se llama simbiosis. Yo le dejo mis ejercicios de biología, y algún día ella me dejará los deberes que yo no haya hecho. Fácil, simple y provechoso.

Yo también cogí un lápiz para responder:

¿En serio le dejas unos ejercicios que te han costado al menos cinco minutos? Yo no lo haría. Que aprenda a hacerlos sola.

Al momento escribió su respuesta.

Esos ejercicios tienen todas las respuestas falsas. Que se joda.

No supe qué me pareció más impresionante, que Aerin se molestara en copiar los ejercicios otra vez con respuestas incorrectas o lo maquiavélica que llegaba a ser. «Supongo que no me conviene meterme con ella.»

Cerré la puerta del apartamento y me apoyé contra ella con un resoplido. Vivir en Seúl era agotador.

Mi vida se resumía en despertarme, ir al instituto, ir al conservatorio y empezar a buscar agencias de entretenimiento o discográficas. Cuando llegaba al apartamento era casi noche cerrada y mis ganas de seguir despierto se reducían a menos cinco. Aun así, me quedaba despierto hasta la madrugada para escribir alguna canción. Bueno, en realidad mi vida se resumía en despertar e ir al instituto para dormir allí.

Había llegado a Seúl con un objetivo claro y estaba dispuesto a conseguirlo. El problema es que en dos sitios diferentes ya me habían dicho lo mismo: «Te falta algo». Me limité a asentir, pero estuve a punto de tirar mis cosas al suelo y preguntarles qué mierda era lo que me faltaba. ¿Teñirme el

pelo de color rosa chicle? ¿Cantar haciendo el pino?

Cuando me vi reflejado en el cristal de la única ventana del apartamento, supe qué era ese «algo». Una seña de identidad. Algo que hiciera a la gente decir: «Eh, ese es Min Yoongi». Y yo no la tenía.

Uno de mis grandes miedos era convertirme en alguien del montón, en uno de esos que tanto criticaba. En un niño de papá que trabaja en una oficina junto a otros tantos iguales que él.

En una industria como la musical, lo último que quieres es no destacar. Las discográficas siempre buscan algo nuevo; repetir moldes funciona por un tiempo, pero luego cansa. Por eso pensé que mis maquetas gustarían a las agencias, porque eran algo novedoso con un tinte de la vieja escuela... pero me equivoqué. Siempre necesitaban más, y más, y más. Y había otros miles como yo que hacían lo mismo, así que supuse que tendría que cambiar algo.

Mientras maldecía contra el tribunal que juzgó mis maquetas, pensé en Aerin y en seguir su ejemplo. Ella tenía su seña de identidad, ¿no? Todo el mundo la conocía por algo y la identificaban rápidamente. Su carácter altivo de cara al resto, sus gafas o los pequeños toques llamativos que daba a su uniforme. Quizá yo también debía hacerme con unas zapatillas terriblemente feas...

Yoongi

Estás bien? 18:00

quién eres??? 19:03

y qué has hecho con yoongi??? 19:03

estoy bien 19:03

vivita y coleando 🙌 19:03

ahora en serio 19:04

por qué me preguntas si estoy bien? 😂 19:04

Fui al baño de la segunda planta 19:04

Y te vi llorar 19:04

tío, me has confundido 19:05

Reconocí tus zapatillas horteras 😏 19:05

Por primera vez en mi vida quise deshacerme de las dichosas Adidas edición limitada rosa chillón. Fingí no haberme sumergido en una espiral de llanto silencioso escondida en el baño y bajé corriendo las escaleras del enorme edificio, tan deprisa que inevitablemente tropecé al final de las mismas.

Para mi sorpresa, Yoongi estaba allí, aún con el uniforme del instituto y enfocando su —algo viejo— teléfono móvil en mi dirección. En cuanto vio

que no caía de bruces al suelo, soltó un «mierda».

—No me lo digas, esperabas a que me cayera para grabarlo y subirlo a internet.

—Sí —respondió, sin más, guardando su teléfono móvil en el bolsillo del pantalón de su uniforme. Yo odiaba llevarlo, pero al parecer él se sentía cómodo con aquella camisa tan fea con el escudo del instituto bordado en el lado izquierdo del pecho—. El vídeo de tu caída se haría viral y yo estaría a un paso de ser millonario.

Me acerqué a él. Yoongi siguió el ritmo de mi marcha casi de inmediato, así que los dos caminamos juntos fuera del enorme vestíbulo del conservatorio, hacia la calle. Tuve la sensación de que Yoongi había estado esperando a que yo saliera del baño.

—¿Has salido ahora de clase? —pregunté, curiosa. Tenía la esperanza de que dijera que me había esperado, aunque, si lo pensaba bien, era algo un poco... perturbador. Él no sabía mi horario. ¿Y si era un acosador? No tenía pinta de serlo, pero dicen que las apariencias engañan. No fui lo suficientemente atrevida como para preguntarle si me estaba esperando, así que opté por una pregunta algo más discreta e indirecta.

—Sí.

—Ah... ¿Y de qué clase?

—Segunda planta, dos...

—No, idiota, digo qué asignatura.

—Aprende a formular bien las preguntas —replicó. A pesar de que sabía de sobra a qué me refería, Yoongi no respondió. Se quedó callado, metió las manos en los bolsillos de su pantalón y caminó a mi lado con los labios levemente fruncidos.

Le estaba dando vueltas a algo; quizá tampoco sabía cómo preguntarme qué me había pasado. De todas formas, yo prefería no hablar sobre el tema. Caminamos en línea recta un buen tiempo, en silencio. Esperaba que no dijera nada sobre mi llanto. Con su característica desgana, Yoongi sacó los auriculares del bolsillo más pequeño de su mochila, los desenredó con una agilidad impresionante, conectó la clavija a su teléfono y se los incrustó en los oídos, ignorándome. Puso una canción a todo volumen. Caminaba a un metro de mí y, aun así, yo era capaz de escuchar perfectamente el ritmo frenético de algún rap. Vale, me había mentido: no escuchaba a esos grupos de chicas perfectas tan famosos. Y tampoco quería responder a mis preguntas. Puse los

ojos en blanco. A pesar del evidente desinterés de Yoongi en continuar con la conversación —que ya di por muerta—, decidí sacar algún tema. Carraspeé para llamar su atención, pero miré al cielo.

—Hace demasiado calor para estar en septiembre, ¿no crees? —comenté, con la esperanza de que dijera algo igual de tópico que mi pregunta. Era un viejo recurso para iniciar un diálogo con alguien. Funcionaba en los ascensores y en las películas. ¿Por qué no iba a funcionar con él? Yoongi continuó callado, y yo perdí la paciencia—. Eh, tío, te estoy acompañando y no te dignas a hablarme.

—Teóricamente, yo te estoy acompañando a ti —soltó.

Resoplé, volviendo a elevar los ojos hacia el cielo.

—¡Oh, señor de África Central, ten piedad de esta humilde muchacha! —exclamé al notar cómo Yoongi intentaba matarme con la mirada. Sus ojos era como unos malditos cuchillos bien afilados; podrían degollarme allí mismo—. Solo intento hablar contigo.

Suspiró. Algo me dijo que había iniciado el modo ultrasarcástico.

—Habla de algún tema que me importe, de algo circunstancial.

¿Pensaba que me iba a ganar cuando se trataba del sarcasmo?

—Mmm... ¿El pensamiento racional crítico? ¿Soyoung tirándote los tejos esta mañana?

Yoongi me miró como si hubiera atropellado a su perro, entre horrorizado y enfadado. Me reí, divertida, porque supe al instante que la conversación empezaba a ser más entretenida. Se quitó uno de los auriculares. Después agitó la cabeza y despeinó un poco su flequillo negro con la mano contraria.

—¿Y qué hay de tu llanto en el baño? —contestó, de mala gana.

—Vaya, ¿te das cuenta? ¡Es como si nos acosáramos mutuamente! —exclamé, irónica.

—Conmover. —

Volvió a colocarse el auricular en la oreja, aparentando estar molesto. De nuevo, me sentí un poco mal. Siempre tenía la sensación de que metía la pata. Era como un círculo vicioso: cuando pensaba que me acercaba un paso, me alejaba dos. Él sonreía y al instante estaba con los auriculares puestos y cara de haberse comido algo en muy mal estado. Aun así, mi curiosidad me hizo seguir preguntándole sobre Soyoung. Por la mañana, en clase, ella se sentó sobre el regazo de Yoongi con todo el desparpajo del mundo y utilizó su técnica de boa constrictor. Pasó su brazo por el hombro del pelinegro y poco a

poco fue acercando el cuerpo de él al suyo. Esperaba que Yoongi lanzara a Soyoung fuera del planeta Tierra, pero me equivoqué. Hablaron durante bastante rato. Aunque Yoongi se mantuvo neutro y serio, estaba segura de que tenía pensamientos impuros en ese momento.

—¿Te gusta?

Alzó ambas cejas.

—¿Estás celosa...?

—No. —Me encogí de hombros—. Es solo curiosidad.

—¿Qué importa? Debería darte igual si me gusta o no.

Abrí la boca, sorprendida. Ahogué un gritito.

—Eso es un sí. Me lo tomaré como un sí.

Yoongi resopló con hastío.

—No estoy interesado en las chicas.

En un movimiento parecido a un acto reflejo, cogí el antebrazo de Yoongi. Él se quedó quieto, dirigiéndome una mirada interrogante. Yo era consciente de que me brillaban los ojos con ilusión, con emoción y puede que con una pizca de compasión.

—Tío, no te preocupes. No se lo diré a nadie si es eso lo que te preocupa. Sé que es complicado decírselo a alguien, así como así.

—¿De qué coño hablas? —Se zafó de mi agarre. Parecía ofendido, y yo, al instante, empecé a acalorarme por culpa del bochorno. Me reí avergonzada al darme cuenta de lo que estaba pasando.

—Creía que...

—No, no soy gay —dijo, haciendo una mueca—. Simplemente no estoy interesado en las chicas.

—¡Ah, ya lo entiendo! —exclamé, sintiéndome una tonta—. Quieres decir que no te interesan las chicas en este momento... ¡Has formulado mal toda la frase! Joder, pensé que te molaban los chicos.

Yoongi no dijo nada más. Yo era incapaz de dejar de reírme como una estúpida por culpa de la ridiculez de la situación. Sí, sin duda había llegado a una conclusión muy precipitada y, sobre todo, errónea. Mi compañero de pupitre me dejó atrás; echó a andar algo más deprisa que yo y trató de huir de mí. Siempre estaba cagándola.

—Eh, ¡lo siento —me disculpé, corriendo hasta alcanzarlo—. ¿Te has enfadado? Ay, n-no era mi intención... Aunque ser gay no es ninguna ofensa, tío, yo...

—No me gusta Soyoung, no soy gay, no estoy cabreado contigo y no, ser homosexual no es ningún tipo de insulto y no debería serlo. Fin del asunto — concluyó, para no volverme a hablar hasta casi la esquina de la calle donde vivía—. ¿Por qué llorabas en el baño esta tarde?

Eso mismo me preguntaba yo. ¿Por qué había llorado? Bueno, teniendo en cuenta que acababan de decirme que no servía para lo que de verdad me apasionaba tras un día en el que había tenido que pedir perdón a una profesora que más que humana era demonio, supuse que estaba justificado llorar. La música me encantaba, me hacía evadirme, me ayudaba a que los días fueran más llevaderos... pero yo no tenía lo que se necesitaba para ser considerada música por los profesores y los adultos. Era pésima con la armonía y apenas sabía decir tres notas musicales rápidamente sin que todo me pareciera un trabalenguas; no tenía la teoría, pero sí la sensibilidad para interpretar un lento y el entusiasmo por dar un concierto. Si no eras el mejor en cualquier cosa, no servías. La musicalidad no servía en una sociedad en la que solo importan tus conocimientos. Yo, a los ojos de los adultos, no era más que una cría mediocre e incluso mala en algunas asignaturas. Me dolía saber que no iba a llegar a ningún sitio. Me esforzaba, pero no había manera de cambiar la visión de aquellos viejos que solo sabían leer partituras.

Sin embargo, me mantuve inexpresiva. Negué suavemente con la cabeza.

—No he llorado. ¡Ni siquiera he ido al baño!

Me despedí de Yoongi. Yo ya había reanudado la marcha cuando él llamó mi atención con un suave suspiro.

—Eh, Aerin.

Me volví rápidamente.

—Así me han llamado mis padres.

—¿Qué tocas? Además de las narices. En el conservatorio, quiero decir.

Fingí una risilla.

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso!

—Bueno, ¿vas a responder o...?

—Antes de que te lo diga, prométeme que no gastarás bromas con doble sentido o algo de eso, ¿vale?

Parecía algo confundido.

—Vale...

—La flauta —solté.

—Tiene gracia. —Sí, no podía negarlo.

—¡No gastes bromas! ¡Estoy harta de ellas y nadie es original inventándoselas! —protesté—. En fin. También intento tocar el piano, pero soy un desastre. Y tú, ¿qué tocas...?

—Algún instrumento —canturreó, dando unos cuantos pasos hacia atrás mientras se acercaba a la pasarela elevada que separaba su barrio del mío.

—¡Eh, Yoongi! ¡No! ¡¿Por qué siempre me dejas con la intriga?!

Mi cara de desesperación y disgusto hizo que se parara en seco y se volviera hacia mí. Hizo una mueca y chasqueó la lengua.

—El piano.

Abrí los ojos, sorprendida, agarré bien mi mochila y me acerqué corriendo hasta él. No le dio mucho tiempo a reaccionar y no pudo evitar que le cogiera las dos manos. Las junté a la altura de mi pecho. No me di cuenta de que apenas podía sujetar sus manos: las mías eran demasiado pequeñas y las suyas demasiado grandes.

—¿Me ayudas con el piano? —le pregunté esperanzada.

Entornó los ojos mientras, seguramente, sopesaba las ventajas.

—¿Por qué debería ayudarte?

—¡Porque somos amigos!, ¿no?

—Amig... —empezó a reírse, incrédulo.

Fue entonces cuando comprendí que él, al igual que yo, estaba deseando tener a alguien con quien poder hablar sin tapujos, contarse las cosas y salir por ahí sin miedo a llegar tarde un jueves. Yoongi era el chico nuevo y estaba segura de que muy, pero que muy en el fondo de su oscuro corazoncito, se alegraba de escuchar aquella palabra. «Amigos.» Asintió despacio, intentando ocultar una de sus sonrisas rosadas, se zafó de mí y simplemente dijo que se lo pensaría, cuando los dos sabíamos de sobra que, además de compartir pupitre, sarcasmo, algún que otro bolígrafo y trozos de papel, íbamos a compartir la banqueta de un piano.

Im Aerin

señor todopoderoso 17:45
tengo que hacerte una oferta que no podrás rechazar 17:45

Sorpréndeme 17:50

qué te parece si después de ayudarme con los
deberes de armonía te hago un tour
por el centro? 17:50

Qué te hace pensar que quiero
caminar por el centro de Seúl contigo
aparentando ser una guía
turística 17:50

eres más soso que el bibimbap
sin gochujang 17:50

Estoy cansado 17:51

es gratis!!! 17:51

Dormir también es gratis 17:51

porfa 17:52

✓✓ leído a las 17:52

ojalá tengas los pies fríos y no puedas dormir 17:52

Aerin debió de darse por vencida y seguramente tuvo que hacer sus deberes sola, pero de todas formas volvimos a encontrarnos a la salida del conservatorio. Ella me sorprendió al tirar de la correa de mi mochila. Hizo que me parara en seco. Supuse que querría que volviéramos juntos a casa, así que esperé a que se situara a mi lado. Parecía animada y, sobre todo, dispuesta a hablar sin parar. Yo había tenido un día larguísimo. Puse en pausa la música que escuchaba para poder atender a Aerin, pero no me quité los auriculares. Ella terminó guardando silencio. Debió de tener la sensación de que yo no estaba demasiado... perceptivo. Era mentira, escuchaba perfectamente todo lo que decía.

Continuamos caminando al mismo ritmo. Al mirar al suelo, vi que Aerin no llevaba lo que al parecer era su posesión más preciada. Arrepentido por haber hecho que la conversación anterior llegara a un punto muerto, señalé con la barbilla sus pies.

—Eh, creo que se va a acabar el mundo. O es eso o estoy soñando.

Se rio, algo desconcertada.

—¿Qué...?

—¿Dónde están tus maravillosísimas Adidas rosas edición limitada que bendicen a cada persona que pisas?

—Ah. —Hizo un aspaviento con la mano—. Quería cambiar un poco.

—Menos mal. Mis retinas empezaban a resentirse.

Continuamos charlando mientras caminábamos. De repente, pareció acordarse de algo importante. Se volvió para mirarme.

—¿De veras no quieres que te haga un tour por aquí? Soy una buena guía turística, te lo prometo. Sé muchas cosas sobre Seúl. Es jueves, y...

—Vale.

—¿Lo dices en serio?!

Me encogí de hombros. Me puse en su lugar y supuse que le haría ilusión que le dijera que sí. Parecía ser su puñetero sueño.

—Sí.

—¡Vale! —Señaló unos edificios de oficinas y la carretera con la mano—. A su izquierda, pueden ver Seúl. Y a su derecha... —Se giró sobre sus talones

para señalar el lado contrario. Era más de lo mismo: bloques altos y algún que otro local abierto—. ... ¡Pueden ver Seúl!

Estuve a punto de salir corriendo. Me froté los ojos y el puente de la nariz.

—No me lo puedo creer.

Ella empezó a reírse de su propia broma. Al final no le quedó otra que callarse algo avergonzada y continuar con su tour turístico... si es que se podía llamar así. Lo primero que hizo fue arrastrarme hasta unas máquinas expendedoras que según ella estaban defectuosas. No nos habíamos alejado mucho del conservatorio aún, y algo me decía que iba a llegar mucho más tarde de lo esperado al apartamento.

Aerin introdujo una moneda en la máquina. Esperó a que una luz verde indicara que ya podía elegir. Se decantó por un refresco. Antes de que cayera, golpeó la máquina con el pie, haciendo que se tambalara. Al rato cayeron unas seis latas de ese mismo refresco. Ella sonrió orgullosa. Yo enarqué las cejas, escéptico.

—Yoongi, vivir en Seúl es muy caro —dijo mientras abría la mochila para guardar tres de las latas—. Tienes que aprender a ahorrar. Esto es como una selva. Hay que sobrevivi...

—Corta el rollo. —Soné frío sin que fuera esa mi intención. Ella retrocedió un par de pasos, sorprendida. Imité a Aerin y guardé las latas en mi mochila. En realidad, era un truco útil. Hice de tripas corazón y gané a mi timidez para darle las gracias—. De todas formas, gracias.

—¡De nada! —canturreó.

Acostumbraba a cabrearme porque la gente no solía responderme cuando daba las gracias, por eso dejé de hacerlo. En Seúl, la única persona que pareció genuinamente contenta por recibirlas fue Aerin. En el fondo, me sentí un poco mal por no habérselo dicho en un tono más amable.

Aerin y yo continuamos con la caminata. Me enseñó un par de cafeterías y algunos de los lugares que ella misma calificó como «útiles». Una biblioteca, su farmacia favorita —sí, tenía una farmacia favorita—, una zona tranquila por la que pasear a la orilla del Han y un centro médico, por si me pasaba algo. Al menos Aerin era más considerada que el noventa y nueve por ciento de las pocas personas que había conocido en Seúl.

Eran casi las ocho y media de la tarde cuando aparecieron Haneul y sus amigas —Soyoung incluida— de algún lugar de los suburbios de la ciudad. Aerin quiso esconderse detrás de mí y huir para dar esquinazo a aquellas

cuatro chicas, pero no le sirvió de nada. Al parecer no tenía la misma confianza que en clase; estaba claro que prefería no cruzarse con Haneul, Soyoung y el resto.

—Eh, Im —la llamó la primera, mientras Soyoung me saludaba con una sonrisa. Me limité a mirarla.

—Perdona, ¿me hablas a mí? —Aerin miró hacia ambos lados, fingiendo inocencia e ignorancia. Negó con la cabeza—. Yo no soy Aerin. Me llamo Yuri —soltó.

Haneul puso los ojos en blanco. Mi compañera de pupitre agarró por decimoquinta vez la correa de mi mochila y tiró de ella con urgencia. Tenía miedo. Una chica que casi le sacaba una cabeza a su archienemiga y que perfectamente podría tirarla al suelo con el meñique.

—¿Vas a huir de mí como siempre, gallina?

Aerin chasqueó la lengua. Me aparté hacia atrás al ver cómo fruncía el ceño, molesta. Soltó una risilla fingida y sarcástica al ver que Haneul se acercaba.

—¿Qué quieres? ¿Y quién te crees que eres?, ¿la pandillera del barrio? —le contestó Aerin, con los brazos cruzados—. Cuando te encuentras a alguien por la calle, se le saluda educadamente diciendo: «Oh, hola». Y no: «Eh, Im».

—Siempre huyes de mí. Eres una miedica.

—¿Sabes leer entre líneas? —Aerin le enseñó a Haneul la palma de su mano, extendida, con los dedos semiabiertos. Poco a poco, fue separando los dedos y, lentamente, le enseñó a Haneul su dedo corazón—. Pues lee esto. A ver cómo interpretas que me importa una mierda lo que pienses de mí.

Quise aplaudir, pero me quedé observando la escena con las manos dentro de los bolsillos del pantalón. No tenía demasiadas ganas de mover los músculos de mis brazos para dar un par de palmadas.

Sin añadir nada más, Aerin pasó de largo rápidamente y me dejó atrás. Retomó el camino de vuelta a casa, ignorando los cuchicheos del resto de las chicas. Esperé que ellas se encararan con Aerin, pero no lo hicieron.

Y yo, cuando quise darme cuenta, estaba rodeado por las tres amigas de Haneul. «Mierda. Son como unas jodidas hienas.»

Miré hacia los lados. Soyoung se acercaba peligrosamente a mí, Haneul estaba a punto de bañarme en su saliva —solo hablaba, ni siquiera sabía sobre qué— y Aerin había desaparecido.

—¿Por qué no te quedas con nosotras...? —propuso Soyoung.

—Y tú, ¿sabes leer entre líneas...? —solté. No, no iba a quedarme con ellas. Si les decía que no merecían la pena, se molestarían y yo quedaría como un insensible. Y, teniendo en cuenta que yo era un novato, no era eso lo que quería.

No hizo falta que les dedicara mi dedo corazón. Insistieron, pero me puse los auriculares de nuevo y dejé que el rap amortiguara las voces chillonas de aquellas cuatro chicas. Seguro que se quedaron pensando en lo guay y misterioso que era el chico nuevo de Daegu cuando me fui de allí sin necesidad de mediar palabra.

Vi a Aerin a lo lejos. Caminaba más deprisa que nunca. Mi primer impulso fue ir hacia ella, pero, como reparé en la energía que iba a malgastar si intentaba alcanzarla, no corrí. La perdí de vista cuando dobló la esquina de la calle donde vivía. Mi segundo impulso fue acercarme hasta allí y preguntarle si estaba bien, pero me dolían demasiado los pies... Y tampoco lo hice.

Park Haneul

hola Yoongi 😊 22:32

Hola 22:48

solo keria disculparme x lo de esta tard 22:48
x si te hemos molestado 22:48
y advertirte de que aerin es una falsa, le gusta
jugar cn las personas 22:49
no deberías ir con ella pq te utilizará 22:49
pq crees que no tiene amigos? todos se
dan cuenta de q los utiliza y los maltrata 22:49
eso era 😊 22:50
hasta mañana 22:50
✓✓ leído a las 22:50

Aerin

vives? 22:50

Ojalá no 22:50

Por qué te llevas tan mal con Haneul? 22:50

fuimos amigas 22:51
pero no teníamos los mismos intereses 22:51
y como éramos unas infantiles nos peleamos 22:51
pero ella no pudo superar o igualar mi maravilloso a la par
que hiriente sarcasmo y se dio por vencida 22:52
y desde entonces ha intentado dejarme por los suelos 22:52
es una larga historia 22:52

Genial 22:57

te ha contado algo, verdad? 23:00

deja que adivine 23:00

te ha dicho que soy una falsa que utiliza a las personas 😏 23:00

Estás utilizando tu poder de la clarividencia?! 23:06

no 😂😂 23:06

sé lo que dice porque no es la primera vez que
hace algo parecido 23:06

intentará que vayas con ella al lado oscuro 23:06

imagina que hay aquí un emoji de darth vader o algo, ok? 23:07

Ok 23:17

😊 23:20

eso podría ser nuestro siempreee 23:20

Sabes leer entre líneas? 23:23

lo sé, ha sido genial, pero no puedes
utilizar mis frases guais 23:25

✓✓ **leído a las** 23:25

SIEMPRE ME DEJAS EN LEÍDOOOO 23:26

✓✓ **leído a las** 23:26

UFF 23:28

✓✓ **leído a las** 23:28

bueno, eso SÍ será nuestro siempre 23:29

✓✓ **leído a las** 23:29

buenas noches 🙌 23:30

Igualmente 23:49

JA SABÍA QUE ME IBAS A RESPONDEERRR 23:49

buenas noches 🙌 23:50

Siempre quise creer que tenía un gran poder de convicción, pero con diecisiete años mi capacidad para convencer a la gente se basaba en enviar una media de unos quince mensajes por minuto. Fue así como conseguí que Yoongi me ayudara una vez más con los deberes de armonía antes de que tuviera una crisis. Tras utilizar nuestra simbiosis como excusa, accedió. De alguna forma, a pesar de la negación absoluta de mi madre, también la convencí para que dejara a Yoongi venir a casa. No era porque fuera un chico, sino porque, según ella, «la casa estaba llena de trastos» y nadie podía ver el desorden... En realidad, lo único que teníamos desordenado en casa era el revistero.

Estaba frente al armario de mi habitación preguntándome si debía ponerme algo con lo que no pareciera una desquiciada cuando escuché a mi madre gritar que habían llamado al timbre de casa. Me ordenó que fuera a abrir, así que ya no había tiempo. Salí corriendo de mi habitación, tropecé por culpa del resbaladizo suelo de madera clara y choqué con algún que otro mueble por el camino antes de abrir la puerta principal.

—No queremos ni aspiradores ni Biblias, ¡adiós! —exclamé como solía hacer. Estuve a una milésima de segundo de cerrar la puerta, pero me di cuenta de que no era uno de esos vendedores que solían llamar a menudo. Ahogué un grito entre sorprendida y horrorizada—. Ay, ¡pero si eres tú! Pasa, pasa. Bienvenido a mi humilde morada.

La verdad es que esperaba ver a Yoongi unos minutos más tarde. Descubrí entonces que, al contrario que yo, era bastante puntual. Preferí pasar por alto el hecho de que iba vestida con una camiseta vieja que me llegaba por debajo de las rodillas, unos calcetines altos de *Hello Kitty* y el pelo recogido en algo que podría denominarse «coleta». Estaba segura de que Yoongi había reparado

en esos —no tan— pequeños detalles. Quise correr avergonzada hasta mi habitación, pero supuse que era demasiado tarde.

Conduje a mi compañero hasta la mesa redonda que hacía las funciones de mesa de comedor en momentos como Navidad o algún que otro cumpleaños. Era el único lugar donde podíamos esparcir nuestros cuadernos de pentagramas sin ningún problema.

Me fijé en que Yoongi observaba cada recoveco de mi casa: las paredes, el suelo con calefacción radial, la madera de los muebles y hasta las esquinas de las alfombras. Fruncí el ceño. Me pregunté qué estaría pasando por su cabeza en aquel momento. Miraba todo con una extraña mezcla de admiración y sorpresa, como si la palabra «humilde» no le encajara demasiado con la descripción de la casa.

Nos acomodamos en la mesa con la cabeza gacha y sin cruzar ni una sola palabra. Podía sentir lo incómodo que estaba Yoongi, pero no hice mucho por aliviar el ambiente tras una rápida y educada presentación de mis padres a mi compañero y viceversa; deslicé mi cuaderno de pentagramas y señalé algunos compases en blanco. Yoongi, al ver el cuaderno, pareció destensarse un poco. Mi madre volvió a la cocina y él, con voz pausada y un tono bastante suave, me explicó cuáles eran mis fallos.

Resoplé con hastío y me retiré algunos mechones de pelo de la cara, preparándome para solucionar los errores del ejercicio, tal como me había indicado Yoongi. Él lo resolvía con tanta facilidad... Tomé el lápiz que él había cogido.

—Vale, puedes hacerlo, Aerin —intenté darme algo de ánimo y golpeé mis mejillas con la intención de concentrarme lo mejor posible.

Aunque bajé la cabeza con rapidez para terminar cuanto antes con la maldita armonía, vi cómo Yoongi intentaba ocultar una sonrisa, enternecido. Lo hacía tan a menudo que empecé a creer que debía de tener algún tipo de complejo, y por eso no quería enseñar su adorable sonrisa rosada, o que quizá tenía demasiado interiorizado que demostrar lo que sentía estaba fuera de lugar. Aunque ambos considerábamos que compartíamos una amistad, sabíamos muy poco el uno del otro.

Cuando terminé los compases en blanco, Yoongi continuó hablando con calma, arrastrando las palabras. Pensé que se iba a quedar dormido en cualquier momento, pero él era así, tranquilo. Durante el poco tiempo que habíamos pasado juntos, nunca vi a Yoongi estremecerse, levantar la voz o

perder los nervios. Tenía un temple envidiable. Puede que fuera ese sosiego lo que le hacía parecer alguien desinteresado en las cosas cuando en realidad, si te fijabas bien, podías ver cómo intentaba aprender algo de cada situación e incluso frase.

Mi madre, que ya se había dado cuenta de que empezábamos a cansarnos de tanta teoría, se acercó a la mesa con un bol lleno de fruta. Decidimos tomarnos un descanso.

—¿Te apetece algo en especial, Yoongi?

Él negó con la cabeza. Mi madre, a pesar de la negativa de Yoongi, dejó a su lado un vaso de limonada. Se marchó con aire satisfecho, como si se sintiera realizada. Cuando estuvo suficientemente lejos, me incliné ligeramente hacia delante y dije, con la boca llena de melón:

—Solo prepara la merienda cuando hay gente en casa. Normalmente me dice que me la prepare yo sola.

Volví a coger unos cuantos trozos de melón. Me había empeñado en comer más sano para no sufrir en un futuro alguna enfermedad cardiovascular o poder correr sin tener que arrastrar mi grasa y salvar el culo si alguien me perseguía. Le ofrecí melón a Yoongi, principalmente porque estaba como un palillo, pero volvió a negar con la cabeza. Bebía la limonada a través de la pajita como si fuera el dueño y señor del universo.

—De esta casa siempre se sale con tres kilos de más —le advertí.

Al rato, mi madre nos trajo un plato con varios sándwiches. Sonreí. La comida me hacía feliz en aquel entonces, pero no era consciente de que comía no porque tuviera hambre, sino para llenar un vacío que solo estaba en mi cabeza. El último año de instituto, el conservatorio, mantener un buen promedio y salir viva de aquello me provocaba una gran ansiedad. Comer compulsivamente no era más que un síntoma.

—¿De verdad no vas a comer nada? —le preguntó mi madre a nuestro invitado—. Necesitáis reponer energía después de estudiar tanto tiempo. Los estudiantes tenéis que alimentaros bien. —Señaló con aire orgulloso los sándwiches que ella misma había preparado—. Prueba uno antes de que Aerin se los coma todos.

Hice una mueca.

—Si Yoongi no quiere, ¿por qué no puedo comerme yo todos los sándwiches? ¡Sería desperdiciar la comida! Piensa en los niños de África. ¿Crees que estos sándwiches llegarán bien a Afr...?

—Anda, prueba alguno, Yoongi —me interrumpió mi madre, dirigiéndose hacia él—. Ah, Aerin, papá y yo nos vamos a comprar.

Miré a mi madre con horror. Llegué a pensar que se caía el cielo o que mi madre estaba enferma. Si mis padres se iban, significaba que Yoongi y yo nos quedábamos solos. Y mis padres eran ese tipo de padres que únicamente dejaban que su hija se acercara a un chico... si estaba atado y a una distancia de cinco metros. Al ser hija única, mis padres siempre habían tratado de protegerme de cualquier peligro. Y los chicos eran uno de ellos. Si algo habían hecho bien mis padres —además de tenerme a mí— era envolver todo mi mundo con papel de burbujas. Pensé que a lo mejor habían decidido dejar que su hija por fin volara fuera del nido. Al fin y al cabo, yo ya tenía diecisiete años. Mi único objetivo por aquel entonces era encontrar algún hombre con dinero de quien pudiera heredar todas sus ganancias en un futuro. Era tan poco realista que estaba cerca de ser un chiste.

—Vale —dije, asintiendo.

Mi madre me puso una mano en el hombro.

—¡Portaos bien!

—No pasa nada, solo quemaremos la cocina, mamá.

—No me gusta que bromees con esas cosas —me reprendió, alejándose hacia la puerta principal—. Te veo muy capaz de hacerlo. No tardaremos. ¡Hasta luego, Yoongi!

Mis padres se fueron dando un portazo. Se hizo un silencio solo interrumpido por el tic-tac del enorme reloj de pared de la sala de estar y por el ruido que hacía Yoongi al sorber la limonada por la pajita. Suspiró.

—Tu madre parece simpática. —Fueron las primeras palabras que dijo sin meter algún tecnicismo musical de por medio.

Me encogí de hombros.

—Depende del día.

Más silencio. Yoongi por fin parecía algo más cómodo conmigo; yo no tenía que estar intentando que continuara con la conversación haciendo preguntas demasiado absurdas.

—¿Por qué lloraste el otro d...?

Su pregunta me pilló por sorpresa, pero reaccioné rápidamente.

—¡Que no lloré! —protesté.

—Te vi.

—Aunque mis Adidas sean edición limitada, creo que las tienen más

personas en Seúl —argumenté, llevándome un nuevo trozo de melón a la boca.

—¿Llorabas porque alguno de tus grupos prefabricados de *idols* se van a separar? ¿Porque tu cantante favorito tiene novia?

—Voy a ir abriéndote la puerta para que te vayas. —Hice ademán de levantarme, pero Yoongi ni se inmutó. Ni siquiera pestañeó—. De todas formas, ¿por qué te importa tanto?

—No sé. —Ahora fue él quien se encogió de hombros. Me dio la sensación de que realmente no sabía la respuesta—. Tú también me has preguntado muchas cosas sobre mí.

—Ya, pero me contestas soltando alguna gilipollez o te pones a cantar cualquier canción de Girls' Generation.

Yoongi tenía algo de razón. Le hice un interrogatorio unos cuantos días atrás, pero solo me contestó a dos preguntas: de dónde era y cuándo era su cumpleaños. ¡Solo respondió a dos preguntas de las veinte que le hice! Yo ya suponía, por su acento, que Yoongi era de Daegu, una ciudad del sudeste de la península, bastante lejos de Seúl. Su cumpleaños era solo unos cuantos días antes que el mío. Podríamos celebrarlo juntos. A pesar de ser amigos, no sabíamos mucho el uno del otro. Era evidente que teníamos curiosidad por saber algo más, pero había algo que nos frenaba. En mi caso era mi miedo a destruir esa imagen de chica altiva que me había ido creando durante años.

—El día que nos encontramos con Haneul, ¿también te fuiste llorando?

Hice una mueca y me reí, sarcástica.

—¿Crees que lloraría porque una tipa como ella me llame cobarde?

Yoongi asintió con toda la tranquilidad del mundo.

—Sí.

Puse los ojos en blanco.

—Tenía prisa. Me hacía pis —solté, intentando restarle importancia. Al menos fui completamente honesta y no mentí—. Pueden llamarme lo que quieran; no me importa que se metan conmigo.

Volví a agachar la cabeza para continuar con un nuevo ejercicio de armonía, pero no fui capaz de concentrarme. Cambié de tema rápidamente. Era una de las pocas cosas que sabía hacer bien.

—Bueno, mis padres no están. Podemos hacer cosas ilegales.

Enarcó las cejas.

—¿Como cuáles?

—Ya sabes.

—Tu expresión no me da muy buena espina.

Me reí.

—Esas cosas...

Cualquiera pensaría que «las cosas ilegales» era hacer una fiesta con la que destrozarse la casa y hacer lo que todo el mundo piensa que harían dos estudiantes en cuanto se quedan solos, pero sorpresa: no estábamos en una película para adolescentes norteamericana y teníamos dos dedos de frente. Recordé el miedo que pasé la última vez que estuve a punto de incendiar la cocina y se me quitaron las ganas de hacer ilegalidades. Prefería no aguantar los gritos de mi madre. Nada de drogas, dinero negro, robos o incendios en casa.

Tras terminarme la fruta del bol y llevarlo a la cocina, decidí que lo mejor sería volver a la mesa y centrarnos en el estudio. Aparté todo lo que tenía que ver con la armonía y planté el libro de biología frente a Yoongi. Me miró sin expresión alguna; después chasqueó la lengua y sacó un cuaderno con bastante resignación. Él ya había cumplido con su cometido, así que ahora me tocaba a mí: para explicarle la digestión de los lípidos dibujé un montón de esquemas, gesticulé tanto que parecía estar representando alguna obra de Shakespeare y hasta terminé de rodillas sobre la silla. El rostro de Yoongi se iluminó —por fin— tras una hora escasa de explicación. Escuchando sus quejas de fondo, me senté en el sofá de la sala de estar con un nuevo bol, esta vez cargado de patatas fritas. Hice una exagerada seña para que se acercara a mí.

Lo único peligroso que hice en toda la tarde fue sacar al portero del área en uno de esos absurdos videojuegos para consolas. Casi sin darnos cuenta, Yoongi y yo estábamos teniendo una estúpida competición para ver quién marcaba un gol primero.

—Sigo sin creer que tengas una maldita PlayStation —comentó Yoongi, con su típica expresión neutra. Pulsaba botones con una pasividad impresionante.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté.

—No es de chicas.

—¿Que no es de chicas?! —Puse en pausa el juego y lancé el mando al sofá—. En esta sociedad mach...

Yoongi tosió y acercó la mano al mando. Pulsó el botón de *start* de nuevo y reanudó la partida antes de que yo continuara con mi discurso.

—Vaya. ¿Este FIFA se para solo? Menuda putada.

Puse los ojos en blanco y volví a coger el mando para pulsar los botones

como una loca histérica.

—Pero ¡¿qué hace ese idiota tirándose al suelo cuando yo no le he dado al botón?! —chillé—. ¡Aaah! ¡Espera, no!

Detuve el juego justo cuando Yoongi iba a marcar el primer gol. Se giró hacia mí, me fulminó con la mirada y chasqueó la lengua.

—¿Qué haces?

—¡Se para solo! —Me reí al ver cómo Yoongi enarcaba las cejas, entre escéptico y cabreado. Pulsé el botón otra vez, cuando estuve lo suficientemente preparada para bloquear el tiro de su jugador.

Él protestó.

—Me encanta el juego limpio —soltó con evidente ironía.

—¿Quieres que juegue sucio de verdad?

—Atrévete.

—Uy, no, que seguro que eso va con segundas intenciones —dije, haciendo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto. Yoongi fue rápido y volvió a detener el juego—. ¡Eh!

—Que se para solo, joder.

Entorné los ojos.

—No vuelvas a tocar mi mando.

Asintió con apatía. Yoongi y yo no dijimos nada más hasta que el partido virtual acabó con un empate a cero. Él no parecía demasiado interesado en jugar un nuevo partido, así que dejé el mando de la consola sobre la mesa después de apagarla y abracé mi bol de patatas fritas otra vez. Alargué el brazo para alcanzar el mando de la televisión. Puse el canal de la teletienda.

—Es uno de mis hobbies —aclaré.

—Pues qué hobbies más raros tienes. ¿Qué será lo próximo? ¿Ver vídeos de disecciones anatómicas en...? —Al ver que yo me reía con un puñado de patatas en la boca, Yoongi se llevó la mano a la cara. No supe si estaba avergonzado o es que simplemente no se lo creía—. Ves vídeos de disecciones. No me extraña que no tengas amigas.

—Si quiero ser cirujana, tendré que ir viendo cómo es el cuerpo humano, ¿no?

—¿Cirujana, tú? —Soltó una risilla sarcástica—. Seamos sinceros; ni siquiera llegarás a barrendera.

—Siempre podré robar bancos o casarme con un señor a punto de morir que me deje toda su herencia —le dije, señalándolo con el dedo—. ¡Hala, qué

guay, un cojín con luz y música! ¡Me encanta! ¡Qué original! ¡Nunca había visto uno!

Yoongi fingió estar igual de emocionado que yo.

—Quiero uno para Navidades. Aerin, regálamelo.

—A ti ni agua, bicho.

—Ya te gustaría a ti tener mi cara.

Tragué saliva. Era innegable: Yoongi era terriblemente guapo. Su rostro estaba totalmente inmaculado: ni un solo grano, ni una sola mancha.

—Eso lo suelo decir yo. —Devolví a vista a la pantalla de televisión—. No me aguanto más. Voy a llamar. Necesito uno de esos cojines.

El pelinegro me observó con el ceño fruncido, algo confuso, mientras yo corría a por mi teléfono.

—¿En serio vas a llamar...?

Me tiré de nuevo en el sofá, algo más cerca de Yoongi. Más cerca de lo que había planeado. No me importaba mucho que su rodilla estuviera pegada a la mía, pero de todas formas me acomodé en el sofá y me alejé de él.

—Solo voy a mirar mis mensajes —respondí, encogiéndome de hombros—. Tengo un cojín mucho mejor en mi habitación. También canta.

Yoongi me miró como diciendo: «Debes de estar de coña», pero no dijo nada. Yo le devolví la mirada, como diciendo: «Pues no, no estoy de coña».

—¿Quieres jugar a las preguntas? —solté. Llevábamos un buen rato sin decir nada. Aunque por fin parecía que Yoongi estaba mucho más cómodo conmigo, y yo con él, y los silencios entre nosotros eran mucho menos largos... me costaba saber algunos detalles. ¡Y realmente quería saberlos!

—¿Te crees que estamos en una novela absurda? ¿En una de esas que acaban siendo una mierda de drama?

—No. Hala, ya has agotado tu primera pregunta. Me toca.

Yoongi resopló.

—Esto es estúpido.

—¡Me retracto! Sí, estamos en una novela absurda —dije. Me señalé, poniendo el índice sobre mi pecho—. Yo soy la protagonista femenina pesada como una burra y tú eres el chico misterioso que acaba de llegar a la ciudad.

—Seguro que escribes algo en internet con alguno de tus amores platónicos. —Hizo una mueca—. Tienes demasiada imaginación.

—Pues no, pero podría hacerlo. Estoy segura de que podría hacerme rica antes que tú.

Yoongi no supo qué responder. O simplemente decidió callarse para no malgastar saliva. Yo tampoco supe cómo seguir con la conversación, así que volví a llenarme la boca de patatas fritas. Las mastiqué mientras los dos veíamos en el canal de la teletienda a un hombre que intentaba vender una fregona que giraba sola.

Miré el reloj que colgaba de la pared. Mis padres no tardarían mucho en llegar y, conociéndolos, seguro que sacarían conclusiones aceleradas y creerían que Yoongi y yo estábamos haciendo cualquier guarrada. Si ellos supieran... Solté una carcajada que tuvo que asustar hasta a los vecinos.

—¿De qué te ríes? —Yoongi me miró con cara de asco. Solía hacerlo cada vez más a menudo, pero sabía que era una sutil forma de evitar sonreír.

Negué con la cabeza.

—De nada, de nada.

—¿Te has visto reflejada en la pantalla de tu teléfono y por fin te has dado cuenta de que tu cara es un chiste?

Me reí, pero acabé atragantándome con una patata y me caí dramáticamente al suelo. Definitivamente, la cosa más peligrosa que hice aquella tarde fue comer patatas fritas.

—¡Aerin, ya estamos aquí!

—¿Se cree que no los oigo entrar? —murmuró la susodicha, levantándose a la velocidad de la luz del sofá y echando a correr hacia la cocina. Intentó esconder el bol de cerámica que había llenado con patatas fritas en algún lugar antes de que sus padres entraran y descubrieran que su hija había vuelto a terminarse una bolsa entera de patatas.

La madre de Aerin me saludó con la mano. Tanto ella como su marido llegaron cargados de bolsas de plástico de algún supermercado. El padre de Aerin ni siquiera me miró.

—¿Yoongi todavía sigue aquí? Es tarde, ya es casi de noche.

—Mamá, ¿no ves que está ahí sentado? —dijo Aerin, haciendo un gesto con la mano y una mueca. Siempre, hablara con quien hablase, tenía ciertos aires de descaro—. Hemos estado estudiando casi hasta que habéis llegado vosotros —mintió.

Aerin estaba echando un vistazo a lo que habían comprado sus padres. Los ayudó a guardarlo en las alacenas o en el frigorífico. Yo, mientras tanto, fingí no prestar mucha atención a la conversación que mantenían entre ellos. Me levanté del sofá, aparentemente ajeno a todo.

«¿De verdad están discutiendo por una maldita bolsa de patatas fritas?» Aerin y su padre debían de tener una competición o algo por el estilo para ver quién se comía las cosas que compraba el otro. Ella debía de haberse tomado la revancha comiéndose las patatas fritas; su padre se había comido su chocolate. Me parecía una situación absurda, pero divertida.

Traté de recoger mis cosas sin llamar la atención de ninguno de ellos. Mi plan era irme de allí antes de que la situación se volviera incómoda, pero la madre de Aerin reparó en mí.

—¿Ya te vas? Aerin —dio un empujoncito a su hija—, acompaña un rato a Yoongi a su casa, anda.

—Pero tengo que vestirme, peinarme, ponerme los zapatos...

—Vamos, hija. Mira que eres vaga... como tu padre.

Aerin suspiró resignada. La vi desaparecer por un pasillo oscuro, correteando. Hice una mueca y metí los libros del instituto en la mochila, despacio. Si pensaban que estaba ocupado, no me hablarían y podría irme. No quería tener una de esas conversaciones incómodas madre-adolescente sin tener a Aerin delante. Yo podía soltar algo sarcástico en cualquier momento y sus padres me odiarían por completo. Y no quería ser el típico chico enemigo de cualquier padre.

—¿En qué curso del conservatorio estás? —Oí a la madre de Aerin algo más cerca, pero no alcé la cabeza para ver dónde estaba.

—En sexto —contesté.

—Entonces la armonía se te debe dar genial —comentó—. Gracias por ayudar a Aerin. Seguro que ella no te lo ha dicho, siempre le han dado vergüenza esas cosas. Es un poco tímida.

«Tímida.» Si fuera realmente tímida, no sería capaz de llevar estilismos tan extravagantes para andar por casa... ¿No?

La mencionada apareció correteando por el pasillo. Solo se había puesto unos pantalones negros debajo de la camiseta de fútbol y se había soltado el pelo. Me hizo una seña para que me acercara a ella, y de camino al recibidor de entrada, me despedí de sus padres.

—Volveré antes de fin de año, ¡adiós! —Aerin tenía hasta una forma extravagante para despedirse. Me acompañó hasta la puerta principal de la casa.

—No hace falta que me acompañes —le dije mientras me ponía los zapatos. Ella negó con la cabeza.

—Tarde. —Señaló sus pies, indicando que ya se había calzado. Eran unas zapatillas de ante negro algo desgastadas.

—¡Aerin! ¡Hace frío! ¡Ponte una chaqueta! —gritó su madre desde la sala de estar. Aerin puso los ojos en blanco y volvió a su habitación a toda prisa, dando brinquitos. Fue mi oportunidad de oro para marcharme de allí y no tener que aguantar a Aerin de vuelta a casa.

Estaba a menos de un metro de alcanzar el picaporte de la puerta. Lo giré despacio. Tenía medio cuerpo fuera del enorme apartamento de Aerin cuando

ella volvió de su habitación cargada con una chaqueta de tela vaquera, que se puso rápidamente.

—Toma. —Me tendió una sudadera gris—. Póntela. No quiero que te resfríes y luego no puedas ayudarme con los deberes porque te ahogas en tus mocos.

Simplemente ignoré a Aerin, pero agitó la chaqueta gris que tenía en la mano y no dejó de hacerlo —y de molestarme— hasta que la cogí y desaté la cremallera con desgana. Me la puse. Como teníamos casi la misma altura, la chaqueta gris era de mi talla. Parecía que fuera mía. Desde luego, no parecía ser una prenda de chica. Me pregunté por qué me había dejado su chaqueta, pero tardé más en formular la pregunta en mi cabeza que en encontrar la respuesta: simbiosis.

Salimos del edificio de apartamentos en silencio. Aerin se quejó del frío en cuanto puso un pie en la calle. Me guio por los jardines del exterior, pero se paró en seco cuando no supo hacia qué lado ir.

—Te dije que no me acompañaras.

—Ti diji qui ni mi...

—Adiós —canturreé.

Ella no dijo nada. Se quedó quieta, en el sitio, observando cómo yo le daba la espalda. Caminé hacia el paso elevado que cruzaba las vías, de vuelta a casa. Oí los pasos acelerados de Aerin. Supe que era ella porque tiró del tirante de mi mochila hacia atrás. Era la única que se atrevía a hacer eso, a pesar de que sabía que corría peligro de muerte. Puse los ojos en blanco.

—Lo sé. Soy pesada.

—Menos mal que te das cuenta.

—¿Por qué no quieres que te acompañe? —me preguntó, con aparente decepción. Hizo un puchero—. ¿Es porque has quedado con Soyoung o con alguien? Pillín...

Porque no quería que viera mi puto apartamento. Comparar su casa con mi habitáculo en Seúl era como comparar un diamante con una piedra. Éramos como el plebeyo pobre de turno y la princesa que vivía en una mansión rodeada de jardines. El puñetero edificio donde ella vivía tenía hasta cerradura electrónica. Y mi apartamento aún tenía una normal. Sí, me daba vergüenza que descubriera dónde vivía el chico nuevo del instituto. Sabía que no se lo iba a contar a nadie, pero... prefería guardarme el secreto. Qué frágil era mi orgullo.

—Deja de hacer suposiciones —le corté.

—Vale, vale. —Caminó a mi lado, manteniendo las distancias, como de costumbre. Detuve a Aerin antes de cruzar la pasarela. Seguro que ella estaba creando sus propias suposiciones, creyendo que yo ocultaba algo. Ella pareció captar la indirecta e hizo ademán de darse la vuelta, pero miró hacia el cielo oscurecido para evitar mi mirada interrogante—. Esto... Gracias por ayudarme con la armonía. De verdad, estaba desesperada. —Sonrió—. ¡Hasta el lunes!

Metí las manos en los bolsillos de su chaqueta gris. Era calentita. Y olía bien.

—Eh, Aerin.

Vi cómo giraba sobre sus talones. Su melena castaña giró con ella. Me miró a través del cristal de sus gafas jaspeadas, con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—Quédate con la sudadera —me dijo, indicándome con las manos que le importaba poco que me quedara con la chaqueta.

—¿Cuándo empezamos a hacer cosas ilegales?

Me señaló con aire juguetón.

—El baño de mi casa es muy grande. Podemos montar ahí un laboratorio y hacer anfetaminas en la bañera, como en las pelis. ¡Los amigos que hacen cosas ilegales juntos se mantienen unidos!

Alzó los brazos, los arqueó e hizo la forma un corazón con ellos a modo de despedida. Puse los ojos en blanco, pensando en lo poco discreta que era Aerin a veces. Pero al menos era simpática. Me despedí de ella con la mano.

Noté que algo caía sobre mí. Agité los brazos para quitármelo de encima, protestando y mirando hacia los lados para ver de qué se trataba. Era mi chaqueta gris, que había acabado en el suelo después de que yo pensara que tenía algún bicho gigantesco encima. La recogí.

—Ahí tienes tu chaqueta.

Yoongi la señaló con mucha apatía. Empujó mi silla hacia delante, pegándome contra mi pupitre, suspiró cansado y se dejó caer en su sitio. Me reí mientras doblaba la sudadera gris y la dejaba bien guardada en mi mochila. Yoongi solía llegar al instituto más temprano que yo —necesitaba tomarme mi tiempo para que mi maquillaje estuviera perfecto por la mañana—, pero aquel día fue una excepción. Parecía algo más cansado que de costumbre.

—Sé que siempre estás cansado, pero...

—Estoy durmiendo —me dijo, extendiendo los brazos sobre la mesa y hundiendo la cara en ellos. Buena forma de decir: «No me molestes».

—Te dije que estudiar por las noches es malo.

Yoongi no comentó nada, pero giró levemente la cabeza sin levantarla para mirarme con las cejas levemente enarcadas. Inspiró y chasqueó la lengua.

—Dormir está sobrevalorado... —Ni siquiera se esforzó en imitar mi voz. Simplemente utilizó un tono con sorna. Yo le dije eso cuando se negó a ayudarme con la armonía porque prefería quedarse durmiendo la siesta. Apuntado: Yoongi tenía buena memoria y puede que fuera un poquito rencoroso—. Además, estuviste hablando conmigo hasta las dos de la mañana.

—Dos menos cuarto —apuntillé—. Pero tú me estabas preguntando cosas sobre biología, y como buena persona que soy, yo estaba respondiendo todas tus dudas.

Algo que también noté es que, como cualquier otro alumno del último curso,

quería mantener unas notas decentes. Cuando estaba a punto de irme a la cama, me llegó un desesperado mensaje de Yoongi preguntándome si podía explicarle «esa cosa que hacen las plantas». A pesar de la ambigüedad del mensaje, conseguí adivinar que necesitaba ayuda con el ciclo de Calvin. En realidad, solo tardé dos minutos en explicárselo. Después, tal y como él había dicho, hablamos de todo un poco: desde la profesora de biología hasta mis películas favoritas. Descubrí que Yoongi no era muy fan de Disney y de las películas que él denominaba «ñoñas», y también descubrí que ya no era tan difícil iniciar una conversación con él. Las palabras por fin fluían sin necesidad de crear situaciones vergonzosas e incómodas. Hablamos tanto que, efectivamente, se hizo muy tarde. ¿Consecuencia? Solo dormí cinco horas. Por aquel entonces, para mí, dormir cinco horas era casi motivo de castigo penal. ¡Hay que dormir al menos ocho para conservar la cordura!

Yoongi debía de pensar igual que yo, así que me ignoró los siguientes cinco minutos... Y durante el resto de la clase. Se quedó dormido. Tenía la sensación de que todos los presentes en el aula me miraban; que iban a echarme la bronca a mí en vez de a Yoongi. Saqué la chaqueta gris que él se había quedado durante casi una semana y tapé su espalda. Al principio, lo hice porque quería ocultar su cuerpo de las miradas burlonas del resto, pero luego me di cuenta de que hacía algo de frío. No era una capa de invisibilidad, pero la gente pareció ignorar mejor un bulto grisáceo al lado de la ventana que a Yoongi durmiendo. Por ende, me sentí mucho menos observada y más tranquila sabiendo que no tendría que aguantar sus quejas en caso de un hipotético resfriado por culpa del frío.

La profesora de biología entró en el aula cerrando la puerta de golpe. Nada más situarse al lado del atril de madera cercano a la pizarra, pasó lista. Vete tú a saber por qué, dije que Yoongi no estaba cuando escuché su nombre. Haneul, puede que solo para llevarme la contraria y no para defender la verdad, alzó la mano y dijo que Yoongi sí estaba en clase.

—No, no está —repetí, abriendo los ojos como platos, exageradamente, y frunciendo los labios para que Haneul cerrara la boca. No pareció captar la indirecta y no me quedó otra que exclamar—: ¡Tiene fiebre! ¡Está en casa agonizando, profe! ¡Al borde de la muerte!

Soné de todo menos convincente. Aun así, no puso pegos y continuó adelante con la clase. No había que perder el tiempo de ninguna manera. En ninguna circunstancia. Prohibido. Todos los segundos contaban cuando estabas

a unos cuantos meses de graduarte. Estábamos escribiendo nuestro futuro... aunque yo diría que tanto el Min Yoongi como la Im Aerin de diecisiete años iban totalmente a ciegas.

Quise poner a prueba mi puntería y lancé la pelota de baloncesto hacia Aerin. Ella caminaba distraída por el instituto, mirando su teléfono sin mucho interés. Eran más de las seis de la tarde y la cancha de baloncesto había quedado libre. No me pregunté qué narices hacía Aerin en el instituto a aquella hora si en teoría tenía clase en el conservatorio... La cuestión es que el balón impactó de lleno contra ella. Le dio en el costado derecho. Me reí a costa de su reacción. Fue gracioso. Aerin se asustó por el golpe y lanzó su teléfono móvil al suelo. Se agachó para recogerlo. No parecía enfadada por el golpe; de hecho, nada más recuperar su móvil, retomó la marcha y pasó de largo.

Hasta que vio el balón a sus pies. Guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta azul del uniforme y cogió la pelota como si fuera un bebé.

Me vio. No me saludó.

—¿Es tuya?

Realmente no. Había encontrado la pelota fuera del campo de baloncesto.

—Sí.

—¿Juegas al baloncesto? ¿Tú? ¿Midiendo un metro setenta y poco? Venga ya.

—¿Vas a darme el balón o...?

Lo dejó caer al suelo.

—Quiero ver si encestras —dijo, retándome, con esos aires de superioridad tan suyos. Empujó la montura de sus gafas hacia atrás e hizo un gesto apático después para señalar la canasta.

—¿Quieres que apostemos algo?

—No.

Sonreí orgulloso.

—Eso es porque sabes que voy a encestar.

Recogí la pelota del suelo por enésima vez, caminé hacia la línea de tiros libres y la boté un par de veces antes de apuntar y lanzar. El balón describió una trayectoria parabólica perfecta y entró en el aro sin ningún tipo de problemas. Me giré hacia Aerin. Ella se había cruzado de brazos y me miraba, escéptica, con las cejas enarcadas. Pestañeó.

—Ha sido suerte —sentenció. Fue ella quien caminó para recuperar el balón. Me sorprendió que lo lanzara tan bien, como si hubiera jugado al baloncesto anteriormente—. Prueba otra vez. Si la metes tres veces... Uy, eso ha sonado muy mal.

—Bastante mal.

—Bueno, ¡que encestes la pelota tres veces!

Le devolví el balón. Ella fue bastante ágil y lo recibió. Quizá solo fue un acto reflejo.

—Prueba tú, listilla.

—Vale, vale. —Me empujó para situarse en la línea donde yo estaba, botó el balón, suspiró, dio un brinquito al alzar los brazos y lo lanzó... hacia otro planeta—. Oh. Vaya. Eh... Es que... Tengo astigmatismo y las líneas... Bueno. Fallo técnico —dijo, avergonzada. Soltó una risilla al no poder encontrar una excusa decente—. Hacía mucho que no jugaba al baloncesto. He perdido mis aptitudes.

—¿Jugabas al baloncesto?

—Mi padre quería sacar provecho a mi altura. —Se alisó la tela de la falda.

Aerin era casi igual de alta que yo. Casi. Seguro que yo era más alto. Fijo. Tenía sentido que jugara al baloncesto.

—¿Y lo dejaste?

—No me gusta el deporte. Además, necesito tener los dedos sanos. —Me detuvo antes de que hiciera cualquier tipo de comentario. Se llevó el índice a los labios y me mandó callar con un aplastante chist—. Lo digo porque soy flautista, ¿vale? No malpienses.

—No he malpensado.

—Ya, ya. Eso dicen todos. —Echó su melena castaña hacia atrás antes de desaparecer sin decir nada. Me quedé mirándola, perplejo, sin saber si debía detenerla o no.

Al rato, vi cómo la pelota de baloncesto volaba por el aire, directa a mi cabeza. De no ser por mis actos reflejos, estaría muerto en el suelo. «Al menos

no tendría que volver al instituto.» Aerin volvió dando saltitos. Pensé que estaba cansada, pero resultó ser todo lo contrario.

—Si logro taponarte el lanzamiento, me das una clase de piano —soltó. Se quitó la mochila y la dejó junto a la mía, sobre el suelo rojo de la cancha.

—Y una mierda.

—¿Te da corte que vea cómo tocas el piano, señor de África Central?

Negué con la cabeza mientras ella se ponía en posición. Hasta se subió las medias.

—No doy clases gratis.

—Venga, si te da vergüenza puedo tocarte la flauta.

Dejé que el balón cayera al suelo de cemento y me acuclillé para taparme la cara con las manos y morirme cómodamente de la vergüenza ajena. Me reí por no llorar, y luego me reí porque le encontré la gracia al asunto.

—¿Cómo puedes decir eso tan tranquilamente?

—Joder, ¡porque toco la puta flauta! ¡Estoy harta de que la gente saque las cosas de contexto! —protestó, poniéndose roja como un tomate. Volvió a cruzarse de brazos—. No voy a volver a cubrirte las espaldas nunca más, Yoongi. ¡Ni siquiera voy a dejar que duermas ni un solo minuto en clase!

Me encogí de hombros, indiferente.

—Como quieras. —Estiré las piernas después de coger el balón. Me acerqué a Aerin, aunque mantuve una distancia prudente, como de costumbre. Boté la pelota—. Si encesto...

—Si encestas no me darás clases de piano, perfecto. Guay.

—Si encesto —señalé a Aerin— me compras de camino a casa un americano.

—¿Un americano? ¿Y por qué no un europeo...?

Salté y lancé a canasta aprovechando que Aerin estaba ocupada contando su chiste malo. Cuando escuchó el ruido del balón pasando por la red del aro, se giró bruscamente y se quedó mirando la canasta. Se volvió para encararme. Creí que iba a decir algo como una niña pequeña, que iba a patalear, pero solo entornó los ojos, formado una fina línea oscura, y asintió despacio.

—Así que este es Min Yoongi, ¿eh? Un tramposo y un demagogo...

Bufé.

—Al menos admites que soy el rey del baloncesto.

—Ya, y yo soy Usain Bolt. ¿Quieres ver lo deprisa que corro?

No le dije que sí, pero aun así Aerin hizo ademán de salir corriendo como

si fuera una atleta profesional. Al final terminó caminando hacia su mochila a medio kilómetro por hora, más despacio que una abuelita con agujetas. Me hizo reír y no era mi intención.

Fui a por la pelota. Decidí quedármela. «Pobrecito, estás huérfano. Deja que te adopte, bebé.» Cuando volví a por mi mochila, Aerin ya me llevaba la delantera. Resignado, me puse la mochila y caminé hacia ella.

—¡Vamos! —me gritó—. ¿Necesitas un empujoncito? ¡Vas a velocidad de caracol!

—No pienso malgastar mis pocas energías en ir hasta allí corriendo.

—Si fuera Soyoungh seguro que venías volando.

Puse los ojos en blanco.

—Soyoungh no me gusta. —Escuché la risilla de Aerin. Supuse que solo lo decía para molestarme—. ¿Estás celosa?

—¡Muchísimo! —dijo, fingiendo estarlo. Aerin escupía, lloraba, vomitaba y hasta lloraba sarcasmo—. Vamos. —Alargó el brazo y agarró mi mano sin previo aviso para poder tirar de mí—. Quiero llevarte a la mejor cafetería de todo Seúl.

Me soltó cuando ella misma se dio cuenta de que a ninguno de los dos nos gustaba demasiado el contacto físico. Los dos metimos las manos en los bolsillos de nuestras respectivas chaquetas enseguida.

—Pues al final ha quedado un buen día.

La «mejor cafetería de Seúl» era un local bastante pequeño, con luz tenue y un olor a té bastante agradable. No me pareció la mejor cafetería de Seúl, pero la ñoña de Aerin se empeñó en que sí lo era. La castaña de gafas se acercó al mostrador de mármol rápidamente, se apoyó en él y se quedó mirando la enorme pizarra negra de la pared, donde estaban escritos todos los tipos de café, té y bebidas en general que se podían tomar. Aerin parecía ser clienta habitual de allí. La camarera que se situaba detrás de la barra se giró de inmediato para preparar lo que había pedido con una sonrisa. Hablaron un rato. Preferí mantenerme al margen de la conversación y me senté en la primera silla libre que vi. Esperé a que Aerin llegara sujetando dos vasos de plástico con una sola mano, la cartera con la otra y unos cuantos billetes con la boca. Dejó los vasos en la mesa donde yo me había sentado y deslizó el vaso con café hacia mí.

—No sabía cómo lo querías —dijo mientras guardaba el cambio en su monedero hortera, rosa. Seguramente era de alguna marca cara—, así que te lo he pedido frío como tu corazón.

Lo probé con algo de desconfianza. Aerin me miraba expectante, como si hubiera echado una pizca de veneno al líquido y estuviera esperando a que me ahogara allí mismo. Alzó las cejas.

—¿Qué?

—¿Te gusta?

—Es café con hielo. Normal. —Me encogí de hombros.

Aerin puso los ojos en blanco, bufó, arrastró la silla que yo tenía enfrente y se dejó caer en ella. Dio el primer sorbo a su té, infusión, agua de color rojo, sangre diluida o lo que fuera. Volvió a bufar; a suspirar, más bien. Clavé la mirada en la pelota de baloncesto que había adoptado. O sea, que había recogido. Aerin miró con desinterés su teléfono nuevamente y lo dejó en la mesa unos minutos después con un golpe fuerte. Parecía cabreada.

—Zorra —la oí musitar.

—¿Hablas contigo misma o...?

—Un mensaje. Es una zorra —dijo, de repente. Empezó a beber muy deprisa lo que fuera que estaba bebiendo. Se lo terminó en unos pocos segundos mientras que yo apenas había vaciado un cuarto del vaso—. ¿Qué?

—No sé qué clase de problema tienes con la palabra «zorra».

Y así era. No entendía por qué para ella todas las chicas que le caían mal eran unas zorras. ¿No podía utilizar algún otro calificativo? Empezaba a creer que era una de sus palabras favoritas.

—Ninguno, en realidad. —Se cruzó de brazos después de ajustarse las gafas.

—¿Por qué tengo la sensación de que todo el mundo te cae mal sin más, porque te da la gana?

Hizo una mueca. A lo mejor yo había sido demasiado directo al preguntarle aquello. Me di cuenta de que mi pregunta le había molestado. Aerin se inclinó hacia delante, hincó los codos en la madera de la mesa y frunció los labios antes de contestar.

—No lo sé.

—Soyoung no se porta tan mal contigo —comenté antes de darle un sorbo al café.

—Soy demasiado exigente, supongo. Mi madre me lo dice a menudo.

—Entonces es normal que no tengas amigas.

Me miró algo ofendida. Su expresión se suavizó un poco pasados un par de segundos.

—Mejor sola que mal acompañada. —Rio suavemente—. Tengo mis razones, ¿no crees? —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia. Al parecer yo no era el único que evitaba algunos temas... Aerin también lo hacía, aunque de una forma muy distinta. Cambiaba de tema y de repente se le dibujaba una sonrisa en la cara.

—Lo que tú digas. Estoy de acuerdo. —Asentí, fingiendo estarlo, mirando hacia otro lado y bebiendo el café a través de la pajita negra.

—No me des la razón como a los tontos, tío —protestó—. En fin... ¿Alguna vez te he contado que...?

Estaba tan cansado que desconecté y dejé de prestar atención a lo que me decía. Aerin, equivocadamente, debió de interpretar que estaba ignorándola. No era así. Ella se dio cuenta de que no estaba haciendo ni puñetero caso a lo que decía y se calló, resignada.

Podría haberle dicho que estaba escuchándola, pero no fui capaz de articular palabra porque se juntaron mi timidez y el cansancio.

Se levantó de la silla de repente. La seguí con la mirada, curioso. Se acercó a la barra. Sacó un billete de aquel monedero tan horrorosamente rosa y esperó, con paciencia, a que la camarera le tendiera un nuevo vaso de plástico. Volvió con la pajita entre los labios, sorbiendo el líquido rojo. Se quedó de pie. Cruzamos una mirada interrogante.

—¿Nos vamos? Se está haciendo tarde. —Su tono me sonó robótico, artificial.

Seguramente se sentía incómoda conmigo al ver que yo no decía nada.

—Estoy muy bien aquí —solté sin pensármelo dos veces.

—Vale, puedes quedarte. Yo me iré a casa. No quiero que mi padre me riña...

Suspiré con hastío cuando Aerin se despidió de la mujer de la barra y salió por la puerta, bebiendo con apatía aquel líquido rojo. No me quedó otra que levantarme, echarme la mochila al hombro de nuevo, acabar mi café, coger la pelota de baloncesto y salir detrás de ella como si fuéramos una jodida pareja que acababa de discutir. Ella iba unos cuantos metros por delante. Solía caminar más deprisa cuando iba sola. Me negaba a hacer un esfuerzo por alcanzar a Aerin, pero logré tirar del tirante de su mochila —como hacía ella

conmigo— cuando se paró ante un semáforo en rojo.

Refunfuñó entre dientes.

—Y ya llegó Yoongi... —dijo para ella misma—. Podrías ir a un circo — soltó. Empezó a cruzar el paso de peatones—. ¡Pasen y vean! ¡Pasen y vean al auténtico niño con cara de niña, voz de camionero y patas de pollo!

—¿Sabes? Tú serías perfecta para un circo. Payasa. —Pensé que estaba bromeando conmigo, pero después me di cuenta de que hablaba con algo de recelo. Se le pasó rápidamente y ella siguió con el juego.

—¿Por qué crees que voy al instituto? Es como un circo. Lleno de payasas y animales. —Se encogió de hombros y bebió más.

—¿Qué es esa mierda que estás bebiendo? —la interrumpí, señalando con la barbilla el vaso transparente de plástico.

—Ah, ¿esto? Infusión fría de frutos tropicales. ¿Quieres probar?

Extendió el brazo hacia mí, ofreciéndome su bebida. Hice una mueca de asco.

—¿Beber de la misma pajita que tú? No.

—Seguro que si la hubiera chuperreteado Soyoung te la llevabas a la boca bien rápido —soltó, ocultando una sonrisilla divertida tras el vaso con la infusión.

—Deja de estar tan celosa, Aerin. Será difícil que encuentres a alguien tan genial como yo, pero algún día lo conseguirás.

—Ay —suspiró dramáticamente—. Ojalá.

Caminamos algo menos de diez minutos en silencio. Atardecía, así que el cielo empezaba a adquirir esos tonos rosados que me llamaban algo la atención. Aerin parecía completamente ensimismada por los colores del cielo. Tropezó un par de veces, y a la tercera, dejó de mirar hacia arriba. Carraspeó y fingió que no había pasado nada. A veces me preguntaba cómo podía ser tan despistada. Jugueteeé con el balón un rato, pasándomelo de una mano a otra.

—¿Cuánto tiempo llevas jugando al baloncesto? —me preguntó Aerin. Ambos vimos el edificio de apartamentos donde ella vivía.

—No lo recuerdo. Desde pequeño.

—Qué preciso eres, Yoongi.

—¿Y tú? —Me interesaba. Un poquito, solo un poco. No demasiado. No tanto como para querer enterarme de toda su vida...

—Empecé con diez años, pero lo dejé con trece. Preferí seguir con el conservatorio. De todas formas, era pésima con el baloncesto. Todo el mundo

se preguntaba por qué era tan alta y tan mala con el baloncesto.

—Algo de razón llevaban.

—Oye, tú eres bajito y bueno en el baloncesto. ¡No hay que ser necesariamente alto para jugar bien!

—Y tú no tienes por qué gritarme, joder.

—Uy, lo siento. Tengo un tono de voz alto, tampoco chillo tanto... —se quejó—. Por cierto, Yoongi. —Se giró para mirarme a los ojos fijamente. Se quedó un rato callada, pensando bien qué palabras utilizar para no sonar demasiado ruda. Al menos eso supuse. Aerin fue incapaz de sostener mi mirada más tiempo. Agachó la cabeza, pero luego miró hacia otro lado y cogió aire—. Necesito que me ayudes con el piano, por favor. Podemos llegar a un trato.

—No hay trato.

Tomó mis manos entre las suyas y las juntó cerca de su pecho.

—No me gusta rogar, pero no me queda otra. ¡Por favor! ¡Compadécete de esta pobre chica estresada!

—No.

Gruñó y soltó mis manos.

—¿Por qué?

—Ya te dije que no doy clases gratis.

—Mira que eres... —Inspiró con fuerza. Sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta azul del uniforme, aparentemente enfadada. Contó los billetes y monedas que tenía dentro con rapidez y me los tendió, mirándome por encima del hombro—. ¿Aceptas? Tengo veinticinco mil. Ahora o nunca.

¿Iba a decirle que no? Tenía diecisiete años y estaba sin pasta. Pensé en los pros y en los contras: si Aerin me pagaba veinticinco mil won por cada clase de piano, podía sacar un buen extra al final del mes, pero luego me di cuenta de que eso era bastante egoísta... Y además tendría que devolverle el favor más tarde, ¿no? Se pondría pesada con el tema de la simbiosis, del karma y de todas esas mierdas hasta que me hiciera devolverle el dinero. O comprarle unas Adidas nuevas, o vete tú a saber. Chasquéé la lengua y acepté el dinero.

—Pero solo por esta vez. Ah, y también quiero más cafés —le dije mientras contaba el dinero. Sí, veinticinco mil won justos. Los guardé en mi mochila.

—Bueno, entonces quiero una clase extra de armonía.

Me pareció razonable.

—Está bien.

—¿Trato hecho? —Me extendió su mano para que se la estrechara y así lo hice—. Genial. ¡Nos vemos mañana!

Aerin retomó el camino hacia su casa, y yo hacia la mía. Me volví, dispuesto a caminar hacia delante, pero escuché cómo la idiota de Aerin gritaba mi nombre desde la esquina de la calle. Me paré.

—¡Se supone que somos amigos! ¡Deberías darme las clases gratis, aprovechado!

Me despedí de ella agitando la mano con una sonrisa al ver cómo se iba, enfadada, hablando consigo misma.

Me costaba admitirlo, pero me alegraba oír eso de que éramos amigos. Al menos ya no me sentía tan solo.

Guiada por el sonido de un piano un poco desafinado, logré encontrar la cabina de ensayo donde estaba Yoongi. Tocaba algunos acordes sin mucho esfuerzo con la mano izquierda y una melodía probablemente improvisada con la diestra. Miraba por la diminuta ventana de la sala, distraído. Ni siquiera se fijaba en las teclas que tocaba. Di un par de golpecitos en la puerta antes de entrar. Se giró como si hubiera escuchado un disparo a su lado.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunté, más que nada para romper un poco el hielo. Estaba un poquito nerviosa. El espacio de las cabinas de ensayo era muy reducido, y antes de ir al conservatorio había visto la escena de un drama donde un chico enseñaba a una chica a tocar el piano y acababan besándose. Mi objetivo, obviamente, no era besar a Yoongi, así que no me sentía nerviosa por eso, pero me resultaba incómodo estar con él en un sitio tan pequeño. No me gustaban los espacios tan cerrados. Además, era mi primera clase particular de piano. Si Yoongi hubiera sido cualquier otra persona y no mi amigo, me habría sentido igual. De hecho, habría sido mucho peor si hubiese sido un profesor mucho más mayor o simplemente un desconocido.

Él negó con la cabeza, agitando su flequillo negro y respondiendo a mi pregunta. Dejé mi mochila en el suelo y saqué las partituras para piano que mi profesora me había entregado. Yoongi me las arrebató de las manos para hojearlas y soltó una risilla.

—¿En serio?

Se refería a la facilidad de las partituras. Eché un rápido vistazo a la sala antes de protestar, y entendí por qué lo hacía: las suyas, tiradas junto a su mochila, en el suelo, parecían un cuadro de arte moderno más que una partitura. Todas las notas amontonadas, las advertencias apuntadas a lápiz, los

tachones e incluso lo arrugado que estaba el papel denotaban la dificultad de la obra. Eso significaba que tenía que ensayar mucho para perfeccionar la pieza. Mis partituras eran todo lo contrario... estaban limpias y sin arrugar.

—¿Qué esperas? Es mi primer año de piano. ¿Pretendes que toque Chopin?
—Vi cómo Yoongi se levantaba de la banqueta del piano y me miraba como si le molestara enormemente tener que moverse—. Puedes quedarte ahí...

Él arrastró la única silla de la sala hacia el piano de mala gana. Se sentó en ella, dejando la banqueta de color negro libre para mí. Algo reticente, tomé asiento.

—Empieza.

—Señor que todo lo oye y todo lo ve, qué exigente se ha vuelto —dije. Me reí al ver su expresión de «estoy a un segundo de perder la paciencia contigo».

Yoongi se cruzó de piernas y señaló el teclado.

—Se supone que has venido para que te ayude, ¿no?

—Vale, vale. Eh... —Me froté las manos en la pernera del pantalón varias veces. Solía hacerlo cuando estaba nerviosa, me sudaran o no las manos—. ¿Y qué hago?

Yoongi pasó sus manos por la mitad derecha del teclado. Inició su modo ultra-sarcástico.

—¿Ves esto? —dijo, refiriéndose a las teclas—. Se llama teclado. Cuando pulsas alguna tecla —tocó una al azar, blanca— ¡suena una nota! Impresionante, ¿verdad? Y eso no es todo. Cada tecla blanca es una nota de la escala, y las negras son notas alteradas. Y esto —señaló la caja negra de resonancia— se llama piano.

Resoplé.

—No me hables como si fuera una niña pequeña.

—¿Por qué, Aerin? —dijo, con un tono típico de una madre hablándole a su bebé. Intentó revolver mi pelo como si fuera una maldita cría de cuatro años sentada delante de un piano de pared, pero yo me eché hacia atrás rápidamente. Protesté, mirándole con el ceño fruncido—. ¿Qué?

—¡Para!

—No.

—Yoon... —Puse los ojos en blanco. Consiguió despeinarme. En su rostro se dibujó un puchero y arrugó la nariz. El único que parecía un niño pequeño era él—. Bien. ¿Te sientes realizado?

—Sí —contestó. Yo, mientras tanto, intenté colocar todos los mechones de

pelo en su sitio. Yoongi hizo ademán de volver a poner la mano en mi cabeza y revolver mi melena otra vez, pero se contuvo.

—¡Quieto! No quiero salir en las noticias por un asesinato.

—¿Vas a empezar a tocar el piano o vas a tocarme la flauta?

—Yoongi...

—Yoongi —repitió, con sorna, burlándose de mí, pero mirándome serio.

—Te veo muy desesperado.

—Me gusta la música barroca para flauta.

—Sácala.

—¿Mi flauta?

—Esto no va por muy buen camino.

—Es culpa tuya.

—Es culpa tuya por decir que toque la flauta —repliqué.

Me dio un golpe cerca del codo, animándome a tocar alguna tecla de una vez.

—Vamos. Olvidemos esta conversación sobre flautas.

—¿Qué toco?

—Lo que quieras, prefiero no darte ideas. —Yoongi se encogió de hombros y se rio suavemente—. Empieza por la que te parezca más fácil.

Busqué la partitura de «Estrellita del lugar» con rapidez. La dejé apoyada en el pequeño atril del piano. Situé bien las manos sobre las teclas correctas... O al menos eso creía.

Yoongi se inclinó hacia mí para empujar mis manos con un golpecito y colocarlas en el lugar correcto. Lo miré un tanto perpleja. Él enarcó las cejas, impaciente, y me pidió en silencio que empezara de una vez a tocar el piano. Carraspeé. Logré terminar la pieza un rato después, tras dar muchas notas falsas y soltar quejidos frustrados. Me giré hacia Yoongi, como preguntándole «¿qué tal lo he hecho?».

Él suspiró.

—No ha estado tan mal para ser una pieza que tocan los niños de cuatro años.

—¿En serio?! —exclamé—. Viniendo de ti, es un grandísimo cumplido. — Me llevé las manos al pecho y, como él, suspiré, pero de puro alivio—. Me siento Mozart.

—Si tú eres Mozart, yo soy el jodido Tupac.

—¿De qué siglo es ese compositor?

Yoongi me miró con los ojos tan abiertos que pensé que iban a salirse de las órbitas. Hizo ademán de levantarse de la silla —para tirármela a la cara, quizá—, pero se quedó quieto. Apretó los dientes con rabia. No sabía que algo así podía ofender, aparentemente, a una persona. Me resultaba divertido poner a Yoongi a prueba, aunque también era consciente de que no debía acabar con su paciencia... Aunque creía que él era capaz de tirarme al vacío, algo me decía que, en el fondo, se sentiría culpable hasta de levantar la voz.

—¿Cada minuto que pasa te vuelves más estúpida? —protestó—. Me parece impresionante que no sepas quién es Tup...

—Tranquilo —me reí—. Sé quién es Tupac. Bromeaba.

—Vaya, ¿en serio? —Me miró entre escéptico y ofendido. Yo asentí—. No te creo. Solo intentas arreglar las cosas.

—Fue un rapero. Lo asesinaron... O algo así. Un tiroteo. No estoy muy segura. ¡Es que soy más de Beethoven...!

La expresión de «voy a darte un sillazo en la cara» de Yoongi fue poco a poco convirtiéndose en su expresión neutra de siempre. Hizo una especie de mueca. Seguramente no sabía muy bien qué decirme; le sorprendió que yo supiera quién era aquel rapero porque no tenía pinta de saber nada que no tuviera que ver con «grupos prefabricados» como él los llamaba. Se frotó el cuello antes de volver a señalar el teclado del piano.

—Empezabas a decepcionarme —dijo.

—Nunca decepciono —solté yo, segura de mí misma por una vez en mi vida.

Se aproximó a mí sin previo aviso y me quedé sin respiración. Tenerle tan cerca me ponía nerviosa. Aunque no se acercó demasiado, el espacio, que de por sí ya era demasiado limitado, se redujo a unos escasos centímetros. Me quedé tan quieta y tiesa cuando noté su mano cogiendo la mía que perfectamente podría haber hecho el trabajo de una columna y sujetar una pared. Yoongi arqueó mi mano izquierda, la más cercana a él, con cuidado y suavidad. Estaba tranquilo, como si lo hiciera todos los días y todas las horas de su vida. Luego golpeó con su rodilla la mía, obligándome a retroceder un poco.

—No deberías estar tan pegada al piano, y coloca la mano así en vez de dejarla tan rígida, para tener un poco de movilidad... —Se dio cuenta de que todavía sostenía mi mano. La dejó caer sobre el teclado. Aporreé el piano sin querer y pulsé cuatro teclas a la vez, haciendo que sonara un molesto acorde.

Yoongi fingió que no había ocurrido nada—. Eso, no te quedes como una muñetera muñeca.

—Vale. Tienes las manos suaves —comenté. Mi mente no lo procesó mucho y lo solté sin pensar.

—Obviamente.

—¿Utilizas alguna crema?

—¿Quieres tocar el maldito piano como te he dicho?!

Asentí con rapidez.

—Tranquilo. Respira hondo. Inspira...

—Eres idiota.

—Espira...

—¿Puedes parar?

—Inspira... Espira... ¡Vamos, hazlo! —Agité a Yoongi—. Inspira...

Él gritó molesto, frustrado, cabreado, harto y hasta cansado. Cogió mis muñecas con fuerza, bruscamente, posó mis manos sobre el teclado y esperó a que volviera a tocar la misma pieza.

—No sé cómo he llegado a considerarte mi amiga —dijo para sí mismo.

Intentó mantener la calma. Tenía la sensación de que él era incapaz de enfadarse conmigo, puede que porque se sentía cómodo y seguro cuando estábamos juntos. Yo intenté no reírme, pero al final acabé haciéndolo con la frente pegada a las teclas frías del piano. Yoongi, por su parte, se limitó a ocultar una risilla. Después volvió a fingir estar molesto, me golpeó con las partituras en la cabeza varias veces y me dijo que no iba a volver a darme clase nunca más.

Claramente, mentía.

El tiempo pasó volando, así que cuando quisimos darnos cuenta ya era hora de que cada uno acudiera a sus respectivas clases. Yoongi tenía clase de piano, yo de flauta... Y no quería enfrentarme a la realidad. Estuve a punto de preguntarle si quería irse de allí conmigo, pero él parecía estar muy interesado en interpretar aquella partitura pintarrajeada, así que no me quedó otra que coger mi mochila y salir de la cabina de ensayo arrastrando los pies. Me despedí de Yoongi con un mero «hasta mañana» al que él correspondió con un gesto desganado, como siempre.

El edificio del conservatorio era enorme, un mazacote de cemento cercano

al campus universitario. De no ser porque era un día triste y nublado, la luz natural entraría por unas enormes cristaleras e iluminaría las escaleras que unían cuatro pisos. A veces me preguntaba por qué era un lugar tan grande y espacioso; muchas veces, como los pasillos eran tan anchos, daba la sensación de que allí casi no había gente.

Bajé al segundo piso, donde se encontraban las clases individuales. Tenía ganas de abrir una ventana y tirarme. Era una opción bastante dramática, pero la presión empezaba a acumularse en mi pecho... y no era una buena señal — tampoco algo bueno para tocar la flauta.

Suspiré con la intención de deshacer el nudo que se había formado en mi garganta y que aprisionaba mi pecho. A veces, la presión era tanta que empezaba a respirar con dificultad y, como consecuencia, sentía mareos. Si me hubiera sentado delante de un psicólogo a aquella edad, enseguida habría llegado a la conclusión de que no eran simples nervios. No era normal que alguien que estaba estudiando música casi desde la primaria se sintiera así, pero en un país donde prima el esfuerzo y el trabajo, lo mejor que podía hacer era callarme y entrar en la clase con una sonrisa.

No fui consciente de que tenía problemas de ansiedad hasta que, años después, estudié los síntomas; todos coincidían. Era algo de lo que nunca se hablaba. Tener ansiedad era una idiotez, algo de críos y que se podía superar con un par de tilas y aprendiendo a controlar tus nervios... Y claramente, era tu problema. No importa cómo te sientas, solo importa lo que haces y lo que produces. El estrés se llevaba miles de vidas al año, y puede que al mes, pero no se consideraba un problema de salud pública, simplemente era un tabú. Quien sufría de ansiedad, depresión o similares tan solo era un loco, alguien que no sabía controlar bien sus emociones. ¿Y lo peor de todo? Que todos los coreanos pensaban igual, incluso los psiquiatras. Todo el mundo era uno, y quien se atrevía a hablar abiertamente de esos «problemas» solo recibía burlas y malos comentarios.

Por eso la Aerin adolescente hacía lo que podía y seguía hacia delante: eso era lo que enseñaban a la gente. No importa cómo estés, tienes una meta y tienes que cumplirla.

Las clases, por muy prácticas que fueran, siempre terminaban siendo rutinarias, aburridas y un completo muermo. Montaba mi flauta, ponía un atril frente a mi profesor e interpretaba la partitura hasta que él me interrumpía porque había hecho algo mal. Siempre había algo que corregir: la postura, una

nota un poco más desafinada que otra, un crescendo o cualquier cosa de la que no me había dado cuenta pero que no pasaba desapercibida al ojo avizor de mi profesor. Me parecía un tanto irónico que aquel hombre, un tío de treinta o casi cuarenta años, me repitiera constantemente que la perfección no existía... y tenía la osadía —o los huevos, mejor dicho— de corregirme hasta los pestaños. Si la perfección no existe, ¿por qué todo el mundo quiere alcanzarla?

Y luego, tras el «tienes que hacer esto y esto», llegaban las palabras que siempre caían como si fueran un jarro de agua fría:

—Aerin, puedes hacerlo mejor.

Me limitaba a asentir y a agachar la cabeza cuando en realidad lo único que pensaba era: «¿Y si esto es todo lo mejor que lo puedo hacer?».

En una ciudad tan grande como Seúl en la que muchos compartían los mismos sueños, en un país donde cualquier estudio es más una competición por ser el mejor, no había cabida para la mediocridad. O eras el mejor o no servías para nada; daba igual el talento y el esfuerzo, por muy sobrehumano que fuera. Eras uno del montón, y pensar que yo era tan corriente como miles o millones de personas que vivían en la misma península me hacía perder la esperanza. No era buena en nada. No era capaz de encontrar mi propio camino. Por muy extravagante que fuera mi calzado rosa chillón, o por mucho que brillara mi sombra de ojos tras el cristal de mis gafas, iba a ser una más.

Salí de la clase tras recoger cabizbaja mis partituras y despedirme con una exagerada reverencia. A veces, con la excusa de que había que respetar a los mayores y a los docentes, ni siquiera te decían adiós. Cerré la puerta con cuidado de no golpearla y me eché la mochila al hombro con un largo suspiro.

Quería convencerme de que ser una chica corriente no era para tanto y de que podía ser capaz de controlar aquella presión que se agolpaba en mi pecho cada vez que me acercaba a clase, así que no dejé de pensar en ello mientras bajaba las escaleras.

—Si sigues mirando al más allá vas a caerte.

Reconocí la voz, a mi espalda, y al girarme bruscamente para ver de quién se trataba estuve a punto de tropezar. Fui rápida y me agarré al pasamanos. Yoongi agitó la cabeza, como diciendo: «No tienes remedio».

—Pensé que tus clases terminaban más tarde —le dije, bajando a la par los escalones.

Yoongi se encogió de hombros. Ninguno de los dos supimos continuar con

la conversación, así que caminamos en silencio hasta la salida del enorme edificio de hormigón.

Me abracé a mí misma al poner un pie en la calle. Yoongi también se encogió por culpa del frío. Además, para empeorar las cosas, soplaban un viento fuerte que llevaba de aquí para allá las hojas que habían caído a los pies de los árboles.

—Odio el frío —le oí decir entre dientes.

—Creo que es una buena hora para tomar un café caliente —solté—. ¿Qué te parece?

—¿Crees que voy a decir que no?

Eso era un claro sí, por eso cambiamos de rumbo y nos encaminamos — como pudimos— hacia una tienda de conveniencia. Había bastantes cerca de la orilla del río Han, y mucha gente, sobre todo jóvenes, se acercaban a ellas para comprar algún aperitivo con el que aguantar las horas de estudio. A pesar del viento, logramos llegar sanos y salvos a la primera tienda. Era un local más bien grande con una pequeña terraza cerrada desde donde se podía ver perfectamente la otra orilla del río.

El hombre que trabajaba tras el mostrador nos saludó con un tono entre robótico y cansado. Estaba leyendo una revista y no parecía muy interesado en su trabajo; podríamos robar media tienda y el hombre nos ignoraría por completo. Sin embargo, me dirigí rauda y veloz al pasillo de las bebidas, alcohólicas y no alcohólicas, e hice una seña para que Yoongi me siguiera. Nos situamos frente a una estantería llena de latas. Señalé un par de ellas en concreto.

—Dos latas por mil quinientos won. —Las cogí de la estantería y las sujeté entre mis brazos—. Además, puedes tomarlas frías o calientes. Las tiendas de conveniencia ocultan muchos secretos, Yoongi.

—Te dije que lo de África Central era una broma, no te creas que...

Agarré su muñeca —para soltarla casi al instante— e hice que me siguiera otra vez. Sin decir nada, empecé a agarrar dos unidades de cada producto que veía: bolsas de ramen, arroz precocinado, kimchi envasado, zumo y chocolatinas. Cogí tantas cosas que mis brazos no abarcaban más, así que algunas se cayeron al suelo. Yoongi, quejoso como un abuelillo, se agachó para recogerlas.

—Tienes que aprender a comprar si quieres vivir en Seúl —solté. Yoongi se aseguró de que una cesta vacía abandonada en medio del pasillo no era de

nadie y echó las cosas en ella tirándolas sin cuidado. Después me obligó a hacer lo mismo con lo que llevaba entre los brazos. Llevó la cesta consigo—. En las tiendas de conveniencia siempre hay dos por uno. ¡Mira, helados de oferta!

—Creo que, aunque estén de oferta, no debería comprar compulsivamente... —me dijo mientras me observaba llenar la cesta de helados de melón. Al cruzar la mirada con la suya, reprobadora, los dejé de vuelta en el congelador.

—Bueno, sí, tienes razón. A lo que iba: dos por uno, rebajas de precio porque la fecha de caducidad está al caer... ¡Todo chollos! Además, los baños suelen estar limpios y son gratis.

—¿Quién quiere entrar en los baños de una puñetera tienda de conveniencia?

—Yoongi, sé realista. Y si tienes... ya sabes, ganas imperiosas de hacer tus necesidades, ¿qué harías?, ¿entrar en los baños de la tienda o mear entre dos coches?

No pudo rebatir mi argumento, así que puso los ojos en blanco.

—Vale. Ofertas y baños en los que probablemente pueda pillar una infección. ¿Qué más?

—La máquina de agua caliente. —Señalé las mesas situadas en la terraza, que se podían ver a través del escaparate—. ¿Ves? Justo al lado hay una máquina de agua caliente para que puedas preparar el ramen que acabas de comprar. Ah, también hay microondas y una máquina de café...

—¿De verdad crees que vengo de un país subdesarrollado o...?

—Chist. —Me llevé el índice a los labios. Probablemente también existían tiendas como aquella en la ciudad de la que él provenía, pero continué de todas formas—: Y lo mejor de todo: máquina de café, como las de las oficinas. Te ahorras casi tres mil won y tienes un vaso de café calentito. ¡Es la clave del ahorro!

Me miró sorprendido, quizá por mi entusiasmo repentino. Sí, era una tienda sin más, con comida precocinada para salir del paso y una cantidad enorme de bebidas con gas, pero me emocionaba poder enseñarle a alguien lo que yo había aprendido sola.

—¿Cómo...? —Yoongi frunció el ceño e inspiró, como si quisiera secar el exceso de saliva en su boca—. ¿Cómo sabes todo esto si puedes gastarte el dinero en infusiones raras y cafés en una cafetería de las caras? Si yo tuviera tanto dinero como tú, no pisaría una de estas tiendas.

Entorné los ojos, confusa.

—Pues... no lo sé... Bueno, tampoco soy millonaria, ¿sabes?

—Ya, pero puedes permitirte hasta lo que no está de oferta.

Sus palabras, como casi todo lo que decía, me dejaron pensativa, sin saber qué contestar. Mi cabeza se puso a trabajar y ató cabos: Yoongi vivía al otro lado de las vías, en uno de los barrios más humildes de Seúl, donde alquilar un apartamento no era motivo de venta de órganos en el mercado negro y donde no existían ni una sola franquicia o grandes almacenes. Yo, sin embargo, vivía en un edificio de quince pisos de altura y hasta servicio de portería. Lo que decía él cobró sentido enseguida.

Me impresionó saber que Yoongi, según mis sospechas, podía permitirse poco más de lo que yo comía en una sola tarde. Entonces comprendí o al menos imaginé por qué estaba tan delgado. Existían un montón de factores que influían en lo delgada que podía estar una persona, como por ejemplo el deporte, pero sabía que Yoongi no competía ni entrenaba. Sentí lástima, pero conociéndole supe de sobra que no le iba a gustar ni un pelo que lo demostrara. Callé y fingí que todo estaba correcto. Además, yo no era ninguna samaritana —me autoconvencí de ello; no quería echar por tierra mi principio de la simbiosis—.

—Tampoco te pases, tengo que ahorrar para la universidad. —Moví la mano para restarle importancia.

Caminamos hacia el mostrador. Arrebaté la cesta llena de productos a Yoongi y empecé a dejarlos encima, esperando a que el buen señor que nos había saludado empezara a pasarlos por la caja registradora. Mientras el precio que marcaba la caja iba aumentando, oí suspirar a Yoongi.

—Debería dejar el ramen y comprarme una botella de soju...

Moví la cabeza y dejé que se quedara mirando las botellas verdes de licor. Como si así me sintiera mejor conmigo misma o como si fuera un acto de agradecimiento por las clases, pagué todo (desde los cafés en lata hasta unos chicles que añadí en el último momento) y lo metí en una bolsa de plástico negra.

—Eh, Yoongi, deja de imaginar tu vida como alcohólico y vámonos.

Como era costumbre, nos despedimos del hombre que trabajaba allí con una reverencia y salimos a la pequeña terraza. Era habitual que, dentro o fuera de las tiendas de conveniencia, hubiera una pequeña zona para sentarse y preparar lo que habías comprado; era suficiente con un par de mesas. No había

nadie, así que quedó comprobado que éramos los únicos idiotas capaces de sentarnos allí tan solo con una chaqueta de punto. Saqué los paquetes de ramen instantáneo de la bolsa y le tendí uno a Yoongi. En silencio, añadiendo agua caliente de un pequeño dispensador, preparamos lo que se podía considerar nuestra cena. Él me miró algo ofendido.

—¿Echas primero las especias?! —exclamó, incrédulo.

—¿Qué quieres que haga?! ¡Sigo las instrucciones! —Señalé con insistencia el envoltorio.

—¿Qué clase de persona lee las instrucciones de un ramen instantáneo? Es como leer las instrucciones de un champú... Todo el mundo sabe cómo se utiliza.

Yoongi negó con la cabeza y continuó preparando —a su manera— la mezcla. Dejamos que los fideos se cocinaran, nos sentamos en una de las mesas de plástico bastante descolorido y saqué las latas de café. Quizá no era muy recomendable mezclar café con fideos y kimchi, pero decidimos vivir al límite.

Después de tenderle una de las latas a Yoongi y dar el primer sorbo al café, que estaba más bien templado, miré hacia la orilla del río, por donde paseaban algunas personas en bici, y dejé que se me escapara un largo suspiro.

—¿A veces no sientes como una presión enorme cuando tienes que tocar el piano? —pregunté sin motivo aparente.

Yoongi, para mi sorpresa, no negó con la cabeza o soltó una tajante contestación. Tampoco respondió con otra pregunta, algo muy común en él. Se tomó su tiempo para responder a la pregunta.

—Sí, pero es normal; todo el mundo se siente nervioso cuando tiene que subirse a un escenario...

—Pero, quiero decir —lo interrumpí—, cuando estás en clase, con tu profesor, o... simplemente cuando estás solo. ¿No sientes presión por hacerlo bien?

Entornó los ojos, como si estuviera descifrando lo que le decía. Abrió la boca para decir algo, se quedó un par de segundos sopesando sus palabras y, finalmente, contestó:

—Sí. Es como...

—¿... que no quieres decepcionar a la gente? —terminé la frase.

Él asintió y, acto seguido, se puso a ver si sus fideos ya estaban cocinados mientras yo, en el fondo, me sentía aliviada por no ser la única que se sentía

así. Podíamos ser dos personas completamente distintas, viviendo en lugares muy diferentes y hasta proceder de familias que no tenían nada que ver, pero eran esas diferencias las que al final nos hacían iguales.

—Por cierto —añadí, más bien para cambiar de tema que para cualquier otra cosa—, espero que algún otro día me des clases de piano... ¿Qué te parece los jueves?

—Pero que no se te olviden los cafés. Simbiosis —me recordó Yoongi con algo de sorna a pesar de que su semblante estaba completamente serio.

—Sí, sí, simbiosis. ¿Trato hecho?

Volvió a asentir. No parecía muy convencido, pero yo me lo tomé como un sí rotundo.

Pronto, tanto Yoongi como yo encontramos una rutina: cada jueves, antes de acudir a nuestras clases, nos encontrábamos en la misma cabina de ensayo, después los dos nos encontrábamos «casualmente» al final de las escaleras y caminábamos de camino a casa recorriendo las anchas avenidas de Seúl.

Hacía bastante frío, la noche había caído rápido y yo me moría por comer algo de ramen. Yoongi y yo caminamos con rapidez para poder resguardarnos lo antes posible. Los dos andábamos con un vaso de café en la mano; como ya era costumbre, compré unos cafés a la salida de aquellas clases particulares. Era parte de nuestro trato, pero se me olvidó pronto, y a Yoongi seguramente también. Compraba nuestros cafés de vuelta a casa sin recordar que lo hacía a cambio de una ayudita con el piano.

Caminamos un buen rato. Por alguna razón, era incapaz de quitarme de la cabeza la imagen de las manos —suaves— de Yoongi sobre las mías. Era el tercer día que él accedía a darme una clase extra de piano, aunque dijo que nunca lo volvería a hacer. Lo primero que pensé cuando me di cuenta de que no dejaba de mirar sus manos sujetando el vaso fue que eran bonitas; las típicas manos de pianista. Luego, empecé a llamarme estúpida por estar mirando fijamente sus dedos. Después me recordé a mí misma que tenía cosas mejores que hacer en vez de pensar en lo suave y cuidadas que estaban las manos de Yoongi.

—¿Podemos volver en metro? —preguntó él, bostezando. Yoongi, de vez en cuando, se saltaba algunas de sus clases en el conservatorio. No quise preguntarle... Le gustaba la música y, a juzgar por lo mucho que ensayaba, le encantaba tocar el piano. Supuse que no se saltaría las clases así como así, que tendría que haber un motivo de peso, y como era más bien reservado, no quise incomodarle. Se le notaba cansado y un tanto alicaído.

Suspiré, resignada.

—Está bien.

Tuvimos que dar la vuelta para ir por una calle distinta y llegar a la estación de metro más cercana. Siempre volvía a casa en autobús, así que me costó bastante encontrar la línea que teníamos que coger —estuve mirando el mapa del colorido entramado de las líneas del metro durante unos cinco minutos—. Yoongi, que descubrió antes que yo que la línea 4 paraba en una estación que estaba relativamente cerca de mi casa, se marchó hacia las máquinas para sacar su billete, dejándome atrás. Tuve que correr para alcanzarle.

—¡Gracias por esperarme! —le dije con bastante sarcasmo.

Yoongi daba zancadas largas hacia las escaleras mecánicas, como si estuviera huyendo de mí. Se hizo a un lado para dejar paso a algunas personas que llevaban algo más de prisa. Yo tropecé con uno de los escalones. Me retiré algunos mechones de pelo de la cara con rapidez, fingiendo que no había estado a punto de caerme en las escaleras mecánicas. Yoongi, un par de escalones por delante, se reía.

Nuestra amistad había sustituido las conversaciones incómodas por otras que consistían básicamente en hacernos rabiarse el uno al otro. Tras alcanzarle, nos sentamos en uno de los bancos metálicos del arcén. Yoongi se quejó varias veces de lo mucho que tardaba el metro mientras resoplaba con la cabeza apoyada en la pared. Yo saqué mi teléfono. Tenía dos llamadas perdidas de mi madre, nueve mensajes de chat y un SMS. Le envié un mensaje corto, diciendo que estaba bien, en mis plenas facultades mentales y que no corría ningún tipo de peligro. También le dije que estaba con Yoongi, pero eso le importaba más bien poco. Mi madre se alegraba de que por fin su hija asocial y sarcástica tuviera un amigo igual de asocial y sarcástico. A mi madre, Yoongi le parecía un chico simpático y educado. Además, cuando se enteró de que me ayudaba con la armonía y de que tocaba el piano, estuvo a punto de hacerle un altar. No me habría extrañado nada que mi madre hubiera adoptado a Yoongi en un arrebato de locura... A aquel paso iba a terminar siendo de la familia. Sin embargo, mi padre era otro tema. No hablábamos mucho, pero estaba segura de que se fiaba más bien poco de Yoongi.

Esperamos un par de minutos. Oí el chirrido típico del metro, y al cabo de unos segundos, vi cómo un vagón blanco entraba en la estación. Yoongi se levantó tan deprisa que estuvo a punto de tirarme al suelo. Trastabillé otra vez antes de llegar a las puertas abiertas del metro. Seguí a Yoongi hacia unos

asientos libres, donde se dejó caer sin darse cuenta de que Soyoung estaba delante, escuchando música con los auriculares. No se fijó en nosotros. Yoongi tampoco reparó en ella.

El único hueco que quedaba libre estaba al lado de la pared. Me senté en él. Era la primera vez que me sentaba tan cerca de Yoongi, aunque no me importó demasiado.

El metro se puso en marcha. Yoongi se incrustó los auriculares en las orejas, subió al máximo el volumen de su música y se quitó la mochila. La dejó en el suelo. También se quitó la chaqueta. Pensé que iba a dejarla sobre mi regazo, como un buen caballero, pero la utilizó para tapar sus piernas. Una parada después, Yoongi ya se había quedado dormido. Estaba prácticamente demostrado que yo veía demasiadas películas y que él iba a tener tortícolis si no enderezaba un poco el cuello.

No me atreví a colocar bien su cabeza para que no se hiciera daño. Con una mueca e intentando no moverme demasiado, también me quité la mochila y la chaqueta. Dejé la primera a mis pies, y con la americana azul me tapé las piernas. Las tenía heladas.

Con el ligero vaivén del metro, empecé a adormilarme. No lo entendí muy bien; acababa de tomarme un maldito café y estaba quedándome dormida en un medio de transporte público, con gente a mi alrededor... Y Yoongi a mi lado, durmiendo como un jodido lirón.

En algún momento llegué a cerrar los ojos. Antes de quedarme dormida, noté un golpecito en la frente. Me di contra la cabeza de Yoongi y terminé apoyándome en ella.

Zorra 2



Foto 23:14
aerin no sabía estooo 23:14
sois novios? 23:14
yoongi y tú 23:14

lo primero, quién te ha dado
permiso para sacar esa foto? 23:20
lo segundo, no 23:20

no somos novios 23:20
ahora vete a meterte en la vida
de otros, gracias 🙌🙌❤️ 23:20

es extraño k seáis tan cercanos en tan poco tiempo 23:24

has leído lo de arriba? 23:30

aerín solo quiero hablar contigo 23:30
entonces no sois novios? 23:30

tu nivel de comprensión lectora es de menos un millón 23:30
he dicho que no 23:30

mejor 23:31
pork yoongi es mío mío mío 😊😊😄😄 23:31

guay 23:37
espero que no te lleves una decepción
cuando te diga que las chicas sin neuronas
no son lo suyo 😊😊😊 23:37

será mi novio antes d primavera 23:38

#RIPyoongi 23:39

sois amigos con derechos? 23:40

ya le he tocado la flauta 🐵🐵 23:40

no t kreo 23:42

pregúntaselo 😐😞 23:42

fue maravilloso 23:42

Era uno de esos días grises, nublados, fríos... el típico día otoñal en el que mis ganas de hacer algo productivo se reducían a cero. Suspiré cansada y me levanté arrastrando la silla contra el suelo de madera. Aunque sabía que le importaba una mierda dónde fuera, dejé una nota escrita a lápiz en el cuaderno de Yoongi, en la que le informaba de que iba a buscar algún libro que me sirviera para acabar mi trabajo de Platón. En caso de que aquel dichoso lirón reencarnado en un humano que odiaba la purpurina despertara, vería la nota y volvería a dormirse. Siempre me preguntaba si Yoongi dormía por las noches o se dedicaba a vete tú a saber qué... Era capaz de dormir en cualquier momento, en cualquier lugar y en cualquier circunstancia. Parecía más un superpoder que un hándicap.

Por un momento abandoné la sala de estudio de la biblioteca. La mayoría de la gente, estudiantes de último año como nosotros, acababa de llegar. Yoongi y yo, por unos cuantos días, abandonamos los pasillos del conservatorio y cambiamos de aires de una forma algo forzosa: se acercaban los exámenes parciales del primer trimestre, lo cual significaba que la gente sumaba tres o cuatro horas más a sus interminables jornadas de estudio. Yo incluida. Empezaba a notar el estrés, la falta de cafeína en mi organismo, los nervios... Nadie quería meter la pata en ningún examen, ni siquiera en los parciales. Desde pequeña me habían inculcado que «si no eres la mejor en todo, no eres buena en nada», y al parecer se lo habían dicho a todos aquellos que estaban en la etapa estudiantil. Todos competíamos por ser el que mejor nota sacara en la prueba de acceso a la universidad y, claramente, tener mayores posibilidades de estudiar lo que quisiéramos en la mejor facultad.

Estiré los brazos mientras caminaba por un pasillo desierto y amplio. Todo el mundo estaba ocupado repasando sus apuntes y copiando algunos nuevos.

No me molesté en saludar al hombre que leía algo tras un pequeño mostrador; simplemente le pregunté en un susurro dónde estaban los libros de filosofía, una de las asignaturas que más me gustaba. Me señaló una estantería en concreto. Fui hacia ella dando zancadas largas, pero me paré en seco a medio camino al reconocer el uniforme de mi instituto y las gafas cuadradas de Haneul, que estaba acucillada buscando algún libro en los estantes más bajos. Chasqué la lengua. Estuve a punto de darme la vuelta para no tener que enfrentarme a ella.

Es impresionante lo que puede hacer una persona contigo sin llegar a tocarte un pelo. Haneul era una chica que, a pesar de ser corpulenta, no daba la imagen de ser tan cruel; de hecho, resultaba hasta entrañable. Era aparentemente educada, pero en realidad era capaz de hacer lo imposible solo porque alguien no era de su agrado. Y sí, hizo exactamente eso conmigo.

Empezó dejándome de lado los primeros meses de la secundaria. Como Haneul era la única persona que conocía de la primaria, me quedé sola. Y quien se queda solo es el que pierde. Después empezaron las bromas. Al principio solo las gastaba ella y me llamaba cosas que no me parecían muy graves: «gafotas, jirafa, fea»... Después empezó a hacerlo todo el mundo. Luego llegaron los empujones, las risas a mis espaldas, las burlas de todos... Mis cosas desaparecían de mi pupitre y de mi taquilla, me ponían la zancadilla en los pasillos, me tiraban del pelo si se sentaban detrás de mí e incluso cosas peores. Obviamente, yo no quería ir a clase. En casa me pasaba todo el rato llorando y tenía tanta ansiedad que apenas podía levantarme de la cama.

Al final todo se resolvió con una charla del director a Haneul y algunas de sus amigas —entre las que estaba Soyoung— y con un «No es nada, es cosa de adolescentes».

Cuando empecé el bachillerato decidí que no iba a volver a quedarme parada, que no iba a callarme y que iba a defenderme de sus burlas. En cuanto les contesté diciendo que no me importaban sus mierdas, me dejaron en paz.

A pesar de las dudas y de las ganas de volver a la mesa donde estaban mis cosas, me decidí a encontrar algún libro para terminar mi trabajo sobre Platón.

Haneul se puso de pie justo cuando yo llegué a la estantería. Chocó conmigo —esperé que no fuera a propósito— y me miró sintiéndose superior a mí. Alcé una ceja. Me giré sin decir nada, paseé las yemas de los dedos por los lomos de los libros, buscando algún título interesante, e ignoré a aquella chica de metro y medio.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con su irritante voz.

Resoplé.

—¿Algo que normalmente se hace en una biblioteca? —respondí, desganada. Intentaba sonar indiferente para ocultar lo mejor posible mi miedo.

No vi su expresión, pero estaba segura de que había hecho una mueca de fastidio. Sabía que odiaba que yo respondiera con tanta ironía.

—¿Y por qué estás aquí cuando estamos nosotras?

Bufé.

—No sabía que esta biblioteca te pertenecía.

Puso los ojos en blanco, molesta. Yo encontré un libro que me pareció bastante útil. Lo cogí y me giré, dispuesta a irme. Haneul me detuvo, pisando el talón de mis preciosas Adidas rosas. Traté de mantener la calma.

—¿Qué tienes con Yoongi? ¿Sois novios?

Me reí. Estaba más que segura de que preguntaba por la foto que su amiguita del alma me había enviado la noche anterior.

Cuando volví a casa y cargué mi teléfono, tenía un mensaje de Soyoung: era una instantánea en la que estábamos Yoongi y yo, sentados en el vagón de metro, juntos, con las chaquetas de nuestro uniforme en el regazo y las manos bajo ellas para guardar el calor. La foto captaba el momento exacto en el que mi cabeza se había apoyado contra la de Yoongi. Su rostro era fácil de identificar, pero el mío no ya que mi melena castaña lo ocultaba. ¿El error? Las zapatillas rosa neón, como de costumbre. Consideré deshacerme de ellas.

—¿Tenemos que ser necesariamente novios?

Nunca había llegado a entender por qué siempre se daba por hecho que un chico y una chica eran novios si eran bastante cercanos. Yoongi era solo mi amigo, pero al parecer la gente no acababa de creérselo. Había ocupado el lugar de mi mejor amigo porque era el único que tenía. Triste pero cierto. Nos habíamos conocido hacía unos cuantos meses, ¿y ya creían que teníamos algo más que amistad?

—No sé. Siempre estáis juntos —argumentó.

—Tú y Soyoung también estáis juntas siempre. ¿Sois novias? ¿Os besáis? ¿Os...?

Me miró ofendida.

—¡Claro que no somos novias!

—Pues Yoongi y yo tampoco. —Me encogí de hombros, le dediqué una sonrisa radiante pero fingida y me marché de allí antes de que la muy idiota de

Haneul me siguiera hasta la sala de estudio.

Volví a la mesa que compartía con Yoongi. Estaba alejada del resto, y a pesar de que la biblioteca estaba llena, los sitios que teníamos a nuestro lado todavía se encontraban libres. Era como si tuviéramos la peste, pero, si miraba el lado bueno, eso significaba que no nos iba a molestar nadie, ni siquiera los típicos pedantes que te mandaban callar cuando te oían toser.

Dejé el libro que había elegido sobre la mesa, me senté en la incómoda silla de madera y suspiré al ver a Yoongi en la misma posición que antes. Siempre se quedaba dormido en la mesa con los brazos estirados hacia delante y la cara hundida en ellos. Solo veía su espalda y su pelo negro azabache. Miré hacia una de las ventanas rectangulares que se encontraban a lo lejos; ya empezaba a oscurecer antes de las nueve de la noche y parecía muy tarde. Para corroborar mis sospechas, miré el reloj en la pantalla de mi teléfono. A pesar de la hora, nadie se movió de la biblioteca. Muchas abrían hasta medianoche, otras durante toda la madrugada. La obligación de los adolescentes era estudiar, nada más, y siempre se había impuesto una educación estricta y necesaria que incluía asignaturas pesadas y muy teóricas. Como consecuencia, todos los estudiantes estaban sobrecargados. Más aún si eras de último año. No te quedaba otra que trasnochar y estudiar hasta que la biblioteca cerrara para volver a tu casa, hacer los deberes y dormir unas cuatro horas como mucho. Yo no era la única que lo hacía; prácticamente cualquier estudiante en Corea estaba obligado a seguir ese ritmo si quería mantenerse a flote.

Abrí el libro por el índice, me recogí el pelo en una coleta para que no me molestara, hice como si Yoongi no estuviera ahí durmiendo y empecé a escribir sobre Platón.

Perdí la noción del tiempo mientras pasaba las páginas del libro y terminaba mi trabajo de filosofía. Yoongi se despertó de repente, y yo, al ver cómo se reincorporaba despacio, me vi obligada a mentirle y a decirle que llevaba tres horas durmiendo cuando en realidad llevaba solo una. Él, como si le diera igual dormir una hora que veinte, estiró el cuello y se quedó observándome mientras yo seguía escribiendo a mano.

El bolígrafo que estaba usando estuvo a punto de romperse cuando lo dejé en la mesa con demasiada fuerza.

—Me estás poniendo nerviosa. ¿Puedes dejar de mirarme?

—No seas tan creída. Estaba mirando tu trabajo, no a ti —replicó—. ¿Todavía no lo has terminado? Hay que entregarlo mañana.

—Por eso estoy haciéndolo en este mismo instante —bufé. Señalé con la barbilla algunas hojas que estaban esparcidas su derecha—. ¿Y tú? Ni siquiera has empezado.

—Lo hice hace un par de días —dijo, con tranquilidad, poniendo el codo sobre la mesa y apoyando un lado de la cara en la palma de su mano.

Abrí la boca, sorprendida.

—¿En serio? —Inspiré profundamente cuando él asintió—. ¿Y los deberes de matemáticas?

—Los terminé ayer.

—¡Qué diligente! —exclamé en un susurro para no molestar al resto de los estudiantes.

Aparentemente Yoongi era el típico alumno que dormía en las clases, que fingía que sus notas le importaban algo menos que una mierda, que no estudiaba... Pero, en realidad, se preocupaba más de lo que parecía y sacaba buenas notas. Exceptuando la biología y el inglés, era bueno con el resto de las asignaturas. Y yo, mientras tanto, me mataba a estudiar y pasaba horas enteras intentando resolver un maldito problema de álgebra. ¡Y además Yoongi estaba en el último año de conservatorio! Me sentía un poco inútil a su lado. Después me acordaba de que siempre le ganaba al FIFA y se me pasaba esa sensación.

Se quedó callado mientras yo continuaba con el dichoso trabajo. Debió aburrirse minutos después y terminó escribiendo algo en su cuaderno. Lo giró, lo deslizó hacia mí y señaló la esquina superior izquierda.

Vámonos.

Respondí rápidamente y empujé el cuaderno hacia él:

No.

Cruzamos una mirada rápida. Sin decir nada, Yoongi se hundió en la silla hasta quedarse casi tumbado en ella y dejó que yo siguiera con el dichoso trabajo. Él, sin previo aviso, empezó a guardar todos mis bolígrafos en mi estuche plateado. Intenté detenerle, pero agitó los brazos al tiempo que una mueca se dibujaba en su rostro —siempre la ponía cuando fingía estar molesto— y terminó cerrando la cremallera. Lanzó el estuche dentro de mi mochila, se

levantó y empezó a recoger todos mis apuntes, libros y hojas. Arrastró mi silla hacia atrás y me obligó a levantarme. Cuando yo protesté, él agarró mi brazo.

—Has terminado, ¿no?

—Pero...

—Vámonos. Es tarde.

Suspiré por enésima vez. Alargué el brazo que me había dejado libre para recuperar mi teléfono móvil, todavía en la mesa. Yoongi tiró de mí para que caminara más deprisa.

—¿Qué te pasa? —le pregunté de camino a la salida—. ¿Te estás cagando? ¿También tengo que acompañarte al baño?

—Sí, para que me limpies el culo.

—Seguro que Soyoung lo hace con la lengua... —me reí.

—Mira que eres pesada con Soyoung. Eso es porque le tienes envidia.

—Bah, ¡pero si no me llega ni a la suela de los zapatos!

—Su pelo es más bonito, viste mejor que tú, tiene mejores piernas, sus ojos son más grandes...

—Vale, vale, lo capto. Miras mucho a Soyoung porque te pone.

—Y tú le tienes envidia.

—Que no... —dije entre dientes—. ¿Puedes soltarme ya? Sé caminar solita.

—Yoongi me soltó al bajar las escaleras de la enorme biblioteca—. Gracias.

Negó con la cabeza, como diciendo: «Eres una exagerada». Sí, quizá exageraba demasiado. Me fijé en la hora que marcaban las manecillas de un enorme reloj colgado en la entrada del edificio: las once de la noche. Lo primero que pensé fue: «¿¡Cómo ha podido pasar el tiempo tan rápido?!», luego supuse que seguramente mis padres ya estarían inquietos pensando que algún impresentable había secuestrado a su hija. Gracias al cielo o a lo que fuera, Seúl era una de las ciudades más seguras y como casi todos los estudiantes compartían la misma rutina era habitual cruzarte con más de uno. La biblioteca estaba más cerca del conservatorio que de mi casa, a más de veinte minutos andando. El único problema era el frío y la brisa otoñal que levantaba de vez en cuando mi falda. Menos mal que siempre llevaba pantalones de deporte debajo.

Nos sentamos en la primera parada de autobús que vimos. Miré las líneas de bus y me aseguré de que podíamos volver a casa desde allí. Yoongi metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y se quedó medio dormido mirando la carretera. Yo, por culpa del aburrimiento, empecé a contar todos los coches

blancos que pasaban por delante de nosotros. No tardé mucho en empezar a mover las piernas de arriba a abajo para intentar mantener el calor corporal, a tiritar y a chasquear los dientes.

Yoongi me miró con las cejas enarcadas.

—¿Te crees un chihuahua? —me dijo, bien abrigado con su chaqueta de béisbol, sentado ahí como si no estuviera viendo cómo yo me moría del frío.

—Joder, hace mucho frío para ser otoño —me quejé. Me abracé a mí misma. La americana azul del uniforme no abrigaba demasiado, y los calcetines por la rodilla tampoco.

—Deberías haber traído otra chaqueta.

—¡No pensé que iba a hacer tanto frío! Además, me obligan a ir así vestida hasta que sea invierno. ¿Tú crees que es normal? ¡Debería llevar pantalones como los chicos! ¡Si quieren igualdad en las clases, que primero hagan algo con esta mierda de uniformes! —Empecé a gesticular animadamente y a alzar mi tono de voz hasta que Yoongi, claramente muerto de la vergüenza, suspiró con fastidio después de que yo hiciera caso omiso de sus «Chist, está pasando gente».

—Perderás calor si sigues quejándote.

—Me da igual. Moriré de una hipotermia y así no haré los exámenes —sentencié—. Joder, joder, joder, qué frío hace. Seguro que es culpa del cambio climático.

Yoongi permaneció en silencio, siguiendo con la mirada los coches que pasaban por la carretera, ignorando mis quejidos y protestas. Le oí chasquear la lengua. La Aerin de diecisiete años, que había leído demasiadas novelas románticas y había visto demasiadas películas empalagosas, pensó que Yoongi podría dejarme su chaqueta. Era un cliché tan manido que parecía la idiotez más grande del mundo.

A pesar de que creía que Yoongi no iba a ser lo suficientemente valiente como para quitarse su chaqueta de béisbol y dejármela, vi cómo la desabrochaba despacio. Se la quitó, la alisó y la puso sobre mi regazo. Estaba tan sorprendida que tardé un par de segundos en procesarlo todo, en darme cuenta de que me había dejado su chaqueta para que me abrigara mientras esperábamos el bus de vuelta a casa. Sentí algo parecido a los nervios. Fue una sensación extraña que no supe identificar bien. Tapé bien mis piernas con su chaqueta, que todavía guardaba algo de su calor.

—Gracias. Menos mal que te enseñé esa película, de no ser por eso, ahora

estaría congelada... —añadí, más bien para mí misma. Esperé que Yoongi no hubiera escuchado más que el simple «gracias».

—Si cojo una pulmonía o algo parecido por tu culpa, pienso pegarte todos mis virus.

—Mira el lado bueno, nos libramos de hacer los exámenes. Suena tentador. Toma. —Retiré la chaqueta negra y blanca de mi regazo, y se la tendí—. Póntela. Tienes un futuro más prometedor que el mío. Abrígate.

—Ahora te la quedas tú. Ya tiene tu olor a muerto —soltó.

Agarró la chaqueta, volvió a estirla y la dejó de nuevo en mis piernas. Se cruzó de brazos rápidamente y volvió a ignorarme hasta que nos subimos al autobús que nos llevó de vuelta a casa.

Se me olvidó devolverle la chaqueta antes de bajarme en la parada más cercana a mi casa y mi madre se puso como loca a decir que por fin tenía un amigo decente que me cuidaba. A pesar de que una parte de mí estaba convencida de que Yoongi solo me devolvió un favor —ya que yo le había dejado una de mis chaquetas cuando él no llevaba ninguna—, la parte restante también se alegraba y creía que aquello había sido más que un acto simbiótico; lo había hecho porque era mi amigo y, por mucho que él lo negara, seguro que ya me tenía algo de cariño.

Aerin

Tengo tu trabajo de filosofía corregido 16:07
Todo el mundo me miraba cuando
los profesores preguntaban qué coño te había pasado 16:07
Como si yo supiera que tienes fiebre y estás al borde de la muerte 16:07

PUEDES TRAÉRMELO?!! 16:10

Nop. 16:28

haz un favor a esta enfermita... 16:28
 de paso te devuelvo tu chaqueta 16:28

Ella no había ido a clase en dos días porque curiosamente había enfermado el mismo día que yo le dejé mi chaqueta. De no ser por mí, estaría ingresada en un hospital, pero solo tenía algo de fiebre y muchos mocos. Todo el mundo me miraba y me preguntaba si sabía qué le había pasado a Aerin. Al parecer ella no faltaba nunca al instituto; no importaba que lloviera, nevara, llegara el apocalipsis o su grupo favorito de *idols* diera un concierto privado en su casa. Yo respondía a todo el que me preguntaba que no sabía qué le había pasado cuando en realidad fui el primero en enterarme de que estaba enferma.

La casa de Aerin estaba de camino al conservatorio. Aun así, lo pensé dos veces antes de meter su trabajo en mi mochila y girar a la derecha en vez de seguir recto cuando me encontré cerca del edificio de apartamentos donde vivía. Llamé al timbre de su casa solo una vez. Pensaba irme si no aparecía

nadie en menos de treinta segundos.

Oí una tos seca, y de repente, abrió la puerta Aerin, enrollada en una manta, como si fuera un fantasma. Llevaba las gafas caídas, su nariz estaba más roja que la del jodido Rudolf y sus ojos estaban llorosos.

—Seguro que me echabas de menos —dijo con voz ronca antes de sorberse los mocos—. Pensé que no ibas a venir.

Seguí a Aerin al interior de la casa. Me quedé entre sus cientos de pares de zapatos. No tenía suficiente tiempo como para quedarme a contemplar sus pañuelos usados, y mucho menos para aguantar sus quejas. Me quité la mochila y utilicé mi rodilla de apoyo para buscar su trabajo. Ella me miró expectante. Le tendí los folios.

—Ahí tienes tu mierda de trabajo.

—Al final vas a resultar un buen amigo, fíjate. —Se giró, dando una vuelta completa—. Voy a por tu chaqueta... Oye, ¿por qué no te quedas un rato?

—Tengo clase.

Tosió.

—Ah, pero yo tengo palomitas, nachos, ganchitos, Coca-Cola...

—Y muchos virus. —Me despedí de ella con la mano y aire despreocupado. En realidad, me preocupaba que Aerin empeorara, pero mi prioridad no era quedarme con ella—. Ya me darás la chaqueta.

—Es que estoy muy sola —dijo, con un pucherito. Luego estornudó tan fuerte y tan ruidosamente que estuvo a punto de romperme los tímpanos. Se sonó los mocos en un pañuelo de papel que sacó de alguna parte—. Bueno, no pasa nada. ¡Adiós! ¡Suerte!

No tuvo las fuerzas suficientes para hacer un corazón con los brazos, así que se dedicó a ver cómo me marchaba.

Antes de apoyar la mano en el picaporte de la puerta y abrirla, me di cuenta de que mis ganas de ir al conservatorio eran mínimas. Si era responsable, debería ir a clase, pero también podría no serlo y volver a casa... O aprovechar que Aerin tenía armarios llenos de comida basura. Apenas había comido en todo el día, así que no me pareció una mala idea quedarme con ella. A un metro de distancia por lo menos, claro, no quería que me contagiara sus virus.

—¿Qué haces? —me preguntó algo confusa al ver cómo yo me quitaba los zapatos.

—¿Tienes salsa de queso para los nachos?

—¡Deberías ir a clase! —Se acercó a mí. Empezó a empujarme hacia la puerta—. Venga, ve a clase. Es tu obligación.

—Mi obligación como amigo es quedarme contigo a hacerte compañía —solté, empujándola y abriéndome paso entre sus zapatillas, zapatos, botas y hasta sandalias.

Aerin no supo qué decir. Ella iba a clase siempre, sin excepción. Yo no era ese tipo de persona. Me tiré en el enorme sofá de la sala de estar. Aerin se quedó mirándome, perpleja, pero también acabó sentándose en el sofá. Señaló la cocina con desgana mientras tosía.

—Sírvelo tú mismo.

Hice lo que me dijo. Era la primera vez que abría el frigorífico de su cocina, lleno hasta los topes. Tenían hasta comida de otros países. Investigué por todos los armarios hasta encontrar uno plagado de bolsas de patatas fritas, nachos y demás. Abrí una de las bolsas y eché su contenido en un bol gigantesco. Satisfecho, volví a la sala de estar y me senté al lado de Aerin. Supuse que sus padres no se hallaban en casa. Todo estaba demasiado tranquilo.

—¿Sabes? Me alegro de que seas mi amiga —le dije, siendo sincero con ella.

—Eso es porque te alimento gratis.

—Y yo te acompaño mientras estás medio muerta.

Se encogió de hombros.

—Es lo que suelen hacer los amigos de verdad. Lo leí en un libro.

—En un libro que es una historia de amor ñoña entre dos adolescentes. Se te ha olvidado añadir eso.

—Si al final el adivino vas a ser tú... —Volvió a sonarse los mocos. Arrugó el pañuelo y lo lanzó a una papelera colocada enfrente de ella aposta, para no tener que levantarse a tirarlo a la basura. Lo lanzó hacia la papelera. Por primera vez en su vida, Aerin encestó algo—. ¿Te apetece ver una película?

—Que no sea nada romántico.

—Tranquilo, tengo una de zombis que es genial.

Buscó una película entre muchos CD. No vi cuál eligió, pero parecía tan emocionada por ver la película de zombis que me hizo creer que iba poner una película de acción.

Al final, consiguió engañarme. Puso *Love Actually* y no me quedó más remedio que verla entera.

Estuve a punto de lanzarme a la carretera y cruzarla a pesar de que pasaban coches con tal de seguir adelante y no calarme. Pero de repente, noté que la lluvia cesaba. Había dejado de mojarme. Miré hacia arriba, algo desconcertado. Las gotas de lluvia chocaban con la tela semitransparente de un paraguas que, obviamente, no era mío. Reconocí las pequeñas manos de Aerin. Siempre llevaba las uñas cortas y pintadas de algún color discreto. Era inevitable que no me fijara en ellas porque siempre miraba sus manos cuando las colocaba sobre el teclado del piano.

—Te estabas mojando —dijo, como si yo no lo notara.

—Vaya, no me digas.

Se acercó un poco a mí para no tener que estar extendiendo su brazo para protegerme de la lluvia. El paraguas era bastante pequeño, así que no nos quedó más remedio que caminar pegados, codo con codo. Compartir paraguas era bastante incómodo. Ni ella ni yo estábamos acostumbrados a caminar tan cerca. Aerin no parecía tan enérgica como siempre. Andaba algo cabizbaja. Quizá era la lluvia. Siempre decía que la ponía triste y que le daba alergia. Me resultó extraño que no comentara nada sobre Haneul y Soyoung, sobre lo mucho que odiaba los días grises o sobre cualquier idiotez. Al final no le di mucha importancia al asunto. Estaría cansada. Como yo, que hacía lo mismo cuando estaba agotado; no tenía ni ganas de hablar.

Suspiró después de estar —sorprendentemente— en silencio durante unos cuantos minutos, casi durante todo el trayecto de vuelta a casa.

—Me siento inútil a tu lado.

Enarqué las cejas, pero no miré a Aerin.

—¿Porque soy mucho mejor que tú? —bromeé... Intenté bromear, más bien.

—Sí.

Me reí.

—Qué irónico. Delante del resto te presentas como una reina y luego tienes problemas de autoestima.

Aerin asintió con tristeza. No dijo nada. Eso sí que me pareció extraño. Normalmente soltaba alguna contestación sarcástica, pero volvió a quedarse callada. A lo mejor había sido demasiado directo y acababa de hundir a Aerin en la miseria. Hice una mueca, clavé la mirada en el suelo y esperé a que ella se alejara poco a poco hacia la calle donde vivía. Me tendió el paraguas. Forcejeé con ella para que no se mojara. Solo faltaba que, después de estar enferma unos días, recayera por mi culpa.

—Quédatelo —protestó—. No hace falta que me lo devuelvas.

—Da igual.

—No te hagas el chico duro, Yoongi, que al final el que va a morir por una pulmonía eres tú.

—Es tuyo. —Hice un gesto con la mano para despedirme de ella, hiqué las manos en los bolsillos del pantalón y eché a andar hacia la pasarela que se elevaba sobre las vías antes de que Aerin me siguiera corriendo y me diera su paraguas.

Y, en efecto, llegó a mi lado corriendo. No agarró la correa de mi mochila y tiró de ella como solía hacer, simplemente me tapó con el paraguas. Resoplé.

—Te acompañaré hasta casa —sentenció.

—No.

—¡Sí! Tú siempre me acompañas.

—En teoría, no te acompañe. Me viene de paso al volver de clase contigo, ya está.

—Oh, gran señor de África Central, deje que esta humilde niña le acompañe hasta su palacio, nada más. ¡Deje que le sirva...! —dijo, con voz profunda, intentando imitar la voz de un narrador o algo parecido. Cruzamos una mirada rápida. Ella recuperó su habitual sonrisa de repente—. Iba a decir que podría ser tu esclava, pero eso suena fatal y prefiero ahorrarme posibles malentendidos.

—Ya. —Reí.

Comenzó a caminar más despacio. Agarró el puño de mi chaqueta con fuerza.

—Mira. —Señaló con discreción el cristal de un escaparate que teníamos enfrente. Entorné los ojos para ver mejor lo que me indicaba y me fijé en que

dos chicas no dejaban de mirarnos. Llevaban el mismo uniforme que Aerin. Reconocí el cuerpo bajito y rechoncho de Haneul y, a su lado, bajo un paraguas distinto de color negro, la figura estilizada de Soyoung. Intentaban esconderse de nosotros sin mucho éxito—. ¡Nos están siguiendo!

—¿No tienen nada mejor que hacer? ¿Sus vidas son tan aburridas que tienen que meterse en las nuestras?

—Tío, me siento como un *idol* perseguido por la prensa —soltó, dando brinquitos de emoción.

Estaba molesto. Terrible y jodidamente molesto con esas tías. Vale, a lo mejor Aerin sí tenía algo de razón con llamar a Haneul y Soyoung de todo menos guapas. Ninguna de las dos llegaba a caerme del todo bien, y pensé en darme la vuelta y preguntarles qué hacían en medio de la calle. Pasé la lengua por el interior de mis carrillos, intentando mantener la calma. Si me volvía hacia ellas, no iba a saber controlarme. A lo mejor huían al escuchar el primer insulto, aunque en realidad no serían insultos, solo verdades. Pensé rápido. Cogí el tirante de la mochila de Aerin y tiré de él, obligándola a que se diera la vuelta. Me detuvo.

—¿¿Qué haces?! —gritó en un susurro. No supe muy bien por qué los dos empezamos a susurrar, la verdad. Era innecesario. Era imposible que ellas nos escucharan; estaban demasiado lejos. Vi cómo se escondían detrás de un coche rojo aparcado cerca de la acera.

—Voy a dejarles las cosas claras.

Aerin tragó saliva.

—Pero ¡espera! ¿No crees que sería mejor jugar al despiste?

—¿Qué dices? Que le den al despiste. Que se jodan. Vamos. —Agarré su muñeca sin casi darme cuenta y volví a arrastrar a Aerin.

—Yoongi.

—¿Tienes miedo?

—No —respondió rápidamente, negando con la cabeza. Agitó el brazo para que yo dejara de asir su muñeca. Clavó bien los pies en el suelo y me fue mucho más difícil tirar de ella—. Escucha, tengo un plan. Solo tienes que quedarte quieto.

—No me fío de ellas, ¿y crees que me fío de ti?

—Eh, pues... Obviamente te fías de mí, claro. Si no, no te hubieras presentado en mi casa el otro día para ventilarte una bolsa entera de nachos. ¡Podrían estar envenenados!

No repliqué, tampoco le dije que no tenía sentido lo que estaba diciendo. ¿Qué clase de persona guardaba una bolsa de nachos con veneno en la cocina sabiendo que se los podía comer alguno de sus padres? O hasta ella misma. Si se olvidaba de lo que había cenado el día anterior, ¿cómo no se iba a olvidar de eso? Estaba demasiado cabreado por culpa de las otras dos. Seguían ahí, parapetadas tras el maletero del coche.

—¿Y cuál es tu brillantísimo plan?

—Ya te lo he dicho: jugar al despiste. Tú solo quédate quieto. Sujeta el paraguas, ¿vale? Y que esas dos nos vean bien. —Volvió a tenderme el paraguas.

—No me fio.

—Qué prefieres, ¿que se quejen a sus padres de que las hemos dejado por los suelos y que sus padres se chiven al instituto o que ellas sepan un «secreto» —hizo un gesto de comillas con una sola mano— entre nosotros y que podamos llegar a un trato?

Me reí, más incrédulo que sarcástico. Aerin era flipante.

—Vamos, que quieres hacerles creer algo para luego coaccionarlas.

—¡En efecto, mi querido Watson!

—Vale, pero yo también quiero salir beneficiado de esta.

—*Pinkie promise*. —Me enseñó su dedo meñique, estirado. Después me miró haciendo un puchero—. ¿No vas a...? Bueno, vale, da igual.

Inspiró profundamente, como si se estuviera preparando para correr una maratón. Yo cogí el paraguas tal y como ella me había pedido, asegurándome de que no nos mojábamos, pero también de que Haneul y Soyoung nos veían.

Aerin, que tenía las manos desocupadas, las colocó en mi cuello, rodeándolo. Sujetó mi cara con fuerza, puso los pulgares sobre mis labios, vocalizó un «cierra los ojos» de una forma bastante exagerada pero rápida, se acercó a mí y pegó su nariz con la mía. Todo pasó en cuestión de segundos, tan deprisa que ni siquiera me di cuenta de que ella estaba ahí, cerca.

Desde lejos, Haneul y Soyoung creerían haber visto cómo Aerin me besaba.

En realidad, solo besó sus pulgares, aunque su cercanía me puso algo nervioso. Sin saber por qué, el corazón me empezó a ir a mil en cuanto acercó su boca a la mía y, solo por un segundo, deseé que no hubiesen estado sus pulgares en medio.

Aerin se separó. Echó a correr nada más hacerlo, con la cabeza gacha. Se cubrió con las manos para protegerse de la lluvia y me dejó allí, plantado

como si fuera un puñetero árbol. Suspiré, agotado, intentando con todas mis fuerzas no sonreír al ver cómo Aerin tropezaba con sus propios pies al girar la calle. Ni siquiera reparé en Haneul, que me miraba con la boca abierta.

Menudo día... Aquello empezaba a ser el guion de una serie para adolescentes o peor, de un libro superventas.

Siempre llegaba tarde. Mi excusa predilecta era que, al entrar en el ascensor, se abría un portal espaciotemporal que hacía que yo me estancara en el tiempo, pero nadie se lo tragaría a no ser que fuera una de esas personas que creían en los universos paralelos y demás cosas de ciencia ficción. Salí a paso rápido y, a medio camino, vi a Yoongi. Me pregunté varias veces si merecía la pena gritar y hacer que él, a lo lejos, se parara y me esperara. No solíamos coincidir en la ida a clase.

Finalmente, lo alcancé. Me miró con horror, como si fuera un fantasma o una aparición.

—El color de tus zapatillas es horrible —soltó, haciéndome una radiografía con la mirada, observándome de arriba abajo. Puse los ojos en blanco.

—¿Qué problema tienes siempre con mi calzado? —Eché un vistazo a mis pies antes de retomar el camino al circo, o sea, al instituto. Había dejado mis Adidas rosas en casa y me había puesto unas zapatillas de deporte de flores que destacaban con los tonos oscuros y fríos del uniforme—. Voy a llevarte de compras. Serás mi nuevo consejero y estilista —sentenció.

—¡Qué suplicio! —resopló.

—Esta tarde, cuando salgamos de clase, te llevaré de compras. Necesito algún jersey y unos cuantos pantalones... ¿Alguna vez has ido a Myeong-dong? Te haré de guía turís...

—A su derecha pueden ver Myeong-dong. —No se molestó en imitar mi voz, pero sí mi postura. Yoongi colocó una de sus manos en la cadera, cargó el peso en una pierna y alzó la otra mano para señalar hacia la carretera—. Y a su izquierda, pueden ver Myeon-dong.

Puse los ojos en blanco, no protesté y continué andando a paso rápido. Sin darme cuenta, fui dejando a Yoongi atrás. Llevaba años tomando el mismo

camino, sola, sin tener que estar pendiente de con quién iba. Mi único amigo, como de costumbre, iba a la velocidad de un abuelito con una hernia discal. Miré el reloj, seguramente atrasado, bufé al ver que solo teníamos tres minutos para llegar puntuales a clase y retrocedí para coger la muñeca de Yoongi. Empecé a tirar de él, obligándole a ir a mi ritmo. Al principio no se quejó; luego empezó a protestar como un niño pequeño.

—¡Llegamos tarde! —exclamé yo, jadenado por el esfuerzo de tener que ir casi corriendo cuesta arriba para llegar al infierno, o sea, al instituto.

—¡Me importa una mierda si llegamos tarde! —dijo Yoongi, claramente fastidiado. Hizo un gesto apático con la mano que le dejé libre, señalando el edificio de ladrillos rojizos del instituto—. Ve tú. Yo me sacrificaré por ti.

—No, Yoongi. Hemos de sufrir juntos. —Tiré de él de nuevo. Su habilidad para no moverse era impresionante. Tuve que ponerme detrás del cuerpecito de Yoongi, poner las manos en su espalda y empujar como si estuviera haciendo un ejercicio de fuerza contra una pared. Conseguí que se moviera dos centímetros. Me di por vencida—. Vale, que te den.

Me adelanté y conseguí acceder al recinto del instituto antes de que el conserje, un señor entrado en años, cerrara la verja hasta el final de la jornada lectiva. Cuando hube recuperado el aliento le dije que Yoongi estaba llegando.

Entré en el edificio principal de aulas, subí las escaleras lo más rápido que pude y entré en la clase de química abriendo la puerta de golpe. Noté demasiados pares de ojos clavados en mí, pero solo saludé a la profesora. Me abrí paso entre las sillas y mesas ocupadas de mis compañeros, intentando no rozarme con alguno de ellos. Por fin llegué al hueco libre de mi pupitre. Me dejé caer en la silla, suspirando con pesadez. Ni siquiera me había quitado el abrigo y Haneul ya se estaba girando como un búho para ver qué narices estaba haciendo.

No me sorprendió demasiado que se quedara observando el sitio de Yoongi un buen rato. Haneul se preguntaba por qué él no estaba ahí.

—¿Y Yoongi?

Me dediqué a sacar mi estuche, los libros y mi cuaderno de química de mi mochila.

—No lo sé —mentí.

Al escuchar mi voz, Soyoung también se giró.

—Deberías saberlo, ¿no? Sois muy cercanos.

Noté cierta sorna en el tono de Soyoung. Ella no solía hablar así. Tampoco

solía mirarme como si hubiera matado a su perro. Retiré algunos mechones de mi melena castaña hacia atrás, me incliné hacia ellas, apoyé los codos en la mesa, entrelacé los dedos e hiqué la barbilla entre ellos.

—Uy, Soyoung, a Yoongi le gustan las difíciles, ¿sabes? No deberías hacerlo tan obvio...

—¿Qué hay entre vosotr...?

La puerta del aula se abrió de repente. Yoongi apareció al más puro estilo Superman, iluminado por el resplandor blanquecino de las luces del techo. Bueno, realmente no tenía pinta de ser un héroe, pero cuando lanzó su mochila al pupitre que yo tenía al lado me sentí terriblemente aliviada, como si me hubiera salvado la vida.

Se sentó a mi lado sin mediar palabra. Empezó a sacar todas sus cosas.

—Buenos días, Yoongi —canturreó la más delgada, Soyoung.

Él hizo una mueca.

—Eh, Aerin, ¿puedes dejarme un bolígrafo...?

Rebusqué en mi estuche plateado y le tendí un bolígrafo negro.

—De nada.

Yoongi asintió, como diciendo: «Sí, vale, lo que tú digas». Soyoung estaba a punto de darse la vuelta, entre cabreada, indignada y decepcionada, pero Yoongi se dirigió a ella, hablando en voz baja y casi susurrándole al oído. Solo capté un par de palabras, así que no me quedó más remedio que escribir en un trozo de papel y dárselo a él cuando las dos se pusieron a prestar atención a la pizarra.

qué le has dicho?

que hable conmigo en el recreo, escribió él. Yoongi tachó rápidamente el «conmigo» y puso un «nosotros».

para qué?

para que me deje en paz de una vez :)

Con todo el desparpajo del mundo Yoongi sacó su teléfono móvil. Lo dejó sobre la mesa, aunque utilizó mi estuche como tapadera. Me enseñó una larguísima conversación con Soyoung, donde ella le tiraba los tejos de una forma muy poco sutil. Los mensajes eran larguísimos y Yoongi ni siquiera se molestaba en contestarlos. Arqueeé las cejas, escéptica. Recordé que Soyoung me dijo una vez que, si un chico le gustaba, lo conseguía fuera como fuese.

Apreté los dientes, cogí un lápiz y me puse a apuntar todo lo que la profesora escribía en la pizarra.

Sentí algo similar a la rabia. No quise admitir que eran celos porque era consciente de que son malos, pero sentí como si quisieran arrebatarme a mi único amigo.

—No sé si debería aprovechar la oportunidad...

Me giré hacia Yoongi empuñando el lapicero como si fuera un cuchillo de carnicería.

—¿Qué acabas de decir? No te estaba prestando atención.

Yoongi se rio a causa de mi reacción. Agitó la cabeza, moviendo su flequillo negro.

—Podría tener algo con ella, ¿no? Lo está dejando tirado.

Agaché la cabeza. Fruncí los labios y fingí no haber visto ni escuchado nada.

Las horas fueron pasando y, con ellas, las clases. Aunque pensé que Yoongi huiría de mí después de aquella escena de beso bajo la lluvia —si es que se podía llamar así—, no lo hizo. De hecho, terminamos emparejados de nuevo en la infernal clase de gimnasia. Odiaba con toda mi alma que fuera obligatoria, pero aquel día solo hicimos unos cuantos estiramientos en pareja bastante cuestionables. Yoongi y yo bromeamos, como siempre, pero, como dijo alguna vez un gran sabio: «Entre broma y broma, la verdad asoma».

Estábamos obligados a ponernos un terrible chándal porque, obviamente, no íbamos a correr en falda y camisa. Teníamos algo menos de dos minutos para cambiarnos antes de comenzar la clase y después de terminarla. Yo, sin embargo, me entretenía un poco más para evitar que el resto de mis compañeras me vieran. Seguramente todas nosotras tendríamos complejos teniendo en cuenta que intentaban vendernos la imagen de chicas delgadas, con doble párpado, hermosísimas y que, para colmo, lo hacían todo bien. Esa

imagen de chica perfecta dañaba a las de verdad, a las que no estaban bajo el control maquiavélico y esclavizante de todas las agencias de entretenimiento.

Me cambié cerca de una esquina cuando la mayoría de las chicas se marcharon y salí rápidamente de allí echándome la mochila al hombro.

—¿Dónde vas? —oí a mi espalda.

Me sentí aliviada al escuchar la voz de Yoongi. Al menos no eran Soyoung y Haneul para burlarse de mí y recalcar todo lo que yo creía que eran mis defectos. Me giré tan bruscamente que me golpeé cara con la punta de mi coleta.

—Ah, no te había visto. ¡Vamos, viejo! ¡Muévete! —Alargué el brazo y así el tirante de su mochila para que caminara a mi ritmo.

—Dijiste que ibas a venir conmigo para hablar con Soyoung —me recordó.

—Sí, sí. —Hice un gesto apático con la mano; no quería saber nada del asunto—. Como quieras.

Yoongi me acompañó hasta la cafetería, un lugar donde abundaba la comida basura y en el que yo me dejaba la paga semanal comprando zumos, pan de plátano y bollitos de chocolate. Después, solíamos bajar al patio y sentarnos en las escaleras de la fachada trasera, donde coincidimos a principio de curso.

—Entonces ¿crees que debería...?

—Mira, estás muy pesadito con el tema —interrumpí a Yoongi. Soné más molesta de lo que pensaba—. Ya te he dicho que hagas lo que quieras con ella. Es tu vida, y yo no me voy a meter en ella.

—¿No se supone que los amigos se dan consejo? —Él me miró con expectación y yo solo me encogí de hombros—. Joder, gracias por ser tan buena consejera.

—No soy buena con los consejos. Y tú tampoco. Mira mis zapatillas. ¡Son geniales!

—Una cosa son los consejos y otra los gustos...

—¿Ves? Lo vas pillando. —Me levanté del escalón para sentarme a su lado, uno más arriba—. Ella no me gusta, pero a ti sí... Es como mis Adidas, pero al revés. Haz lo que quieras, en serio. Como si os casáis. Me da igual.

Yoongi se detuvo un momento para analizar mi expresión. Debió de darse cuenta de que, en el fondo, no me daba tan igual.

—Yo no he dicho que Soyoung me gust...

—¿Pero por qué ella?! Venga ya, ¡tiene la cabeza igual de hueca que...! Ni siquiera se me ocurre nada...

—Está buena —soltó. Yo contesté algo de lo que me arrepentí bastante porque él notó al instante cuál era mi problema. Yoongi enarcó las cejas —. ¿Estás celosa?

—Sí, un montón. ¡Estoy taaaaan celosa! —Confié en que mis exagerados gestos y mi ironía enmascararan un poco la realidad—. No, solo quiero que pienses un poquito. Ya te dije que Soyoung es como un boa constrictor. Te agarra, te convierte en su presa y te va ahogando poco a poco. Al final, te mueres.

—Menudo símil.

Le golpeé con el codo. Estaba acostumbrado y no se quejó.

—Eres mi único amigo y yo soy una egoísta. Conclusión: no quiero que vayas con Soyoung y su grupito de amigas. Eres demasiado para ellas. O sea, ¿hola? Eres Min Yoongi... Pero haz lo que quieras. No voy a empezar con el chantaje emocional, pero quiero que sepas que estaré sola todas las mañanas, huyendo del resto, sin amigos... Espero que eso te dé cargo de conciencia en el hipotético caso de que acabes siendo su presa. No volverás a dormir tranquilo.

—Lo siento, pero Soyoung es un partidazo y no puedo perder esta oportunidad.

Lo miré con horror, sorpresa, decepción y hasta un cabreo enorme.

—Vale. Recuerda que siempre hay que llevar protección. —Sonreí y acabé alzando los brazos y doblándolos en forma de corazón—. ¡Suerte!

Yoongi se carcajeó en mi cara al ver mi reacción.

—Era coña.

Me contuve todo lo que pude, pero no me aguanté y saqué uno de los bollitos de mi mochila. No lo pensé dos veces y, después de deshacerme del envoltorio, aproveché que Yoongi se reía descaradamente para meter el bollo en su boca. Comenzó a toser.

—Eso, eso, tose, cabrón —le dije—. A ver qué amiguita va a venir ahora para hacerte la maniobra de Heimlich y salvarte la vida, porque yo no pienso hacerlo.

Yoongi aprendió la lección: hay cosas con las que es mejor no bromear.

Aunque me costó, conseguí que Yoongi saliera de su escondite y me acompañara a Myeong-dong, la zona en la que muchísimos jóvenes coincidían

casi a diario: estaba llena de tiendas que seguían la ultimísima moda, había actuaciones en la calle y también un montón de cafeterías y puestos de comida rápida donde tomarse un pequeño descanso y desconectar del ruido de las calles, siempre ajetreadas. A pesar de que estuve a punto de ahogarle, Yoongi se sentó a mi lado en el trayecto en bus. Enseguida se puso los auriculares y miró melancólicamente por la ventana. Me preguntaba por qué siempre tenía ese aire cansado.

—¿Qué escuchas? —Me llevé el índice a los labios y le detuve antes de que soltara algo sarcástico a la par que obvio.

A veces, Yoongi ponía el volumen tan alto que podía oír perfectamente la música, sin necesidad de ponerme uno de los auriculares o de pegar mi oreja a la suya, y otros días simplemente se colocaba los audífonos solo para disuadirme y evitar que yo hablara con él. Él titubeó unos segundos. Al final, se quitó uno de los auriculares y me lo enseñó, como diciendo: «Eh, mira, estoy dejando que escuches la misma música que yo». Lo tomé con cuidado y lo coloqué en mi oído izquierdo.

Ahugué un gritito.

—¿Escuchas a Epik High?!

—No, no los escucho —respondió él, sarcástico. Tardó un buen rato en contestar. Antes de que lo hiciera, cruzamos una mirada cargada de ilusión, una mirada brillante, como esas que intercambiaban los protagonistas de una película romántica al darse cuenta de que compartían los mismos gustos—. ¿Tú... escuchas a Epik High?

—Pues claro.

—¿No escuchas grupos de *idols* prefabricados?

—Escucho de todo. T-O-D-O —deletreé—. Menos música medieval... —«Love, love, love» de Epik High terminó y dejó paso a una de las mejores canciones de la historia. Estuve a punto de levantarme del asiento, de coger a Yoongi por los hombros y gritarle que el destino nos había unido porque su gusto musical era casi idéntico al mío. 2NE1 empezó a sonar en mi oído izquierdo y no pude evitar ahogar otro grito de emoción. El resto de los pasajeros debían de creer que estaba loca—. ¿Escuchas también a 2NE1?!

—¿Por qué te emocionas tanto? Empiezo a sentir vergüenza ajena.

—¡Tío, me alegro de que seas mi amigo! —Estuve a punto de abrazar a Yoongi, pero el frenazo brusco del autobús me detuvo. Cogí la manga de la chaqueta de su uniforme y tiré de ella para que se levantara—. Vamos, es

nuestra parada.

Bajé del autobús dando un saltito. Las calles anchas de Myeong-dong estaban algo más llenas de lo que había pensado. Solía ir a visitar las tiendas de ropa sola, o con mis padres, pero era la primera vez que iba allí con un amigo. Sentí algo similar a la adrenalina. Estaba tan ilusionada que ni siquiera recordé que el contacto físico con el resto me fastidiaba bastante y entrelacé mi brazo con el de Yoongi, sin importarme la incomodidad entre nosotros. Al contrario que con el resto de la población humana, el contacto físico con Yoongi era mucho más natural. Ni siquiera me importaba coger su mano. Al menos no tanto como al principio, cuando no dejaba de pensar en medir todas mis acciones. Sentía que por fin podía ser yo misma sin filtros con alguien y la alegría que eso me causaba, sumada a la ilusión de poder ir de compras, hizo que me pusiera a brincar como una cabra de tienda en tienda.

Yoongi se cansó de sostener mi brazo en el minuto uno. Se alejó considerablemente de mí, pero yo estaba tan ocupada mirando vestidos, camisetas, pantalones y demás prendas que no le di importancia. Yoongi se sentó en el primer sillón que encontró libre en la sección de zapatería de una de mis tiendas favoritas. Yo iba y venía con jerséis o faldas, a veces hasta con conjuntos enteros, y se los enseñaba con aire orgulloso.

Al final, después de recorrer otras seis tiendas más, compré unos pantalones negros y un par de camisetas con mensajes absurdos en inglés de los que me avergonzaría años más tarde. Aunque le dije a Yoongi que le iba hacer cargar con las bolsas de mis compras, metí todo a presión en mi mochila y dejé sus manos libres.

Para agradecerle que me hubiera acompañado, paramos en una cafetería algo alejada de la calle principal.

Esa sí que era la mejor cafetería de Seúl: podías elegir cualquier libro y comprarlo, o mejor aún, leerlo mientras tomabas un capuchino. Era un oasis en medio de un desierto. El cielo en el infierno.

Pedí a Yoongi que se sentara en algún lugar mientras yo pedía nuestras bebidas. Compré el americano con hielo que le había prometido y un té negro para mí —más una porción de tarta que no debía comer—. Fui casi corriendo a la mesa donde se había sentado Yoongi para dejar la bandeja con las bebidas cuanto antes y poder irme a ojear las estanterías plagadas de libros. No encontré nada interesante para leer, aunque estaba convencida de que tenía que haber algo adecuado para mí. Supuse que era incapaz de concentrarme en

buscar títulos que me llamaran la atención porque no dejaba de pensar en el tema Yoongi-Soyoung. Resoplé. Con la excusa de que el té se me estaba quedando frío, volví a la mesa y me senté enfrente de Yoongi.

Me fijé en sus manos mientras daba el primer sorbo al té negro.

—¿Te gusta? —pregunté.

—¿El café? Es mediocre. No está mal.

—Para ti todo es mediocre... —murmuré, más para mí misma que para que me oyera él—. Me refería a que si de verdad te gusta Soyoung.

Yoongi soltó una risilla bastante irónica.

—Te he dicho que no. Me da la sensación de que yo te gu...

—Me alegro de que no sea más que una mera atracción. —A lo mejor soné más seria de lo normal. Yoongi me miró algo sorprendido durante un momento. Luego se hundió en la silla acolchada donde estaba sentado y empezó a escucharme con más atención—. Te mereces algo mucho mejor que ella. No la conoces bien.

Jugueteó con la pajita negra del vaso de plástico de su café.

—¿Y tú la conoces?

—Desde la secundaria, por desgracia.

—No me gusta Soyoung —corroboró.

—Pues menos mal —me reí. De repente estaba nerviosa. No era ese tipo de chica que hablaba con cualquiera sobre sus sentimientos, sobre lo que sentía a cada hora o minuto. Le había soltado a Yoongi lo que pensaba, algo que normalmente me guardaba para mí misma—. Sería una pena que dejáramos de ser amigos por una basura de persona como ella.

—Sería difícil dejarte.

—¡Vaya!, cuando quieres dices cosas muy bonitas, Yoongi...

Me hizo sonreír y sentirme realizada —o algo así—. Por fin tenía un amigo de verdad, un amigo con el que el contacto físico era de lo más natural y con el que podía soltar todo lo que se me pasaba por la cabeza sin tener que avergonzarme. Realmente, a pesar de su coraza de chico frío y misterioso, Yoongi merecía la pena.

Jugueteé con la cucharilla de metal con la que removí el azúcar en el té. Miré hacia las estanterías plagadas de libros de la cafetería y me pregunté qué clase de libros leería él. Sin embargo, no le dije nada; me quedé sin palabras después de lo que confesó. Lo normal sería haber pensado que era algo conmovedor, hasta romántico, pero lo único que hice fue pensar en todas las

formas en las que la podía cagar con él. Quería que continuara siendo mi amigo, y me tomé lo que dijo como una especie de amenaza, aunque era obvio que su intención no era decirme: «Cuidado con lo que haces, imbécil, porque como metas la pata y encuentre a alguien mejor que tú voy a dejarte más sola que la una».

Mi teléfono no dejaba de vibrar dentro del bolsillo de mi chaqueta; alguien no paraba de enviarme mensajes. Los ignoraba porque a) me daba mucha pereza ver de quién se trataba, b) no era importante si no me llamaban, y c) mi madre estaba ocupada y no era ella quien me enviaba los mensajes. Al final, me cansé de que el teléfono vibrara cada segundo y lo saqué del bolsillo, algo molesta.

Al parecer, al equipo de malas personas presidido por Haneul y Soyoung les resultaba divertido meterme en un grupo de chat e insultarme sin sentido.

Aprovechada 20:34

se cree reina y no llega ni a campesina, menuda chula 20:34

normal que no tenga amigas, da asco jajaj 20:34

está gordaaaa 20:34

si come como un cerdo!!! ajajj 20:34

una zorra 20:34

ojalá Yoongi le rompa el corazón, se lo merece 20:34

ceerdaaa 20:34

joder, ya te digo, Aerin es una hija de puta 20:34

Respondí, siguiéndoles el juego a esas seis... No tenía calificativos para ellas, no se merecían que les dedicara un mal adjetivo. Me reí. Era impresionante que unas tipas sin vida se pusieran a insultarme solo por envidia, o por lo que fuera que les moviera a hacerlo. Era estúpido. No me importaba mucho que me insultaran; perro ladrador poco mordedor, decían. Me sentía segura mientras no se metieran con mi familia o llevaran a cabo cualquier acción que me hiciera perder los nervios, como romperme los apuntes o vete tú a saber. Ya había pasado por ello.

Guardé mi teléfono de mala gana de vuelta en la chaqueta. Apreté los dientes, y con rabia, bebí un sorbo del té. No me acordaba de que estaba caliente y me quemé. Empecé a quejarme y a soltar unas cuantas palabras malsonantes. A Yoongi debió de sorprenderle mi reacción —porque me miró

de repente con las cejas enarcadas—. Esperé a que se riera de mi estupidez o que dijera algo sarcástico que me pusiera de peor humor, pero se quedó completamente neutro y en silencio.

—Joder. Qué asco de día —murmuré.

—¿Tu madre te ha enviado un mensaje para decirte que tus Adidas no han sobrevivido al último lavado en la lavadora? Porque, si es así, me gustaría agradecerle a tu madre que...

—No es por eso —le corté.

No solía interrumpir a Yoongi a menudo por el mero hecho de que era él. Bueno, y además su ironía y sus contestaciones me hacían gracia, así que siempre le dejaba hablar en el hipotético caso de que abriera la boca. Se inclinó un poco hacia delante, intrigado, curioso, mirándome para intentar descifrar mi expresión de fastidio.

—¿Tu grupo favorito de *idols* se ha separado ya?

Chasqué la lengua.

—¿Sabes? —Me enderecé, estirando la espalda y sentándome en el borde de la silla de madera—. En el fondo me jode. Y me importa.

—¿Qué...? —Volvió a subir las cejas, atónito y desconcertado. Entornó los ojos, formando con ellos una línea fina, curvada y negra.

—Esas idiotas. Tu amiguita Soyoung, Haneul y su estúpida panda de lameculos. No me jode que me insulten. ¡Pueden insultarme todo lo que quieran! Me fastidia que tengan que meterse con alguien por su físico, o por sus ideas, o por el simple hecho de ser quien es para seguir con su mierda de vida. Y me importa que... Bah, da igual.

Me crucé de brazos y me escondí detrás de la taza caliente de té. Me escondí porque Yoongi, por primera vez, me miraba interesado. Yo seguía siendo demasiado tímida y cerrada para soltarle todo lo que pensaba. Además, ¿cómo iba a decirle de sopetón que me importaba que esas tías intentaran alejarme de él para volver a aislarme? Se creería que me gustaba o algo por el estilo.

—¿Te han insultado?

—Oye, ¿puedes darme un sorbo de tu café? —le pedí a Yoongi—. Si no te importa que babee tu pajita, claro...

Me tendió el vaso de plástico sin dirigirme la palabra. Lo cogí con ambas manos, sin llegar a creerme que Yoongi me hubiera dado un poco de su café. Di un sorbo corto y después de devolvérselo le sonreí con timidez en señal de

gratitud. El café frío me ayudó a pensar con algo más de claridad y a calmar mi enfado.

—Espero que no tengas alguna enfermedad contagiosa —comentó, observando la pajita negra con una mueca de asco. Después se la llevó a la boca como si nada, como si sus escrúpulos hubieran desaparecido—. Entonces—, ¿Haneul y Soyoungh te han insultado?

—Sí. Por chat —respondí—. No tienen nada mejor que hacer, aparentemente. Podrían dedicarse a... yo qué sé, estudiar para encontrar la cura del cáncer, o cosas mejores que insultar a alguien que no se ha metido con ellas. Bueno, vale, tienes razón. —Alcé la mano para detener a Yoongi; sabía lo que iba a decir—. Es verdad que a veces me paso un poquito con ellas, pero es solo un mecanismo de defensa. ¡Utilizo el sarcasmo hiriente cuando alguien como ellas me dirige la palabra! ¡Es automático!

Tuve la sensación de que Yoongi ya no me escuchaba. Estaba concentrado en sorber lo poco que le quedaba del café y en hacer un ruido estrepitoso y molesto con la pajita. Exhaló con aire satisfecho cuando terminó, y yo no pude evitar resoplar.

—Entonces —dijo después de un buen rato callado, de mirar a su alrededor con apatía, como si no quisiera estar realmente allí—, te duele cuando te insultan, ¿verdad?

—A todo el mundo le duele cuando le insultan —soné más cabreada y molesta de lo que había planeado, así que probablemente Yoongi se lo tomó como un rotundo «sí»—. Pueden llamarme lo que quieran, pero llegará un momento en el que me canse de ellas.

—Y llorarás.

—Vamos a ver, que yo no soy una llorica de mierda —protesté—. ¿Qué te piensas?, ¿que soy la protagonista de una novela absurda escrita por una adolescente loca en internet? Venga ya. Ni siquiera lloro en los funerales.

—El día que te vi llorar en el conservatorio...

—Qué pesadito. —Inspiré con fuerza y llené mis pulmones al máximo. Supuse que había alcanzado un nivel de confianza considerable para confesarle a Yoongi la razón de mi llanto en el baño y solté todo el aire en una frase larga, de carrerilla—: Me habían dicho que yo no servía para nada y me lo había creído como una tonta. Ni siquiera sé por qué me lo dijeron. Simplemente me soltaron que yo no iba a conseguir ser algo en la vida justo el día que más sensible estaba, y por eso me eché a llorar cuando nadie me veía.

O sea, ¿cómo iba a permitir que me vieran llorando por ahí?

Yoongi se quedó mirando las baldosas del suelo, sin saber qué decir. Hizo una mueca casi imperceptible, sorbió el exceso de saliva que se acumulaba en su boca y se hundió en la silla.

—No hagas caso a esas tipas. Soyoung, como mucho, acabará de oficinista, y Haneul morirá por culpa del colesterol. El resto de sus amigas solo son unas gilipollas con el cerebro lavado. —Se encogió de hombros. Me hizo sonreír, algo más tranquila—. De todas formas, las tías sois así.

Fue capaz de borrar mi sonrisa de golpe.

—Ya estamos.

—Os tenéis más envidia que los tíos y os apuñaláis por la espalda.

Golpeé su espinilla con la punta del pie, por debajo de la mesa. Yoongi no se quejó mucho, pero me devolvió el golpe.

—¡Ay! Pero tú qué vas a saber, ¡si tienes la misma vida social que una dichosa piedra! Si no fuera por mí, ¿qué?, ¿eh? ¿Qué sería de ti en una ciudad tan grande?

—Era broma, idiota.

—Bla, bla, bla —me burlé de él. Recogí mi mochila de la silla que tenía al lado y me la eché al hombro. Ya había pagado el café y el té, así que me dirigí a la puerta dejando a Yoongi atrás.

Él me alcanzó cuando yo ya había salido a la calle y había recorrido unos cuantos metros. Era tarde y aún teníamos que coger el bus y volver a nuestro barrio. Tardaríamos más de media hora. Busqué el contacto de mi padre en mi teléfono. Antes de marcarlo, miré a Yoongi.

—Voy a decirle a mi padre que venga a buscarnos...

—Iré en metro.

Agarré la correa de su mochila para que se quedara quieto y no caminara hacia la estación que se veía a lo lejos.

—Si eres como un niño, Yoongi. Seguro que te pierdes.

—Puedo volver solo. —Agitó los hombros y los brazos para zafarse de mí. Le dejé ir. Se despidió con un gesto de la mano, levantándola, sin darse la vuelta para mirarme. Hice un puchero aprovechando que no me veía. Tenía curiosidad por saber por qué siempre prefería marcharse solo.

—Está bien. Adiós. Eso, Yoongi, no te dignes a girarte para despedirte de mí. ¡Mal amigo! —exclamé, bromeando.

Él se giró y caminó de espaldas. En vez de hacer otro gesto alegre con la

mano, sacó la diestra del bolsillo de su pantalón y me enseñó su dedo corazón. Yo le enseñé la lengua con socarronería antes de que volviera a darse la vuelta y se marchara en dirección al metro.

Soyoung 2B

hola yoongi! 19:30

La próxima vez que tú, Haneul y vuestras
amiguitas de pacotilla os metáis con cualquiera,
vais a saber lo que es un insulto de verdad. 20:48

Como me entere de que volvéis a meteros
con Aerin o con alguien, pienso dejaros en el suelo. 20:48

Ni siquiera os insultaría. 20:48




Solo diría lo que sois de verdad. 20:48



k dices? jajaj 20:49

yo no e insultado a Aerin 20:49

Aprende a escribir. 21:06

ayyy lo siento esque escribo muy rápido jaj    21:07

¿Podrías hablarme en mi idioma?
Es que no entiendo el gilipollas. 21:33



21:33

Lo sientooo 21:33

Escribiré bien 🤍 21:33

Tienes algo que hacer mañana por la tarde? 21:33

Salimos por Hongdae y me gustaría que vinieras 😊 21:33

No voy con personas que son basura. 21:57

Diría que lo siento, pero no lo hago. 21:57

Entonces no vienes? 😭😭 22:14

✓✓ leído a las 22:14

Aerin

ehhh túúú 21:00

respóndeme 21:00

ehhh 21:00

yoonga 21:00

YOONGA 21:00

qué gracioso 21:00

voy a llamarte así hasta que me contestes 21:00

YOONGAAA 21:00

YOONGA 21:01

YOONGUITA 21:01

Pero qué coño quieres 21:02

mañana por la tarde estás libre 21:02

no es una pregunta, es una afirmación 21:02

sé que estás libre porque los viernes

no tienes clase y soy tu única amiga 21:02

bueno 21:02

tengo una película de zombies BUENÍSIMA 21:03

Como vuelvas a poner cualquier película romántica juro que quemó tu casa 21:07

que no, que esta vez va en serio 21:10

Más te vale 21:11

te parece bien si la vemos mañana? 21:11

Qué remedio 21:12

pero esta vez sé considerado
y compra algo como dice la tradición 21:13
ya sabes, mi padre es un pureta 21:13
papel higiénico no estaría mal 21:14
así no tengo que comprarlo yo 😊 21:14
has cenado? 21:14

No 21:18

PUES HAZLO 21:18

Siento como si estuvieras aquí gritándome al oído 21:27
Es horrible 21:27

como tu gusto por las tías 21:30
sé que has estado hablando con soyoung 21:30

😞 21:37

ahora en serio 21:37
por qué le dices que deje de insultarme? 21:37

¿Acaso quieres que siga haciéndolo?
¿y por qué lo sabes? 21:40

ok, te lo conté, pero no es asunto tuyo 21:46
y lo sé porque no ha tardado ni dos segundos

en enviarme un mensaje diciendo
que te he hecho un lavado de cerebro
para que te quedes conmigo 21:46

Vale, pues a partir de ahora te defiendes tú solita. 21:46
Si no te defiendo yo, ¿quién va a hacerlo? 21:46

aaarrggg 21:47
podía hacerlo yo sola desde un principio 21:47
además eso de que solo me pueda defender
un tío es muy del siglo XIX 21:47
para qué te habré contado mis mierdas tío 21:50

No lo sé, sobrina 21:50

Jajaja 21:50
gracias 21:50
supongo 21:50
por defenderme 21:50
✓✓ **leído a las** 21:50
EL LEÍDO ES NUESTRO SIEMPREEE 21:51
❤️❤️❤️ 21:51

Llamé al timbre de la casa de Aerin. No era la primera vez que iba allí; de hecho, me sabía el camino de memoria y me apostaba un brazo a que podía hacerlo con los ojos cerrados. Dejamos de ir a la biblioteca desde que ella se encontró con Haneul, así que la mesa del comedor de su enorme casa se había convertido en nuestra sala de estudio improvisada. Era viernes. Ella tenía ensayo por la tarde. Solo esperaba que Aerin ya estuviera en casa. De lo contrario, huiría para no tener que hablar con sus padres. Sería demasiado incómodo y lo más probable es que soltara algo sarcástico y me prohibieran la entrada a partir de ese momento.

Tardé un buen rato en oír los pasos acelerados de alguien. La puerta se abrió de par en par, dejándome paso. Aerin apareció con el pelo recogido en una coleta, las gafas mal colocadas y la camisa del uniforme del instituto hecha un desastre. Suspiré. ¿Cuándo narices iba a aprender a peinarse?

—Toma. —Me apoyé en una de las columnas del recibidor para no perder el equilibrio al quitarme los zapatos. Le tendí a Aerin la bolsa negra que me habían dado en el súper.

—¡Qué considerado! —Me la arrebató de las manos. Emocionada, se puso a observar el contenido. Hizo una mueca de decepción y cerró la bolsa para mirarme con algo de enfado—. ¿Ramen? ¿En serio?

—Sí.

Aerin era capaz de esperarse un diamante. Me sentí mal por haber comprado solo aquello, pero si no quería quedarme sin blanca era la única opción.

No escuché bien lo que soltó. Bueno, realmente sí, pero decidí ignorarla y no comentar nada. Me dejó las viejas zapatillas que me dejaba siempre para no pisar descalzo el parqué oscuro de su casa. Caminé detrás de ella mientras

se iba quejando de lo absurdo que era regalar a alguien ramen. Debió de captar la idea y Aerin desapareció en la cocina junto a su madre. Mi plan era sencillo: compraba el ramen que a mí me gustaba, se lo daba con la excusa de que era un «regalo» y esperaba a que lo hiciera en su casa, así no tenía que prepararlo yo. Luego caí en la cuenta de lo retorcida que era Aerin. Temí por mi integridad. Sabía que era capaz de echarle kilos y kilos de tabasco al ramen solo para verme sufrir. O escupir. No sabía qué era peor. El tabasco, supuse.

Era la primera vez que estaba allí para algo que no fuera estudiar. Sentía la mirada de su padre clavada en la nuca. Aerin no me había hablado mucho de él, pero a juzgar por lo poco que me había comentado debía de ser un hombre bastante estricto. Con carácter, como ella. Rodeé el sofá de la sala de estar para hacer un poco de tiempo y esperar a que Aerin volviera. Tenía la terrible sensación de que su padre iba a tirarme por la ventana si rozaba algún mueble. Oí las protestas de Aerin en la cocina. Gritaba con ese tono de niña enrabiada que tenía siempre que alzaba la voz. Era muy molesto, pero empezaba a acostumbrarme, y a veces hasta lo echaba de menos.

Cansado de esperarla, me senté en el sofá en silencio. Miré con fingido interés hacia el ventanal de la sala para evitar que su padre viniera hacia mí, pero lo hizo igualmente. Se sentó al otro lado del sofá, a más de un metro. Lo agradecí. Era un hombre alto, de envergadura considerable. Llevaba gafas y tenía una nariz idéntica a la de Aerin. Seguro que no era el único que se daba cuenta de que eran muy parecidos. No me atreví a observar a su padre directamente; lo hice de reojo.

—Así que tú eres el famoso Yoongi —dijo, haciendo que fijara la vista en la ventana.

«Famoso. Aerin tiene que haber hablado de mí a sus padres.» Su padre solo me había visto la cara el primer día que fui a su casa a ayudarlo con los deberes. El resto de los días él estaba trabajando. O eso creía. No había tenido oportunidad de dirigirme la palabra antes. Y, la verdad, no tenía por qué hacerlo. Estuve a punto de agradecerle la intención de entablar una conversación conmigo y zanjar así el tema, pero me limité a asentir.

—Aerin habla mucho de ti. Dijo que eras africano —continuó—. Pensé que lo decía en serio. —No supe si reír o llorar. Opté por mantenerme neutro—. No eres de Seúl, ¿verdad?

—Daegu —respondí, escueto. «¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?» Me sentía como un jodido sospechoso de asesinato. Solo me faltaba estar

esposado y con un flexo apuntándome a la cara.

—¿Y qué te gustaría estudiar? Deberías tenerlo claro ya.

Miré por la sala hasta encontrar un certificado o diploma enmarcado en algunas fotos.

—Arquitectura —dije rápidamente, mintiendo.

—Así me gusta, chaval. Yo también estudié lo mismo. Has elegido bien. ¿Y estás aquí para acabar tus estudios o...?

—Vale, papá, ya está. —Al escuchar su voz estuve a punto de suspirar aliviado. Me giré para ver a Aerin. Seguía con el pelo revuelto, pero traía dos boles humeantes en una bandeja pequeña—. Se acabó el interrogatorio. Y no te preocupes, que veré la película desde la cocina para que no me meta mano. Ya sabes, es lo que hacen el noventa por ciento de los hombres hetero —soltó, con confianza, como si no estuviera hablando a su padre. Dejó la bandeja sobre la mesa de café cercana al sofá.

—Vais a estudiar luego, ¿no?

—Sí, papá. —Sonrió. El hombre se levantó a regañadientes del sofá, cediendo su hueco a Aerin. Ella se sentó a mi lado después de alcanzar primero el mando de la televisión—. Te prometo que esta sí es de zombis. Y luego, ya «estudiaremos». —Hizo un gesto de comillas con los dedos. Su expresión no me dio muy buena espina. No supe interpretarla muy bien. Decidí no pensar mucho en ello... por si llegaba a alguna conclusión incorrecta y me equivocaba con eso de «estudiar»—. Ya le caes bien.

Me encogí de hombros para restarle importancia al asunto.

Al principio Aerin puso una película que no tenía nada que ver con zombis. Era una jodida película de Disney. Me aburrí a los cinco primeros minutos y le quité el mando de la televisión. Ella insistió en ver a la dichosa princesita de turno, pero yo la amenacé con irme. Al final, mis palabras sirvieron de algo y Aerin quitó la película de la estúpida princesa. Y, ¡aleluya!, puso por fin la película de muertos de la que tanto hablaba.

Empezó a darme golpes en la pierna nada más comenzar la película, repitiendo que yo tenía patas de pollo. Al parecer no se cansaba de decir eso. Le devolví los golpes hasta que se quejó y su madre apareció en la sala de estar en un pestañeo. Ese era el poder de las madres: aparecían en un abrir y cerrar de ojos y encontraban cosas como si fueran un puñetero radar. Dejé de golpear a Aerin.

—¿Todavía no habéis probado el ramen? Se os va a quedar frío —comentó,

ignorando a su hija, que aún me golpeaba. Paró de hacerlo cuando su madre la miró interrogante—. Bueno, papá y yo nos vamos a comprar. No tardaremos mucho. Portaos bien, ¿vale?

—Vale —canturreó Aerin.

Vi a sus padres irse hacia el pasillo central de la casa. No mucho después, escuché el sonido de la puerta cerrándose. Y nos quedamos solos por enésima vez. No me molestaba quedarme a solas con Aerin. Ya no me resultaba extraño e incómodo. Ella se calló por fin y me dejó ver la película en silencio, comiendo el ramen que había comprado. Se había enfriado algo, pero sin llegar a estar del todo frío. Ella no tocó el bol con caldo y fideos en ningún momento. Se hizo un ovillo en el otro rincón del sofá. A pesar de la semioscuridad de la sala, me pude fijar en que sus uñas ya no estaban pintadas. Se las había mordido y las tenía irregulares, muy cortas. Siempre llevaba las uñas cuidadas. Me pareció raro. Quizá un poco alarmante, pero no dije nada al respecto.

Continuamos viendo la película, aguantando los comentarios sarcásticos del otro.

—¿Cómo es posible que tenga tan buena puntería? Si está tuerto —dijo.

—Tendrá el poder de la clarividencia.

—¡Qué gracioso eres!

—Ay, Aerinnie...

Fingió que le daba un escalofrío.

—Uff, qué repelús me da que me llames así.

—Ay, venga, no finjas... Que sé que te gusta...

—Qué pesado... —dijo irónicamente.

—¿Puedo ver la película o voy a tener que amordazarte?

—Oye, oye, oye. —Me señaló acusadoramente con el dedo—. Que no estamos en una novela para adolescentes calenturientas en la que tú eres un viejo azotador. Esas amenazas están fuera de lugar.

—¡Tienes tanta imaginación...! Me dejas a cuadros. Y me atrevería a decir que hasta a hexágonos.

—Ja, ja, ja. ¿Al próximo chiste puedes levantarte e irte? Gracias.

Hice ademán de darle un puñetazo. Aerin se encogió sobre sí misma con una risilla. Volvimos a quedarnos en silencio, aunque empezamos a cruzar miradas rápidas. Ella empezó a sonreír con picardía a los tres segundos. Sabía que lo hacía de coña, así que no me preocupé demasiado por salir de allí violado.

—¿Te apetece jugar al FIFA? —Se levantó de un brinco del sofá. Cogió los dos únicos mandos que tenía para la PlayStation y me lanzó uno de ellos—. Puedes comerte mi ramen si quieres. Yo no tengo hambr... ¿Por qué todo me suena tan mal? —Agitó la cabeza—. Bueno, da igual.

Quitó la película sin esperar mi respuesta. De todas formas, ninguno de los dos le estábamos prestando atención. Volvió a sentarse a mi lado, con el mando entre las manos y los ojos entornados, dispuesta a ganar.

Aerin siempre ganaba al puto juego. Al menos eso creía ella. No era tan buena como pensaba, pero yo la dejaba ganar. Para que se sintiera realizada. Siempre que marcaba un gol, lo celebraba como si fuera el propio futbolista. Corría de un lado para otro, gritando, hacía figuras extrañas con los brazos y gritaba más al lado de mi oído. No paraba hasta que yo la empujaba hacia atrás de mala gana.

De repente, apretó la tecla de pausa y se cruzó de brazos.

—Me estás dejando ganar.

—No.

—¡Sí!

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

También mentí. Pero bueno, Aerin se lo tragó y volvió a brincar por ahí como una cabra loca. Se quitó la goma del pelo y lo revolvió. Era bastante más mona cuando llevaba el pelo revuelto.

Yoongi

qué tal tu examen de piano? 1:11

Bien 1:12

sigues despierto? 1:12
ES UN MILAGROOOO 1:12
y tu examen de mates? 1:12
y el de biología? 1:12
yo te ayudé 😏 1:12

Bien 1:13

qué vocabulario mááás extenso 1:13
no te he visto esta mañana a la salida
de clase así que no he podido
preguntarte qué tal 1:13

Estaba con Soyoung 1:13

pillín 😏😏😏👀👀 1:13

¿Sigues creyendo que voy con esa? 1:14
Me ofendes 1:14

sé que no te ha dirigido la palabra
desde que le dijiste que me dejara en paz 1:20
eres una leyenda tío 1:20

No hace falta que me lo digas,
ya lo sabía 1:25

menudo ego 1:25
es verdad que vas a estudiar arquitectura? 1:25
a mi padre le ha hecho mucha ilusión 😁 1:25

No lo sé 1:26

entonces? 1:26
bueno 1:26
sabes? 1:26
todavía no sé por qué estás en Seúl 1:26
si son asuntos turbios de drogas
o algo así no te preocupes 1:26
no te delataré ni nada de eso 1:27

Estoy aquí para estudiar 1:27

nada más? 1:27

Tan sospechoso parezco? 1:27

no 1:27
pero no sé... 1:28
quiero saber más de ti 1:28

Me gusta el kimchi. 1:28

vayaaa, gran dato!!!! 1:28

😊 1:28

me gustaría saber cuál es tu sueño 1:29

En este mismo momento es que
me dejes de hablar para irme a la cama 1:29

 bah 1:29
no tienes ninguna meta? 1:29

Supongo que sí 1:30
Y la tuya? 1:30
Seguro que es casarte con algún idol 1:30

Sí 1:32
pero no 1:32
la verdad es que mi único objetivo es poder
graduarme con una buena nota y demostrar al resto
que un desecho social como yo sirve para algo 1:32
me encantaría poder ser cirujana 1:33
y dejar algún bisturí dentro de alguna
enemiga si tengo que operarla 1:33

No te despedirían? 1:34

pero la satisfacción sería máxima 1:34

lol 1:34

también quiero ser independiente 1:34
no tener que depender de mis padres o de un
chico por ser una mujer 1:35
quiero ganar mi propio dinero antes
de que alguien lo haga por mí 1:36
ni siquiera quiero casarme 1:36

Yo solo quiero muchos perros 1:40

creía que eras una persona de gatos 1:40

Quiero perros y gatos 1:40

yo quiero adoptar a niños 🥹🥹 1:40

necesito estar casada para eso 1:40

qué putada 1:40

Si me das una parte de tus
ganancias como cirujana de éxito 1:41

Firmo un matrimonio de conveniencia contigo 1:41

Pero también adoptamos a perros 1:42

HE TENIDO UNA BUENA IDEA 1:42

si a los 35 ninguno de los dos está casado 1:42

nos casamos por conveniencia y adoptamos

niñitos de África y muchos perros 1:42

Vale 1:42

EN SERIOOO 1:42

EN SERIOOO 1:43

EN SERIOOOOOOOOO 1:43

No voy a seguir con eso. 1:44

Me voy a dormir 1:44

Que te den 1:44

ojalá tengas pesadillas con perros rabiosos 1:45

No, que no quiero soñar contigo 1:45

púdrete 1:45

ok 1:45
✓✓ leído a las 1:45

Todo el mundo esperaba su nota de matemáticas con nerviosismo y expectación. La verdad es que yo expectativas tenía más bien pocas, al igual que esperanzas, y al parecer era la única que prefería no ver su nota en el examen. Empecé a mordisquearme las uñas, intranquila, y seguí con la mirada los pasos rápidos de la profesora. Llevaba días nerviosa por culpa de aquel puñetero examen. Comenzó a tender hojas llenas de tachones y palabras escritas en rojo al resto de los alumnos, que recibían el examen con mala cara. Más de uno se llevó un buen disgusto, eso estaba claro. Mientras Haneul celebraba su aprobado agitando los brazos y sus kilos de más, Soyoung se hundía en su asiento —y en la miseria— con el examen entre las manos. No supe qué me hirió más; que la primera aprobara o que yo suspendiera.

Recibí mi examen final con una sonrisa... Reí por no llorar. Vi el uno marcado en rojo en la esquina superior derecha y mi cerebro decidió que era una buena idea echarme a reír a carcajada limpia, sin llegar a creérmelo del todo. El primer paso era la incredulidad.

En cuanto Yoongi recibió su examen, Haneul y su amiga se giraron para ver su nota. Él las ignoró por completo y se volvió hacia mí, enseñándome con toda la tranquilidad del mundo el ocho escrito en la esquina del papel. Un ocho. Un jodido ocho. Abrí la boca, entre ofendida y sorprendida, y le arrebaté el examen de las manos. Lo miré con atención y lo comparé con el mío, pero antes de llegar al penúltimo ejercicio me cansé y se lo tendí.

Bufé.

—Es imposible que haya suspendido. ¡Estudié un montón!

El segundo paso para superar un suspenso era la negación, así que estuve cerca de dos minutos quejándome sobre las horas que había pasado despierta de madrugada para repasar matemáticas. ¡Y era verdad! Había estado horas y

horas memorizando la teoría; tenía folios y folios llenos de ejercicios prácticos. Pero nada. A la profesora le pareció mejor plantarme un uno, y además con una notita al final en la que ponía: FELIZ NAVIDAD, AERIN, PERO TIENES QUE ESTUDIAR MÁS. «Qué simpática, ¿verdad?»

—Mira el lado bueno. Te graduarás la primera —soltó Yoongi, encogiéndose de hombros—. La primera por la cola, claro.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso. —La golpeé con el codo. Me abstuve de preguntarle cómo había conseguido sacar un ocho en un examen que estaba diseñado para que todos los alumnos sacaran menos de un seis. —Mira el lado bueno —me dije a mí misma— ya has terminado todos los exámenes. Ya no tienes que sufrir más hasta ener...

—Tendrás que estudiar en Navidad, ¿no? —Fulminé a Yoongi con la mirada porque me había quitado la ilusión de un plumazo. Fue como caer boca abajo en el agua desde un trampolín de cinco metros. Doloroso, vergonzoso y en cuestión de segundos.

No dijo nada, se quedó absorto mirando por la ventana. Cuando lo hacía — el noventa y nueve por cierto del tiempo— tenía un aire tan etéreo que lo único que se me ocurría hacer era cantar música triste en voz baja e ir acercándome poco a poco a él, hasta que me daba un codazo. Pero aquel día estaba tan cabreada conmigo misma que me quedé cruzada de brazos, viendo cómo el resto entregaba sus exámenes a la profesora. El tercer paso era la frustración.

Después de dejar sobre el escritorio cercano a la pizarra mi examen, me colgué la mochila del hombro y salí de clase ignorando la marabunta de alumnos que se dirigía hacia las escaleras. Dejé atrás a Yoongi porque a) estaba demasiado cabreada, b) quería llegar a casa cuanto antes, y c) me molestaba que él fuera mejor que yo. ¿Por qué? No lo sabía ni yo, pero todos tenemos un orgullo que se puede herir de diferentes maneras. Como aparentaba ese desinterés por todo, Yoongi parecía ser un estudiante mediocre, pero realmente sacaba muy buenas notas con solo unas pocas horas de estudio. Yo también había sido de esas hacía un par de años. Quizá me jodía porque yo no sabía perder, o quizá porque aspiraba a algo a lo que no podía aspirar. Debía dejar de ser tan ambiciosa y empezar a ver las cosas con más objetividad, con más realismo. Estaba claro que no vivía en una utópica serie para jovencitas.

Conseguí salir del instituto sin que ningún idiota me aplastara. Las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina, a dos días para ser

exactos, y todos los grupos de amigos, ya fueran grandes o pequeños, se arremolinaban en la salida para acordar cuándo y dónde quedar para verse. Yo, sin embargo, pasé de largo y me encaminé hacia mi casa lo más rápido que pude, alicaída, sin siquiera mirar al frente.

Me detuve antes de girar una esquina porque alguien tiró de la correa de mi mochila. Me giré, creyendo que sería Yoongi, porque él era el único que se atrevía a hacer eso, pero me topé con una chica de ojos grandes y larga melena azabache.

Enarqué las cejas al ver que se trataba de Soyoung. No merecía la pena preguntarle qué narices quería, así que retomé el camino sin decir nada. No tenía ganas de hablar, ni siquiera de grupos de *idols*, y mucho menos de discutir con alguien como ella. Volví a pararme en seco cuando oí la voz aguda de Soyoung pronunciar mi nombre con recelo.

—¿Qué? —dije de mala gana.

—¿No puedo hablar contigo?

—No. Adiós.

—Eh, Aerin, espera. —Me agarró del puño de mi abrigo para detenerme—. Solo quería disculparme por lo del otro día. Lo siento, de verdad. Era una bromita...

Agité el brazo para zafarme de su agarre, elevé los ojos y suspiré con fastidio.

—Que os quede claro que vuestras bromitas y vuestros insultos me importan menos que una mierda. ¿Lo entiendes o tengo que hacerte un esquema?

Pestañeó fingiendo inocencia.

—Jo, ¿entonces no me perdonas?

—¿Qué tengo que perdonar? Si de todas formas tus insultos no me ofenden —insistí, intentando que no se diera cuenta de que estaba deseando echar a correr para irme de allí. No sabía qué esperar de Soyoung.

—Ah... —Por un momento creí que iba a gritarme, pero no lo hizo. Miró varias veces hacia los lados y hacia atrás, como si buscara a alguien o como si tuviera prisa por irse. Volvió a detenerme antes de que yo continuara hacia delante, agarró mis dos manos y las cogió entre las suyas, pegándolas cerca de su pecho—. Aerin, de verdad lo siento...

A pesar de ser miope, reconocí a lo lejos una figura familiar que caminaba con las manos en los bolsillos y entonces supe cuáles eran las verdaderas intenciones de Soyoung.

—No te preocupes, le diré a Yoongi que te has disculpado conmigo.

—¿Qué? ¿En seri...? —debió de darse cuenta de que se había delatado a sí misma.

—Sí, sí; no te preocupes. Yo se lo digo. No hay problema. —Por fin pude deshacerme de su agarre y seguir andando de vuelta a casa. Suspiré, cansada, y caminé hasta dejarla muy atrás.

Hacía tanto frío que tuve que tirar de las mangas de mi abrigo para taparme las manos. Nunca me había gustado llevar las manos dentro de los bolsillos por alguna razón absurda, o puede que por algún trauma infantil del que no me acordaba. Mientras andaba deprisa para llegar a casa, me vino a la cabeza la fatídica nota de mi examen de matemáticas. Estaba jodida. Mis padres me encerrarían en mi habitación y me atarían a una silla con el libro delante para que lo estudiara de cabo a rabo. Me torturarían hablando día y noche de mi futuro y de la universidad. Prefería pegarme un tiro antes que aguantar todo eso.

Y por fin llegó la etapa más dura de un suspenso: la tristeza, los arrepentimientos y las preguntas sobre un futuro incierto. Solo de pensarlo se me formó un nudo en la garganta.

Alguien o algo hizo que me tropezara. Pensé que iba a caerme al suelo y estiré los brazos casi sin darme cuenta, esperando amortiguar así la caída.

—¿Por qué siempre reaccionas de formas tan absurdas? —Yoongi se colocó a mi lado segundos después. Yo hice como si no hubiera pasado nada y seguí caminando con toda la dignidad del mundo.

—¿De dónde has aparecido?

—Soy omnipresente.

—Vaya... —respondí, sin ganas. Debería haber sonado más efusiva para que el sarcasmo fuera más notorio, pero estaba tan alicaída de repente que solo me salió eso, un «vaya» soso y sin ironía.

Casi por inercia, seguí caminando hacia delante. No miraba al frente, solo la punta de mis zapatos, así que me pasé un par de calles en vez de girar en la correcta. Yoongi fue desacelerando el paso poco a poco, confuso, y se quedó parado cuando yo ya estaba a mitad de la pasarela elevada que él siempre cruzaba. Yo solo había pasado por ahí un par de veces años atrás. Casi nunca iba al otro lado de las vías del tren. Miré hacia los lados como si acabara de despertar de una pesadilla terrible, atemorizada porque había perdido de vista a Yoongi.

—¿Dónde vas? —me preguntó él, a mis espaldas. Estaba unos cuantos metros más allá, al pie de la pasarela.

—Eh... Ah... —Pensé una excusa rápida para no quedar como una idiota—. A tu casa. Sí, a tu casa. Nunca he estado allí y... Hoy es un buen día para ir a tu casa.

—Tus padres te estarán esperando para comer.

—Eso suena a: «Oculto algo y no quiero que vengas conmigo» —señalé—, así que voy a ir.

Escuché un largo y pesado suspiro. Yoongi se frotó las sienes con el índice y el pulgar. —Lo digo en serio, tus pa...

Se calló porque yo seguí hacia delante. Vale, tenía bastante curiosidad por saber dónde vivía Yoongi. Él había ido muchas veces a mi casa, pero yo nunca había estado en la suya y eso hacía trabajar a mi imaginación. A lo mejor Yoongi vivía en una especie de hospicio, o bajo un puente o vete tú a saber. Intentó que me diera la vuelta y volviera a casa varias veces, pero yo insistí en que me enseñara su apartamento, casa, chalé, mansión o camastro bajo un puente, y a Yoongi no le quedó otra que acceder. Sabía que lo hacía para que cerrara la boca.

Caminamos juntos y en silencio unas cuantas calles. Lo único que sabía del barrio del otro lado de las vías es que era bastante más viejo y modesto que el mío; no diría que era un barrio pobre, simplemente más humilde. Los edificios eran bastante más bajos, menos modernos, y algunas tiendas —la mayoría diminutas— conservaban los típicos letreros de los años ochenta o noventa. Yoongi desapareció de mi vista de repente. Sentí pánico durante un par de segundos y luego me apresuré a seguirle escaleras arriba por un edificio de apartamentos, los típicos que se construían en masa en los años noventa, con un balcón gigante y muchas puertas juntas. Me fijé en que seguían conservando la cerradura tradicional.

Yoongi sacó unas llaves brillantes del bolsillo más pequeño de su mochila. Se paró enfrente de una puerta de madera azul, con la pintura desgastada. Me miró con algo de desconfianza antes de introducir las llaves en la cerradura y de girarlas hacia la derecha unas tres veces. La puerta hizo un «clic» y Yoongi la entreabrió sin dejar de mirarme.

—Deja que vea si están mis padres... —murmuró.

Asentí mientras veía cómo se metía dentro del apartamento. Estaba tan delgado que apenas tuvo que abrir la puerta para pasar. Tuve la sensación de

que quería ocultar el interior, y no pude empezar a imaginarme diversas situaciones. «¿Trapicheos? ¿Dinero negro? ¿Síndrome de Diógenes?»

Cerró la puerta con un golpetazo y me dejó ahí, en el balcón, sola, muriéndome del frío. Y seguí esperando otros cinco minutos, otros diez, y así hasta que me di cuenta de lo estúpida que había sido por quedarme allí creyendo que Yoongi iba a volver a aparecer. Me sentó mal, así que la parte más rencorosa de Im Aerin retuvo el número del apartamento y decidió que Yoongi no iba a volver a entrar en su preciosa morada.

Estaba tan sensible que, al recordar que había sacado un maldito uno en matemáticas y al recordar que mi único amigo me había dado plantón, me dejé caer en uno de los escalones y me quedé sentada con la barbilla entre las manos, deseando que el frío terminara de congelarme. Suspiré. Ví cómo el vaho se desvanecía en el aire despacio. Si lloraba, probablemente las lágrimas acabarían siendo finos hilillos de hielo.

No supe cuánto tiempo pasó desde que me senté hasta que escuché el chirrido de una puerta.

—¿Pretendes acampar aquí o...? —Reconocí la voz grave de Yoongi y no pude evitar girarme como si fuera un cachorrillo al escucharla. Él asomaba la cabeza por la puerta de su apartamento, resguardándose del frío. Cruzamos una mirada interrogante.

—Estoy esperando a que te compadezcas de mí y... Ah, que no tienes corazón.

Yoongi chasqueó la lengua.

—Pensé que ya te habías ido.

—¿Vas a dejarme pasar o no? ¡Estoy a punto de morir de una hipotermia! —exclamé.

Mi infantil protesta debió de funcionar y, al final, Yoongi dejó la puerta azul abierta para que yo entrara en su apartamento. Me levanté como pude del escalón —tenía las extremidades entumecidas por culpa del frío— y corrí hacia el interior.

Fue como un choque cultural. Nada de paredes altas, lámparas de cristal o cuatro habitaciones. Supuse enseguida que vivía solo al ver la única cama, la única fila de zapatos y el pequeño fregadero de la cocina lleno de cacharros. Me quité los zapatos y pisé el suelo frío con mis pies descalzos. Nada de calefacción radial. A pesar de ser del tamaño de mi habitación, su apartamento me resultó bastante acogedor. Y lo mejor de todo es que estaba bien ordenado

y limpio —a excepción de los platos apilados en el fregadero.

Me senté en el borde de su cama, pero Yoongi me cogió de la mano y tiró de mí para que me levantara.

—Hala, ya has estado aquí, adiós, buenas tardes, feliz Navidad y todo eso.

Cuando cerré la puerta y dejé a Aerin esperando fuera de mi apartamento lo único que hice fue entrar en pánico. Dije «joder» unas treinta veces y me llevé las manos a la cabeza antes de recoger un poco los cuadernos que estaban sobre mi escritorio. También cerré mi ordenador portátil y escondí todas las letras que había escrito aquella noche. Después me aseguré de que no había nada de ropa por el suelo e intenté que el apartamento no pareciera tan... pequeño. Abrí las cortinas de la ventana, pero el día estaba nublado y aquello parecía aún más lúgubre.

Después recordé que hacía muchísimo frío fuera y me arrepentí de haberle cerrado la puerta en las narices a Aerin, así que salí para ver si seguía ahí. Y sí, estaba ahí, helada de frío. Fui gilipollas y ni siquiera se me pasó por la cabeza ofrecerle una manta.

Aerin se quedó anclada al colchón de mi cama y se negó a mover el culo. ¿Por qué? Porque no se atrevía a ir a su casa después de suspender el examen de matemáticas. Según ella, su padre iba a gritarle y no quería tener dolor de cabeza al día siguiente. No comenté nada al respecto. Me incomodaba que ella estuviera allí y quería que se marchara lo antes posible. Resoplé. Lo que el resto pensaba o decía de mí me importaba una puta mierda, pero con Aerin era distinto. Ella tenía una casa gigantesca y unos padres que la apoyaban. Y yo no. A saber lo que estaba pensando en aquel momento. Estaba acostumbrada al lujo. Y lo único que tenía mi apartamento en Seúl era mugre. No quería que me juzgara por vivir en un sitio que era la mitad de la sala de estar de su casoplón. Me daba auténtico pavor que ella hiriera mi orgullo con algún comentario como «¿vives en este antro?». Además, no tenía nada que ofrecerle como ella hacía cada vez que ponía un pie en su casa.

Al final terminé sentándome a su lado. Estaba callada. Llegué a pensar que

estaba muerta. Miré a Aerin de reojo.

—No me digas que te vas a echar a llorar. —Arrugué la nariz y me eché hacia atrás en cuanto vi sus ojos vidriosos y su boca formar una línea delgada.

Negó con la cabeza. Hizo un ruido parecido al de un gato agonizando y se dejó caer hacia un lado, cerca de mi regazo, se quitó las gafas y se tapó la cara con ambas manos.

Y se quedó ahí, llorando en silencio.

No me gustaba ver a la gente llorar porque no sabía cómo consolarla. Me ponía nervioso y, si no fuera un crío orgulloso, admitiría que siempre me entraban ganas de lagrimear cuando alguien lo hacía. Obviamente, nunca lo hice. Y menos con Aerin. No sabía cómo coño reaccionar. Quise empujarla, tirarla de la cama y arrastrarla hasta la calle. Suspiré con hastío. ¿Por qué tenía que llorar por algo tan absurdo como un suspenso? ¿Y por qué tenía que llorar cuando yo estaba con ella? Primero pensé en alcanzar una botella llena de agua que estaba cerca de la cama, pero luego terminé agarrando un cojín. Empecé a golpear su cabeza.

—¡Ay, no, para! —se quejó. Se protegió la cabeza con los brazos y se hizo un ovillo.

—Deja de llorar por una gilipollez como un puto suspenso, joder.

—¡Mi futuro está arruinado...!

Continué a pesar de sus sollozos y alaridos. Seguí golpeando a Aerin hasta que se levantó con el pelo hecho un desastre y los ojos enrojecidos. Había dejado de llorar por fin. Se quedó un buen rato mirando a la nada, pesando en... Nada, probablemente. Estaba en blanco.

Parecía una persona completamente distinta sin gafas. No estaba acostumbrado a verla así. Y tampoco a verla llorar.

Buscó un pañuelo en los bolsillos de la americana del uniforme y se sonó los mocos. Sin exagerar, se sonó tan fuerte que las paredes temblaron.

Recuperó sus gafas redondas, se levantó de la cama trastabillando y se despidió de mí con una reverencia, como si yo fuera un jodido profesor o algo así.

—Adiós, maestro —soltó. Se estaba poniendo sus mocasines, demasiado discretos para ser ella, cuando volvió a tropezar con sus propios pies.

—¿Los golpes te han dejado más tonta de lo que ya estabas?

—Mmm, supongo...

Aerin parecía avergonzada. Se marchó sin mediar palabra, y después de que

se fuera, me acordé de que debería haberla abrazado o algo así. Eso es lo que hacían en las películas cuando una chica lloraba.

Aerin

gracias por lo de esta mañana 19:10
tuve un momento de bajón porque
no podía dejar de pensar en ese l 19:10

Te pegué con un cojín hasta que dejaste
de llorar 20:01

pero eso era lo que necesitaba 20:36
gracias 20:36

De nada? 20:36

     20:36

Aparté el libro de matemáticas del escritorio y alcancé mi teléfono. No sabía nada de la vida de Yoongi, y él de la mía tampoco. Después de suspender la asignatura que más dolores de cabeza me daba (matemáticas), me había prometido a mí misma que estudiaría mucho para no tener que volver a ver números en toda mi vida. Y eso hice. Estuve días recluida en casa. Ni siquiera me alejé del libro.

Pero decidí tomarme un descanso. Salí a la calle, y a pesar de las ráfagas de aire frío que parecían auténticos latigazos, marqué el número de teléfono de Yoongi y esperé a que descolgara.

—Hola...

—¡Estoy viva! —exclamé al oír su voz—. Estoy bien, gracias, no me he roto nada y no tengo un resfriado.

—Qué pena —fue lo único que logró decir.

—Sí, ¿verdad? Oye, como sé que ninguno tiene planes para hoy porque somos unos marginados, ¿qué te parece si vamos a Myeong-dong?

Intenté convencerle, aunque pronto pasé a la técnica de no dejar de hablar durante un tiempo, algo que le resultaba irritante. Era como si estuviera enviándole cien mensajes seguidos. ¿A quién no le irrita eso? Aunque era incapaz de verle, imaginé que Yoongi había puesto los ojos en blanco, molesto.

—Te veo a las siete.

—Tarde. Estoy saliendo de casa —le avisé.

—¿Crees que soy gilipollas? Tienes que maquillarte, elegir el conjunto más rocambolesco que tengas, ponerte uno de tus mil pares de zapatos...

—Ya estaba maquillada y vestida. Nací preparada, Yoongi.

—No te creo. Hasta las siete.

—Llego en diez minutos.

Y lo hice. Aceleré el paso para llegar cuanto antes, subí las escaleras casi de dos en dos y llamé a la puerta con los nudillos, que me dolían por culpa del frío extremo. Supuse que dentro de poco nevaría. Yoongi tardó en abrir, así que insistí. Nunca llegué a saber cómo Yoongi era capaz de aguantarme. Si te cruzaras con tu yo adolescente, ¿te alejarías? Yo sí. Y de paso le diría que no acabara con la paciencia del pobre Yoongi tan pronto, que abrió la puerta de su apartamento entre improperios.

—Me gusta este sitio. En serio. Podría vivir aquí perfectamente. —Me quité los zapatos, que dejé alineados frente a la puerta, y después el abrigo—. ¿Cuánto me cobrarías por el alquiler?

Él pareció sorprendido. Sí, su apartamento era pequeño y no tenía nada que ver con la opulencia de mi para nada humilde morada, y por eso me encantaba. Era hasta acogedor si ignorabas la humedad del techo.

—Vas muy deprisa, ¿no crees? —dijo él—. Primero regálame unas flores o algo así antes de venir a vivir conmigo.

—Vale. Flores. Lo tengo apuntado. Y lo digo en serio. Te regalaré flores algún día. Cuando mueras.

—Ay, qué ganas tengo de morirme para que me regales flores...

—¿Qué planes tienes estas vacaciones? ¿Irás a Daegu? —Después de dar un par de vueltas por el viejo apartamento, me senté a los pies de Yoongi.

—No —dijo, frío. Lo miré con tristeza. Quise preguntarle si algo iba mal con sus padres, o por qué estaba en Seúl... pero no me atreví. Quizá prefería guardárselo para él mismo, y yo lo entendía.

—Oh, vaya. Pensé que volverías allí un par de días. Yo siempre paso las Navidades con mi familia.

—Claro, porque no tienes amigos.

—¿Y tú qué eres? ¿Una roca?

—Me encantaría ser una roca en mi próxima vida.

—Qué guay. —La conversación había llegado a un punto muerto, pero conseguí sacarla a flote—. Mis tíos vienen desde Sokcho mañana. No me caen bien.

—¿Y quién te cae bien a ti en este mundo?

Yoongi, que estaba tumbado en la cama y tapado con las sábanas, se levantó de repente con un quejido y dijo que nos fuéramos a Myeong-dong. Me sorprendió que lo dijera él y no yo, que era quien había tenido la idea en un

principio y quien estaba doblemente contenta por poder ir hasta allí. Yoongi se acercó a una cómoda y sacó algo de ropa mientras suspiraba. Se giró para mirarme con desconfianza antes de dirigirse al baño para vestirse.

—No vas a seguirme, ¿verdad?

—¿Por qué lo haría?

Señaló mi rostro con su barbilla.

—Por tu cara de acosadora. No me sigas.

—Si lo que quieres es que te cambie el pañal, vas a tener que hacerlo tú solito. Venga, vístete. ¡Eres un lento!

Aproveché que no me veía para ordenar un poco su escritorio, intentando no leer lo que estaba escrito en un cuaderno pautado y evitando que se notara que lo había movido todo. Me dediqué a dejar los bolígrafos esparcidos por la mesa en un vaso de cristal que hacía las funciones de cubilete. Después coloqué y alisé las sábanas de la cama. Yoongi salió de repente del baño, vestido enteramente de negro, y me miró preguntándose qué narices estaba haciendo hurgando en su escritorio. Fingí que no pasaba nada y me acerqué a él dando saltitos. No sé si me emocionaba verle de nuevo o salir de casa después de jornadas interminables bajo la luz de mi escritorio. Nos pusimos nuestros respectivos abrigos y zapatos y salimos de allí. Casi sin darme cuenta, entrelacé su brazo con el mío para caminar juntos. Era una buena forma de no resbalar con el hielo de las baldosas.

—Anda, si han vuelto tus terribles Adidas rosas —comentó.

—Admítelo, te encantan tanto como yo. ¿Vas a estar solo en Navidad?

Me miró con los ojos entornados.

—Supongo...

Podría haberle hecho una invitación al más puro estilo película estadounidense: «¿Por qué no te vienes con nosotros?», pero aquellas cosas no funcionaban en el mundo real.

—Joder, qué asco —solté—. Bah, no te preocupes. Yo quiero escaparme de esa cena de familia infernal, así que vendré a tu apartamento.

—¿Me estás utilizando de excusa?

—Eh... sí.

Yoongi sonrió con aire orgulloso.

—Por esto eres mi amiga.

—Ya lo sé... —Ahogué un gritito de repente al ver un póster de mi grupo favorito en el escaparate de una tienda de discos. Yoongi fingió no haberse

asustado cuando eché a correr hacia el cristal de la tienda—. ¡Mira, mira! ¡Un póster gigante de Bigbang! ¡Hazme una foto! ¡Corre!

Hicimos lo mismo de siempre: entrar en tiendas, mirar y no comprar nada, sentarnos en alguna cafetería y volver en metro. Pronto, aquello se convertiría en rutina y mi objetivo de seguir estudiando a todas horas durante el curso se iría a pique. Las clases me aburrían, pero también me hacían sentir muy nerviosa, angustiada y estresada; tenía la sensación de que no podía seguir el ritmo. Ir con Yoongi era todo lo contrario. Por aquel entonces, hasta pasear de vuelta del conservatorio era un alivio para los dos. Nos llevábamos bien, nos quejábamos de nuestras cosas y nos escuchábamos el uno al otro... Siempre y cuando no nos metiéramos en terrenos pantanosos.

A Yoongi no le gustaba mucho que yo le preguntara sobre su familia, sobre Daegu, sobre el motivo por el que estaba en Seúl. Me contestaba cortante cada vez que el tema salía a la luz y yo me compadecía de él cada vez más. Vivía solo, en un apartamento diminuto, y no iba a ver a su familia en Navidad. Yo estaba dispuestísima a ayudarlo. De hecho, me quité la bufanda y envolví con ella el cuello de Yoongi, que no dejaba de quejarse de frío.

Estábamos esperando el autobús, pero las temperaturas eran tan bajas que hice una llamada de socorro a mis padres, para que vinieran a buscarnos en coche.

—¿Por qué no vuelves a Daegu? —solté sin pensármelo dos veces. En el hipotético caso de que Yoongi se cabreara como nunca, podría levantarme y echar a correr pidiendo que llamaran a la policía antes de morir asesinada por alguien con patas de pollo.

—Está lejos —contestó, sin mirarme. Como no dejaba de mover sus piernas y estábamos sentados muy juntos, sus rodillas chocaban con las mías.

—Solo está a unas tres horas de aquí.

—Está lejos —repitió.

—¿Algo va mal? —Era mi único y mejor amigo, y por mucho que no quisiera preguntarle por miedo a cagarla, lo hice. Si podía ayudarlo, animarlo o lo que fuera iba a hacerlo. Lo miré con algo de lástima—. Puedes decírmelo si quieres.

—No, nada va mal. —Me miró con aire despreocupado, como si quisiera restarle importancia al asunto. Después, Yoongi volvió a mirar a la carretera, juzgando silenciosamente a un grupo de chicos gritones que pasaron frente a nosotros.

Seguimos esperando a mis padres en completo silencio. Distinguí en la lejanía un coche alto, de color blanco nacarado, y lo señalé con el índice.

—¡Ahí están mis padres! —Me giré hacia Yoongi—. Vamos. Tú te vienes conmigo.

Él empezó a quitarse mi bufanda de encima, dispuesto a devolvérmela y a huir cuanto antes para no tener que subirse al coche, que ya estaba parado cerca de la acera. Mi padre me hizo una seña desde el interior para que entrara. Abrí una de las puertas traseras, me puse en la piel de un policía y obligué a Yoongi a sentarse detrás de mi madre. No le quedó otra. En cuanto tomó asiento, yo entré en el coche y me dejé caer en el asiento de al lado. Mi padre arrancó en cuanto yo cerré la puerta y nos abrochamos el cinturón.

—¿Qué tal, Yoongi? —preguntó mi padre con amabilidad, mirando al susodicho por el espejo del retrovisor. Sabía que detrás de esa aparente amabilidad se escondía un «cuidado con lo que dices, chaval, que puedo lanzarte fuera del coche».

—Bien —dijo él, más seco que el desierto del Sáhara.

—¿Os lo habéis pasado bien? —soltó mi madre.

Intenté analizar bien la pregunta. ¿Iba con segundas? Piensa mal y te quedarás corto, decían. Busqué una respuesta que se adecuara a lo que mamá le quería escuchar.

—Sí. Hemos estado en todas las tiendas —contesté yo.

—¿Has comprado mucho?

—No lo suficiente como para quedarnos en bancarrota.

La conversación terminó y el ambiente empezó a hacerse cada vez más incómodo y pesado. Miraba de vez en cuando a Yoongi, de reojo, pero se pasó la mitad del trayecto con la cara vuelta hacia la ventana. Mi padre también nos echaba un ojo a través del retrovisor. Él, de repente, exclamó lo mucho que le gustaba una canción que sonaba en la radio. Era una de los años noventa, o setenta, o vete tú a saber. Mi padre subió el volumen, dejando que la parte menos tranquila de «*Stairway to Heaven*» retumbara en nuestros oídos, y se puso a cantar a grito pelado con un inglés pésimo. Mi madre no tardó mucho en seguir a mi padre, cantando igual o peor.

Oí una carcajada descarada de Yoongi, pero al mirarle tenía la cara escondida en el cuello de su abrigo. Sabía que mis padres solo hacían eso para avergonzarme, pero ¿quién podía avergonzarme a mí, que había perdido la vergüenza cuando tuve que bailar encima de un escenario en primaria?

Fingí que mi teléfono móvil era un micrófono. Me quité las horquillas del pelo, agité la cabeza y me puse a imitar la voz desgarradora de Robert Plant. Mi padre, mi madre y yo continuamos berreando mientras Yoongi se llevaba las manos a la cabeza, queriendo llorar de la vergüenza ajena que sentía, pero sin dejar de reírse.

Era la primera vez que lo veía reírse tanto, sonreír como un niño pequeño. Y sí, tenía una sonrisa muy bonita.

Las cenas de Nochebuena... Las mágicas cenas de Nochebuena. Con el paso de los años, la Navidad había empezado a dejar de gustarme. La magia de recibir los regalos de un misterioso abuelo gordo que vivía en el Polo Norte se había terminado hacía bastantes años, cuando mis padres me dijeron que Santa Claus no existía, y la ilusión fue desapareciendo a medida que yo iba creciendo. Poco a poco, la Navidad se convirtió para mí en una época del año en la que Seúl estaba más iluminada y transitada que nunca, nada más.

Como no tenía demasiados amigos ni pareja para celebrar la Navidad, como era costumbre en Corea —más de una vez, de pequeña, pensé que era el día de los enamorados y no Nochebuena—, no me quedaba otra que quedarme en casa a cenar con mis padres, mis abuelos y mis familiares de Sokcho, una ciudad costera cercana a la frontera con el Norte. Eran una versión norteña de nosotros, de mis padres y yo.

Si empecé a odiar la Navidad fue, principalmente, por la pregunta estrella de la noche:

—¿No conoces a ningún chico? ¿Y para cuándo un novio? —me preguntó mi prima, mirándome curiosa. Yo me limité a resoplar—. El otro día vimos a Aerin con un chico —añadió ella mirando al resto de los comensales con una sonrisilla ladina, esperando sus reacciones. Todos se habían quedado en silencio.

Mi padre alzó la cabeza, mi abuela alzó la cabeza, todos alzaron la cabeza y me miraron como ardillas asustadas, esperando una respuesta. Dejé los palillos de metal sobre la mesa, despacio, me limpié la boca con la servilleta de tela a juego con el mantel y suspiré, cruzándome de brazos.

—¿Y qué pasa? ¿Hay algún problema con eso?

—Bueno, estás en época de tener novios... —soltó mi tía.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y si no era yo?

—Reconocí tus zapatillas rosas —argumentó mi prima, moviendo lentamente los labios.

Definitivamente, aquellas llamativas Adidas de edición limitada empezaban a ser un incordio.

—Bueno, ¿y qué problema hay con que vaya por ahí con un chico?

—Aerin tiene un amigo. —Mi madre intentó sacarme de la situación, pero solo lo empeoró. Aunque su tono fue neutro y de lo más inocente, mi tía se lo tomó como si estuviera entrecomillado.

—Así que un «amigo», eh... —Rio con suavidad, divertida, y yo no pude contenerme por más tiempo.

Solía morderme la lengua y no comentar nada sarcástico que sirviera para iniciar la típica discusión familiar, pero no estaba para bromitas. No sabía si lo hacían para ver nuestras reacciones y poder ponernos verdes con sus vecinos, o si simplemente disfrutaban con verme a punto de explotar.

Me encogí de hombros con aire orgulloso.

—Sí, tengo un amigo. ¿Y qué? ¿Tenemos que ser necesariamente novios porque yo sea una chica y él un chico? —solté—. No tengo novio y no veo la necesidad de tenerlo. ¿Por qué siempre me preguntáis lo mismo? ¿Por qué tengo que depender de un tío? No estoy interesada en tener líos con los que morrearne ahora. Estoy harta de que en todas las cenas de Navidad salga el mismo tema.

Mi tía abrió la boca escandalizada. Mi madre me dio un golpe bastante fuerte en el brazo y mi padre bramó mi nombre. Yo volví a encogerme de hombros, como diciendo «no me importa». La mesa se quedó en silencio unos cuantos minutos, hasta que mi padre, con el don de la sociabilidad, inició un nuevo tema de conversación. Yo terminé la cena, me levanté sin el permiso de mi madre y fui a mi habitación para buscar algo que me abrigara. Volví a la sala de estar —o comedor, dependiendo de la situación— y me despedí de mis abuelos con un nuevo abrazo.

—¿Dónde vas? —Mi padre me agarró de la muñeca y me detuvo, mirándome con seriedad. Yo señalé la puerta con la mano contraria.

—Las Navidades son para pasarlas con amigos, ¿no? —Me zafé de su agarre y hui hacia el vestíbulo de entrada. Había llegado a un trato con mis padres el día que Yoongi vino con nosotros en coche, y ese trato consistía en

dejarme salir y volver a casa a las doce, como Cenicienta. Negociando con ellos, conseguí que me dejaran quedarme hasta las tres. Todo el mundo de mi edad pasaba la noche fuera de casa, bebiendo, yendo de fiesta, y yo me limitaba a quedarme muerta de asco frente a la pantalla de mi ordenador. Mis padres por fin me dejaban volar fuera del nido, aunque no demasiado lejos. De todas formas, podían confiar en mí. El alcohol solo me parecía útil para desinfectar heridas—. ¡Llegaré pront...!

—Ni siquiera hemos terminado de cenar, Aerin, siéntate —me ordenó.

Resoplé y obedecí. Me quité el abrigo y lo dejé colgado en la silla durante el resto de la noche, que se me hizo eterna. Tuve la sensación de que todos empezaron a comer más despacio solo para hacerme esperar. Mi madre, que me vio demasiado impaciente, dejó que me marchara antes del postre. Me calcé mis botas preferidas con rapidez, me enrollé en una bufanda gigantesca y cogí un pequeño USB. Salí corriendo de casa, literalmente, y yo no corría excepto en casos de peligro de muerte o suspenso en gimnasia.

Hacía mucho frío fuera, así que caminé a paso ligero hacia el apartamento de Yoongi. Le prometí que pasaría la Nochebuena con él, y como no me creía, me presenté delante de la puerta azul de su casa en unos cuantos minutos. Golpeé la madera con los nudillos varias veces en vez de llamar al timbre. Di saltitos para no congelarme. Por fin se abrió la puerta.

—Lo siento, no aguantaba más allí y te ruego por refugio, gran señor de África Central.

—¿En serio?

Sonreí ampliamente a Yoongi. Vestía con una camiseta blanca de manga larga y unos pantalones holgados de chándal. Él me miró escéptico, sin llegar a creer que yo estuviera en el edificio de apartamentos una Nochebuena a las once y media de la noche. Me dejó pasar al interior.

—¡Feliz Navidad y feliz Hanukkah! —exclamé mientras me quitaba los zapatos y observaba a Yoongi sentarse en su cama, entre las sábanas. Había vuelto a dejarla sin hacer—. Tío, para hacer la cama no hay que graduarse de ingeniería aeroespacial.

—¿Para qué voy a hacerla si voy a dormir en ella de todas formas? —protestó.

—Eh... —No supe qué decirle. Tenía razón—. Bueno, mira. —Saqué del bolsillo de mi pantalón el USB que había guardado antes de irme de aquella cena infernal—. Tengo episodios de *Naruto* aquí, por si te interesa.

Se lo lancé a las manos y Yoongi lo cogió al vuelo. Me dediqué a pasear por su apartamento mientras él jugueteaba con el USB blanco. Me llamó la atención una pequeña pila de discos, y sobre ella, un marco de fotos colocado boca abajo. Aunque tuve curiosidad por ver la foto, resistí la tentación.

Yoongi, que no quiso moverse de la cama, me pidió que girara la pantalla de su ordenador —un portátil viejo sobre el escritorio— hacia allí. Lo hice, encendí el ordenador y conecté el USB. Puse el primer capítulo del anime, me dejé caer al lado de Yoongi y nos quedamos con la vista fija en la pantalla, viendo los colores vivos de *Naruto*. Después de un buen rato, dejé de prestar atención a lo que le ocurría al protagonista y Yoongi pareció hacer lo mismo. Oí cómo él tomaba una gran bocanada de aire antes de hablar, inseguro.

—¿No te han dicho nada tus padres o de verdad te has escapado de allí?

—Les dije que iba a ser responsable y conseguí convencerles de que me dejaran estar aquí hasta las tres.

—Pero si ni siquiera son las doce.

—Por eso he grabado tantos capítulos de *Naruto*. —Me reí—. Oye, ¿has cenado algo?

—Sí.

Eché un vistazo a la cocina. Había unos cuantos platos sucios, pero no supe distinguir si eran recientes o no. Decidí otorgar el beneficio de la duda a Yoongi y creer que realmente había cenado antes de que yo llegara. Me preocupaba que no se cuidara... Estiré las piernas hacia delante, relajada. Con él podía ser la Aerin de verdad. Vamos, que no tenía que estar todo el día fingiendo que era la muchacha más feliz y despreocupada del mundo entero. Podía bajar un poco el tono de mi sarcasmo, retorcerme para estirar la espalda sin comedirme, eructar o bostezar sin tener que disculparme después.

—¿No echas de menos la comida de tu madre? Yo creo que sería incapaz de vivir sin ella —dije, buscando una reacción en Yoongi, como una mueca triste o chispas de enfado en los ojos. Él solo se encogió de hombros.

—No sé.

Me senté con las piernas cruzadas en la cama, frente a él.

—¿Por qué estás solo en Seúl? —Yoongi suspiró con hastío, se frotó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y miró al techo un par de segundos, pensando bien su respuesta. Se quedó callado y la contestación a mi pregunta nunca llegó—. Solo quiero saber si puedo ayudarte en algo. No sé, por no sentirme inútil y por esperar que el karma me lo devuelva algún día.

—Quise venir aquí.

—Oh —musité—. ¿Tus padres no te han obligado...?

—Ha sido iniciativa propia.

—Vaya. Qué guay. Te dejan ir a una ciudad que no es la tuya a vivir solo. —
Suspiré.

—Si lo dices porque crees que tus padres no te dejarían ir a otro sitio, yo creo que sí lo harían. Son simpáticos.

—Pero estrictos —añadí dibujando una mueca—. Les ha costado dejarme salir hoy; es la primera vez en mis diecisiete años que estoy fuera de casa a medianoche, ¿y crees que dejarían que su hija se marchara a una ciudad a dos horas de distancia?

—¿Por qué no?

—No sé. Pregúntaselo a ellos.

—Mis padres no quieren que esté aquí, así que estamos casi en las mismas.

Me sorprendió la tranquilidad con la que dijo aquello, como si no pasara absolutamente nada, como si no tuviera cargo de conciencia. Si yo fuera él, sería incapaz de vivir dos días en una ciudad desconocida sabiendo que mis padres no querían que estuviera allí, sola, viviendo la vida loca. Agaché la cabeza, algo abrumada.

—Entonces, ¿por eso no vuelves a Daegu? No sé si debería sentirlo o...

—Bah, da igual.

—Ahora que lo pienso, eres el estereotipo de chico rebelde fugitivo enemigo de cualquier padre.

—Al tuyo le caigo bien.

—Creo que ya está planeando adoptarte —bromeé, sentándome con la espalda pegada contra la pared, como al principio, y dejé de estar frente a Yoongi.

Otra vez silencio, solo interrumpido por el doblaje japonés y los ruidos varios de Naruto. Durante unas cuantas escenas, Yoongi no dijo nada, así que lo miré para asegurarme de que estaba vivo.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada hacia un lado, pero respiraba. Se había quedado dormido de brazos cruzados, abrazándose a sí mismo, con la boca ligeramente abierta. Busqué algo con la mirada que fuera lo suficientemente fino y molesto como para ponerlo entre sus labios y hacer que se despertara, pero me contuve, una vez más, por miedo a no salir ileso de allí. Justo cuando iba a apartarme para dejar a Yoongi algo más de espacio, él se

despertó algo desorientado. Alzó la cabeza, me miró batiendo las pestañas y luego estiró el cuello con un quejido suave. Después se tumbó en la cama, utilizando mi regazo de almohada.

No me lo esperaba. No, no me lo esperaba. En absoluto. Me quedé sin respiración un segundo, intentando procesar qué narices estaba pasando, pero logré volver a la normalidad y recuperar la calma cuando me di cuenta de que no estaba alucinando. No supe dónde colocar mis manos: dudé si ponerlas encima de la cabeza de Yoongi, entre los mechones de su cabello color azabache, o si dejarlas a ambos lados de mi cuerpo. Opté por la segunda opción, que quizá era la más incómoda. Apoyé las manos en el colchón, una a cada lado.

Yoongi volvió a quedarse dormido, esta vez con la cabeza sobre mi regazo.

Me desperté porque era incapaz de encontrar una posición cómoda. Me reincorporé despacio. Lo primero que vi fue un episodio de *Naruto* en la pantalla de mi ordenador, y luego a Aerin mirándome con cara de no haber roto un plato en la vida. Estiré los brazos hacia delante. Me había quedado dormido utilizando sus piernas de almohada. No fue mi intención, pero el sueño me venció.

Ella no dijo nada. Yo tampoco. No sé cuánto tiempo pasó desde que yo desperté hasta que Aerin empezó a cabecear de una manera brutal. Parecía que se iba a romper el cuello. A pesar de estar a punto de caer dormida, conseguía mantenerse despierta. Acabó recostándose contra mí, apoyando su cabeza en mi hombro. Suspiró.

—No quiero perderme... —Un bostezo la interrumpió— la siguiente escena...

No supe si vio la escena o no. No me atreví a mirar a Aerin, pero estaba demasiado callada como para estar despierta. Vi cómo cerraba los ojos cuando giré la cabeza hacia ella. Esta vez fue Aerin quien se quedó dormida. Yo resoplé. No iba a aguantar demasiado tiempo el peso de su maldita cabeza. Tenerla tan pegada a mí me hizo sentirme un poco nervioso, pero se me pasó enseguida cuando recordé que era Aerin y no cualquier otra chica. Dejé que durmiera un rato más, hasta que se me entumeció el hombro. «Un rato más» resultaron ser tres capítulos seguidos de *Naruto*. Aerin estuvo durmiendo prácticamente una hora.

Tuve que golpear su mejilla con suavidad varias veces para que se despertara. Podría haber empezado la puta Tercera Guerra Mundial fuera y Aerin ni se inmutaría.

Entonces me di cuenta de que sí estaba demasiado cerca de ella. Un par de

centímetros más y el cristal de sus gafas se empañaría por culpa de mi aliento. Mi nariz casi rozaba la suya. No entendía cómo habíamos llegado a estar en aquella posición. Aun así, intenté despertar a Aerin una vez más. Aquella sería la definitiva. Si no se despertaba, me la quitaría de encima de un empujón.

—Aerin, joder. Despiértate.

Ella debió reconocer mi voz. Abrió los ojos despacio, y cuando me vio tan cerca, se quedó observándome como si fuera un jodido cuadro.

—¿Has visto esa película... —me preguntó, con voz suave y algo ronca— donde la prota está dormida y el chico se acerca para besarla...?

Negué con la cabeza. Su nariz rozó la mía. Lo supe porque Aerin la tenía helada.

—Pero es Navidad y no tenemos muérdago.

—Ah, claro...

Aerin pestañeaba demasiado despacio. Se estaba volviendo a quedar dormida, pero de repente inspiró con fuerza y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Mi comentario hizo que se diera de bruces contra la realidad; y a mí me salvó de tener que pasar un mal trago. Bueno, a lo mejor besar a Aerin no era tan malo, pero sabía que ninguno de los dos quería hacerlo.

Ella me alejó, empujándome hacia atrás con fuerza. Me puse a toser enseguida, avergonzado, mirando por la única ventana del apartamento.

—Cr... creo que me voy —dijo, levantándose lo más rápido que pudo—. Son casi las tres... Puedes quedarte con el USB... Eh... ¡Adiós!

Aerin se dirigió hacia la puerta, se calzó y salió rápidamente. Nada más pisar la calle se dio cuenta de que se había olvidado el abrigo. Llamó al timbre un par de veces, hasta que abrí la puerta. Cuando se lo entregué, hizo una reverencia y desapareció escaleras abajo.

Las vacaciones de Navidad iban llegando poco a poco a su fin y yo volvía a no saber nada de Yoongi; había desaparecido del mapa. Solo esperaba que no fuera literalmente, porque de ser así me llevaría un disgusto muy grande y unos cuantos suspensos de más. Nos habíamos enviado mensajes un par de días, como siempre, como si él no se hubiera quedado dormido en mi regazo o como si no nos hubiéramos intentado besar. No podía dejar de pensar en eso, pero como él no parecía molesto, preferí no darle más vueltas al tema. De repente, dejó de hablarme. Lo primero que pensé fue que se le había estropeado su teléfono móvil, así que el día de Año Nuevo, después de pasar el mediodía y la tarde con mi familia, como era típico, fui a su apartamento dando brincos por la noche. Llamé a la puerta un par de veces, después al timbre, y luego volví a aporrear la puerta. No hubo respuesta.

Esperé unos cuantos minutos, intentando ver el interior de la minúscula casa por un ventanuco cercano a la puerta. Estaba oscuro, sin luz, no había nadie en el interior. Tampoco logré escuchar nada. Vale, Yoongi de por sí era silencioso y no armaba mucho escándalo, pero era demasiado extraño que, aunque hubiese estado durmiendo, no me abriera la puerta de su apartamento con su cara de querer matar hasta a un gatito inocente.

Fue entonces cuando comenzó mi trabajo de investigación. Si Im Aerin era capaz de encontrar gangas en cualquier tienda, también era capaz de saber dónde estaba o qué le había pasado a Yoongi. Empecé por crearme agente especial —o algo así— y por intentar abrir la puerta de su apartamento. De repente, oí la voz ronca de un señor cerca de mí, hablando en un dialecto que yo no entendía. Supuse que me estaba riñendo por intentar forzar la cerradura. Me giré con una sonrisa inocente, aparentando no estar haciendo nada ilegal, y me topé con un hombre mayor bastante encorvado agitando un bastón de

madera.

Lo saludé con una reverencia e, intentando ser lo más educada posible, le pregunté si sabía dónde se encontraba su vecino. Se refirió a Yoongi como «el niño de Daegu», y pude notar un ligero afecto hacia él. Por mucho que intenté excusarme y decir que mis llaves estaban dentro del apartamento, el hombre se mantuvo fuerte y me echó de allí... Volví a los cinco segundos. A veces no me daba cuenta de que ser tan obcecada era un problema.

La voz del anciano volvió a sorprenderme justo cuando yo intentaba abrir la puerta del minúsculo apartamento con unas horquillas. Lo había visto en alguna película, así que... ¿por qué no iba a funcionar en la vida real?

—¿Otra vez aquí, chica?

Me di la vuelta y junté las manos tras mi torso, sonriendo, aparentando no estar molesta y escondiendo el estropicio de la cerradura. No supe qué decir, así que me limité a encogerme de hombros.

—El niño de Daegu no quiere tu visita, ¿no te queda claro?

—Somos amigos —solté—. Solo quiero recuperar mis llaves y saber adónde ha ido. ¿De veras no tiene ni idea de dónde puede estar? ¿A qué hora se marchó? ¿Llevaba algo? ¿Una maleta?

—Se marchó sobre estas horas hacia allí. —Harto de que yo le bombardeara con preguntas, el hombre se apoyó en la barandilla del balcón y señaló con su bastón hacia el sur, hacia un edificio alto con muchas ventanas iluminadas.

Reconocí el edificio enseguida: era el hospital. Hice una reverencia de nuevo, di las gracias al anciano y quité las horquillas de la cerradura antes de salir corriendo hacia la gran avenida que dividía el barrio en dos partes. Me cansé al bajar las escaleras, así que terminé caminando a paso rápido, nada más.

Hasta ese momento pensaba que Yoongi podía haber ido a su ciudad natal por Año Nuevo a visitar a su familia. Era tradición pasar los primeros días del año con la familia. Aunque sospechaba que Yoongi tenía una mala relación con sus padres, sin duda era mucho peor haber terminado en el hospital. Me preocupé tanto por él que empecé a mordisquearme las uñas por el camino.

Entré en el ajetreado hospital y pregunté por él en un mostrador enorme. La mujer que estaba tras él respondió con algo de reticencia a mis preguntas. Finalmente, me dio el número de habitación en la que se encontraba Yoongi y añadió: «Quinta planta, en digestivo».

De repente, sentí enfado. Cabreo. Ira. ¿Cómo era posible que ese gilipollas no me hubiese dicho que estaba en un puñetero hospital?! Estaba tan enfadada en ese momento que pulsé el botón del ascensor con más fuerza de la que debía y lo hundí.

No me hizo falta caminar mucho para encontrar la habitación. Fui hacia allí enfadada, dispuesta a entrar como un huracán y a zarandear a Yoongi, independientemente de su estado, pero me detuve en seco al ver la puerta entreabierta. A través de la rendija pude ver una cama de hospital vacía y otra ocupada por un chico de cabello azabache. Suspiré. Yoongi parecía el de siempre, solo que vestido de blanco y con una vía de suero conectada al brazo. Pensé mejor lo de zarandearle... no era una buena idea.

Aun así, abrí la puerta de golpe, haciendo que se sobresaltara y diera un pequeño brinco en la cama.

—¿Qué hay, idiota? ¿Te lo estás pasando bien en el hospital?

—Ay, no, tú no... —lloriqueó, o al menos fingió hacerlo. Yoongi hizo una mueca de disgusto, aunque sabía que en el fondo escondía una sonrisilla—. No te acerques más, no me grites.

Aunque quería hacerlo, mantuve un tono de voz tranquilo y suave.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté, observándolo bien. Estaba mucho más pálido, más ojeroso y más débil. Paseé por la habitación en busca de algún historial, de algo que me sirviera para saber qué le había ocurrido a Yoongi. Encontré una carpeta beige colgada a los pies de la cama, así que la ojeé—. Apendicitis. Podrías haber muerto y ni siquiera me has avisado.

—¿Cómo me voy a morir de una puta apendicitis?

—Fácil: tu apéndice se hincha, explota, daña el peritoneo...

—¿Por qué me hablas en un idioma que no entiendo? ¿Qué coño es el peritoneo?

—Lo que recubre el estómago —le expliqué, haciendo señas con las manos sobre mi tripa—. Bueno, ¿que podrías haberte muerto!

—Bah, menudo problema.

—Es serio. Tienen que quitarte el apéndice.

—Bueno, hay gente que vive con un solo riñón, ¿no? No creo que me pase nada si me extirpan el apéndice.

Hice una mueca, no muy convencida.

—La cosa se puede complicar.

—¿Cuándo dejarás de ser tan tremendista? —Bufó, mirando al techo—.

Oye, estoy pasándolo mal y no quiero tener que aguantarte.

—¿Me estás echando?

—Sí.

Solté una carcajada sarcástica.

—Pues ahora me voy a quedar para joderte —sentencié, sentándome a los pies de su cama—. Y me voy a quedar tooooooda la noche contigo.

—Joder. —Chasqueó la lengua, aparentemente molesto, puso los ojos en blanco con un suspiro demasiado dramático y me señaló con los ojos entornados—. ¿Sabes? Nada de esto habría pasado si yo no te hubiera dejado mi chaqueta aquel día.

—Pero si fue hace meses, idiota.

—¿Y qué más da? Los virus se acumulan.

—Quizá te den un Nobel por ese descubrimiento. —Volví a coger la carpeta marrón con hojas y las releí. Ví una fecha rodeada y un permiso aún sin firmar—. ¿Te operan mañana?

—Sí.

—Bien, tengo unas cuantas horas para convencerte de que me pongas como heredera en tu testamento vital antes de que mueras.

—Joder, cállate.

—¿Tienes miedo...? —Escondí una sonrisilla divertida tras una cortina de pelo. Después lo retiré de mi cara con un manotazo—. No llegan a sedarte del todo, te abren de aquí a aquí —señalé mi esternón y bajé el índice hasta mi ombligo— y mueven tus intestinos para buscar el apéndice...

Yoongi me empujó con las pocas fuerzas que tenía e hizo que me cayera de la cama. Me quejé, pero él me ignoró y se puso a mirar por la ventana hasta que se quedó dormido y ya no volvió a despertarse en toda la noche. Llamé a mi madre para decirle que me quedaría en el hospital para cuidar de Yoongi y, sorprendentemente, no puso ninguna objeción. Él se quedó dormido como un tronco, y yo, sentada en una silla que trajo una enfermera, me quedé observándolo todo el tiempo, como una acosadora loca, jugueteando con algunos mechones de su pelo.

Durante toda la noche y la escasa hora de operación estuve preguntándome si los padres de Yoongi sabían que su hijo estaba ingresado por una infección. Si yo fuera Yoongi, además de morirme del dolor abdominal, estaría muriéndome

por querer avisar a mis padres. Por aquel entonces me di cuenta de lo importantes que eran para mí, y también de lo importante que es tener una buena relación con ellos.

Los médicos me dijeron que todo había ido como la seda, que no tenía que preocuparme por nada. Mentí cuando me preguntaron si era familiar de Yoongi. Les dije que sí y no pusieron ninguna pega, así que me entregaron un bote con algo oscuro dentro.

Estábamos en la habitación que le habían asignado y Yoongi dormía —cómo no— a pesar de que ya había pasado el efecto de la anestesia. Me entretuve canturreando mientras esperaba que se despertara. Cuando finalmente abrió los ojos, me miró algo molesto. Yo le sonreí triunfante y le mostré el bote.

—¡Es tu apéndice!

—Eh... Te lo regalo —fueron sus primeras palabras tras la operación.

—He oído cosas como «te regalo mi corazón», pero de ahí a que me regales tu apéndice... Prefiero un pulmón o parte de tu hígado. Es más útil.

Tardó bastante en quejarse. Emitió una especie de ronroneo y se llevó la mano hacia el vientre, sujetándolo sin mucha fuerza.

—Me duele, joder. ¿Es que los médicos no saben hacer nada bien?

—Eh, los médicos lo han hecho bien. Lo que pasa es que eres un debilucho y no tienes tolerancia al dolor. Imagina estar casi una semana con dos ovarios hinchados, desangránd...

—Cállate. Tu voz me molesta.

Obedecí. El pobre acababa de salir de quirófano, así que preferí callarme y no provocarle dolor de cabeza. Apoyé el codo sobre el colchón de la cama ocupada por Yoongi y hundí mi mejilla en el puño.

—Acabo de darme cuenta de que no te he dicho «¡Feliz año nuevo!» y todas esas mierdas, así que feliz año nuevo —dije después de un buen rato en silencio.

—Sí, lo que tú digas.

—Año nuevo, Yoongi nuevo. ¡Esta vez sin apéndice!

—Qué graciosa.

—¿De veras te duele mucho? —Él asintió. Una expresión triste se dibujó en mi rostro. Si por mí fuera, le hubiera dado una dosis de calmantes a Yoongi, pero me limité a acariciar su hombro—. Sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana.

Actué impulsivamente y me acerqué a él para plantarle un beso en la

mejilla. No sé por qué lo hice, pero más tarde lo achaqué a la lástima. Quise creer que fue un beso como el que da una madre a su hijo enfermo, algo puramente fraternal.

Froté su hombro.

—Hala, ya está. ¿Ves? ¿A que ya no te duele?

—Sí. Todavía me duele.

—¿Por qué estás sonriendo tanto?

—¿Eh? Por nada...

Fruncí el ceño, confusa.

Es tan difícil darte cuenta de algo cuando lo sientes por primera vez...

—¿Por qué no te has ido todavía? —Yoongi arrastró los pies y se acercó a mí.

—Estoy esperando a que firmes tu testamento. —Me bajé de la cama del hospital de un salto—. No tengo nada mejor que hacer, así que te acompaño.

—Estoy bien...

—Sí, acabas de salir de un hospital y estás genial. —Puse los ojos en blanco—. Ahora mismo te apunto a una maratón.

Sentía tanta lástima por Yoongi que no fui capaz de abandonarlo. Él solo pasó una noche más en el hospital y pronto le dieron el alta médica. Insistió todo el rato en que estaba bien, que no necesitaba compañía, pero yo ya le conocía lo suficiente como para saber que era mentira. No quería quedarse solo y yo tampoco quería que lo hiciera. De hecho, ni siquiera volví a casa.

Yoongi dejó el pijama del hospital y se despidió de algunas enfermeras. Me dejó atrás, pero no tardé mucho en alcanzarle por los pasillos. Yo parecía su criada, abriendo todas las puertas y facilitándole el paso, pero lo hacía con gusto. Por muy egoísta que pareciera, me encantaba ayudar a la gente, y quería dedicarme a ello.

Llegamos a la puerta principal del hospital. Ahogué un grito. Me sorprendió ver una estampa totalmente blanca, aunque era muy común que nevara en pleno invierno en la península.

—¡Está nevando! —chillé.

—Vaya, no me había dado cuenta... ¿Crees que estoy ciego?

Me alegraba saber que Yoongi había recuperado su habitual tono sarcástico. Le tendí mi brazo.

—Vamos, abuelo. Sería gracioso que te resbalaras con la nieve y te rompieras la cadera. Año nuevo, Yoongi nuevo. ¡Con una prótesis y sin apénd...!

Yoongi aprovechó para dejarme atrás una vez más. Se había calado bien la capucha de su abrigo y caminaba despacio entre la nieve. Yo, sin embargo, era incapaz de andar en condiciones por tres motivos: uno, me encantaba la nieve; dos, resbalaba a cada paso y tres, no quería mojar mis puñeteras Adidas rosas.

—¡Eh, espérame! —grité, riéndome—. Ay, joder, yo de esta no salgo... Seguro que resbalo.

Yoongi me miraba con una sonrisa que era una mezcla de diversión y ternura.

—Y vas a resbalarte —sentenció.

—Que no... —Como si sus palabras fueran un conjuro, resbalé justo al llegar a su lado. Fui rápida y me agarré a él, que me sujetó colocando sus manos en mi espalda. Se carcajeó—. Yoongi, siempre te estás riendo del sufrimiento ajeno.

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Dejar de reírte! —bufé. Dejé de agarrar sus hombros y él mi espalda—. Arg, odio que nieve cuando estoy sin paraguas. —Señalé mis gafas—. ¡Mira el cristal!

Los copos de nieve se habían pegado al cristal, así que veía más bien poco. Al menos Yoongi estaba bien protegido del frío y la nieve con la capucha de su abrigo y una bufanda.

—¿Hay algo que no odies en esta vida?

—Comer.

—¿Y no hay algo que odies comer? El brócoli, por ejemplo, o alguna de esas mierdas.

—Sí, pero no te lo voy a decir.

—Eres más de tocar que de comer.

Lo fulminé con la mirada para que se callara y cambié de tema antes de que entráramos en terrenos pantanosos. Retomamos el camino algo más despacio. Al final enlacé mi brazo con el suyo para que no resbalara, pero si me caía yo, caía él también, así que nos concentramos en no resbalar. Solo teníamos que cruzar un par de calles y una enorme avenida para llegar al edificio viejo de apartamentos. Yoongi, además de tener algunas molestias, parecía tener un dilema interno. Seguramente no quería que yo le acompañara para no sentirse

en deuda. ¿A quién pretendía engañar? Decir «gracias» y pedir perdón eran cosas que dañaban el orgullo de alguien que tenía la imagen de ser un chico rudo, pero, en el fondo, estaba deseando que me quedara con él el mayor tiempo posible.

Yoongi





Estoy muriéndome. 00:23

YA HAS HECHO TU TESTAMENTO???? 00:23
SOY YA TU HEREDERA?! 00:23

Ojalá pudieras heredar algo de mi inteligencia... 00:23

voy a hacer que te comas tu apéndice 00:25
has tomado los calmantes? 00:25

Sí 00:25
Pero no puedo dormir 00:25


seguro que es porque
estás pensando en mí     00:26

Sí, y me da miedo cerrar los ojos
por si apareces en mis pesadillas. 00:26

no voy a ir a darte un besito de buenas noches
ni a leerte un cuento 00:27
mira 00:27
te voy a contar una historia de miedo
para que te cagues encima 00:27

Tu cara sin maquillaje? 00:28

yo me rindo contigo 00:28

 00:28

Oye, gracias por hacerme compañía cuando
estaba en el hospital 00:28

QUÉÉÉ ES ESTOOOO?????! 00:30

ES MIN YOONGI DÁNDOME


LAS GRACIAS?????!  00:30

 00:30

de nada, yoongi  00:30

es lo que hacemos

las personas como yo 00:30

ayudar al prójimo  00:30

de todas formas me sentía en deuda contigo 00:30


no sé... por ayudarme con lo de soyoung

y con las clases y... esas cosas 00:31

sigues vivo o has muerto ya? 00:37

#RIPYoongi 00:37

Estaba pensando 00:40

piensas? desde cuándo?  00:45

Vete a la mierda 00:45

Que te den 00:45

Mañana empiezan las clases... 00:46

AAAAAAAAARRRGGG 00:47

NO ME LO RECUERDES 00:47

 00:47

me voy a dormir 00:47

quiero despertarme antes para hacerme
un eyeliner perfecto 00:47

Algún día te quedarás sin ojo 00:50

y de paso me arranco el otro para no verte 00:50

buenas noches   00:50

✓✓ leído a las 00:50

Me desperté preguntándome si de verdad merecía la pena salir de la cama. Los primeros días del nuevo semestre me despertaba media hora antes de lo habitual para poder prepararme y maquillarme sin estar aún medio dormida. Las semanas siguientes, ni siquiera tenía ganas de ir al instituto. Uno de mis pocos propósitos para el nuevo año era volver a estudiar con regularidad, aprobar todo y graduarme como la primera de todas las clases, pero me estaba engañando a mí misma. No sabía por qué todas las mañanas lo primero que hacía después de abrir los ojos era querer seguir durmiendo. ¿Dónde se habían quedado mis energías?

Al ponerme las gafas y encender la luz, vi el enorme calendario que colgaba de una de las paredes de mi habitación y un escalofrío me recorrió la espalda. Catorce de febrero.

Era bastante neutra con el tema de San Valentín: no me gustaba, pero tampoco lo odiaba. Mis padres solían comprar una tarta en forma de corazón y, aunque era solamente para ellos, yo terminaba comiéndola con la excusa de que era «fruto de su amor». También solía ser el día en el que algún chico o chica en concreto recibía al menos veinte cartas que resultaban ser confesiones —mayoritariamente anónimas— que acababan en la basura.

No quería salir de la cama, quería volver a dormir y despertar cuando tuviera treinta años y una carrera universitaria. Ni yo misma entendía por qué actuaba así si siempre me había levantado con una sonrisa radiante en la cara y pinta de haber salido de una película de Disney. Cerré los ojos. Justo cuando iba a caer de lleno en los brazos de Morfeo, mi madre se acercó a mí y empezó a agitarme con delicadeza. Me recordó, a su manera, que la asistencia a clase era un punto vital para ser considerada buena estudiante.

Hice una mueca de fastidio y me levanté de la cama lo más resignada

posible. Busqué una camisa limpia del uniforme, la falda del uniforme, la chaqueta del uniforme, unos calcetines que no llamaran demasiado la atención para llevar con el uniforme, el lazo del uniforme y todas esas cosas que tenía que ponerme para respetar la etiqueta del instituto. No sabía si posicionarme a favor o en contra de aquellas estrictas normas de vestimenta; no sabía si era una forma de evitar las envidias entre nosotros o si de verdad nos trataban como si fuéramos un puñetero rebaño. El maquillaje en exceso tampoco estaba permitido y, a pesar de que parecía un híbrido entre oso panda y muerto viviente por mis ojeras de récord, decidí salir de casa con la cara lavada. Así no llegaría tarde al instituto.

Las cosas allí no habían cambiado mucho desde enero. Lo único que sentí profundamente en el alma fue que me separaran de Yoongi en más de la mitad de las clases. Él seguía sentándose al lado de la ventana, pero yo quedé desplazada en la otra esquina de la clase, y, quizá por el destino o quizá por coincidencia, me tocó ser compañera de pupitre de Haneul. No hablábamos demasiado y ella parecía haber captado la indirecta directa —por fin— de que no podías hablar a alguien que llevara sus auriculares puestos. En cuanto terminaban las clases, yo me iba corriendo a mi antiguo sitio o me ponía a escuchar música a todo volumen.

Como de costumbre, caminaba distraída por la calle que me llevaba al circo. O sea, al instituto. Tropecé estúpidamente con algo todavía más estúpido. Me volví, pensando que mis pies habían chocado con alguna piedra, pero me equivocaba.

Cruzamos un par de palabras y caminamos hasta llegar juntos al enorme instituto, donde nos separamos nada más pisar nuestra aula. Oí a Haneul y sus amiguitas hablar sobre nosotros en el descanso entre clase y clase: creían que Yoongi y yo habíamos discutido y que ya no éramos amigos. Bueno, era verdad que apenas nos hablábamos, pero la razón de eso era que no teníamos nada que contar. Ambos éramos conscientes de que nuestras vidas eran igual de aburridas que mirar a una pared blanca, así que no solíamos charlar demasiado. Además, nos habíamos acostumbrado a estar juntos la mayoría del día. ¿Por qué teníamos que malgastar segundos en contarnos cosas que ya sabíamos? Haneul y sus amigas no parecían entenderlo, así que aprovecharon la oportunidad y se acercaron a Yoongi como una manada de hienas acechando a su presa. Yo observé la escena desde la distancia, con mi carpeta y algunos libros entre los brazos. Tenía que ir a una clase distinta y era la única hora a la

semana en la que me separaba de él. Sabía que iba a estar bien si utilizaba su sarcasmo; Yoongi era inteligente y no iba a dejar que esas chicas lo arrastraran... O al menos eso esperaba.

Me marché del aula, rezando para que Yoongi consiguiera salir vivo de aquella situación ridícula a la par que incómoda. Recorrí más de la mitad del pasillo de la planta superior del instituto esquivando a algunos alumnos, sin chocar con ellos, hasta que me di un buen golpe con alguien que caminaba sin mirar hacia delante. El estúpido con quien me golpeé hizo que tirara mi carpeta y mis libros al suelo, como si yo fuera la protagonista de algún drama para adolescentes románticas. Y para más inri, era San Valentín. Una parte de mí estaba gritando interiormente porque aquello podía ser el inicio de una genial historia de amor, pero la parte restante de mí estaba deseando irse de allí porque no creía en esas cosas y, además, tras años sufriendo acoso, pensé que sería alguien dispuesto a insultarme.

La verdad, se me pasaron las ganas hasta de huir al ver el careto de Song Minho frente al mío. Señalé con apatía mi carpeta tirada en el suelo. Pequeño resumen: él era un chico de los populares, de los que se atrevían a llevar una cresta como peinado y que destacaba por ser más alto que el resto. Se rumoreaba que estaba preparándose en una agencia para ser cantante, y eso solo provocaba que todas las chicas revolotearan a su alrededor. Había sido mi compañero de clase durante años, pero nunca hablamos. Además, solía unirse a Haneul y Soyoung cuando me dejaban en ridículo, así que prefería no hablar con él.

—Perdón —se disculpó, frotándose la nuca.

Me atreví a desafiarle con la mirada.

—¿Puedes recoger mis libros? Gracias. Es que estoy lesionada —mentí.

Me sorprendió que me obedeciera. Se agachó tan rápido que creí que era un ninja o algo por el estilo. Me tendió mi carpeta, junto al par de libros que llevaba en la mano, y me dedicó una sonrisa tímida.

—Toma. —Se los arrebaté de las manos, me coloqué las gafas y me dispuse a irme hacia mi clase. El timbre que indicaba el inicio de la hora sonó, igual de irritante que siempre—. Eh... Im.

—¿Qué quieres?

—Esta tarde...

—*Ciao!* —me despedí de él con la mano, marchándome directa a la última clase antes del recreo. Caminé lo más rápido que pude por el pasillo, huyendo

de Minhó.

Miré hacia atrás antes de entrar en clase. Él no me miraba, aunque tenía la sensación de que sí lo hacía. Me pregunté a mí misma por qué no le había dejado hablar, por qué tenía que ser tan cortante. Al final, aunque no quise darle mucha importancia, estuve pensando en el asunto durante toda la clase de anatomía, y apenas presté atención. De nuevo, el —odioso— timbre me sobresaltó. Me había quedado mirando por la ventana y no me había dado cuenta de que la clase ya había terminado. Salí de allí empujando la montura de mis gafas hacia atrás, como hacía siempre que me moría de la vergüenza o estaba nerviosa.

—Eh, tú, vámonos de este infierno —reconocí la voz de Yoongi cerca de mí, pero no supe hacia qué dirección girarme. Acto seguido, me lanzó algo a la cara y tuve que cubrirme con los brazos. Descubrí que era mi abrigo—. Me debes un café.

—Y tú me debes como siete.

—La última vez te debía cinco.

—¿No has oído hablar de los intereses? —bufé, dando a Yoongi mi carpeta y mis libros para que los sujetara mientras yo me ponía el abrigo—. Cuanto más tardes en devolverme los cafés, más me deberás. ¡Siete y sumando!

Yoongi puso los ojos en blanco. Caminamos juntos, bajamos las escaleras al mismo compás, dimos la vuelta al edificio del instituto y nos sentamos en el lugar de siempre. Al rato, Yoongi sacó cinco sobres: dos de color rosa, dos blancos y uno azul cielo. Algunos tenían algo escrito en el dorso, otros no. Ahogué un grito. No pude evitar subir un escalón para sentarme al lado de Yoongi y pegarme a él para ver cómo abría los sobres.

—¿Son cartas de San Valentín?! —exclamé, el triple de emocionada que él—. Déjamelas; quiero leerlas por ti.

—Estaban en mi mesa.

Me las dio sin rechistar. Yo, ilusionada, di un par de brinquitos y terminé de abrir las cartas. Empecé por una de las blancas. Desdoblé la hoja que estaba en el interior del sobre, me aclaré la garganta e intenté darle el mayor dramatismo posible a mi lectura:

—«Para Min Yoongi» —dije—. Empieza fuerte. A ver, que sigo: «Me da mucha vergüenza...».

—No me interesa. Siguiendo. —Tiró de la hoja de papel y la lanzó al suelo—. San Valentín es comercial. No sé por qué la gente escribe mierdas de

estas.

—Qué insensible eres... —Me levanté y recogí la carta antes de que el viento helado de febrero se la llevara volando. La sacudí un poco, volví a sentarme al lado de Yoongi y terminé de leerla en voz alta—. «Me da mucha vergüenza escribirte esto porque sé que me vas a rechazar, pero de todas formas quiero decirte que me pareces un chico muy interesante. Me gustaría saber cuál es tu género musical preferido o cuáles son los libros que te gusta leer. Espero que al menos hablemos más a menudo. ¡Me gustas mucho, Yoongi! ¡Feliz San Valentín!» Dibujito de corazón, dibujito de corazón... —Doblé la hoja con cuidado, siguiendo las marcas de los pliegues que ya estaban hechos —. Ay, es tan mona...

—¿De quién es?

—No te lo voy a decir, por insensible. Jódete —solté, golpeando su rodilla —. Encima de que te escriben cartitas, tú las tiras. ¡Sé un poco agradecido, hombre! A mí no me han escrito nada.

—¿Quieres que te escriba una carta de esas?

—¡Ay, sí! Bueno, no, que seguro que pones alguna mierda sarcástica y matas la magia.

—¿Vas a decirme de quién es la carta? —me pidió, devolviéndome el golpe, aunque él prefería darme en la nuca. Siempre que me pegaba, Yoongi fruncía los labios, como si fuera un bebé. Me quejé.

Le mostré el dorso del sobre.

—Es de Sojin.

—¿Y esa quién es?

Me di una sonora palmada en la frente.

—¡Lee Sojin! —exclamé—. ¡Si va a nuestra clase!

—¿La del pelo corto? ¿La bajita?

—¡Sí!

—Ah...

—Es monísima. Saca buenas notas. Es simpática. ¿A qué esperas? ¡Lánzate!

—¿Por qué intentas hacer de casamentera? Siguiendo. —Yoongi hizo un gesto perezoso con la mano para que siguiera leyendo sus cartas.

Resoplé, aparté la nota de Sojin y continué leyendo otra de las cartas. Hice una mueca de disgusto al ver quién era la persona que la escribía.

—Seguro que esta te interesa... —Cogí todo el aire que pude para leer rápido, sin tener que detenerme a respirar—. «Feliz San Valentín, Yoongi.

Creo que hoy es el mejor día para decirte que me gustas. No me atrevo a decírtelo a la cara todavía, pero quiero que sepas que me gustas mucho y ojalá podamos ser novios». —Puse los ojos en blanco—. Firmado, Soyoung.

Yoongi soltó una risilla sarcástica, puede que escéptica. Alcanzó la carta y la leyó en silencio, varias veces. Después chasqueó la lengua y la dejó junto a la de Sojin, a mi lado.

—¿Y si voy a por las dos?

—¿Te crees el nuevo Casanova o qué? Si yo fuera ellas, lo único que te escribiría sería una denuncia. —Cogí una de las cartas con el sobre azul—. ¡Siguiente!

—¿Estás celosa porque tú no has recibido ni una sola carta?

—Sí. ¡¿Eh?! No. —Agité la cabeza tanto que las gafas estuvieron a punto de caerse de mi nariz. Las empujé hacia atrás rápidamente, carraspeé e hice como si no hubiera tenido un lapsus mental—. Esta es de una chica de secundaria...

—Estás celosa.

—Que no. ¡Eres muy pesadito! Solo estoy decepcionada. Soy la única que no ha tenido nada. ¡Hasta el rarito tiene una admiradora secreta!

—Te escribiré algo.

—¿En seri...?

—Si reduces los intereses de los cafés y los dejas a cero.

Miré a Yoongi con algo de desconfianza, sopesando bien la propuesta. Obviamente, él no iba a hacer cualquier cosa si no obtenía nada a cambio. Todo era mi culpa, en realidad, por inculcarle lo de la dichosa simbiosis. Después de hacer una lista mental de pros y contras, decidí que lo mejor era que no me escribiera.

Aunque le dije que no me mandara ninguna carta, Yoongi estuvo el resto de las clases escribiendo como loco, mirando por la ventana de vez en cuando y escondiendo el cuaderno donde escribía bajo el libro de la asignatura correspondiente. Al final del día, lo primero que hizo fue decirme que yo me fuera antes porque él se iba a quedar preguntando algunas cosas al profesor de historia. Sospechando que Yoongi haría algo más que eso, salí del aula con mi mochila colgada a la espalda y bajé las escaleras para esperar al pelinegro cerca de la puerta principal del instituto.

A los cinco minutos o menos, escuché las zapatillas de Yoongi chirriar contra el suelo de las escaleras. No tardó mucho en llegar a mi lado, con las manos en los bolsillos.

—Te has olvidado tu carpeta arriba.

Tenía razón.

—¿Y por qué no la has cogido, vago? Iré a por ella. No tardo. —Eché a correr escaleras arriba, creyendo como una ilusa que tendría algo sobre el pupitre, puede que guardado en un sobre. Me paré en seco y me asomé por el pasamanos—. ¡Espérame ahí!

Subí el resto de las escaleras cuando vi a Yoongi asentir con desgana. Había dejado mi carpeta en la rejilla de mi mesa intencionadamente; sabía que Yoongi estaba escribiendo algo para mí y que necesitaba una excusa para que yo lo viera. Entré en la clase, todavía abierta, y vi un sobre blanco sellado encima de mi pupitre. Sin pensármelo dos veces, cogí el sobre y lo abrí.

—¿Por qué has tardado...? —Me quedé a media frase cuando vi a Aerin bajar las escaleras leyendo una carta. Tropezó en el último escalón y estuvo a punto de matarse. Como siempre, tuvo una reacción de lo más graciosa. Sus gafas, también como de costumbre, casi salieron volando hacia el infinito. Debería ajustarlas.

—Dime que no es tuya. —Parecía algo molesta. Puede que sorprendida. Me enseñó la hoja que estaba leyendo.

—¿Cómo va a ser mía?

—¿No será una de tus bromas o algo así? —preguntó, suspicaz.

Le arrebaté la carta de las manos. Teniendo en cuenta el día que era, estaba claro que era una carta de amor. Y no, no era mía. La leí rápidamente, pero antes de acabarla, Aerin me la quitó.

—«Nos conocemos desde la secundaria, pero nunca me he atrevido a hablarte porque siempre he tenido la sensación de que no querías hablar conmigo y de que te caía mal. Aun así, cada vez que veía cómo te defendías del resto de las chicas pensaba en lo genial que eras y en lo genial que sería que fueras mi novia». —Agarró mi antebrazo de repente, clavándome las uñas —. Estoy. Flipando. En. Colores.

—¿Quieres que te abofetee para saber si es un sueño? —respondí de mala gana.

—«Eres la mejor chica que he conocido en toda mi vida», Yoongi, ¡lee esto! —Me señaló con insistencia un párrafo de la carta. La retiró de mi vista enseguida. Me di cuenta de que las mejillas de Aerin estaban algo más rosadas de lo normal. Quizá se había echado más colorete de lo habitual—. ¡Es tan...! —Se abanicó con el papel—. ¡Bonito!

—No te emociones tanto. Es solo un trozo de papel.

—Pensé que nunca iba a recibir una carta de amor. ¡Qué ilusión!

Puse los ojos en blanco sin que ella se diera cuenta. A mí, en el fondo, no me hacía tanta ilusión que a mi amiga se le confesara un tío con pinta de pandillero. Pero era su vida y si ella decidía aceptar al capullo de Song Minhó, no me quedaría otra que aguantarme.

Lo bueno de San Valentín es que un par de días después todos los bombones, chocolates, caramelos y dulces en general especiales para ese día estaban de oferta. Acompañé a mi madre al supermercado solo para llenar el carro con todo aquello que tuviera un descuento especial y todo aquello que me llamara la atención, como zumos con apio o cajitas de galletas. Aunque estaba más cerca de la adultez que de la infancia, me perdí como una niña de tres años en el supermercado. Si tuviera que hacer un resumen de menos de una línea sobre mi vida, sería algo como: «Im Aerin, perdida en los supermercados por los tiempos de los tiempos». No debería haberme alejado de mi madre, pero la sección de maquillaje estaba llamándome a gritos, así que no me pude resistir y fui hacia allí lo más rápido que pude para echar un vistazo. Luego, cuando volví al pasillo de detergentes, mi madre ya no estaba allí. Recorrí de cabo a rabo todo el maldito súper, mirando hacia todos los lados para intentar encontrar a mi madre y reunirme con ella.

Llevaba entre las manos un par de cajas de bombones con formas de corazón y mensajes mucho más empalagosos que el chocolate. Terminó en el suelo cuando alguien chocó conmigo. Resoplé, enfadada, porque al parecer todo el mundo parecía chocar conmigo aquella semana y eso me incomodaba. Me agaché rápidamente para recoger las cajas del suelo, creyendo que el desconocido o desconocida con quien había topado no iba a hacerlo por mí, pero me equivoqué.

Evitaba encontrarme con él desde que había recibido su carta. Él se apresuró a recoger del suelo las cajas de bombones y terminó teniéndolas en las manos antes que yo. Paralizada, no fui capaz de extender los brazos hacia él hasta que me dirigió la palabra:

—Perdona —me dijo, sonriendo tímidamente. Hice una mueca. No sabía

qué hacer o decir, por eso me limité a tomar las cajas de bombones y a girarme para irme de allí, sin mediar palabra—. Aerin...

Me paré en seco al escuchar mi nombre. Empecé a ponerme nerviosa sin saber por qué. Me recordé mentalmente que Minho no era mi tipo y además recordé las veces que le río las gracias al grupo de Haneul cada vez que me ridiculizaba; pero desde que me escribió la carta por San Valentín no podía pensar en él como antes. Era extraño. Ya no me parecía el troglodita bruto que venía a mi clase en cada descanso para acercarse a cualquier chica —menos a mí—, sino que me parecía... distinto. Dulce, quizá. Supuse que tenía su corazoncito bajo su apariencia de baboso. Ni siquiera sabía cómo calificar a Minho.

Enarqué las cejas, como diciendo «¿qué quieres?».

—Eh... ¿Leíste la carta? —me preguntó, evitando mi mirada y clavando la suya en los estantes del pasillo.

—Sí —contesté yo, lo más neutra y fría posible. Me hizo ilusión que alguien me escribiera algo así, pero en realidad no sabía cómo responder.

—Y... ¿qué piensas? —Tuve la sensación de que Minho contenía la respiración, esperando mi respuesta. Miré hacia otro lado, tamborileé con los dedos sobre las cajas de bombones y pensé bien qué responder. Sabía que era capaz de soltar algo sarcástico en cualquier momento que hiriera los sentimientos de Minho, y en el fondo no quería hacerlo. No era por no quedar como la mala de la película, como la zorra que siempre daba calabazas al resto, y tampoco era por sentirme realizada y mejor que el resto. Simplemente no quería que se sintiera mal porque agradecía que me hubiera escrito aquella carta, la cual tuve que esconder de mis padres.

—Tengo que ir a comprar una sandía —solté. Me di la vuelta, salí disparada hacia el ancho pasillo principal y hui de allí lo antes posible.

Sin exagerar, corrí hasta encontrar a mi madre en la sección de congelados. Lancé las cajas de bombones al carro de la compra y tiré de ella hasta colocarla en la interminable cola de una de las cajas del supermercado. Conseguí llegar a casa sana y salva. ¡Y sin novio!

Yoongi

tíooooo | 19:05

a que no sabes con quién
me he encontrado esta tarde 19:05

Con la dignidad que perdiste hace tiempo? 20:01

CASI! 20:25
con Song Minho 20:25

Qué guay 20:25

me siento tan mal 20:25
es que siento que debería corresponderle 20:25

Es un gilipollas 20:26
Además, tú siempre presumes
de que no necesitas novio 20:26
Por qué tienes que corresponder
a ese subnormal entonces? -- 20:26

tendré cargo de conciencia 20:27
me escribió una carta y es el único
chico al que le voy a gustar en siglos 20:27

Es un bruto 20:27
Dónde se han quedado tus ideales 20:27
Dices que no quieres depender
de nadie y ahora te lanzas al
primer tío que te escribe cualquier mierda 20:28
Ni siquiera sabes si es verdad si le gustas 20:28

uuuyyy yooongiii 20:29
tienes ceelooosss? 20:29

No 20:29
Quién te crees que soy 20:29


bah tienes razón 20:30


no tienes sentimientos 20:30
ni siquiera celos 20:30

Aunque ese capullo te haya escrito
una carta de mierda no significa que le gustes 20:31
Se le ve en la cara lo desesperado que está 20:31

OYE AMIGUITO 20:31
QUÉ QUIERES DECIR CON ESO 20:32
QUE PARA QUE YO LE GUSTE A ALGUIEN
ESE ALGUIEN TIENE QUE ESTAR DESESPERADO? 20:32
NO 20:32
ME OFENDES 20:32

 20:32

sabes? 20:32
para lo que sí que hay que estar
desesperado es para rebajarse al nivel de soyoung  20:33
✓✓ leído a las 20:33

De verdad vas a decirle que sí a Song? 21:46
No me lo puedo creer 21:46
No lo necesitas y él no te necesita a ti 21:46
Te mereces algo mejor que ese jodido bruto 21:46
Te mereces a un tipo con mucho dinero
que esté al borde de la muerte 21:46
Además no creo que seas capaz
de aguantar mucho con él 21:46
Y piensa también en el instituto  21:47

no creo que muera si lo intento, no? 21:50
estoy a menos de un mes de cumplir dieciocho años 21:50
creo que es un buen momento para esto 21:50

Haz lo que quieras 21:54
Es tu vida al fin y al cabo 21:54

prometo no dejarte de amigo sujetavelas 21:54

Jooooooooodeeeeeer 21:55

Y yo que quería deshacerme de ti 21:55

la amistad por encima de todo 🙌🙌💪 21:55

voy a repasar mis apuntes de biología 21:55

te veré mañana en el circo 21:55

descansa! 21:56

✓✓ **leído a las** 21:56

Llevaba un par de días tratando de que Soyoung se despegara de mí. Aunque no contesté a su carta y tampoco le dije nada, ella no se lo tomó como un rechazo y se pegaba a mí durante todas las malditas horas. Estuve a punto de no ir al instituto para no tener que aguantarla.

Al menos tenía a Aerin. Me servía de espantapájaros. Bueno, de espantapesadas, mejor dicho. Con solo sentarse a mi lado, ninguna de las chicas que conformaban el grupito de amigas de Soyoung se acercaba a mí. Ni siquiera ella se atrevía a hacerlo. Me sentía un poco más seguro con Aerin al lado, aunque no necesariamente tenía que estar ahí para defenderme. Podía hacerlo solo. Aerin también salía beneficiada de aquello. Se quedaba cerca de mí y el gilipollas de Song Minho ni siquiera entraba en clase.

Algo me decía que Aerin iba a acabar siendo su novia. Ella parecía bastante dispuesta a decirle que sí, pero sabía que lo suyo no era recíproco. Sabía que Aerin no le quería. Y eso, en el fondo, me agradaba. Era extraño. Pensé que no me iba a importar tanto que Aerin saliera con un chico, pero estaba equivocado. No quería que ella saliera mal parada. Confiaba en que Aerin siguiera teniendo las ideas claras y su fuerte carácter pasara lo que pasase.

Llegó la hora en la que Aerin tenía que salir del aula para ir a su clase de anatomía. Eso significaba dos cosas: la primera, que Soyoung no tardaría en acercarse a mí; y la segunda, que Song estaría acechando a mi amiga. En cuanto Aerin abandonó su silla, una de sus archienemigas —y prácticamente la mía también— se apresuró y ocupó su sitio. Con los ojos en blanco, saqué mis auriculares y me los puse. Tenía la esperanza de que Soyoung no me hablara al ver que estaba «escuchando música». Fijé la mirada en la puerta corredera de la clase para ver cómo Aerin se marchaba. Saludó al profesor de economía con una reverencia antes de que el timbre sonara y tuviera que irse corriendo

hacia la otra punta del instituto.

El profesor cerró con un portazo. Todos los alumnos volvieron a sus respectivos sitios —menos yo, claro. No veía la necesidad de moverme de un lado a otro, así que siempre estaba sentado— y comenzó la clase. Levanté el brazo en cuanto tuve oportunidad.

—¿Sí, Min?

Todo el mundo se volvió hacia mí. Podría haber aprovechado la atención que me prestaban para promocionar algo de rap, pero me contuve.

—¿Puedo ir al servicio?

El profesor asintió. Me levanté tan rápido de la silla que estuve a punto de tirarla al suelo. Salí del aula, y en vez de girar hacia la izquierda, doblé la esquina y me marché en la misma dirección que Aerin. Metí las manos en los bolsillos y caminé tranquilamente por los pasillos desiertos hasta que escuché una voz femenina bastante familiar. Vi a dos personas hablando a una distancia considerable. Reconocí la melena castaña de Aerin y sus gafas redondas. Después me fijé en el peinado terrible del idiota de Song.

Me acerqué despacio hacia ellos y me escondí tras una columna ancha llena de carteles. Podía escucharlos perfectamente, y los veía reflejados en el cristal de las ventanas. Aerin miraba hacia el suelo y jugueteaba con el *piercing* de su oreja, ese que se hizo siguiendo mi «consejo». Estaba nerviosa. Quizá avergonzada. Si pudiera verla más de cerca, me hubiera reído de lo rojas que estaban sus mejillas.

—Yo... Quiero decir... me gustas —dijo Song.

Observé bien la reacción de Aerin, reflejada en el cristal. Agachó la cabeza y la agitó, sonriendo ampliamente. Tuve ganas de plantarme enfrente de aquel gilipollas, o de Aerin, y preguntarle a alguno de los dos qué coño les pasaba para sonreír así. Solo hacía falta una brisa suave que llevara pétalos de la flor del cerezo, y *voilà!* Era un puto anime *shoujo*. Esperé a que Aerin dejara de sonreír y respondiera de una jodida vez. Ella se había limitado a toquetear el pendiente que decoraba el lóbulo de su oreja. Estaba poniéndome nervioso; puede que más que a Song.

—Bueno, no te culpo. Sé que soy guapa —soltó, entre risillas. Aunque su respuesta y su ego me tranquilizaron un poco, tuve la sensación de que Aerin solo lo había dicho porque estaba nerviosa. Y sin palabras.

—¿Te apetece ir a algún lado esta tarde?

«Di que tienes clase, vamos. Díselo.»

—Tengo que ir al conservatorio —contestó Aerin.

—Vaya... —casi pude escuchar cómo ese imbécil tragaba saliva. Se rascó la cabeza, sin saber qué decir o hacer—. Aerin, de verdad me gustas. Quería decírtelo desde hace tiempo, pero no sé. Creo que te caigo mal... —Ahora fue él quien se rio.

Sí, a mí me caía mal. Aunque escribió en la carta que le encantaba cómo Aerin se defendía solita, él debió de mofarse de ella los primeros años de la secundaria. Me enteré porque Soyoung lo había comentado con tono jocoso alguna vez en clase, como si estuviera orgullosa de que Minho riera las gracias a quienes le hacían la vida imposible a Aerin. ¿Eso no le convertía también en cómplice?

Y sí, también me enteré de que Aerin había sufrido acoso durante la secundaria y, por mucho que dijeran que no, también en el bachillerato. ¿Enviarle mensajes llamándola zorra e intentar coaccionarla no lo era? No tenías que ser muy listo para saberlo. Yo estaba delante cuando lo hicieron. Además, Haneul y Soyoung parecían recordárselo a sí mismas todo el rato y miraban con mala cara a Aerin. Cuchicheaban y se reían de ella. Y por eso decidí defender a mi amiga, porque parecía que nadie daba un paso adelante. Odiaba la apatía de las personas frente a situaciones como aquellas...

—Has resultado ser más simpático de lo que pensaba —contestó finalmente Aerin.

Song alzó la cabeza, creyendo que esa frase sin demasiado significado era lo mismo que tener una oportunidad con Aerin. Volvieron a sonreírse con timidez. Quise arrancarme los ojos, y de paso, el cerebro.

—Entonces, ¿te gustaría ser mi novia?

Aguanté la risa porque su pregunta me pareció ridícula. Así, de golpe, le soltaba que si quería ser su novia. Cómo se notaba que el tío no estaba muy acostumbrado al romanticismo y a tomarse las cosas con calma. Volví a clavar la mirada en el reflejo de Aerin. Ella se abrazó a sí misma, como si quisiera protegerse. Se quedó pensando un buen rato. Al final, inspiró profundamente y volvió a jugar con el *piercing*.

—Es que no estoy interesada en los chicos por ahora. —Se dio prisa para hacer un gesto con las manos, agitándolas enfrente del careto de Song—. Quiero decir que, por el momento, no me apetece tener novio. Me parecen una distracción. —Se encogió de hombros—. L... lo siento, supongo... Pero ¡me gustó mucho tu carta! Gracias por escribirmela.

Vi cómo Song asentía abatido. Se despidió de ella con una leve reverencia, como si la idolatrara, y se marchó en dirección contraria. Aerin se quedó petrificada, literalmente. Se llevó los dedos a la boca y empezó a mordisquearse las uñas con aparente preocupación. Terminó dándose la vuelta mientras se echaba el pelo hacia atrás y volvió a su clase de anatomía.

Me sentía aliviado. Di un par de palmadas demasiado sonoras antes de irme pasillo abajo mientras sonreía como si acabara de ganar un puto concurso. Hice una mueca y volví a esconderme rápidamente tras la columna al ver cómo Aerin se paraba en seco para mirar hacia atrás. Seguramente había escuchado mi aplauso victorioso. En ese momento pareció darse cuenta de que la clase de su asignatura favorita había empezado ya hacía más de tres minutos y desapareció correteando.

Estaba orgulloso de ella. Pero en el fondo. Solo en el fondo.

Yoongi no mostró mucho interés en Sojin, una de las pocas compañeras de nuestro curso que no era insufrible. Era mucho más bajita que nosotros, apenas hablaba y más de alguna vez llevaba recogido su flequillo recto con un par de horquillas. Me acerqué a ella un día y, al descubrir que nos gustaban los mismos grupos de *idols*, nos hicimos amigas. Se unió a Yoongi y a mí: íbamos a la biblioteca los tres juntos y algún día hasta esperaba a que saliéramos del conservatorio para acompañarnos hasta Myeong-dong.

Aunque yo no me di cuenta, Yoongi sí lo hizo. Sojin se pegó rápidamente a nosotros no porque yo le hubiera hablado, ni porque tuviéramos los mismos gustos, sino porque seguía interesada en Yoongi. Él no parecía estar muy contento cuando la tenía a su alrededor, y cada vez que nos despedíamos de ella soltaba un pesado suspiro.

Cuando nos quedábamos solos, Yoongi parecía algo más receptivo. Me fijé en que, por muy desinteresado que pareciera, siempre me escuchaba con interés, e incluso a veces me miraba con algo de preocupación. Yoongi nunca había sido un chico de muchas palabras, y más de una vez, por mucho que deseara contestarme con algo que me animara, no sabía qué decir.

—Joder, estoy demasiado cansada. Necesito un respiro. —Resoplé. Volvíamos a casa desde la biblioteca y Sojin ya se había marchado hacia otra dirección.

—Eso te pasa por quedarte estudiando hasta las cuatro de la mañana —me reprochó.

—No seas como mi madre. Cuando el reloj marca las doce, me dice que me vaya a la cama. ¡Ni que fuera Cenicienta! —me quejé, algo que solo hacía con Yoongi—. Necesito estudiar por la noche. Es la única manera de conseguir una buena nota y es cuando tengo tiempo. Mis padres no lo entienden, ¿sabes?

Parece mentira que hayan sido estudiantes como nosotros. Quieren que siga con el conservatorio, que me gradúe de las primeras... ¿Cuándo pretenden que estudie entonces? No lo entiendo —añadí. Yoongi, que llevaba solo un auricular, terminó quitándoselo y enrollando el cable para guardar los cascos en su mochila. Quería escucharme mejor—. Me siento incomprendida. Quiero irme de casa, pero a la vez no quiero.

—Al menos tus padres te apoyan en algo.

Cruzamos una mirada rápida.

—Ya, bueno. Pero solo apoyan las ideas que les gustan. Que quiera ser una mujer independiente no les desagrada, pero que quiera vestir como me dé la gana, sí. Que quiera estudiar una carrera universitaria tampoco, pero que quiera estudiar algo que no sea medicina les espanta. He estado pensando que... Voy a cumplir dieciocho años y realmente no sé qué quiero hacer con mi vida.

Yoongi guardó silencio, pero mis palabras parecieron hacer mella en él. Agachó la cabeza. Yo seguí hablando:

—Estoy sobre la fina línea que marca el final de una etapa y no sé muy bien si quiero cruzarla. ¿No te da miedo darte de sopetón con el mundo aburrido de los adultos? Aunque, bueno, mi vida siempre ha sido aburrida. —Reí con suavidad. Él hizo lo mismo—. Me da mucho miedo que las cosas no salgan como planeo. ¿Y si no apruebo el examen de acceso a la universidad? ¿Y si no puedo elegir la carrera que quiero? No sé qué haría. Siento que me bloquearía y no sería capaz de seguir hacia delante.

Yoongi se quedó pensativo. Yo, al menos, contaba con el apoyo económico de mis padres —aunque me costara admitirlo—. Él, en cambio, lo tenía más jodido.

—Como último recurso...

—Sí, puedo vender algún órgano —lo interrumpí—. Un trozo de hígado, un riñón, medio pulmón... —suspiré, agotada—. Te acompañaré a casa. No creo que me venga mal un poco de aire fresco.

No volvimos a hablar hasta que Yoongi reparó en que ya estaba subiendo los escalones del edificio de apartamentos donde vivía. Cuando me miró interrogante, preguntándome si iba a entrar en su apartamento, me encogí de hombros. El ambiente estaba caldeado en mi casa; haber suspendido matemáticas había manchado mi historial de hija perfecta y poco a poco iba perdiendo el interés en los estudios, algo que no gustaba demasiado a mis

padres. Quise ahorrarme una charla —o más bien regañina—, así que preferí quedarme en el apartamento de mi amigo hasta que terminara la tarde.

Nos quitamos los zapatos a la vez. Yoongi se sentó en la silla giratoria de su escritorio, que era la única mesa del apartamento, y me siguió con la mirada mientras yo pululaba por ahí, buscando algo que llamara mi atención. Encontré un libro que había ojeado hacía unos días.

—¡Me encanta ese autor! —exclamé—. Ha sacado un nuevo libro. Me lo compraría si mis padres me dejaran.

Ahugué un grito al ver un cuaderno negro sobre el escritorio.

—¿Qué es este cuaderno?!

—No lo leas —me advirtió, algo que solo avivó mis ganas de leerlo.

Cogí la libreta y me alejé de Yoongi.

—Uy, ¿no será tu diario...? —Lo abrí con cuidado—. «Querido diario: hoy Soyoung...»

Yoongi se levantó tan rápido que la silla chocó con la mesa y, para qué mentir, me asusté. Pensé que no saldría viva de allí, pero tuve el temple necesario para poner mi mano en su hombro. Forcejeamos, pero su actitud solo hizo que mi curiosidad aumentara. Yoongi estaba a punto de perder los nervios, así que me apiadé de él y le devolví el cuaderno antes de que llegara a tener una crisis. Lo guardó en un cajón. Solo le faltó cerrarlo con llave.

Había estado observándole durante el día y me di cuenta de que no dejaba de escribir cosas que no tenían que ver con la biología, el inglés o las matemáticas. Quizá escribía novelas, planes para robar algún banco... Quería saberlo. Pensé que no le molestaría que fisgara en sus cosas porque ya habíamos alcanzado un nivel considerable de amistad y confianza —además, yo no tenía a quién contar las cosas que descubría; solo lo tenía a él—, pero al parecer me equivocaba.

Yoongi debía de estar cansado; el día había sido muy largo. Cerró los ojos tras sentarse de nuevo en la silla, y yo aproveché para acercarme al cajón.

—Tengo hambre —dije, moviendo algunos platos de la minúscula cocina para despistarle. No le quité el ojo de encima. Lo que hacía una por enterarse de las cosas... La curiosidad mató al gato, decían.

—Tú siempre tienes hambre. —Suspiró.

—¿Qué sueles cenar? Aunque, con esas patas de pollo, seguro que tú lo único que haces es la fotosíntesis...

—Hay ramen por ahí.

—Ramen, ramen, ramen. Siempre ramen... —Moví una cacerola hacia los fogones y mientras tanto, como el apartamento era tan pequeño, pude alargar el brazo y abrir el cajón lentamente—. Qué remedio. ¿Sabes que comer fideos instantáneos puede matarte?

—De algo hay que morir.

Conseguí tener el cuaderno entre mis manos. Atenta, esperando que mi amigo no abriera los ojos, leí cada línea escrita a mano, cada anotación en el margen del cuaderno pautado... Yoongi abrió de golpe los ojos y me agarró con fuerza de la muñeca.

—No sabía que escribías poesía... Ah, espera, esto no es poesía —continué leyendo a pesar de que luchábamos por la libreta—. ¿Qué es esto?

—No te importa.

—¿Rap?

—No. Dámelo.

—Oye, no está mal.

—Me importa una mierda lo que pienses, devuélvemelo.

—¡Tienes talento!

—Aerin, joder. Deja de jugar.

Yoongi sonó tan tan frío que se lo di al instante. Hice una mueca y agaché la cabeza.

—Lo... lo digo en serio. ¡Esas rimas no estaban nada mal!

—Qué vas a saber tú de rimas, si lo único que sabes es rimar limón con camión —contraatacó antes de ignorarme.

—¿Y sabes rapear? Yoongi, no me hagas el vacío —lloriqueé.

—Estarás en mi próximo *diss track*.

—¿Eh?

—Nada. Vete de aquí.

Entonces empecé a sospechar que Yoongi no estaba allí solo por sus estudios, sino para algo más.

Mi cumpleaños se acercaba y también el de Yoongi puesto que solo nos llevábamos cuatro días de diferencia. Se me ocurrió que era una buena idea hacerle un regalo. No le pregunté directamente qué quería por su decimoctavo cumpleaños, simplemente lo dejé caer, esperando que él me diera algunas pistas. A pesar de que éramos bastante cercanos, no sabía demasiado sobre los gustos de Yoongi; nada, más allá de su amor incondicional por el café y la música, y en concreto, el rap. Mi mente se iluminó cuando pasé al lado de una tienda pequeña de discos, plagada de pósteres de todos los grupos de *idols* que yo conocía. Llevaba el dinero justo para comprar un regalo decente, así que tuve que resistir la tentación y no comprar nada que no fuera para Yoongi. ¡Me salté dos clases en el conservatorio solo para buscarle un regalo!

Entré en la tienda y al empujar la puerta de cristal unas campanas tintinearón sobre mí. Fui directa a la sección de rap/hip-hop, pasando de largo de la sección de mis grupos favoritos. Eso sí que era un sacrificio. Miré el reloj: tenía algo menos de una hora para encontrar el regalo perfecto y plantarme en el apartamento de Yoongi antes de que él llegara de su clase de piano. Tuve la sensación de que un disco se iluminaba, que me decía: «¡Elígeme, soy el regalo perfecto!». Lo tomé, vi que era una edición especial de su trío de rap favorito y corrí hacia la caja para pagarlo con los billetes que había conseguido ahorrar. Impaciente, mientras esperaba en la cola, miré la lista de canciones del disco. Seguro que Yoongi no hacía ascos, a pesar de que era uno de los primeros volúmenes, de los más antiguos. Aunque me lo pensé dos veces, acabé comprándolo.

Lo guardé en mi mochila apresuradamente, caminé hasta la parada de autobús más cercana y me subí al primer bus que pasaba por el barrio de Yoongi. Él salía de clase a las siete; todavía tenía unos cuantos minutos para

terminar de decorar el regalo. Sí, me encantaba jugar al despiste, así que entré en una pequeña tienda de papelería para comprar la bolsa de regalo más hortera de todo Seúl —pequeña, con plumas y purpurina rosa, con dibujos de flores y muchos colores que no combinaban— y algo de papel de seda. Metí el disco y rellené la bolsa con el papel previamente arrugado.

Subí despacio las escaleras casi destartadas del edificio de apartamentos, admirando la vista del vecindario. Tenía su encanto a pesar de ser un barrio anclado en los ochenta.

Esperé apoyada en la pared contigua a la puerta de la casa de Yoongi, acuclillada en el suelo y con la bolsa colgando de mi mano izquierda. Era marzo, pero seguía haciendo demasiado frío para ir con falda. Odiaba el maldito uniforme cada vez más. Justo cuando sacudía las piernas para entrar en calor vi la cabellera negra de Yoongi subiendo por las escaleras.

Me fijé en la bolsa oscura de cartón que llevaba en la mano. Estaba decorada con un lazo del mismo color, y en cuanto la vi, supe que era un regalo de cumpleaños. No pude saber de quién, pero me sentí algo celosa, como quien gana el segundo lugar en una competición. Me sentía así porque Yoongi era mi único amigo, y que lo reclamaran o se me adelantaran no me sentaba del todo bien. Yoongi no reparó en mí hasta que yo me acerqué a él con una sonrisilla. Le tendí la bolsa.

—¡Felicidades! —le dije.

Se quedó mirándola con suspicacia. Hizo como si no hubiera visto nada, rebuscó las llaves de su apartamento en los bolsillos de su chaqueta, introdujo una de ellas en la cerradura y abrió la puerta segundos después ayudándose de un empujón—. Es la quinta vez que me felicitas hoy. ¿Qué haces aquí?

—Quería darte tu regalo de cumpleaños. Toma.

Yoongi volvió a observar la bolsa. A examinarla, más bien. Al final, resignado, la cogió y sacó los papeles arrugados del interior. Los tiró al suelo con aire cansado y apático.

—Como el regalo sea igual de cutre que la bol...

Se quedó mirando el interior con la boca ligeramente abierta. Con cuidado, sacó el disco finalmente y dejó que la bolsa cayera al suelo. Después, sus labios formaron una «o» adorable, miró hacia los lados sin creerse del todo lo que tenía en las manos y soltó una risilla dulce, enseñando por completo sus encías rosadas.

Supuse que había acertado con aquel regalo, porque de no ser así, a Yoongi

no le habrían brillado los ojos con ilusión ni habría sonreído tanto.

—Es lo más conmovedor que ha hecho una chica por mí —dijo, incapaz de dejar de sonreír.

Terminó contagiándome su sonrisa, a la cual se sumó un leve sonrojo. Cuando Yoongi sonreía, muy de vez en cuando, el calor se acumulaba enseguida en mis mejillas.

De vuelta a casa, sintiéndome como si hubiera salvado el mundo, até cabos y supuse que Yoongi era más que un fan del hip-hop. Él también tenía sus ídolos, y estaba más que segura de que quería ser como uno de ellos, pero no me atreví a sacar el tema hasta pasados unos cuantos días.

Al igual que ocurría con la Navidad, cumplir años estaba dejando de gustarme a pasos agigantados. La tradición en mi casa era simple: mis padres me despertaban —a mí y a todo el vecindario— berreando el «Cumpleaños feliz» como si no hubiera un mañana, me preparaban algo de desayuno, me llevaban en coche al instituto, donde nadie se acordaba de mi cumpleaños, volvía a casa, devoraba mi comida favorita y un trozo de tarta y pasaba toda la tarde abriendo regalos. El año de mi decimoctavo cumpleaños ni siquiera quería eso. Solo quería quedarme en casa, durmiendo, preguntándome por qué la gente no podía vivir estancada en cierta edad. Aun así, mis padres irrumpieron en mi habitación cerca de las siete de la mañana, con una tarta que tenía una vela con un número dieciocho. Fingí estar dormida y dejé que mis padres entonanaran —muy malamente— el «Cumpleaños feliz».

En casa las cosas no cambiaron mucho, pero en el instituto sí. Aunque tenía el ánimo por los suelos, la felicitación de mi nueva amiga Sojin me alegró un poco, pero sin duda alguna lo que me sorprendió más fue que Haneul me deseara un feliz cumpleaños. Despacio, el grupito de amigas de Haneul y Soyoung me fue deseando un buen día, una a una. Aunque noté algo de recelo y sorna en sus voces, el hecho de que me felicitaran me hizo sonreír. Era la primera vez en años que me felicitaban más de cuatro personas, y estaba tremendamente feliz. Minho, cerca de la pizarra, se abrió paso entre las chicas y se acercó a mí. Al plantarse enfrente, se frotó la nuca y sonrió con timidez, enseñándome sus dientes alineados de un blanco nuclear.

—Felicidades, Aerin. ¿Te... te gustaría volver a casa juntos?

Observé a Yoongi por una fracción de segundo. «Traicionarle o no

traicionarle.» Minho me empezaba a parecer un buen chico. Aunque al principio Yoongi intentó alejarme de él, me dijo que hiciera lo que me diera la gana. Sabía que iba a tener cargo de conciencia si rompía la rutina y dejaba a Yoongi volver solo a casa a la salida del instituto. Me lo pensé dos veces.

Todo el mundo se había callado esperando mi respuesta. Presionada, acepté.

Minho asintió, se dio la vuelta y, nada más salir al pasillo y juntarse con sus amigos, armó un escándalo tremendo porque había conseguido que la chica que le gustaba fuera con él a la salida de clases. Vi a través de la puerta cómo sus amigos le palmeaban en la espalda y cómo Minho estaba a punto de sufrir un infarto de miocardio.

Las horas pasaron y por fin sonó el timbre que indicaba el final de la jornada. A excepción de la profesora de química, de Yoongi y de mí, todos salieron corriendo como un maldito rebaño de ovejas al ver la puerta abierta. Chocaron unos con otros, algunas chicas gritaron y finalmente el pasillo quedó tranquilo. Sojin, que solía volver con nosotros a casa, nos esperaba en el pasillo, subida en el alféizar de una de las ventanas. Era tan pequeña que cabía de sobra entre columna y columna. Se bajó de un saltito y corrió hacia nosotros.

—Hoy volveré con Minho —dije con toda la tranquilidad del mundo, esperando que a Yoongi no le molestara y que no me empujara escaleras abajo.

—¿Llevas spray de pimienta? Por si acaso... —comentó él, bajando las escaleras lentamente. Iba tan despacio que fue quedándose detrás de nosotras. Tuve que alcanzar el puño de la chaqueta azul del uniforme y tirar de él para que continuara bajando las escaleras—. No me fío de él.

—¿Song Minho? —preguntó Sojin, con la boca abierta—. ¿El chico que es *trainee* en alguna agencia?

Asentí.

—No me gusta, pero parece simpático.

—Solo le das una oportunidad porque te da pena. —Yoongi me señaló con el índice, como diciendo: «No me repliques, sabes que es verdad».

Me encogí de hombros y sonreí algo avergonzada. Era cierto; solo había aceptado acompañarlo para poder dormir tranquila, para no pensar que alguien estaba obsesionándose conmigo, o peor aún, planeando mi muerte porque su amor no era correspondido. Pisamos por fin los adoquines de la

calle. Sojin y Yoongi se marcharon sin mediar palabra antes de que yo buscara a Minho con la mirada. Lo encontré apoyado en el muro que rodeaba las instalaciones del instituto. Miré a Yoongi y a Sojin, unos cuantos metros por delante, y tuve una sensación extraña, como si no quisiera dejarles ir. Estuve a punto de echar a correr para agarrar la correa de la mochila de Yoongi y tirar de ella, pero ya era tarde.

Paseamos. Dejé que él hablara porque yo no tenía nada que decir, básicamente. El ambiente comenzó a hacerse más pesado e incómodo — aunque él no lo notó— y por eso me detuve en seco al llegar a la esquina de una calle que todavía estaba lejos de donde yo vivía.

—Vivo aquí —mentí.

—Vives... bastante cerca del instituto. —Minho no sabía muy bien qué decir; estaba tan embelesado que se dedicaba a sonreír como un tonto y poco más—. Supongo que tengo que irme.

Me despedí de él de una forma abrupta. Tenía tantos sentimientos encontrados que empezaba a notar cómo el corazón latía cada vez más rápido, así que preferí marcharme antes de que las cosas empeoraran.

Apreté el paso y conseguí llegar a casa en menos de diez minutos, algo sofocada por ir a un ritmo demasiado rápido para una asmática. Tecleé el código de la cerradura, saludé con una voz excesivamente aguda, me quité las Adidas y fui directa a la cocina, trastabillando con mis propios pies. Los calcetines del uniforme hicieron que resbalara más de una vez.

—Has tardado mucho. ¿Por qué no has vuelto con Yoongi? —Mi madre, haciendo uso de su intuición maternal y femenina, o puede que no le hiciera falta recurrir a ella, me observó de arriba abajo buscando indicios de alguna pelea o algo similar.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que por qué no he vuelto con Yoongi?

—Ha venido a dejarte algo. —Señaló con una cuchara de madera pringada de tomate la mesa alta del salón donde él y yo solíamos estudiar. Ví sobre ella una bolsa de papel de color blanco, sin nada más—. Dice que se le olvidó dártelo por la mañana. ¿Por qué no has vuelto con...?

Me levanté y fui hacia la sala de estar, intrigada. Caí en la cuenta de que Yoongi ni siquiera me había felicitado y apenas había hecho uso de su sarcasmo en todo el día. Cogí la bolsa y la abrí con cuidado. En su interior había una pequeña nota, doblada a conciencia, la cual leí rápidamente:

Feliz 81 cumpleaños y Feliz simbiosis.

Entendí lo de la simbiosis casi al instante: yo le había regalado por su cumpleaños un disco de su grupo favorito y él me devolvía el favor. Hurgué en la bolsa hasta alcanzar lo que parecía ser un libro. Rompí el papel de regalo de color azul y apareció en mis manos un ejemplar del libro que había querido tener desde que salió al mercado. Me pregunté cómo Yoongi había sido capaz de acertar de lleno, pero luego recordé que él tenía un libro del mismo autor en su escritorio, y yo le había comentado algo al respecto. Ese capullo se fijaba bien en los detalles, ¿eh?

—¿No te gusta? —me preguntó mi madre desde la cocina.

Siempre que me regalaban algo que no me esperaba me quedaba de piedra, así que todo el mundo pensaba que mi cara de póquer se debía a que el regalo no era de mi agrado. ¡No sabían cuánto se equivocaban! Dejé el libro de nuevo en la mesa, con delicadeza, volví a sentarme en la cocina y me encogí de hombros.

En el fondo se lo agradecí enormemente, sobre todo cuando me enteré de que tuvo que sacrificar su paga mensual para comprarlo.

No esperaba ver a la pesada de Aerin en el conservatorio. Los jueves solía quedarme en una cabina de ensayo y ella se marchaba volando a su casa a hacer los deberes. Por eso, cuando vi que su cabeza se asomaba por el ventanuco de la puerta, intenté evitar el contacto visual. La ignoré, pero acabó entrando en la cabina. Sonreía ilusionada.

Dejé de pulsar teclas aleatorias en el piano para mirarla.

—¿Por qué vienes a molestarme? Estoy ocupado.

—Solo quería darte las gracias por el libro.

—Bah... —Volví a fijarme en la partitura que tenía delante e intenté tocar la obra una vez más. Le resté importancia al asunto. Era el cumpleaños de Aerin, al fin y al cabo. Las personas normales solían regalar cosas a alguien que celebraba su cumpleaños. Era algo que no me debía agradecer.

—Me ha hecho mucha... Ay, no sé. Gracias.

—¿Puedes dejarme en paz...?

—¡Te abrazaría en este mismo instante! Ya me he leído dos capítulos. Está tan interesante... De verdad, en cuanto lo termine te lo presto. ¡También tienes que leerlo...!

Resoplé. Era incapaz de concentrarme, así que dejé la partitura a un lado. Aerin se sentó a mi derecha, en la banqueta del piano. Ni siquiera le hice un hueco. Iba a caerse si se movía más de un centímetro. Aunque estaba molesto con ella, el enfado se me pasó cuando rodeó mis hombros con sus brazos y me estrechó con fuerza. Apoyó su cabeza contra mi hombro izquierdo y yo la palmeé, incapaz de no sonreír. Era bastante mona cuando se lo proponía. También era capaz de acelerar mi corazón.

Bueno, no. Fue una taquicardia sin más, una subida de tensión normal. Era algo que solía ocurrirles a menudo a los adolescentes. No, no fue culpa de

Aerin. Estaba seguro. No fue nada especial.

Se apartó rápidamente y se apresuró a subir la montura de sus gafas, empujándola con los dedos. Se quedó sentada a mi lado, pero al moverse, estuvo a punto de estamparse contra el suelo. La muy idiota estiró los brazos para mantener el equilibrio y golpeó mi hermosa cara. Se agarró a la chaqueta de mi uniforme y logró quedarse sentada a mi lado.

Sin más remedio, me retiré hacia la izquierda, dejando a Aerin un poco más de espacio.

Pero solo porque me daba más calor y estaba congelándome, solo por eso.

Aerin

YOOONGIII 20:30
HE TERMINADO MIS CLASES 20:30
HE TERMINADO DE ESTUDIAR 20:30
CONTÉSTAME PEDAZO DE MIERDA 20:47

QUÉ QUIERES 20:50

pensé que estabas muerto 20:50
qué pena 20:50
bueno 20:50
te apetece ir a cenar a algún lado 20:50
ES VIERNESSS 20:50

      20:50

No 20:55
Estoy en la cama y no pienso moverme 20:55

definitivamente eres un viejo 20:55

No me gusta salir 20:55

venga 20:55
porfi 20:55
porfi 20:55
porfi 20:55

porfi 20:55
llevo sin salir desde los 17 años tío 20:55

Jaja qué graciosa!!! 20:56
No voy a moverme de la cama 20:56

me haces llorar 20:56

Me importa una mierda que te haga llorar 20:56
Adiós 20:56

yoonga 20:56
yoongo* 20:57
yoongi** 20:57
porfavor 🙏❤️ 20:57
vamos a cenar sushi 20:57
yo invito 20:57

Que no 20:58

ayy no me mientas 20:58
sé que estás poniéndote los zapatos y estás
viniendo hacia aquí 😏 20:58


Sigo en la cama 20:58
Uy, solo tengo 1% de batería... 20:58

YOONGIII 20:58
✓✓ leído a las 20:58
vale 20:58
quieres que juegue sucio? 20:58
si no es por las buenas será por las malas... 20:59
tengo tus fotos 20:59
quieres que acabe con tu reputación
de chico malo y misterioso? 20:59
o quieres venir a cenar conmigo? 20:59

No tienes fotos más 21:00

ah, eso crees? 21:00
tengo muchas 21:00
EH CAPULLO HAS CONTESTADO DEPRISA 21:00
VIENES CONMIGO O NO 21:00

Mi teléfono está muriendo.. 21:01

no quieres acompañarme? 21:01
vale, Yoongi... 21:01
 foto 21:02

Voy a matarte 21:06

te quedaba 0 % de batería 🙄🙄 21:07
SOLO DI SI VIENES O NO 21:08

Contigo? 21:11

sí 21:11

Uf, creo que tengo fiebre... 21:11

 foto 21:11

Se puede saber cuándo me sacas
esas putas fotos? 21:12
Respóndeme, Aerin 21:12
✓✓ leído a las 21:12

vienes? 21:17

Que no 21:17
Déjame en paz 21:17




foto 21:18

Dónde tengo que esperarte? 21:18

jijijiii 21:19

sabía que coaccionarte iba a servir de algo 21:19

espérame en el portal de casa  21:19

OMG PERO SI YA ESTÁS AQUÍÍÍ 21:19

Joder 21:19

Pues claro 21:19

Soy supersónico 21:19

Decidí ir a su casa en cuanto empezó a enviarme fotos. Mis jodidas fotos. ¿Cuándo las hacía? Aerin no tardó ni dos segundos en aparecer tras la puerta de cristal de su portal. Llevaba unas gafas de montura metálica que nunca había visto y tenía pinta de haberse despertado hacía dos minutos. Su pelo castaño estaba revuelto, como siempre. Se colocó a mi lado dando un par de saltitos. Caminamos hacia la avenida, aunque no tenía ni idea de dónde íbamos.

—Has venido más rápido de lo que pensaba —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—Te lo he dicho. Soy supersónico.

—Ya, ya... —Hizo un gesto con la mano y sonrió pícaramente, divertida—.

Lo que pasa es que te das mucha prisa cuando quieres, ¿eh, Yoongi?

—Has dicho que tú invitas. Hoy ceno gratis. ¿Cómo no iba a venir?

—Aprovechado.

—Desesperada.

—Desesperado tú, que sigues detrás de Soyoung.

—¿Y para ir detrás de Song no hay que estar desesperada?

Me miró aparentemente ofendida y me dio un codazo suave.

—¿Es él quien va detrás de mí!

—Soyoung también va detrás de mí.

—¡Excusas! —bufó, haciendo una especie de puchero. Me reí. Aerin,

maestra en cambiar de tema, miró hacia otro lado y decidió que era un buen momento para hacer uso de su maestría—. ¿Te gusta el sushi? Dime que te gusta el sushi.

—No. —Y no mentía. No me gustaba demasiado el sushi, con el pescado crudo y el arroz. Nunca había sido fan del arroz. Era irónico teniendo en cuenta que era uno de los ingredientes más importantes de nuestra dieta.

—¿En serio?!

—En serio.

—Haré que te guste —sentenció, mirándome decidida. Sonó bastante seria. Solo esperaba que no me metiera los palillos hasta la garganta y me hiciera tragar el sushi a la fuerza. Lo peor de todo es que la veía capaz.

Continuamos andando prácticamente en silencio. Últimamente no hablábamos demasiado, y tampoco nos veíamos fuera del instituto. Bueno, alguna vez nos encontrábamos entre clase y clase en el conservatorio. Pero no nos saludábamos. Ella me sonreía y yo intentaba golpear su nuca.

—Di algo, Yoongi. Esto parece una cita. Qué... —Hizo como si un escalofrío recorriera su espalda—repelús.

—Algo.

—Ahora me quedo mucho más tranquila —dijo, sarcástica.

No era una cita, así que ninguno de los dos teníamos por qué estar nerviosos. Aerin era solo mi amiga. No me gustaba. Solo era mi mejor amiga y no tenía planeado que fuera algo más. Que ella me abrazara, que yo utilizara su hombro de almohada o que entrelazáramos nuestros brazos al caminar no significaba nada. No estaba en Seúl para entretenerme con ella, y ella no quería ni leer la palabra «novio». Cada uno teníamos nuestros objetivos. Y cosas mejores que hacer, aunque eso también era bastante irónico. Cada vez que Aerin me enviaba un mensaje o me decía que la acompañara a algún lado, yo enseguida respondía, como si no tuviera una puta vida.

Aerin giró la esquina de una calle y se paró delante de la puerta destartalada de lo que parecía ser un restaurante. Enarqué las cejas. ¿Acaso quería matarme? ¿Envenenarme? Eso parecía un lugar clandestino para traficar con órganos, no un restaurante de sushi. Como yo no me acercaba a ella, Aerin terminó agarrando mi mano y tirando de mí. Entramos en el restaurante. Era demasiado oscuro, pero había bastante gente sentada en algunas mesas.

No soltó mi mano hasta que encontró sitio en una mesa alejada del resto. Se sentó con toda la tranquilidad del mundo. Yo hice lo mismo, observando el

lugar con desconfianza. ¿En serio aquello era un restaurante y no un maldito club de mafiosos?

—Espero no morir.

—Ay, con lo divertido que tiene que ser... —comentó, leyendo la carta del restaurante una y otra vez—. ¡Oh! Le dije a Sojin que podía venir con nosotros. Voy a avisar...

—No lo hagas.

Aerin me miró con los ojos muy abiertos, como si acabara de matar a su mascota. Ya tenía el teléfono en la mano, desbloqueado. Lo dejó sobre la mesa muy despacio. Hizo una mueca. Yo no quería que Sojin viniera con nosotros. Quizá lo hice demasiado obvio. No me caía mal, pero no llegaba a sentirme cómodo del todo con ella. Simplemente no quería que se metiera en mi vida. Bastante tenía ya con Aerin. Además, ella iba a llevarse un disgusto: tenía la sensación de que Sojin iba a dejarla tirada en cualquier momento, y Aerin parecía haberle cogido cariño.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque no.

Aerin puso los ojos en blanco. Un camarero se acercó y ella pidió media carta, señalando cada plato que salía fotografiado en las hojas plastificadas. El camarero regresó con una jarra de agua y dos vasos con pajita. Después, volvió a dirigirse a mí. Suspiró.

—¿Te cae mal? A mí me parece simpática.

—Solo se junta contigo para estar más cerca de mí.

Aerin soltó una risilla.

—Lo sé.

—¿Y no te molesta que sea así?

—Me la suda —dijo, jugueteando con la pajita amarilla de su vaso—. Hacéis buena pareja. ¡Ella es tan mona y tú tan...! Tan... Tan Yoongi.

—Pero Sojin no me gusta.

—Ya, es que a ti no te gusta nada.

Chasqué la lengua. No entendía por qué Aerin intentaba emparejarme con su nueva «amiga». Se lo pregunté.

—¿Por qué quieres que Sojin sea mi novia?

Aerin se limitó a sonreír y a beber de su vaso de agua. Señaló hacia una esquina con la barbilla, y como siempre, cambió de tema. La ignoré. Golpeé su espinilla por debajo de la mesa, impaciente. Aerin se retiró el pelo de la

cara y se lo recogió en una coleta. Trajeron su sushi y aprovechó la oportunidad para engullirlo y no responder a mi pregunta. Eso me había pasado por evitar sus preguntas tanto tiempo. Había acabado aprendiendo mi método.

—Contéstame.

—Visto a las diez —murmuró. Utilizando los palillos de madera oscura cogió una de las piezas de sushi. Extendió el brazo hacia mí. Yo no había probado la comida aún—. Abre la boca.

—No quiero.

—¿Entonces para qué has venido?! —Acercó el sushi más a mí—. Abre la boca.

—No me des de comer. No soy un jodido niño.

—Yoongi, ¡aaaah!

Aerin no me gustaba. Pero que se preocupara por mí, sí. Abrí la boca y ella dejó la pieza de sushi dentro, con cuidado. Me miró expectante mientras masticaba.

—¿Te gusta?

—Mediocre —mentí.

Me gustaba.

O sea, el sushi.

De alguna forma inexplicable, los alumnos de último año siempre tenían tiempo para salir de fiesta algún día. Algunos lograban colarse en discotecas o clubes prohibidos para menores de edad... es decir, para todo aquel que no tuviera diecinueve años. Vamos, que la mayoría prefería irse a un karaoke y colar unas cuantas cervezas con las que emborracharse.

Y también, de otra forma inexplicable, Haneul y Soyoung me invitaron a una fiesta que organizaron ellas mismas, creyéndose que eran una de esas chicas estadounidenses que salen en las películas que, definitivamente, solo eran ficción —seamos sinceros, ¿qué clase de persona quiere organizar fiestas tan grandes si luego hay que limpiarlo todo?—. Estaba claro que si me invitaban era porque sabían que arrastraría a Yoongi conmigo. Él no parecía muy convencido y me dejó bien claro que mis planes de arruinar la fiesta de Haneul eran igual de ficticios que las macrofiestas de las películas adolescentes. Eso sí, en cuanto oyó «cerveza», me miró con algo de interés.

Sin embargo, convencer a mis padres para que me dejaran salir de fiesta era casi como terminar todo el juego de Jumanji. Además, mi prioridad era aprobar el último examen de matemáticas, que me libraría de repetir el resto. Era la prueba final e iba a ser lo que determinara mi posible aprobado. Estaba tan nerviosa al ver cómo entraba la profesora por la puerta que tuve que coger un bolígrafo y morder el tapón como si fuera un maldito perro royendo un hueso. Como de costumbre, mi examen fue el último. La mirada de la profesora no me inspiró demasiada confianza, por eso cerré los ojos con fuerza al tener las hojas grapadas en mis manos, al sentir el suspenso en mi boletín de notas, al notar que mis sueños se desmoronaban.

—Por favor, por favor, por favor... —dije en voz baja.

Abrí los ojos y vi la nota rodeada en rojo. Lancé el examen a la mesa y me

tapé la boca, conteniendo las lágrimas.

Sentí la mirada atenta de Yoongi —y de algunos otros— clavada en mí. Iba a echarme a llorar allí mismo. Incapaz de hablar, devolví el examen a la profesora y me quedé con la vista fija en algún punto del infinito durante los cinco minutos restantes de la clase. Había sacrificado horas de sueño, ¡hasta del conservatorio...!

Sonó el timbre y por fin se dio por concluido el viernes.

—¿Has palmado el examen? —escuché a mi izquierda mientras guardaba mis cosas con toda la parsimonia del mundo. Reconocí la voz de Yoongi, así que no me molesté en mirarlo. Enfrente de mí supuse que estaría Sojin, mirándome con los ojos muy abiertos, expectante.

—¡Estoy salvada, joder! ¡He aprobado, idiotas, he aprobado! —grité, riendo como una loca, incapaz.

—¡Enhorabuena! —me felicitó Sojin, tan risueña y sonriente como de costumbre.

Yoongi se mostró algo más neutro. Se limitó a darme unas palmaditas en la cabeza, casi caricias.

—Muy bien, al final serás una barrendera con estudios.

—El sábado —le recordé, señalándole con el índice—. Iré a buscarte y a arrastrarte fuera de tu cuartucho como me llamo Im Aerin, ¿entendido?

Nadie me tomaba en serio, y cuando decía «nadie» me refería a Yoongi. Nunca se creía del todo que yo era capaz de presentarme en su apartamento en cualquier momento, y menos estando preparada para irme de fiesta. Cuando abrió la puerta, puso cara de asco y volvió a la cama.

—Vamos, flaquito —le dije mientras veía cómo se hacía un ovillo en la cama—. Yoongi, venga. Son las ocho...

—Me importa una mierda. Ve tú sola.

—¡Yoongi! —lloriqueé—. ¿Cómo puedes dejar a tu única y mejor amiga ir a un lugar tan hostil como una fiesta con cerveza, soju y estudiantes ilegales?

—Ve con Sojin.

—Ir con Sojin es como llevar un palito como única arma blanca. Aunque, ahora que lo pienso, tú eres prácticamente igual...

Resopló. Harto de mí, se levantó de la cama.

—¿Qué clase de persona se pone un jodido vestido encima de una

camiseta? Qué feo —soltó antes de desaparecer en el baño para cambiarse y ponerse algo decente. Si por él fuera, saldría a la calle tal y como iba vestido, con unos pantalones de chándal y una camiseta descolorida.

Elevé la mirada. Era verdad que mi modelito no estaba a la moda y que parecía una de las Spice Girls, pero estaba, por primera vez en mi vida, orgullosa de mí misma y, además, como solían decir, todas las modas vuelven, ¿no?

Yoongi y yo caminamos hacia la dirección que Haneul nos había indicado. Hablé animadamente de mis «planes para arruinar la fiesta del equipo Zorra», pero poco a poco me fui dando cuenta de la realidad y, aunque iba con ganas de pasármelo bien, caí en que podía ser una encerrona. Que habría mucha gente. Borrachos. Tenía que volver sola a casa. De noche. Me arrepentí de ir, pero ya no había vuelta atrás. De camino, paramos en un restaurante de comida rápida. Llenar el estómago me alivió un poco.

Por fin, después de una larga caminata y unas cuantas paradas técnicas, llegamos a la dichosa fiesta. Llamé al timbre de la casa de dos plantas. Estaba rodeada por un pequeño jardín, y la música a todo volumen se escuchaba desde fuera.

—Como haya venido aquí para nada... —bufé.

Yoongi encajó sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—... quemó su casa —concluyó.

—¿Qué? —Lo miré con las cejas enarcadas—. ¿Siempre tienes que decir que vas a quemar cualquier casa?

—No sé.

—Tengo la sensación de que eres el protagonista de algún libro que acaba descubriendo su piromanía y acaba quemándose vivo al final. —Asentí convencida, miré el reloj de mi muñeca y dejé que se me escapara un suspiro—. Estoy perdiendo el tiempo. Debería haberme quedado en casa viendo alguna película.

Yoongi no dijo nada, pero entendí que él pensaba lo mismo. Quien calla, otorga.

La puerta se abrió tras un par de minutos. Apareció Haneul vestida con un apretadísimo vestido rosa chillón. Yoongi debió de espantarse e hizo ademán de huir, pero agarré su muñeca y tiré de él para que me acompañara hacia el interior. Después llegó Soyoung, luciendo su lustrosa melena negra, y le ofreció a Yoongi un vaso de cerveza enorme con una sonrisa radiante. En

cuanto lo cogió, Yoongi me pasó el vaso. Con desconfianza, imité a un cachorrillo y probé la bebida con la lengua. Enseguida noté la amargura de la cerveza. Puse cara de asco y le devolví el vaso a Yoongi mientras él se reía entre enternecido y malicioso. Era la primera vez que probaba la cerveza, y probablemente sería la última. Descubrí que yo era más de vino.

Estuvimos un buen rato vagando por ahí hasta que Sojin —no me esperaba que estuviera allí, y Yoongi tampoco— nos vio y nos llevó hasta lo que parecía una sala de estar. Un corrillo de chicos y chicas, entre los que estaba Minho y algunos de sus amigos, jugaban al colmo de los clichés: la botella.

Yoongi se sorprendió al ver que yo me lanzaba de lleno al juego. En realidad, lo hice para integrarme un poco; por dentro estaba muerta de miedo, seguía creyendo que aquello era una encerrona, y más aún al ver a Minho delante de mí.

La botella de soju giraba y giraba en el suelo, apuntando a dos personas que se besaban sin apuro siempre que fuera aquella a la que quería besar. Cuando llegó el turno de Minho, me congelé. El cuello de la botella me apuntó directamente a mí. Quería que la tierra me tragara porque él no era la persona que más ilusión me hacía besar. Pensé en Yoongi un instante, y puede que fuera aquello lo que me hiciera detener a Minho... Bueno, y que tanta gente me estuviera mirando también. Yoongi miraba hacia otro lado, como si no quisiera ver la escena, y bebía desganadamente lo que ya era su segunda cerveza.

—Eh, quieto. —Todo el mundo articuló un «oh» de decepción. Puse una mano en los labios de Minho y le empujé suavemente hacia atrás. —Llevo un pintalabios carísimo. ¿Crees que puedes estropear mi maquillaje?

Minho volvió a su sitio, cabizbajo, pero la noche continuó y también lo hizo el juego, que evolucionó a otro de los clichés de las fiestas adolescentes: siete minutos en el paraíso. La gente giraba la botella mientras bebía, y cuando paraba frente a alguien, tenían que encerrarse siete minutos en un espacio lo más reducido posible, lejos de las miradas indiscretas del resto. Fue idea de Soyoung, que harta de que «no hubiera besos de verdad», solo besos en la mejilla, quiso darle vidilla al asunto.

Fue mi turno y el momento de suerte de Minho. Soyoung nos arrastró hasta un armario, donde nos encerró. Me alejé lo máximo que pude de Minho, más alto y corpulento que yo. Cuando se aseguró de que Soyoung no estaba tras la puerta, suspiró.

—No te gusto, ¿verdad?

Podría mentirle y decirle que sí, pero eso también implicaba algo de verdad. Por aquel entonces, Minho no era mi preferencia, y aunque tampoco me disgustaba, sabía que no le quería ni me gustaba tanto como yo a él. Se podría decir que había un pequeño problema, y era que yo, por aquel entonces, seguía creyendo que Yoongi era solo mi amigo, que lo nuestro era una amistad estrecha... Era una gilipollez. No era muy consciente de que el chico misterioso que había llegado desde Daegu me gustaba hasta que, después de que Minho se lanzara y me besara, llegara el turno de Yoongi y la botella volviera a apuntarme.

—Será la segunda vez que saldré del armario... Ja, ja, ja. —dije cuando tuve que levantarme del suelo para volver al estrechísimo armario.

Las cervezas debían de estar pasándole factura a Yoongi. No estaba borracho, pero un sorbo más y terminaría cantando rancheras. Dejó que yo entrara en el armario primero. Nos sentamos en el suelo y esperamos a que terminaran los siete minutos.

—Mierda, no veo.

—Eso es porque has cerrado los ojos, campeón.

Yoongi creyó que era verdad.

—No me vaciles.

Me reí con suavidad. Recordé que tenía mi teléfono en la mano y utilicé el resplandor de la pantalla para iluminar un poco la estancia.

—¿Cuánto tiempo crees que ha pasado? —susurré. Dejé de mirar el teléfono; me ponía aún más nerviosa.

—No sé —contesté—. ¿Medio minuto?

—Mmm... Yo digo que dos minutos.

—Pero si acabamos de entrar, idiota.

—¡El tiempo vuela!

—Bueno. ¿Vamos a besarnos? —soltó. Claramente, se había pasado con las cervezas.

—¿Eh?! —Nos reímos por culpa del nerviosismo—. Lo dices de coña, ¿no?

—Sí.

—Ah, menos mal...

—¿Me besarías?

No supe qué decir. Como de costumbre y como estaba hecha un manojo de nervios, empecé con la verborrea:

—Depende de lo que signifique un beso para ti. Con lengua ni muerta, tío, qué asco... todas tus bacterias y... —Hice como si tuviera escalofríos.

—Creo que deberíamos seguir las reglas —insistió. ¿Qué narices le estaba pasando?

—Yoongi, tío, la cerveza se te ha subido a la cabeza. —Me moví, inquieta.

—En serio; las reglas son las reglas...

Resoplé y agité la cabeza.

—No voy a besarte y tú no vas a besarme.

—¿Por qué?

—Porque... No sé. Intercambiaríamos virus. Bacterias. Células muertas. Cosas que no me pertenecen y que mi cuerpo rechazará.

Buscó a tientas mi boca y puso su mano sobre ella.

—He dicho que quiero seguir las normas de este puto juego.

—Qué agresivo. —Me zafé—. Pero, si te beso, no significaría nada. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Nada.

—No significa nada. Lo prometo.

No se lo creía ni él.

—*Pinkie-promise*. ¿Dónde está tu meñique? No veo nada...

Encendí la pantalla del teléfono para poder ver algo y Yoongi aprovechó mi despiste para tomar mi barbilla. Por mero acto reflejo, me eché hacia atrás y me golpeé contra la pared. Yoongi se rio en silencio de mi torpeza.

—No estropees el maquillaje...

—No.

Cerré los ojos con fuerza.

—¿Ya está?

—Deja de hacer eso...

—¡Venga!

Estaba tan ansiosa por poder salir de allí que no me lo pensé dos veces y acerqué la cara de Yoongi a la mía, plantándole un beso en los labios, sin pulgares de por medio y sin que él dijera que no había muérdago.

Yoongi movió sus labios sobre los míos y rodeó mi cuerpo con sus brazos. Corroboré mis sospechas: los labios de Yoongi eran suaves y cálidos. Nuestras respiraciones empezaron a entrecortarse. Tímidamente, rodeé su cuello con mis brazos. En realidad, solo lo hice porque lo vi en alguna serie...

Bueno, y porque me estaba dejando llevar. Quizá demasiado. Esto me estaba gustando y mucho. ¿Qué estábamos haciendo? No, no, no. ¡Era Yoongi!

Aunque mi cuerpo pedía más, el miedo hizo que me separara de él. Había sido un beso, un beso tonto por un estúpido juego. Un beso que, tal vez, de otra manera no hubiera ocurrido. ¿O sí?

Sabía que ambos sentíamos algo más el uno por el otro, pero yo no quería ver la realidad, no quería perderle. Sabía que los silencios volverían a hacerse incómodos si cruzábamos cierta línea. Yoongi se retiró, carraspeando algo avergonzado.

Menos mal que estábamos a oscuras; de no ser así Yoongi se hubiera reído a carcajada limpia de lo roja y acalorada que estaba. Todo el mundo que estaba alrededor de la botella de cristal verde nos recibió con los ojos muy abiertos, preguntando a gritos qué había pasado en aquellos siete minutos. Algunos protestaron diciendo que no habíamos estado el tiempo suficiente dentro del armario. Decidí ignorar algunas preguntas. Yoongi se sentó al lado de Sojin, como al principio. Me di cuenta de que también estaba algo más contento que al principio, pero achaqué su sonrisa tonta al alcohol.

Continuamos con el juegucito, y al cabo de dos turnos, terminé aburriéndome. Cansada de no hacer absolutamente nada, me levanté y me fui de allí. Yoongi parecía entretenido, así que dejé que se quedara socializando un poco, no como yo. Si mi madre hubiera llegado a verme, me habría empujado hacia el corro de nuevo para que hablara con el resto de las personas. Eso sí, sin probar ni una gota de alcohol. Las cervezas debían de haberse acabado y la gente, desesperada por cogerse una buena borrachera, empezaba a beber licores más fuertes.

Investigué un poco la casa. Caminé hacia la cocina en busca de un vaso de agua y algo de aire fresco. Encontré una puerta corredera que daba al jardín trasero de la casa, y sin pensármelo dos veces, la abrí y salí, descalza. Había una pequeña tarima de madera, típica de las casas coreanas, así que me senté ahí, con los pies rozando el césped verde. Me tumbé sobre la madera fría con un largo suspiro. Miré al cielo negro, sin estrellas.

No podía dejar de pensar en que mi primer beso había sido con un chico que, sabía, en el fondo, que me gustaba. Y tampoco podía dejar de pensar en lo suaves que eran los labios de Yoongi comparados con los de Minho. Me tapé la cara con las manos, y creyendo que no me veía nadie, pataleé y solté grititos agudos de niña enrabiada. No sabía si llorar, reír o hacer las dos cosas a la

vez. No era el mejor momento para pensar en aquello: tenía que centrarme en mis estudios, no en intentar saber cuál de los dos besos me había hecho sentir más.

—¿Aerin...? —escuché a mi espalda.

Me reincorporé con rapidez, muerta de la vergüenza. Me senté en la tarima como si fuera una modelo posando para un reportaje de una revista de moda. Coloqué mi mano izquierda en mi cadera y apoyé la otra en la madera.

—¡Oh, qué sorpresa, Sojin! —Reí.

Ella, como de costumbre, también se rio, con esas carcajadas suaves y dulces.

—No sabía dónde estabas y empezaba a creer que ya te habías ido.

—Solo estoy... tomando algo de aire. Hace demasiado calor ahí dentro.

Se sentó a mi lado, con las piernas cruzadas.

—¿No bebes?

—Agua, zumos, refrescos...

—Bueno, alcohol, quería decir.

—No.

—¿No te gusta? A mí tampoco. Sabe demasiado fuerte.

—A mí me sabe a pis. —Me encogí de hombros—. O a colonia. —Sojin me miró entre horrorizada y curiosa, y yo hice un gesto con la mano para restarle importancia al asunto. —Es una historia muy larga.

Volvió a sonreír, mirando al cielo con aire soñador, casi con nostalgia, como si se estuviera imaginando que estaba plagado de estrellas que se podían ver nítidamente.

—Os habéis besado, ¿verdad?

—¿Quién? —pregunté, tranquila, o al menos aparentando estarlo. Esperaba que Sojin no dijera el nombre que yo tenía en mente.

—Minho y tú.

—Ah... —Me sentí algo más aliviada—. Él me ha besado a mí, en teoría. No ha sido gran cosa... Pero no te creas que esperaba algo más, no, no, no, ¡quiero decir que...!

—Antes de que llegara Yoongi y tú, todo el mundo estaba planeando encerrarte con Minho en algún lugar. Decían que, cuanto más pequeño fuera el espacio, más roce entre vosotros habría. Y ya sabes, con el roce...

—Realmente, me lo esperaba. Que me inviten a una fiesta no ocurre todos los días, ¿sabes? La semana pasada, vi a Minho hablar con Haneul, así que

supuse que estaban planeando algo. Y de paso, seguro que Soyoung ha jugado a esa mierda solo para conseguir comerle la boca a Yoongi.

—Si lo sabías, ¿por qué has venido?

Volví a encogerme de hombros sin saber muy bien qué contestar. Sí, Sojin tenía razón. «¿Para qué he venido?» Ella suspiró y me miró con cierto brillo en los ojos. No supe cómo interpretarlo: no sabía si era un brillo de admiración, de alegría o de vete tú a saber qué. No noté ningún tipo de maldad en su mirada, lo cual me hizo sentir algo más tranquila.

—Aerin, sé que vas a odiarme por decir esto, porque él es solo tu amigo, pero... Yoongi y tú...

—¡Hala, si tengo seis llamadas perdidas de mi madre! —exclamé.

—A... Aerin...

—Un momento, voy a dejarle un mensaje.

Sojin hizo un puchero adorable y giró la cabeza hacia otro lado, indignada. Hice como si tecleara algo rápidamente, guardé el teléfono y fingí querer escuchar lo que Sojin quería decirme. Di un toquecito en su hombro. Ella se giró, despacio, y terminó sentada con el torso girado hacia mí.

—Creo que le gustas a Yoongi.

—No, tranquila —dije, segura de mí misma—. Le gustan las chicas que parecen más jóvenes, más bajitas que él, con el pelo corto y cara redondita. Tú eres la candidata perfecta. ¡Eres monísima! Hacéis la pareja perfecta.

—Pero vosotros sois muy cercanos. Yo... Yo tengo la sensación de que no le gusto a Yoongi, y que nunca le gustaré. Apenas me habla y...

—Tranquila. Le cuesta abrirse. Es de Daegu, ya sabes que allí son todos unos tacaños fríos y cerrados. —Di un golpe suave a Sojin, juguetón, intentando que se animara—. Y no te preocupes por mí. Solo soy un cero a la izquierda.

—Tú le importas.

Negué con la cabeza.

—Solo lo aparenta, hazme caso.

Aunque era más alta que ella, me sentía pequeña al lado de Sojin. Ella era guapa y triunfaba porque era la típica chica mona, con cara de niña... estaba dentro del estándar. Yo, sin embargo, era la personificación de la palabra «desastre». Siempre iba despeinada, y a pesar del maquillaje, mi piel seguía siendo un horror. Sojin también sacaba mejores notas que yo y tenía una voz preciosa. Decían que cantaba como los ángeles. Era como un treientos por

cien más probable que fuera ella quien le gustara a Yoongi, y de hecho pensaba que sí sentía algo por ella porque no dejaba de rehuirla. Siempre intentaba evitar tener una conversación con Sojin, o tener que aceptar algo que ella le ofrecía. Y luego estaba yo, haciendo de casamentera.

Cambié radicalmente de tema y Sojin y yo estuvimos hablando durante algo más de una hora. Luego, ella se marchó a esperar a su padre fuera de la casa. Y fue cuando me acordé de que la hora de queda para mí era la una de la madrugada. Pensé en dejar a Yoongi ahí, en la fiesta, porque a) no había vuelto a saber nada de él, b) parecía estar en su salsa, y c) él era un lento y me iba a entretener por el camino. Me levanté de allí y corrí hacia el interior de la casa, aunque antes de pasar a la cocina, mi teléfono vibró.

Yoongi

YoooOoo 00:47
arinmn 00:47
me han dicho que eres mi amiga!!! 00:47

sí 00:47
somos amigos 00:47

AAASAJAKSL EN SERIOOO 00:47
daMN AREIN sOMOS AMIGOS 00:47
estas muy benao 00:47
hdajajsjsajajs 00:47

dios 00:48
me voy a reír un montón cuando
estés sobrio y te enseñe estos mensajes 00:48

ya tia jodtrer que risas 00:48
domde estas aerinm??? 00:48
estas muy buenalo omhoyy 00:49

gracias? 🤔🤔🤔 00:50

tenemos que irnos a casa Yoongi 00:50

No 00:50

dónde estás? 00:50

catch me ifg yu cann 00:50
trufufurtututu~ 00:50
joder casi no veo el teckado 00:50
aerinnmm 00:50
DonDE COÑO ESTASSSTD 00:50
IM D BOI 00:50
JAJAJDJSK AERIN 00:50

YA TE VEO 00:54

ey hola 00:54
yo tambin te veo 00:54
estoy borracho 00:54

no me digas 00:54

Porque sigo habldno xontigo
si estas enfrente de mi jajfkl 00:54
joder soy mejor cuando estoy borracho no? 00:55

Yoongi estaba apoyado en una columna, aún hablando por teléfono conmigo. Agarré el cuello de su camiseta y lo arrastré hacia la puerta, como si fuera un gatito y yo su mamá. Se despidió del resto de la gente enseñándoles el dedo corazón de ambas manos, aunque luego les lanzó unos cuantos besos con la mano. Conseguí empujarle hasta donde estaban sus zapatillas de color negro, pero estaba tan borracho que ni siquiera las reconoció. Señaló sus pies con aire de superioridad y me miró fijamente, como si me estuviera exigiendo algo.

—Ponme los zapatos —me ordenó. Hizo un gesto raro con la mano cerca de su oreja, pero luego entendí por qué lo hacía. Debía de creer que tenía el pelo

largo y que se estaba retirando la melena de la cara. No pude evitar reírme mientras cogía uno de sus pies y lo metía a presión en la zapatilla—. Qué conjunto más terrible llevas hoy, Aerin, ¿crees que aún vives en los noventa?

Estallé en carcajadas, cogí su mano y tiré de él hacia la calle. Le costaba mantenerse recto, así que iba dando tumbos. Definitivamente, se había pasado con las cervezas.

Caminamos ignorando las protestas del otro durante unos cuantos minutos, pasando por algunos escaparates iluminados con luces de colores, donde podíamos vernos reflejados. Yoongi se paró enfrente de uno de ellos, se deshizo de mi agarre y se quedó contemplándose en el cristal, arreglando su flequillo despeinado. Resoplé.

—¡Venga! Mis padres van a matarme si llego más tarde todavía —le urgí, agitando su brazo—. ¡Yoongi!

—Del uno al diez... ¿Cuánta puntuación me das? —seseaba, y apenas podía mantener el equilibrio. Era gracioso, pero tenía prisa y no podía reírme de él en aquel momento.

Yo puse los ojos en blanco.

—Un cuatro. ¡Vamos! —Volví a agarrar su camiseta, tirando con fuerza de la manga.

Él reanudó el paso a regañadientes, murmurando cosas como si fuera un niño pequeño. Volvió a pararse, y yo fui incapaz de no gritar. Mis padres iban a matarme y luego a exponer mi cadáver en una urna en la que pusiera: «Llegó media hora tarde». Yoongi volvió a hacer como si tuviera una melenaza digna de anuncio, me señaló y de repente infló las mejillas.

—¿A que ahora me das un doce?

—Sí, un doce entre tres. ¡Venga!

Lo dejé atrás, berreando como un bebé. Mientras corría hacia mí, gritó:

—¡Aerin, del uno al diez tú eres una basura!

Se echó sobre mi espalda, pretendiendo que lo llevara a caballito como si fuera un dichoso remolque. Suspiré, resignada, e ignorando el dolor de mi hombro izquierdo y de mis cervicales, avancé unos cuantos metros con Yoongi abrazado a mi cuello. Clavé la mirada en el suelo. Seguro que aquello era un castigo divino por no ir a misa los domingos.

—Aerinnie, va a llover —dijo.

—Estás borracho. A lo mejor de repente nieva, no te jode...

—Me estoy mojando.

—¿En qué sentido...? —Me hizo mirar hacia arriba, y en cuanto lo hice, varias gotas de agua cayeron sobre el cristal de mis gafas—. ¡Esto ya se está volviendo demasiado habitual! ¡Odio la lluvia!

Estornudé. Luego estornudé otra vez, y otra... Yoongi se limitaba a poner cara de asco cada vez que lo hacía o cada vez que la lluvia se iba intensificando. Harta de estar calándome, busqué refugio bajo el techo de un pequeño comercio. Yoongi vino hacia mí, tambaleándose, y se dejó caer en el suelo mientras yo sacaba mi teléfono móvil para ver si mi madre tenía alguna solución para el problema. Entre pitos y flautas —qué irónico— iba a llegar a casa casi una hora más tarde de lo previsto. Mi padre estaría dormido, así que no iba a poder venir a recogernos en coche, y mi madre estaría demasiado preocupada por el tema de la lluvia. Le envié un mensaje, y ella respondió al instante.

Mamá

estoy bien, sobria y entera, pero
la lluvia nos ha pillado de camino y no creo
que pueda volver a casa ahora
con este chaparrón. qué hago? 01:46

¿Te queda mucho para llegar a casa? 01:50

15 min 01:51

Intenta llegar a casa cuando escampe un poco. 01:52

Yoongi no decidió esperar, así que se levantó y se marchó con la capucha de su chaqueta puesta, aunque llovía tanto que solo consiguió empaparse. Me quedé bajo el pequeño resquicio un par de minutos, viendo cómo se alejaba bastante rápido. Resoplé por enésima vez. Iba a tener cargo de conciencia si le dejaba solo, y además iba bastante perjudicado... Me tapé la cabeza con las manos y corrí hasta alcanzarlo. Vi el edificio de apartamentos donde él vivía a lo lejos, y sin pensármelo dos veces, subí las escaleras para llegar cuanto antes a la puerta del apartamento. Él subió las escaleras minutos después, arrastrando los pies. Tardó horas en encontrar las llaves de la puerta y en

intentar acertar con ellas en la cerradura. Yoongi seguía tambaleándose. Yo, harta, le arrebaté las llaves de las manos y abrí la puerta, empujándola y haciendo que se golpeará contra la pared.

—¿Este antro es mi casa o la tuya...? Bueno, me voy a dormir. Adi...

Yoongi estuvo a punto de cerrarme la puerta en la cara, pero logré detenerlo. Me quité los zapatos, la chaqueta vaquera y cerré la puerta con cuidado. Yoongi me miró extrañado.

—Sí, sí, puedes quedarte aquí —dijo con desinterés—. Joder, tengo frío.

—Estamos calados... es normal.

—Ah. ¿Y tú qué haces aquí?

—Esperar a que deje de llover.

—Ya, ya, tú lo que quieres es dormir conmigo... —dijo, esta vez con algo de picardía y aprovechando para mirarme de arriba abajo, como si quisiera comerme con los ojos.

Sin dejar de mirarme, lanzó su chaqueta al suelo, se quitó los zapatos y fue hacia su cama con la ropa mojada. La camiseta estaba tan empapada que se pegaba a su cuerpo delgado. Por un momento, tuve la tentación de acercarme a él y acariciar su piel, pálida sin marcas y aparentemente suave.

Puf, ¿pero en qué estaba pensando? Era Yoongi y estaba borracho. Necesitaba distraerme y ponerle un poco de cordura a todo esto.

Mi teléfono, aún vivo, sonó en algún lugar. ¡Menos mal! Justo lo que necesitaba. Estaba en el bolsillo de mi chaqueta, así que me apresuré a cogerlo y a responder a la llamada sin mirar de quién se trataba.

—Aerin, ¿dónde estás? —escuché la voz de mi madre a través de la línea telefónica. Tragué en seco.

—En casa de Sojin. Estoy de camino, en cuanto deje de llover, vuelvo a casa. Tranqui...

—Es tarde, deberías dormir. Quédate allí, si te dejan —sentenció—. Además, que vuelvas ahora es peligroso. Espera a mañana por la mañana, y si llueve, papá irá a buscarte.

—¡Mamá Im! —gritó Yoongi, feliz al máximo. Tapé su boca con mi mano y con toda la fuerza que pude para que no hablara. Articulé un exagerado «chist».

—Era Sojin. Quiere conocerte algún día, mamá. ¡Buenas noches! —Colgué—. Supongo que me quedaré aquí... Contigo.

Definitivamente, aquello parecía el guion de una comedia romántica.

Yoongi desapareció en el cuarto de baño poco después. Resultó ser mucho más dócil estando borracho, así que no tardó en obedecerme y en encerrarse ahí en cuanto le dije que una ducha no le vendría mal para despejarse. Tampoco puso pegas cuando le pedí unas toallas para mí, aunque no dejaba de canturrear y de meterse con lo «feo» que era mi conjunto. Me envolví en la toalla blanca más grande, tiritando como un pobre cachorrillo empapado, y me sequé mientras miraba por la única ventana de la sala. Fuera seguía lloviendo con fuerza, sin cesar. Supuse que no iba a dejar de diluviar en toda la noche, así que quizá tendría que salir del apartamento en góndola, como en Venecia. Alcancé otra de las toallas que me había lanzado Yoongi y me sequé el pelo con ella, revolviéndolo.

Sabía que tenía que quitarme la ropa empapada y secarme en condiciones para poder recuperar una temperatura corporal por encima de los treinta y cinco grados, pero no iba a hacerlo por varias razones: primera, no estaba en mi casa; segunda, no tenía ropa para cambiarme; tercera, Yoongi me iba a mandar a la mierda si le pedía prestada su ropa; y cuarta, me moría de la vergüenza. Sí, no me importaba berrear en el coche canciones de Queen, pero cambiarme de ropa y ponerme la de un chico era otra historia. Y, además, tenía que dormir con él. Conociéndome, supe que no iba a pegar ojo en toda la noche y que dejaría a Yoongi dormir como un bebé. O eso esperaba.

Me senté en el suelo, consiguiendo entrar en calor muy poco a poco. Miré la hora en mi teléfono algo húmedo —fue lo primero que sequé— y comprobé si tenía algún mensaje de mi madre. Eran más de las dos y media de la madrugada; mi madre debía de estar durmiendo ya. Oí cómo Yoongi cerraba el grifo del agua de la ducha y cómo maldecía en alto. Abrió la puerta del baño, pero se golpeó en la cara y estuvo a punto de pelearse con ella. Tuve que

levantarme y empujar a Yoongi con suavidad lejos del baño. Al parecer, la ducha no le había servido de mucho y seguía estando bastante borracho. Al darse cuenta de que yo lo sujetaba por los hombros, Yoongi agitó los brazos para deshacerse de mí.

—No me toques, plebeya —dijo, dejándose caer en la cama. Se acurrucó al lado contrario donde tenía la almohada—. Aerin, arrópame.

—No soy tu madre —repliqué, cruzándome de brazos y observando a Yoongi detenidamente. Parecía un maldito fantasma vestido enteramente de negro.

—Bah, que te den.

—¡Bien, el Yoongi sobrio vuelve! —Aplaudí con fingido entusiasmo mientras él se daba la vuelta y se acurrucaba sobre el colchón dándome la espalda. Después, un escalofrío recorrió mi espalda, recordándome que estaba congelada y que mi ropa seguía completamente empapada—. ¿Puedo coger algo de tu ropa...?

—Nooo... —canturreó.

—¡Es lo que hacen los amigos!

—Nooo... —repitió, alzando las manos y haciendo un gesto muy gracioso, moviéndolas de un lado a otro—. Bueno, con tal de que te quites el vestido...

—Eh, para ahí, que estés borracho no significa que...

—¡Ese conjunto es muy feo! ¡Quiero llorar! —exclamó dramáticamente. Al parecer gritaba más de normal cuando estaba bebido, lo cual era algo bastante extraño. Pensé que sería el típico borracho que se quedaba dormido en cualquier esquina después de unas cuantas cervezas, pero resultó creerse un juez de un *reality* de moda.

—Ah, lo dices por eso...

Se levantó de la cama haciendo unos movimientos similares a los de una persona poseída. Yoongi me fulminó con la mirada y me dio un golpe en la frente con su dedo índice. Después trastabilló con algo que él mismo había dejado en el suelo y tuvo que apoyarse en mí. Se acercó a la cómoda donde guardaba toda su ropa y buscó algo que pudiera valerme, aunque estaba bastante segura de que Yoongi y yo gastábamos la misma talla. Me lanzó a la cara una sudadera de color negro —como toda su ropa a excepción de alguna camiseta blanca— y unos pantalones bastante holgados. Al principio, cuando me encerré a cal y canto en el baño para quitarme el vestido empapado, me ofendí al ver lo grande que era la cintura de los pantalones. Después me

deprimí al darme cuenta de que me quedaban justos y de que Yoongi gastaba dos tallas menos que yo. Me quité la camiseta blanca que llevaba bajo el vestido y la arrugué para escurrirla en el plato de ducha. Abrí la cremallera de la sudadera y me la puse, suspirando aliviada al vestir —por fin— con ropa cómoda y calentita.

Aproveché el espejo del baño, el agua templada del grifo y la toalla que Yoongi me había tirado para quitarme el maquillaje del rostro. No, no iba a dormir con maquillaje, ¡eso era un crimen contra la humanidad! Aunque no iba a ser lo mismo que con desmaquillante, conseguí que mi piel respirara con agua y algo de jabón. Satisfecha, salí del baño con mi ropa entre los brazos y el pelo encrespado por culpa de la lluvia. Dejé el vestido y la camiseta extendidos sobre la cómoda de la habitación al no encontrar un lugar más aparente, ignoré a Yoongi —tumbado en la cama mirando hacia la pared, dormido seguramente—, me senté en el suelo con las piernas cruzadas y me quedé escuchando el sonido de la lluvia torrencial cayendo fuera.

De repente, Yoongi se reincorporó algo desorientado y se dirigió hacia la cómoda. Vi a cámara lenta la escena: cómo arrugaba mi vestido para utilizarlo a modo de pelota de baloncesto, cómo apuntaba hacia el cubo de la basura, cómo lanzaba mi precioso, caro, genial y querido vestido negro de tirantes finos... Me levanté lo más rápido que pude, pero me paré en seco cuando encestó delante de mis narices.

—¡Yoongi, joder!

Me hizo burla de una forma exagerada e infantil, imitando mi tono de voz.

—Es un favor, Aerin, un favor para la moda...

—¡¿Pero qué narices te pasa en la cabeza?! —exclamé, conteniéndome lo mejor que pude para evitar sacar mis garras y abalanzarme sobre él. Saqué el vestido aún mojado de la papelera—. ¡Tendré que lavarlo y...! —Ahogué un grito de horror al ver que se habían pegado a mi vestido algunos restos de comida, salsa y lo que parecía ser tinta de un bolígrafo roto. —Te odio.

—Me amas... —dijo, riéndose. Intentó apoyarse contra la pared con los brazos cruzados, pero terminó perdiendo el equilibrio. Alzó las manos y me pidió ayuda.

Lo ignoré. Retiré las sábanas de su cama, di un par de golpes a la almohada para que quedara más mullida, me quité las gafas, las dejé en el escritorio de Yoongi y me metí bajo las sábanas blancas.

—Púdrete —murmuré—. Duerme fuera, como los perros.

Yoongi suspiró, soltó un «vale» con mucha sorna, seguramente sacándome la lengua como un niño de tres años, se dio la vuelta, apagó la luz y se puso a rapear de memoria una de las canciones de Epik High para no dejarme dormir.

No tardó mucho en intentar empujarme fuera de la cama, sin éxito.

—Vale, eso es lo que quieres, ¿no? Dormir conmigo. Pues, querida, vas a joderte porque voy a dormir en el suelo —soltó, aunque a los dos segundos ya estaba de nuevo tirándome de las sábanas—. Muévete.

Yo tire de ellas con fuerza.

—¡No me hables!

—¡Ni mi hiblis! —Hizo ademán de tumbarse en la cama, pero con solo estirar el brazo se echó hacia atrás y tropezó. Sí, la ducha no le había servido de nada. Protestó—: ¡Es mi cama!

—¡Era mi vestido!

—¡Tu vestido era feo!

Pataleé debajo de las sábanas. Yoongi me hizo burla y finalmente se tumbó a mi lado en la cama de un metro cincuenta de ancho. Si no estuviera borracho, me hubiera arrastrado fuera de todas formas. Debió de parecerle una magnífica idea. Retiró mi melena castaña de la almohada con tiento.

—Eres molesta.

—Y tú un idiota. —espeté—. No me toques, ni me roces. —Mis palabras le entraron por un oído y le salieron por otro. En cuanto menos me lo esperé, sentí su cálido aliento en mi nuca. Pasó su mano por mi cintura con una extraña delicadeza.

—Aerin... —dijo, casi en un susurro. El vello se me puso de punta. Tragué saliva.

Rozó mi cuello con sus suaves labios. Apenas podía respirar. No entendía nada.

Luego, metió la mano que tenía en mi cintura dentro de mi sudadera. Yo no tardé ni dos segundos en retirar sus manos y en volverme para reprenderle con la mirada. ¡¿Qué estaba haciendo?!

Cuando estaba nerviosa, y tal y como le sucedía a él, actuaba con agresividad. Agarré el cuello de su camiseta y lo zarandé.

—Pero, ¡¿quién te crees?! —exclamé, probablemente despertando a todo el vecindario. Yoongi, lejos de sentirse amenazado o al menos, sorprendido, sonrió enseñando sus encías. No, no, no, no podía sonreír así justo cuando estaba a punto de hacerle una llave de artes marciales mixtas. Cada vez que

sonreía, el corazón me latía más fuerte—. ¿Ibas a meterme mano?

—Sí —contestó sin pensárselo. Descifró mi expresión a pesar de seguir borracho como una cuba, así que se dio cuenta de que yo estaba entre asustada y cabreada—. ¡No, no!

Lo zarandeeé de nuevo con tanta fuerza que empezó a tener náuseas. Lo aparté.

—¿Vas a vomitar?! ¡¿Pero qué narices has bebido para estar así?!

Hizo una seña con las manos, cruzándolas, dando a entender que ya no tendría más amagos de irse al baño a vomitar. Suspiré y volví a darme la vuelta para no tener que mirarlo a la cara. Me moría de vergüenza, pero lo hice todavía más cuando, al cerrar los ojos, pensé en todas las posibles combinaciones de situaciones que podrían haber sucedido si Yoongi hubiera continuado el recorrido de mi cuerpo. Pensé en cosas bonitas, como en un aprobado en matemáticas, e intenté dejar la mente en blanco.

Pero volvió a intentarlo. Abrazó mi cintura, se pegó a mí e hizo ademán de meter las manos bajo la tela de la sudadera que me había dejado. No lo conseguí porque fui más rápida y las atrapé. Volví a girarme para encararlo sin soltar sus manos. Retorcí tanto sus muñecas que soltó un chillido.

—Yoongi, para.

—¿Por qué? —dijo, con aparente ignorancia.

—¿Nuca te han dado la charla? —bufé, golpeándole y haciendo que estuviera a un centímetro de caerse de la cama—. Déjame en paz.

—¿Qué charla? —replicó él.

—¿Puedes...? ¿Puedes dejar de comportarte como un crío? Sabes a lo que me refiero, idiota.

—Ah, ya, la de la abeja, la flor...

—No, imbécil, la que dice que no es no, y esa de que los amigos son amigos por algo. Los amigos no cruzan ciertas líneas, ¿sabes?

—Amigos... —dijo, entre risillas, como si no se creyera lo que le estaba diciendo.

—Además, estás como una cuba. Estás borrachísimo y... eso está mal.

Aproveché el silencio para borrar los últimos minutos de mi memoria y para discutir conmigo misma el asunto. ¿Qué acababa de pasar? ¿De verdad había intentado meterme mano mi puñetero mejor amigo? Yoongi estaba ahora tan... como si nada, como si de verdad hubiera borrado su memoria. Achaqué todo al alcohol: su actitud, su risilla irónica cuando le dije tajantemente que

éramos amigos...

—Tengo hambre, joder —soltó al cabo de un rato. Al parecer, volvía a ser el Yoongi de siempre. Hizo amago de salir de la cama.

—¿Vas a levantarte a hacer ramen? —Quizás hacer como si no hubiera pasado nada era lo mejor. Aunque para mí, lo de hoy iba a ser difícil de olvidar. A mucha gente le resultaría una chorrada, pero para mí fue una especie de señal. Una señal de que, a lo mejor, sí quería cruzar ciertas líneas y pasar a la siguiente fase—. ¿Vas a mover todos los músculos de tu cuerpo para ir hasta allí y preparar fideos instantáneos?

—Tienes razón. Paso —dijo, dándose la vuelta para darme la espalda.

Solté un largo suspiro.

Entonces, se me ocurrió algo. Recordé que había leído y oído eso de que los borrachos siempre dicen la verdad, así que aproveché para iniciar un interrogatorio. El Yoongi ebrio nunca había respondido a mis preguntas, y si lo hacía, me daba una respuesta evasiva y sarcástica.

—Eh, Yoongi —susurré—. ¿Por qué estás en Seúl?

—¿Mmm?

—Que por qué estás en Seúl realmente.

—Porque hay audiciones —contestó, manteniendo un tono de voz bajo.

—¿Audiciones? ¿De agencias, quieres decir?

Asintió contra mi cuello.

—Sí.

—Entonces, no estás aquí para terminar el instituto ni por el conservatorio. ¡Lo sabía!

—Si lo sabías, ¿para qué me preguntas?

—Joder, estás borracho, pero sigues replicándome —bufé—. Pues para asegurarme de que estaba en lo cierto, tío. Por eso te pregunto.

—¿Y tú? ¿Por qué estás en Seúl?

Solté una carcajada.

—Porque vivo aquí.

—Ah...

—¿En qué agencia quieres entrar?

—En alguna de las grandes.

—Qué respuesta más típica. Cúrratelo un poquito. No esperaba que quisieras ser uno de esos *idols* prefabricados de los que yo escucho, Yoongi. ¿Dónde se han quedado tus principios? —Lo imité. Él siempre me preguntaba

lo mismo.

—No quiero ser como uno de ellos. Solo quiero hacer música y que me escuchen. Y esa es la única forma de hacerlo.

—Bailarás y te teñirás el pelo como ellos, quieras o no. ¿Apostamos algo?

—Mmm... Uno de esos peluches que vi en internet...

—¿Te gustan los peluches? —pregunté, asombrada. Iba totalmente en contra de su imagen de chico frío.

—Me encantan...

—¡No me lo puedo creer! —Volví a reírme. No lo pude evitar—. Y... ¿Ya has hecho alguna audición para las agencias?

—Sí.

—Espero que te escojan —lo decía totalmente en serio. Me alegraría mucho saber que Yoongi cumplía sus sueños.

—Yo también... Eh, Aerin.

—¿Qué?

—Lo que ha pasado... Yo... —balbuceó.

—¿Que ha pasado el qué? —dije, fingiendo no saber nada.

Suspiró, larga y pausadamente.

—Me gustas más sin gafas. Bueno, con gafas también. Da igual. Estás bien de todas formas... —soltó, de la nada, haciéndome sonrojar.

Yoongi se giró hacia mí, clavándome su mirada de nuevo, aunque de una forma mucho más distinta, como más... cálida. Como si me admirara. Tragué saliva. No pude evitar mirarlo. Éramos amigos. Era mi mejor amigo, joder. Yo era la primera que siempre decía que se puede ser amigo de alguien de tu sexo opuesto sin sentir atracción por él, pero con Yoongi estaba siendo difícil. Algo dentro de mí quería que me importara una mierda poder perder nuestra amistad y jugármelo todo a una sola carta. Pero... ¿y Yoongi? ¿Estaba actuando así solo porque estaba borracho? ¿O porque realmente sentía algo más por mí?

Poco después, Yoongi carraspeó y ambos disimulamos.

—Buenas noches —dijo, sin tardar en girarse otra vez.

Poco después, él se quedó dormido y yo no pegué ojo en toda la noche porque no dejaba de pensar en todo lo que había pasado esa noche. «Me gustas más sin gafas»... ¿Era algo estético? ¿Implicaba eso que le gustaba en un sentido romántico? ¿A qué mierdas se refería?!

Noté cómo pasaban por encima de mí. Oí un golpe en el suelo seguido de unos cuantos pasos torpes. No abrí los ojos; estaba demasiado cansado y empezaba a sentir lo que la gente llamaba «resaca». No me parecía tan terrible como la pintaban, pero sabía que empeoraría de un momento a otro. Por eso me quedé en la cama. Me acurrugué al notar que no estaba abrazando lo que fuera que había estado abrazando antes. No recordaba cómo ni cuándo me había quedado dormido, pero sentía algo entre mis brazos. Al notar que ya no estaba, busqué la almohada para abrazarla. Volví a escuchar un golpe, como el de un cajón al cerrarse. Entreabrí los ojos y giré la cabeza en dirección al ruido.

Me costó reconocer a Aerin. Acababa de cerrar uno de los cajones de la cómoda y se ponía rápidamente una camiseta blanca. No reparó en mí. Fingí no haber visto nada. Volví a acurrucarme entre las sábanas y cerré los ojos hasta que escuché a Aerin ponerse sus zapatos y abrir la puerta del apartamento. Se marchó.

Volví a abrir los ojos. Fijé la mirada en el techo. Todavía podía notar el olor afrutado del pelo de Aerin... Entonces me acordé de que ella había dormido conmigo. No, yo había dormido con ella. Bueno, daba igual. Intenté dormir a pesar del dolor de cabeza que empezaba a intensificarse. Me froté los ojos, cansado, y me reincorporé despacio. Había una especie de borrón en mi memoria. Intenté recordar para asegurarme de que no había hecho ninguna estupidez con Aerin. Se estaba poniendo su ropa cuando me desperté. ¿No habría dormido... desnuda? ¿Qué coño había pasado?

Lo último que recordaba era a Soyoung llorando borracha. Sí, la hice llorar. En el fondo no me importaba. Se lo merecía. No me acordaba muy bien de lo que le había dicho, pero estaba seguro de que tampoco había sido para tanto. Intenté hacer memoria una vez más, pero la cabeza empezaba a dolerme

demasiado. También tenía sed. Opté por quedarme en la cama al ver lo lejos que estaba el frigorífico. Gruñí, me dejé caer en el colchón y me tapé con las sábanas hasta las orejas.

No podía quedarme dormido. Aun así, me quedé en la cama, intentando encontrar una posición cómoda. Me dolía todo el cuerpo. Me pregunté varias veces por qué había aceptado todas las cervezas que me habían ofrecido en aquella mierda de fiesta. Resoplé. Paseé la mirada por el apartamento, iluminado por la fuerte luz del sol de abril. No recordaba nada de la noche anterior y seguía preguntándome por qué Aerin se estaba poniendo su ropa. Solo se me ocurría una única hipótesis y esperaba que no fuera cierta. Miré hacia la cómoda con tal de dejar de pensar. Alguien —puede que un yo muy borracho— había colgado una nota de uno de los cajones. Intenté leerla desde la cama, pero la letra era demasiado pequeña. Después de cavilar mucho rato la idea, me levanté.

Arranque la hoja blanca para poder leerla. Al principio me costó enfocar la vista. No reconocí la letra como mía.

«Imagino que no recordarás nada... y tal vez es mejor así. *he dejado tu sudadera en el cajón. me llevo tus pantalones porque me NIEGO a llevar el DESASTRE en el que se ha convertido MI vestido de 60 000 won. un desastre que TÚ has hecho. no te guardo NADA de rencor.*»

¿«Imagino que no recordarás nada»? Joder, joder, joder. Di la vuelta al folio con la esperanza de encontrar alguna firma, aunque supuse que la nota sería de la estúpida de Aerin. Era la única persona capaz de escribir con tanto... recelo. Pero ¿qué coño se suponía que había pasado? Empezaba a ponerme nervioso y la cabeza me estaba matando. Lancé de mala gana la nota de vuelta a la cómoda. Aproveché para beber medio litro de agua y tomarme un par de pastillas para el dolor de cabeza. Por alguna razón, mis ojos terminaron clavados en la papelera. Y allí estaba un vestido negro, el de Aerin. Me acuclillé para cogerlo. Lo estiré.

Sí, estaba hecho un puto desastre. Arrugado, algo húmedo y con manchas de comida. Fruncí el ceño. ¿En serio había hecho yo eso? Estuve a punto de morirme del susto. Cuando leí la nota, pensé que habríamos acabado en la cama o algo. Qué exagerada era a veces. Dejé el vestido en el respaldo de la silla de mi escritorio. Quizá Aerin volvió a por él.

Dormí unas cuantas horas más. O días. O semanas. Cuando me desperté, no había tanta luz como la primera vez. Con un quejido, alargué el brazo para

alcanzar mi teléfono y mirar la hora. Tenía siete mensajes. Seis de la puta pesada de Soyoung y uno de Aerin. Ni siquiera miré los mensajes de la primera. Los borré directamente. No me interesaba lo que quería decirme y tampoco quería saber por qué me había vuelto a hablar. Le había dejado claro que no volviera a molestarme, pero ella seguía insistiendo.

Suspiré. Miré el mensaje de mi única amiga.

Aerin

qué tal la resaca? 😊 10:45

Necesito café 16:08

no me digas que te acabas de despertar ahora 16:10

Y qué esperas que haga? 16:10
Me traes café o no? 16:10

no 16:10

Eres una mala amiga 16:11

aguanté tus ronquidos toda la noche 16:11

Yo no ronco 16:11

Audio (00:32) 16:11
y ahora es cuando me dejas en leído porque
no vas a aceptar que roncas como
un viejo de setenta años 16:11
✓✓ **Leído a las** 16:11

Aerin 17:06

Me estoy muriendo 7:06

Necesito café 17:06

Porfa 17:06

Vaaaaaaa 17:06

cómo has dicho que quieres tu café? 17:08
americano? 17:08

Sí 17:09

Que no esté frío pero tampoco caliente
ni templado 17:09

No quiero azúcar refinado 17:09

Y tampoco lo agites 17:09

vaaaaaaale 17:10

Dejé el teléfono bajo la almohada. Sabiendo cómo era Aerin, estaba seguro de que se presentaría en el apartamento en menos de diez minutos.

Me equivocaba. Me dio tiempo a echarme otra siesta, a ducharme y a volver a dormir algo menos de media hora. Escuché el irritante sonido del timbre casi tres horas después de que Aerin me enviara el último mensaje. Me acerqué a la puerta a regañadientes. De no ser porque llevaba una bolsa de papel con dos vasos de café dentro, le hubiera cerrado la puerta en las narices.

—Ya era hora.

—Es solo el comienzo de mi venganza —dijo. Pasó al apartamento como si fuera su puta casa, se quitó sus archiconocidas Adidas rosa chillón y las lanzó contra mis zapatos—. Toma, tu café.

Me tendió la bolsa. Se la arrebaté de las manos y saqué uno de los dos vasos blancos. Le quité la tapa para ver si de verdad era el café americano que le había pedido. Bufé.

—¿Qué mierda es esta?

—*Latte* con leche de almendras. Te vendrá bien para la resaca. —Me dedicó una sonrisa fingida—. ¡Anda, mi vestido! Qué considerado, ¿no, Yoongi? Te has dignado a ponerlo en la silla. —Hablabla con rencor. Puse los ojos en blanco y me guardé cualquier comentario que tuviera que ver con lo fea e irritante que era su voz. Retumbaba en mis oídos.

—Joder, estaba borracho. ¿Crees que me acuerdo de lo que hice? —espeté.

—¿No te acuerdas?

—No.

—¿De nada nada nada?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita?

Aerin me miró como si me analizase. ¿Qué esperaba, que después de todo lo que había bebido me acordase de algo?

—Muy bien —resopló. Parecía algo más aliviada. ¿Qué coño le pasaba?—. Te lo explicaré todo. —Se dejó caer en la cama deshecha. Dio un par de palmaditas a su lado sin dejar de sonreír maliciosamente—. Siéntate, querido amigo, y escucha las aventuras de «Yoongi, el borracho con un trastorno disociativo de la identidad, y su mejor amiga Aerin».

Giré la silla del escritorio y me senté en ella, mirando de frente a mi amiga. Me pregunté si realmente quería escucharla o no.

—Bien, todo comenzó cuando a nuestro querido Yoongi le dieron unas cuantas cervecitas de más —continuó—. La reina Aerin partió en su busca, porque a pesar de que unas cuantas zorras digan que es una egoísta no es verdad, y encontró al borrachito rogando ayuda. Marcharon con la difícil empresa de volver a sus casas, pero, ¡oh!, empezó a diluviar.

—Ve al grano.

Aerin suspiró.

—Me besaste, intentaste meterme mano y luego soltaste que te gustaba sin gafas, o algo así. Superempalagoso —dijo, sin rodeos.

Me quedé paralizado. No podía decirlo en serio.

—Estás de coña.

Ella me miró sin responder. No, no estaba de coña. Joder, joder, joder. ¿En serio había hecho...?

Aerin estalló en carcajadas.

—Claro que estaba de coña, ¡idiota! ¿Crees que iba a dejar que te acercaras a mí? ¿Tú? Ni muerta. —Se secó las lágrimas. La muy idiota estaba llorando de la risa—. La verdad es que roncaste como un jodido viejo. ¡Casi tiras abajo las paredes!

—Eso último es mentira.

—Sí, pero podría no serlo —dijo. Sacó su teléfono del bolsillo de su pantalón vaquero y me lo tendió, con la pantalla encendida—. ¿Quieres ver cómo babeas?

—Dame esa mierda.

—No, que a lo mejor lanzas el teléfono a la basura y lo estropeas, como hiciste con el vestido —replicó. Solo entendí: «Rencor, rencor, rencor, rencor»—. Me hablaste de tu amor por los peluches. ¡Ah! Y también rapeas bien, seguro que te escogen en alguna discográfica de las grandes.

Enarqué las cejas. Así que se lo había contado.

—Voy a abrirte la puerta... Así te vas yendo.

Suspiró.

—Sí, mis padres estarán esperándome para cenar ya. —Aerin se levantó de la cama. Estiró la espalda, alzando los brazos y tirando de ellos hacia arriba. Se volvió para echar un vistazo al vestido—. Mmm.. Me lo llevaré. Intentaré que vuelva a ser el vestido que era antes.

No dije nada. Solo quería que se marchara de allí. Pasó a mi lado, aunque no se detuvo. Cogió el vestido negro y cruzamos una mirada rápida. Estaba seguro de que Aerin quería decir algo más. Se despidió de mí con la mano, con un gesto alegre, se puso sus horribles Adidas y se marchó dando un portazo.

Abrió la puerta nada más cerrarla.

—Lo siento, no quería cerrar tan fuerte... —Se rio con suavidad. Asomó la mano y la agitó otra vez para despedirse—. *Ciao, bellissimo.*

Me senté en el borde de la cama cuando Aerin se fue. Apoyé los codos en las rodillas y me froté la cara, cansado y algo arrepentido.

Chasquéé la lengua por enésima vez. Después del arrepentimiento llegó el momento de morirse de vergüenza. Enterré la cara en la almohada, pero fue peor. Todavía guardaba el olor de Aerin.

Apoyé la cabeza contra la pared. Suspiré.

¿Por qué me costaba tanto asumir que me gustaba?

Yoongi

No siento lo del otro día porque lo único de lo que me arrepiento es de beber por la resaca, pero lo siento. 23:00

fue divertido 23:00

No era mi intención 23:02
Lo juro 23:02

bah 23:06
no pasa nada 23:06
solo te guardo un poco de rencor por estropear mi vestido 23:06

Tienes otros tres prácticamente iguales 23:39

pero no es lo mismo 🙄 23:39

Bueno, pues lo siento. 23:39

por qué tengo la sensación de que estás molesto conmigo? 23:40
porque tardé mucho con el café? 23:40
joo yoongs 23:40

no seas así conmigo 23:40

No estoy molesto 23:59

no me mientas 🙄 00:00

puedes decírmelo 00:00

Buenas noches 00:10

yoongi, no me gusta estar así

con la gente a la que aprecio 🙄 🙄 00:12

me niego a que estés molesto sin que yo sepa la razón 00:12

me caes bien, y si estás cabreado por mi culpa

solo dímelo para que lo arregle 00:12

porque no me gustaría que nuestra amistad
se fuera al traste por alguna de las gilipolleces

que he hecho o dicho 00:12

aunque si no quieres, no me lo digas 00:12

haré lo posible para que dejes de estar con cara de

haber chupado un limón 00:12

no me gusta verte así 00:13

tienes una sonrisa muy bonita! 00:13

¿Alguna vez te has planteado qué serías capaz de hacer por alguien a quien quieres? Yoongi, al parecer, era capaz de presentarse en la puerta de mi casa con una bolsa del McDonalds y unas cuantas patatas fritas después de que yo le dijera que mataría por comerme una hamburguesa. Después de lo que pasó, llevábamos un par de días sin hablar mucho. A lo mejor él recordó en algún momento todo lo sucedido, pero estaba decidida a no ser yo quien sacara el tema. ¿Y si decía que todo había sido una historia que me había inventado para aprovecharme de él porque estaba borracho o algo así?

Si de por sí nuestras conversaciones eran reducidas, los últimos días se limitaban a simples «hola», «¿me dejas los deberes?» y frases similares vacías de significado. Todo era un poco más incómodo desde que me quedé a dormir en su apartamento y desde cierto incidente con un vestido. Como mi madre creía que había pasado la noche en casa de Sojin, le dije que su perro era el culpable de que el vestido estuviera en tal estado, y ni siquiera sabía si tenía perro. Por suerte, mi madre no insistió mucho y se tragó que había dormido en casa de Sojin, aunque lo primero que me dijo en cuanto llegué fue: «Aerin, hueles a chico». Al parecer mi madre era capaz de detectar feromonas. Mi primer impulso fue responder algo sarcástico, pero era demasiado pronto como para que mi cerebro pensara en algo que pusiera en peligro mi vida por culpa del golpe de una chancla.

Mis padres no estaban en casa aquel fin de semana; se habían ido de viaje a Jeju para celebrar su aniversario. Así que estaba sola, muriéndome de hambre, en concreto por una de las grasientas hamburguesas del McDonald's... Me dejé caer en el sofá después de coger el mando de la televisión. Era el momento idóneo para hacer un maratón del drama que estaba de moda. Apenas llevaba cinco minutos del primer capítulo cuando llamaron al timbre, una sola vez, sin

insistencia. Fruncí el ceño y pensé en acercarme a la cocina para coger un cuchillo —por si acaso era un ladrón—. Caminé con cautela hacia la puerta después de que volvieran a pulsar el timbre minutos después. Eché un vistazo al pasillo de la escalera a través de la mirilla de la puerta, y sí, me encontré con un ladrón y asesino. Sobre todo, de vestidos de sesenta mil won.

Yoongi comía con aire de diva de los años noventa una larga y dorada patata frita. Mis ojos se abrieron de par en par y mis pupilas debieron de dilatarse al máximo, porque me miró con las cejas enarcadas y cara de «¿qué coño te pasa?». Ahogué un gritito cuando me mostró la bolsa de papel con el logo de mi restaurante con más grasas saturadas favorito.

—¡Pensé que estabas enfadado conmigo!

Se encogió de hombros y tras un ligero rifirrafe —él echó la bolsa hacia atrás varias veces para que yo no la alcanzara con una sonrisilla—, conseguí agarrar la bolsa de papel. Como de costumbre, invité a Yoongi a pasar dentro, y él me siguió hasta la mesa redonda del comedor, donde tomé asiento. Él se sentó enfrente de mí. Se dedicó a observarme comer, callado. Seguramente no quería que me apiadara de él, pero lo hice y aparté unas cuantas patatas fritas. Le di las restantes.

—Se supone que es para ti...

—Aliméntate, Yoongi —le dije, empujando más patatas hacia él—. Tienes que dejar de creer que haces la fotosíntesis. ¡Bienvenido al mundo de los humanos! ¡No eres una planta! —Resopló, pero empezó a comer las patatas de una en una mientras yo me las comía a puñados. Partí mi hamburguesa por la mitad y también se la tendí—. Si esto no es amor, no sé lo que es. Toma, cómete la mitad de mi hamburguesa.

—¿Tienes fiebre? —Yoongi se llevó una mano al pecho con fingida sorpresa—. ¡¿Qué te está pasando?!

Ahora fui yo la que se encogió de hombros. Me obedeció a regañadientes, pero pude escuchar un pequeño y tímido «gracias» antes de que empezara a devorar la comida.

Aunque estaba dispuesta a enseñarle la casa a Yoongi, aprovechando que él nunca había pasado de la sala de estar y que no estaban mis padres, él prefirió anclarse en el sofá. A veces me preguntaba si era posible estar tan letárgico las veinticuatro horas del día.

—Vale, veremos una película. Pero yo elijo. —Me di la vuelta sobre mis talones y me tiré en el sofá con el mando a distancia, guardando al menos un

metro de distancia entre nosotros. . Se me erizaba la piel con solo recordar lo que había pasado la última vez que estuvimos juntos... y no sabía muy bien si quería una continuación o tener que golpearme la cabeza hasta olvidarlo.

—Siempre elijas tú.

—Claro, porque estoy en mi casa —solté—. ¿Disney?

—Muertos y balas —respondió él.

—Pondré *Bambi*. —Me gané una mirada fulminante, pero me limité al darle al play—. En *Bambi* hay muertos y balas... ¿no?

Yoongi estiró el brazo para quitarme el mando y yo me encogí sobre mí misma como si fuera un armadillo protegiéndose. Él me dio una patada y yo acabé mordiendo su mano. Dijo algo, seguramente alguna mala palabra, se sentó a mi lado con indignación y dejó la vista fija en la pantalla.

—No me puedo creer que solo por ti me haya tragado horas y horas de películas estúpidas para niños.

—¡Yo he aguantado tus ronquidos y tu borrachera! ¡Y además, la otra noche...! —callé.

Yoongi me interrogó con la mirada.

—La otra noche... ¿qué?

Tragué saliva. Tenía que hacer como si nada. No quería perderlo por nada del mundo. Me enterraría viva si empezara a mirarme con asco, o si volviera a comportarse con indiferencia o mil posibilidades más.

—¡Que... la otra noche también tuve que escuchar discos enteros de rap porque me obligaste! —disimulé.

—¿Quién ha tenido que ver *Mulan* tres veces?

—¿Y quién no conocía la mejor película del universo? —repliqué. Cruzamos una mirada y yo arrugué la nariz cuando vi que Yoongi se reía—. Somos como un matrimonio, no me lo puedo creer.

—Lo que no puedo creer es que esté viendo *Bambi* en este instante —murmuró él lo suficientemente alto para que le escuchara.

—Pondré *Mulan* otra vez.

—No, por lo que más quieras.

—¡Pero si es genial...!

—*Bambi* me gusta mucho. ¡Me encanta! —asintió, como si no me diera cuenta de su sarcasmo—. Amo *Bambi*, quiero ver *Bambi*.

Dejé puesta la película, aunque yo me la sabía de memoria y Yoongi no le prestaba demasiada atención. Apoyó un codo en el reposabrazos del sofá y

empezó a pestañear despacio en cuanto mataron a la pobre mamá del ciervo. Bostezó, aburrido. La verdad es que tenía que darle la razón, *Bambi* era una de las películas más soporíferas de Disney. Además, era casi medianoche y Yoongi debía de estar cansado. Sabía que todos los fines de semana practicaba durante toda la tarde para poder entrar en alguna agencia.

—No están tus padres... ¿verdad? —me preguntó, con esa voz rasposa que tenía el cien por cien de las veces que se estaba quedando dormido.

Negué con la cabeza. Yoongi se acercó a mí y, aprovechando mi postura en el sofá, utilizó mi regazo de almohada. Empezaba a acostumbrarse a hacerlo. Al principio no me molestaba que lo hiciera, pero aquel día quise enterrarme viva. Él miró hacia arriba para verme, y yo solo pude responder un malhumorado «qué», intentando esconder lo nerviosa que estaba. No podía negar que Yoongi me gustaba. Pero ¿cómo iba a decírselo? Él se fijaba en todos los detalles, me ayudaba, tocaba el piano, era muy inteligente y me compraba hamburguesas en el McDonald's. El único hombre que lo había hecho hasta el momento había sido mi padre. Yoongi era solo mi amigo y quería que lo siguiera siendo, pero en el fondo me preguntaba qué sentiría él por mí, si mi amor por él sería correspondido. Quizá se comportaba así con todos con los que tenía confianza.

Yoongi se quedó dormido y, antes de que acabara la película, yo también.

Me desperté cuando mis cervicales gritaron que la postura en la que me había quedado dormida era demasiado incómoda. Abrí los ojos despacio y, sin acordarme de que Yoongi estaba recostado en mi regazo, me reincorporé. Tuve que agarrar con fuerza su camiseta negra y tirar de ella para que él, dormido como un tronco, no se cayera al suelo. Conseguí salvarle de la caída. Con cuidado, intentando que aquel monstruo no se despertara, me levanté y después coloqué su cabeza sobre uno de los cojines del sofá. Entre aliviada y satisfecha, suspiré. No hacía demasiado frío, pero aun así cogí una de las mantas que mi madre guardaba en un armario cercano a la televisión y la estiré encima de Yoongi, tapando sus piernecitas de pollo y parte de su torso. Él se acurrucó como un bebé en cuanto notó que estaba tapado por la manta. No pude evitar sonreír.

De no ser por la escasa luz que entraba desde la calle por los cristales de la sala de estar, todo estaría a oscuras. Yoongi se despertó despacio, unos

cuantos minutos después.

—¿Estás cómodo en el sofá? —le pregunté.

Asintió, desorientado a la par que semidormido. Su flequillo negro estaba revuelto y por primera vez en meses pude ver su frente. Miré a Yoongi más rato del que debía; ya no me parecía un niño como antes. Y eso me asustaba porque, según muchas películas, libros y la gente en general, cuando empezabas a ver algo más en un amigo, eso era que te gustaba.

—¿Qué hora es? —preguntó Yoongi, rascándose la cabeza.

—La última vez que miré el reloj, eran las tres —respondí. Oí a Yoongi resoplar, como diciendo: «Buf, qué pereza me da irme ahora»—. Puedes quedarte aquí; mis padres no están y, de todas formas, no creo que digan nada si te ven por aquí. Eres casi parte de la familia.

Se frotó los ojos y se recostó contra un lateral del sofá, bostezando. Encogió las piernas y se tapó con la manta, haciéndose un ovillo.

—Mmm, vale. ¿Puedes hacerme un sándwich?

Me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada. En el fondo yo no podía dar mucho miedo cuando llevaba puesto un pijama de corazones rosas. Alcé una ceja.

—¿Crees que soy tu criada? ¿O tu madre? Mira, Yoongi, las mujeres no solo cocin...

—Lo decía de coña —me cortó, devolviéndome una mirada igual de asesina que la mía. Bostezó, e irónicamente, soltó—: Ya no tengo sueño.

—¿Que no tienes sueño? ¿Tú? —Me acerqué a él y puse la palma de mi mano fría en su frente, por debajo de su flequillo azabache—. ¡¿Tienes fiebre?! Debe de haber sido la hamburguesa. De tanto hacer la fotosíntesis, no toleras la carne...

—Tócame la flauta, a ver si me duermo.

Me quedé quieta un momento, procesando sus palabras. Luego volví a la Tierra y recordé que estaba de coña. Golpeé su cabeza, pero Yoongi ni se inmutó.

—Te dije que nada de bromitas.

—¿Qué bromita? Lo digo en serio. Seguro que tienes alguna pieza lenta, tipo nana. —Me sonrió, enseñando sus encías, y yo me limité a poner los ojos en blanco.

Él estiró las piernas para que no me sentara en el sofá. A pesar de haber poca claridad, podía ver que se divertía.

—Voy a contar hasta tres. Como no quites las piernas, me sentaré encima de ellas y te las romperé. Uno... Dos...

—Siéntate. Total, no necesito las piernas para mucho. Caminar me cansa.

Solté algo similar a un gruñido, cogí los tobillos de Yoongi, alcé sus piernas y me hice un hueco en el sofá. Yoongi, como si yo fuera un cojín más, colocó sus pies en mi regazo.

—¿Qué soy?, ¿una almohada?

—Me estoy volviendo loco, ¡oigo voces!

Me hizo bastante gracia su cara de horror, pero me mordí el interior de los carrillos y no me reí. Apoyé la cabeza contra el respaldo del sofá y miré al techo, donde se reflejaba la luz blanquecina de las farolas de la calle. Me quedé un buen rato pensando. Siempre, antes de dormir, todas mis inquietudes inundaban mi mente, y antes de darme cuenta, ya había perdido el sueño y las ganas de dormir. Era una sensación rara, como de angustia. Normalmente solía sufrir en el silencio de mi habitación, entre las sábanas, rodeada de peluches, cojines y pósteres, pero aquel día estaba con la única persona con la que podía hablar. Hice una mueca.

—No estoy cumpliendo ninguno de mis objetivos, Yoongi. No se me ocurre nada con lo que compararlo, pero creo que sabes a lo que me refiero. A ese sentimiento de frustración, como de rabia —murmuré, quizá demasiado bajo para que el Yoongi medio dormido de mi derecha me escuchara—. Lo intento. Intento estudiar más, aprender más, ser mejor... Pero tengo la sensación de que soy una chica mediocre. Y, además, siento que no estoy dando lo mejor de mí. Pero no es porque no quiera, sino porque no puedo.

Agaché la cabeza. Pude ver de reojo a Yoongi, callado y mordisqueándose la yema de los dedos. Chasqueó la lengua.

—No sé a qué vienen estas reflexiones en plena madrugada —le oí decir. Solía sonar frío, insensible y desinteresado cuando algo le preocupaba de verdad. Era una forma de evitar el tema que le afligía.

—Yo tampoco, pero hablar es bueno y... He tenido esto durante mucho tiempo en la cabeza. Creo que es mejor que lo suelte. —Golpeé con suavidad su rodilla, juguetonamente—. Al menos haz como si tuvieras un poco de interés y finge que me escuchas, ¿vale? —Yoongi asintió, así que continué—: Estoy perdiendo la esperanza y el interés en todo. Ni siquiera me interesan las clases de biología porque siento que no debería estar ahí. Todo el mundo es muy bueno, saca notas geniales, y luego estoy yo, estudiando hasta las tres de

la madrugada para sacar un mísero aprobado. ¡Y con suerte! Me doy cuenta de que no sirvo para nada.

Yoongi cogió una grandísima bocanada de aire para luego soltarla en un suspiro.

—Tampoco seas así. ¿Dónde ha quedado tu ego?

—Pero... Es verdad, Yoongi. No soy buena en nada, ni siquiera estudiando. ¿Ves mis gafas? Eso de que la gente con gafas es más inteligente es una mentira.

Volvió a chasquear la lengua.

—Joder, eres buena con algunas cosas.

—¿Con qué?

—Procrastinando, por ejemplo —respondió. Al ver mi cara de «gracias por los ánimos», se corrigió—. ¿Maquillándote?

—Ah, bueno, eso es verdad. Soy la única persona que sabe maquillarse de todo el jodido instituto.

Me devolvió el golpe anterior, dándome con el talón en el muslo. Ahogué un gritito y, aprovechando la coyuntura, Yoongi tuvo la oportunidad de decir algo en lo que también era muy buena:

—Eres la mejor quejándote, ¿no crees? Nadie lo hace tan bien como tú.

—Ay, gracias, me conmueves. De todas formas, tú eres mucho mejor que yo. Eres genial en todo.

Como de costumbre, la conversación llegó a un punto muerto. El tiempo pasaba y ninguno de los dos mediamos palabra; simplemente nos quedamos en el sofá, sumidos en un silencio que había dejado de ser incómodo desde hacía mucho. Al final, quité sus piernas de las mías, me deslicé hasta quedar cerca de él, me metí bajo la manta y me acurruqué contra su cuerpo. Cerré los ojos con fuerza. Yoongi y yo apenas cabíamos tumbados en el sofá, así que él tuvo que reincorporarse un poco y apoyar la cabeza en el reposabrazos. Yo coloqué mi cabeza sobre su hombro, cansada. Al principio solo me parecía cómodo, después reconfortante. Me contuve y no abracé a Yoongi ni hundí la cara en su cuello. Quería hacerlo, pero mi mente me repetía una y otra vez «no lo hagas, no lo hagas, no lo hagas», así que al igual que en los últimos días, cuando me entraban ganas de colgarme de Yoongi como si fuera un osito, me quedaba igual de quieta que el tronco de un árbol. No quería que nuestra amistad se fuera al traste.

—Se me está durmiendo el brazo.

Estaba quedándome dormida cuando Yoongi se quejó. Enseguida me aparté y apoyé mi cabeza en el sofá para no molestarlo más.

—Lo siento. —Miré hacia arriba para asegurarme de que Yoongi tenía los ojos abiertos. —¿Estás despierto?

Como su brazo se había dormido, decidí agarrarlo y moverlo para que el hormigueo que sentía cesara. Él fue incapaz de mantener el tipo y se rio, pero enseguida volvió a tener la expresión de siempre. Quizá, más que un buen músico sería un buen actor.

—Deja de mover mi brazo ya —se zafó.

—¿Te duele?

—Déjame.

Me recosté contra su hombro con algo más de cuidado.

—Si te molesto, dímelo.

—Siempre me molestas.

—Eso es que ya te da igual. —Reí suavemente—. ¿Has...? —Lo pensé un par de veces antes de hacer la pregunta. A lo mejor era demasiado pronto y no quería que Yoongi se cabreara—. ¿Has conseguido entrar ya en alguna agencia?

Tardó un buen rato en responder. Él también se pensó la respuesta.

—¿Crees que se puede entrar de un día para otro? Todavía no.

—¿Quieres que me convierta en tu mánager y te ayude? —Nos acercamos, apenas sin darnos cuenta. Yo le sonreí, sincera y emocionada.

—¿Quieres ser mi mánager? ¿En serio?

Susurrábamos, como si no quisiéramos molestar a los vecinos o, como dirían en cualquier historia romántica y filosófica, a la luna.

—¿Por qué no? Uno de los sueños que puedo cumplir es tener a un amigo *idol*, así podrás regalarme cosas de marca y firmarme los discos que luego revenderé a fans locas.

—Tú siempre necesitas ayuda. Más que yo. ¿Para qué quiero que seas mi mánager?

—¿Porque sería una mánager genial?

Casi por inercia, fuimos acercándonos, hablando cada vez más suave. Yoongi no parecía estar molesto, pero lo noté nervioso, puede que indeciso. Logró contagiarme su nerviosismo. No sabía si él estaba dispuesto a besarme, si estaba esperando a que yo me lanzara o si estar tanto tiempo sola en casa me había jugado una mala pasada y estaba alucinando. El corazón me dio un

vuelco cuando Yoongi agarró mi barbilla y miró mis labios. Fue entonces cuando empecé a pensar que la cosa iba en serio, que ya no había vuelta atrás. Sentí sus labios cerca de los míos después de unos segundos que se me hicieron eternos. Íbamos a besarnos de verdad, sin estar encerrados en un armario y sin alcohol de por medio...

Pero, como en mi vida todo tendía a salir mal, cuando solo nos separaban centímetros, algo nos interrumpió. Yoongi se sobresaltó —como si de repente hubiera despertado de un sueño— al escuchar el irritante sonido de una llamada entrante en el teléfono de mi casa. Salí disparada y lo descolgué, intentando sonar lo más seria posible. El corazón me latía rapidísimo. Estaba incluso mareada. ¿Por qué dicen que el amor es una sensación preciosa si en realidad solo quería enterrarme de la vergüenza?

—¿Quién narices eres y cómo te atreves a llamar por teléfono a estas horas? —contesté al no reconocer quién era los primeros segundos de la llamada, pero pronto distinguí la voz de mi tía al otro lado del teléfono—. No, todavía no... —murmuré con la voz entrecortada. Mi tono cambió drásticamente: de insolente a preocupado. Asentí—. Está bien, adiós. —Colgué. Yoongi me siguió con la mirada, algo asustado, y me dejé caer a su lado—. Mis padres...

No me dio tiempo a terminar la frase ni a Yoongi de preguntarme qué narices ocurría. Escuchamos cómo alguien tecleaba el código de la cerradura electrónica de la casa. Salí hacia la puerta para encontrarme con mis padres, que ni siquiera habían traído todas sus maletas consigo.

—¿Qu... qué hacéis aquí? —Era una pregunta estúpida. Tenía muy clara la respuesta, pero quise distraerlos para que no vieran a Yoongi en el sofá. Obviamente no era lo más importante: mi padre encendió la luz de la sala de estar y vio a mi amigo a la perfección, pero no se detuvo en pensar qué narices hacía allí. Pasó de largo. Yoongi se quedó desconcertado, suponiendo que ocurría algo importante.

Mi madre se acercó a mí y puso una mano sobre mi hombro.

—Intenta dormir algo, ¿vale? Volveremos tarde; parece que va para largo. Adiós, cielo.

Cerraron la puerta y me di cuenta de que todo había sido demasiado rápido, y eso que el tiempo parecía haberse detenido cuando Yoongi y yo estuvimos a punto de besarnos, algo que se me olvidó por el momento. Él golpeó con suavidad mi pierna cuando me senté a su lado. También estaba preocupado, puede que algo asustado. No entendía la situación, y yo tampoco.

—¿Qué pasa? —me preguntó. Intentó ser lo más delicado posible pero no le funcionó.

—Nada —mentí.

Mi abuela estaba en el hospital. Había sufrido un infarto, y toda la familia se había movilizó. Como cualquier persona en su sano juicio, sentí preocupación, tristeza y, sobre todo, miedo. Miedo a perder a alguien querido, porque es algo complicado, y más aún cuando te sientes sola.

Por suerte, Yoongi estaba allí. Era la primera vez que alguien me acompañaba en momentos difíciles, y era la primera vez que él frotaba mi espalda para consolarme a pesar de que no estaba llorando. Conforme pasaron los minutos, empecé a sentirme mejor. Cómoda, reconfortada y hasta agradecida por tenerlo ahí.

Yoongi siguió a mi lado los días siguientes. A su manera, pero estuvo ahí. Me acompañaba en los descansos, a la vuelta a casa desde el conservatorio y hasta cuando esperaba al autobús y él tenía que marcharse andando. Por eso, y porque siempre oí que una acción vale más que mil palabras, decidí darle un empujón y enviar un formulario a una agencia de entretenimiento en su nombre. Era una agencia pequeña, pero Yoongi no tenía nada que perder. Yo estaba segura de que tenía talento, además era trabajador... y según la mayoría de las personas, con dedicación se puede conseguir cualquier cosa. ¿Qué podía salir mal?

Habíamos quedado para ensayar uno de los archiconocidos preludios de Chopin. Yo tenía un recital de piano y estaba segurísima de mí misma. Yoongi no tanto, pero después de que yo insistiera durante minutos, horas y puede que hasta días decidió ayudarme.

—¿Vas a ayudarme con esta mierda o no? Falta menos de un mes para el concierto. No pretendo chantajearte emocionalmente, pero quiero que tengas en cuenta que soy tu única amiga y nuestra amistad depende de esto.

Yoongi, sentado al piano de aquella minúscula sala de ensayo, suspiró.

—Qué remedio. —Se acercó al teclado, puso el pie sobre el pedal y colocó la mano izquierda sobre las teclas—.Tú tocas la melodía. Yo los acordes. Tienes que ir siguiéndome, así que...

Empujé la montura de mis gafas hacia atrás y asentí. Coloqué la mano derecha en las teclas correspondientes.

—Vale.

Yoongi había tocado tantas veces aquel preludio en mi menor que se lo sabía de memoria, así que aprovechó para analizar cada uno de mis movimientos. Notaba que yo estaba alicaída, tristoná y descuidada: había

dejado de maquillarme durante unos días y ni siquiera me molestaba en peinarme. Él hizo una mueca y devolvió la vista al teclado. No sabía cómo actuar, pero tenía claro que la situación era delicada.

Yoongi no me preguntaba el típico «¿y cómo está tu abuela?» porque sabía que me molestaría. Solo lo hizo en una ocasión, cuando estábamos esperando el autobús que nos llevaba de vuelta a casa. Aquel día había llegado tarde al ensayo del preludio que teníamos programado. Yoongi protestó al principio — como siempre, ¿quién era él sin protestar?— y, aunque no me disculpé con él al llegar porque preferí seguirle el juego, decidí hacerlo en ese momento. Más vale tarde que nunca, decían.

—He estado en el hospital desde la hora de comer, por eso he llegado tarde.

—Me lo imaginaba. ¿Está mejor?

Asentí.

—Hoy mi padre no ha ido a trabajar para hablar con los médicos... —Temí que mi voz se quebrara—. No quieren decirme nada, pero sé que algo va mal. Cuando vi que mis padres volvían de Jeju supe que pasaba algo.

—¿Vas a ayudarme con los exámenes de biología? —me preguntó, sin siquiera mirarme.

—Mmm... Si encuentro algún hueco en mi apretada agenda, lo haré. Ahora también soy tu mánager, así que tengo mucho menos tiempo. Además, esta semana me toca limpiar la clase. Y el gimnasio. Y tengo que ir al hospital...

—Bah, no te preocupes. Podré sobrevivir, aunque no saque un sobresaliente.

—Tienes razón. Mírame: si los suspensos mataran, yo ya estaría muerta. —Reí—. Gracias por ayudarme con el piano y con la armonía el otro día. Sé que tenemos un trato, pero de todas formas quería darte las gracias por tener tanta paciencia conmigo.

Yoongi también se rio, algo escéptico.

—¿A qué viene todo esto?

—Solo quería decírtelo. Es mi semana especial de mostrarle agradecimiento a la gente —me excusé—. No sé por qué te empeñas en que entienda la armonía; lleva mucho tiempo. Y más si tienes que explicármela a mí. Soy nefasta para esa mierda, pero ¿qué importa la armonía? Si todos los compositores románticos y modernos se la pasan por el forro, ¿a mí qué más me da la música tonal...?

En realidad, sí sabía por qué se empeñaba: quería quedarse conmigo.

Solíamos sentarnos guardando las distancias, pero las cosas habían cambiado desde aquella noche en la que supe con certeza que Yoongi no se iba a ir. Me acostumbré a apoyar mi cabeza en su hombro, y él, claramente, también se acostumbró a ello. De hecho, llegué a la conclusión de que Yoongi tampoco me quería muy lejos. Quizá a mi lado se sentía protegido, querido o vete tú a saber qué...

¿Y cómo llegué a saber eso? Muy fácil: porque él siempre intentaba encontrar alguna excusa para estar un momento más conmigo, a solas, sin Sojin o sin compañeros de estudio.

Daba igual qué momento fuera: una clase particular de armonía, la vuelta a casa... o incluso «volver a por mi libro de matemáticas». Esa fue su excusa estrella.

Como todos los viernes, a alguien del curso le tocaba limpiar la clase. Aunque se formaban grupos, me quedé sola, con la compañía de una escoba y un recogedor.

Hacía un calor terrible a pesar de que estábamos en primavera. Miré por la ventana mientras barría con una escoba vieja los trocitos de goma, el polvo de tiza y toda la suciedad del suelo, incluidos algunos papeles arrugados. Escuché los pasos tranquilos de alguien por el pasillo y, aunque no pude evitar mirar hacia la puerta, los ignoré. Sería alguien de otra clase que también estaba limpiando. Cansada, me senté en el pupitre y saqué el neceser semitransparente de mi mochila. Por alguna razón, maquillarme me relajaba, así que extendí todo mi arsenal sobre la mesa y abrí el pequeño espejo que había pertenecido a mi madre.

La suela de los zapatos de alguien chirrió bastante cerca de mí. Alcé la cabeza para ver de quién se trataba y me sorprendió ver a Yoongi allí.

—He olvidado el libro de matemáticas —soltó, caminando hacia su pupitre y buscando el susodicho libro en la rejilla situada bajo la mesa. Lo guardó en su mochila en cuanto lo tuvo entre las manos.

No pude evitar sonreír como una tonta; ver a Yoongi allí me hizo ilusión por un motivo que no llegué a comprender.

—No mientas, has venido para hacerme compañía mientras limpio.

—Pero si no estás limpiando, idiota —escupió—. Te estás maquillando.

—Estoy haciendo un descansito...

Yoongi rodeó todos los pupitres para llegar donde yo me sentaba. Arrastró la silla que tenía al lado y se sentó ahí sin decir mucho. Dejó su mochila sobre

el pupitre, escondió los puños en los bolsillos del pantalón de su uniforme y se quedó mirándome, viendo cómo rellenaba mis cejas con un lápiz de un color parecido al de mi pelo. Le tendí el lápiz.

—¿Quieres probar?

—¿Tengo cara de ser un maquillador profesional...?

—No, pero eres bueno en matemáticas y el dibujo técnico no se te da mal. Supongo que serás capaz de calcular el ángulo idóneo y de crear la simetría perfecta para que mis cejas sean pitagóricamente geniales —solté. Me giré para poder tener a Yoongi de frente, y sin avisarle antes, le retiré el flequillo negro de la frente y tomé su rostro con mi mano izquierda. Apreté sus mejillas con fuerza para que no se moviera—. ¡Voy a maquillarte! ¡Te haré una demostración!

—Suéltame, joder. —Se agitó para poder zafarse de mí, pero solo consiguió que yo apretara más sus mejillas.

No pudo protestar más porque sujetaba su cara con demasiada fuerza. Al final, desistió. Me concentré en dejar sus cejas lo más igualadas posibles, y luego me alejé para mirar la cara de Yoongi desde lejos, como si yo fuera el mismísimo Friedrich asegurándose de que su cuadro estaba perfecto. Sin soltar a Yoongi, alcancé otro lápiz de ojos más oscuro, dispuesta a delinearlos, pero me apartó de un manotazo.

—Termina de limpiar ya —me ordenó.

—¿No quieres que te ponga guapo? Deja que te aplique un poco de colorete y te pinte los labios. Y no me des esas órdenes, Yoongi. —Lo señalé acusadoramente con el lápiz negro. Volví a concentrarme en mí misma—. No me gustaría tener que maquillarte mientras duermes.

—Dame eso. —Me quitó el lápiz que estaba utilizando y tiró de mí de una forma bastante brusca para que dejara de mirarme en el espejo y lo mirara a él. Colocó el canto de su mano en mi mejilla con suavidad, casi con timidez, y se quedó observando mi rostro unos cuantos segundos, pensativo.

Miré hacia el suelo, abrumada. Esperé con todas mis fuerzas que no notara que me había puesto nerviosa y roja de repente.

—Es como si pintaras, tampoco es tan difícil.

—Estoy intentando calcular el ángulo y el arco perfectos para que tus cejas sean pitagóricamente perfectas —contestó. Yoongi empezó a rellenar mis cejas despacio, con cuidado, como si estuviera siguiendo las líneas de un complicado libro para colorear—. Espera. —Utilizó su pulgar para frotar el

hueso de mi ceja y así borrar el trazo oscuro que había dejado al salirse. Intentó arreglarlo, pero no pudo. Yoongi se rio y yo me miré en el espejo al instante, ahogando un grito de horror.

—¡Yoongi!

—Mira, así te pareces un poco más a la profesora de gimnasia.

Golpeé su brazo.

—No tiene gracia. ¡Mi maquillaje!

—Tranquila, no hay nada que no se arregle con un poco de ácido. Vamos al laboratorio y...

—¡Qué me has hecho!

—Tampoco es para tanto. —Se encogió de hombros, se inclinó hacia mí y esperó a que yo me girara para volver a poner su mano sobre mi mejilla—. Marcarás tendencia.

—Por lo que más quieras, Yoongi, ni se te ocurra maquillarme como si fuera el Joker, ¿entendido? No quiero tener que pasarme media vida en un centro de menores —le advertí—. Mi estilo, mi reputación y casi mi vida están en tus manos. No lo estropees más.

—No. —Alargó el brazo para alcanzar un par de sombras de ojos satinadas, pegándose a mí. No me molestaba que Yoongi estuviera tan cerca, pero últimamente me ponía nerviosa cuando sentía su rostro cerca del mío—. ¿Esto es para los ojos? ¿Por qué brilla tanto? Odio que te gusten las cosas tan brillantes.

Asentí. Él me ordenó que los cerrara, y sin objetar nada, le obedecí. Yoongi volvía a estar a escasos centímetros de mí y mi corazón volvía a estar a punto de salirse de mi pecho. Bombeaba sangre a una velocidad impactantemente alta. Abrí los ojos cuando dejé de notar las yemas de los dedos de Yoongi dar toquecitos sobre mis párpados. Era mucho más delicado de lo que había pensado.

Desde el día en el que estuvimos a punto de besarnos no podía dejar de pensar en qué habría pasado si mi tía no hubiera llamado al teléfono. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y demasiados motivos por los que ponerme nerviosa, y uno de ellos era Yoongi. No quería sentir nada por él, pero allí estaba, dejando que me maquillara porque en el fondo esperaba que me diera un beso al terminar o algo por el estilo. Qué tonta era con dieciocho años.

—Debería grabar esto y subirlo a YouTube con el título de «Mi mejor amigo me maquilla»... Creo que esto también marcaría tendencia —dije

debido al nerviosismo. Sin pensarlo, le había soltado algo que no pretendía decirle. Pero supuse que era mejor así, decírselo de golpe—. Te grabé ayer mientras rapeabas y he enviado tu vídeo a una agencia nueva.

Dejó de maquillarme durante unos segundos. Se quedó paralizado.

—Sin mi permiso.

—S... sí, pero creí que no te importaría. Solo quería ahorrarte trabajo...

Chasqueó la lengua y dejó el maquillaje que estaba utilizando sobre la mesa con un golpe.

—No tenías derecho a hacerlo. —Se cruzó de brazos. Después suspiró y se frotó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—¿Estás molesto? Lo siento. Tienes razón. Debería haberte preguntado antes. —Hice un puchero, rogando por su perdón.

Yoongi miró hacia la ventana y esbozó una sonrisa repentina. No supe por qué lo hizo, ni tampoco por qué se levantó al mismo tiempo que yo y me dio un abrazo rápido junto a unas palmaditas en la espalda. No dejaba de sonreír enseñando sus encías rosadas. Todo era demasiado extraño, como una especie de universo paralelo en el que Yoongi sonreía. Se despidió de mí con la mano.

—¡Te veo más tarde! —dijo y se marchó.

Yo me limité a guardar nuevamente mi maquillaje en el neceser.

Sojin, Yoongi y yo y nos llevamos la mano a los ojos cuando, al salir de la biblioteca, la luz anaranjada del atardecer nos cegó por completo. Habíamos terminado de estudiar en la biblioteca, cada vez más llena porque se acercaban las fechas de los exámenes. Sojin tomó la delantera y se encaminó hacia la enorme avenida que nos llevaba a casa, pero Yoongi se quedó quieto y agarró mi brazo para que yo no continuara hacia delante. Me giré para verlo —aunque fue tarea imposible porque el sol volvió a deslumbrarme— y esperé a que dijera algo.

—Tenemos clase en el conservatorio —mintió.

—Oh, no lo sabía. —Sojin arqueó la mano y la puso sobre su frente a modo de visera para poder vernos a contraluz—. Nos vemos mañana, entonces.

—Tranquila, Sojin, no tenemos cla... —Yoongi retorció mi brazo y lo puso detrás de mi cuerpo, pegado a mi espalda. Fingí una sonrisilla, me despedí de Sojin con la mano y me agité para que Yoongi me soltara en cuanto ella se dio la vuelta—. ¿Qué haces? —Lo empujé.

—Librarme de ella —respondió, con toda la tranquilidad y naturalidad del mundo.

—¿Por qué? ¡Es simpática, mona y totalmente inocente! ¡Pobrecita!

—Ya, ya. Lo que tú digas.

Nos pusimos en marcha, caminando en dirección contraria y lo más despacio posible. Suspiré.

—No entiendo por qué quieres librarte de Sojin.

—Ni yo entiendo por qué te has empeñado en emparejarme con ella.

—Porque... —Me detuve. Sojin y yo habíamos llegado a un trato, pero no quería decírselo a Yoongi. Iba a creer que yo era una egoísta, una mala amiga y una aprovechada, así que preferí callarme y buscar una excusa que sonara

decente—. Porque ella es bajita y es la única chica que vas a encontrar más bajita que tú. Hacéis una buena pareja. Soy como cupido, una casamentera...

—Ah, sí. Como la de *Mulan*. Tienes bigote y todo.

—Idiota. —Me di cuenta de que estaba siguiendo a Yoongi, y él no llevaba el mismo camino de siempre. Dijo que íbamos al conservatorio, pero no iba por la calle correcta, y tampoco había tomado la avenida que nos llevaba de vuelta a casa—. ¿Dónde vamos...? —Reconocí a lo lejos el parque que estaba detrás del edificio del conservatorio. Era famoso por tener un largo paseo con cerezos que, en aquella época, estaban en flor. Siempre estaba lleno de parejitas, y eso me hizo pensar en una sola cosa—: ¿Es una cita?

—¿Una cita en una tienda de conveniencia? —Alzó las cejas—. ¿En qué clase de libro de mierda has leído eso?

Y entonces choqué con la realidad. Yoongi iba a comprar café a la tienda, no al parque. Me quise morir de la vergüenza, pero mantuve la compostura y me quedé pululando por el pasillo de maquillaje de la tienda, evitando que él me viera roja como un tomate.

Sin embargo, Yoongi parecía tener un plan premeditado, y aunque fingió no saber a dónde se dirigía, terminamos sentados en el césped del parque, con pétalos rosados cayendo sobre nosotros y a nuestro alrededor.

Él se sentó sobre la chaqueta azul de su uniforme; yo opté por estirarme en el césped directamente y eso pareció extrañarle.

—Hay una teoría que dice que, si no te mueves sobre el césped, no te manchas —le informé—. El secreto está en apoyar bien el culo y en no moverte demasiado para... Bueno, da igual—. Él me advirtió con la mirada, como diciendo «vas a mancharte el vestido de verdín», y yo la desvié enseguida—. ¿Hay novedades sobre lo de la agencia?

Negó con la cabeza.

—No.

—Estaba cien por cien segura de que iban a enviarte algún tipo de correo... Lo hiciste muy bien.

Hizo una mueca y asintió con lentitud. En el vídeo que envié, en el que Yoongi rapeaba unas cuantas líneas, se podía apreciar que tenía talento. La letra de la canción se entendía perfectamente y yo estaba segura de que Yoongi era la personificación de un diamante en bruto. Pero, tanto él como yo, sabíamos que era difícil entrar en una industria en la que el talento no lo es todo: tienes que ser alto, guapo, estar dispuesto a sacrificar hasta lo que menos

te imagines... Era duro. Y, que una agencia te escogiera de la nada, teniendo en cuenta que había miles de personas como tú, era casi un milagro.

La conversación llegó a un punto muerto. Decidí sacar mis auriculares y ponérmelos mientras reposaba la cabeza en el regazo de Yoongi. Él se puso nervioso y, como siempre que estaba nervioso, se mostró algo agresivo y se sonrojó, pero fingí no darme cuenta.

—Levántate, no soy un puto cojín.

—¡Tú haces lo mismo! —me quejé. Miré a Yoongi otra vez. Evitó el contacto visual—. Has esperado a cumplir los dieciocho para entrar en alguna agencia, ¿verdad? —pregunté de repente—. Mi sexto sentido me lo dice.

Como no contestó, pellizqué juguetonamente su costado.

—Para.

—Si no me respondes, me lo tomaré como un sí... —canturreé.

—Sí.

—¡Lo sabía! Y... Eso es porque tus padres no quieren que estés aquí.

—Deja de ver tantas películas en un solo día, te dejan el cerebro seco y haces teorías absurdas, como si fueras una fan loca.

—Solo estoy intentando refutar mis teorías, así que dime, Yoongi. Porfa, cuéntamelo. No se lo diré a nadie.

—Porque no tienes a nadie aparte de mí para contárselo.

—Sí. Bueno, ¿me vas a decir si tengo razón o no? Y no vale darme la razón como a los tontos. Si tienes la suficiente confianza como para tirarte en mi sofá todos los fines de semana y pasearte por mi cocina como si nada, creo que confías en mí lo suficiente como para contarme si es verdad lo que creo o no.

Inspiró.

—Ya te dije que mis padres no querían que yo estuviera aquí. Todo esto les parece una gilipollez.

Sentí algo de lástima por él otra vez. Él agachó la cabeza para devolverme la mirada. Parecía triste, y me dolió como una patada en el culo.

—No te preocupes, yo te apoyo en todo esto. Si quieres ser el nuevo Eminem, sé el puto Eminem, o sé mejor que él. —Sostuve su mirada largo rato, hasta que me di cuenta de que mi frase podría formar parte de algún libro de autoayuda—. Hala, ¡qué bien ha quedado! Si quieres ser el nuevo Eminem... Vaya, creía que no era capaz de decir frases tan inspiradoras.

—Tampoco es para tanto.

—¡Siempre, siempre tienes que estar matando mi ilusión!

Se encogió de hombros.

—Solo soy realista.

—Y una mierda. Admite que te ha gustado mi frase, Yoongi.

—No. —Negó con la cabeza escondiendo una sonrisa.

—¿No lo admites o...?

Tapó mi boca con fuerza aprovechando que todavía tenía la cabeza sobre su regazo.

—Cállate, por lo que más quieras. Me das dolor de cabeza. —Suspiró, fingiendo estar molesto. Yo mordí su mano, pero no la retiró. Farfullé que me dejara respirar—. Creo que estoy oyendo a alguien hablar... ¿quién será? —Miró hacia el horizonte, intentando no reírse.

Conseguí retirar su mano.

—¡Me estaba ahogando!

—Eso era lo que intentaba...

Cruzamos una mirada rápida. Me reincorporé con rapidez y me senté a su lado, guardando las distancias, y le ofrecí el auricular derecho. Sabía que la música que yo escuchaba —siempre que no fueran «esos grupos *idol* prefabricados»— le gustaba, así que siempre que podía le dejaba escucharla. Él se encogió y abrazó sus piernas.

De repente, soltó una carcajada suave. Seguía con la mirada a algunas parejas.

—Es verdad. Esto parece una cita.

Miré hacia el paseo y, decidida, porque pensé que era un momento idóneo, solté:

—¿Vienes al cine conmigo mañana? Después de las clases del conservatorio. Hay descuento en las entradas...

—¿Es otra cita?

Lo miré con el ceño fruncido. «¿otra cita?» ¿Eso no implicaba que ya había habido una primera...? Agité la cabeza. Supuse que bromeaba.

—Eh... No, no es una cita... Pero quiero que vengas conmigo. Siempre voy al cine con mi padre, y para una vez que tengo un amigo... Deberías venir. Los cines de Myeong-dong son gigantescos.

—Tengo clase. ¿Por qué no convences a Sojin para que vaya contigo?

—Porfa —insistí—. La sesión de cine es a las siete y media, y nuestras clases terminan a las siete. ¡No es ninguna película de esas románticonas! Ni de Disney, lo prometo.

Él no parecía muy convencido. Hizo una mueca y se sinceró.

—No tengo demasiadas ganas de ir.

Me di por vencida. Con un suspiro, utilicé mi bolso de almohada y me tumbé sobre el césped verde sin pensar en la de bichos que tenía que haber ahí. Siempre había sido muy escrupulosa, pero me sentía cómoda a la par que triste y todo me daba igual. Con aire melancólico, nos quedamos mirando el cielo, coloreado de rosa.

—¿Te imaginas que somos daltónicos y que el cielo no es azul ni rosa? ¿Y si los daltónicos son las personas que ven cómo son los colores de verdad?

—¿Pero qué coño dices? —Yoongi se rio al ver que lo decía completamente en serio.

—Imagínatelo. ¿Y si el azul que conocemos no es el azul de verdad?

—No sé a qué vienen estas reflexiones filosóficas tan de repente.

—La vida es como las olas del mar, vienen y van. —Hice un gesto con la mano, imitando el movimiento de una ola—. Mira, rima y todo. Aprovéchalo y ponlo en alguno de tus raps.

—Ni de coña.

—Ya me lo agradecerás más tarde, cuando seas un superfamoso conocido hasta por los pingüinos de la Antártida y tengas que regalarme un Rolex por mi cumpleaños con una notita que diga: «Gracias por las aportaciones a mi música, Aerin». —Le sonreí—. Llegarás a ser alguien grande. Bueno, sabes a lo que me refiero, ¿no? Creo que es demasiado tarde para que des el estirón. Me refiero a que harás algo grande. Que la gente te conocerá.

—Espero que tu poder de la clarividencia funcione. —Volvió a reírse, pero esta vez con algo de amargura. Los dos soñábamos a lo grande, y los dos nos preguntábamos si íbamos a ser capaces de conseguir aquellos sueños.

—Claro que funciona, Yoongi. Las personas a las que nunca se escucha son las que hacen las canciones para las radios, las películas que la gente ve y los libros que leen. Esas personas son las que ganan al final del juego, las que saben que han hecho algo bien después de tanto tiempo en el silencio —continuó—: Creo que tú eres una de ellas.

Yoongi guardó silencio. Sopesó mis palabras. Parecieron marcarle, en el buen sentido, nada traumático.

—¿Sabes? —seguí—. A veces... Me jode que la gente quiera callarte porque no piensas igual que ellos. Es simplemente una cuestión de respeto: yo respeto su opinión de mierda, o la ignoro, y todos contentos. Pero, cuando te

sales del canon establecido, solo tienes dos opciones. O te amoldas a lo que piensa el resto o te acribillan con sus opiniones sin argumento.

—Piensas como si fueras Einstein o la descubridora de la cura para el cáncer —comentó.

—¿Y qué tiene eso de malo? —soné algo ofendida.

—Nada; eso es bueno. A lo mejor eres la nueva premio Nobel dentro de unos cuantos años.

—Puedo notar el sarcasmo en tu voz.

Me dio un golpe suave en el hombro.

—Lo digo en serio. Todos los genios son unos inadaptados alguna vez en su vida.

—¿Me estás llamando inadaptada?!

—Sí, pero también estoy diciendo que eres impresionante.

Sonreí con dulzura. No me esperaba que Yoongi fuera capaz de decir algo así, y como me dejó sin palabras por un momento, decidí hacer lo que mejor se me daba: cambiar de tema.

—Entonces, ¿mañana vendrás al cine conmigo o no?

Él puso los ojos en blanco.

—Que no, pesada.

Lo imité con descaro.

—Eres un mal amigo —bromeé.

Claro que no era un mal amigo. Era el mejor, aunque tenía sus defectos... Como no decir lo que realmente pensaba de mí, o ser algo celoso cuando me veía con otro.

—Hola, hola, siento llegar tarde —jadeé. Abrí la mano a modo de saludo, me retiré los mechones de pelo que se me habían pegado en la cara al correr y reanudé la marcha, muchísimo más despacio. Había estado a punto de perderme la película que tanto quería ir a ver. Era de acción, una de esas superproducciones norteamericanas que con frecuencia tocaban el mercado coreano. No eran muy de mi gusto; solo quería ver la película porque salía uno de los mejores actores del mundo. Después de subir los pocos escalones de la entrada del cine, me dirigí al único chico que era capaz de aguantarme una sesión entera—. No sé cómo he logrado convencerte de que vinieras al cine conmigo.

Minho se encogió de hombros, tranquilo.

—La película parece ser buena. Ya he comprado las entradas... —Me tendió un papel rosado, sonriendo con timidez.

—¿Qué? ¡No hacía falta! Gracias de todas formas —le dije, cogiendo la entrada algo dudosa. Esperé a que Minho subiera un par de escalones más para caminar a su lado.

Que él estuviera allí conmigo tenía una explicación muy sencilla: como no había logrado convencer a Yoongi para que viniera a ver y comentar la película conmigo —porque yo era de ese tipo de personas que no saben cerrar la boca en las películas—, se me ocurrió en el último momento que Song Minho podría acompañarme. Lo escuché hablar con su pandilla de amigos sobre la película en uno de los descansos entre clases, así que me acerqué a él y le pregunté si quería venir conmigo. Fin de la historia. Le dejé bien claro que no era una cita ni nada parecido, que solo se lo proponía porque no quería ver la película sola. Minho aceptó sin pensárselo y dejó a sus amigos tirados por mí. Yoongi se pasó toda la tarde —o eso me hizo creer— encerrado en el conservatorio, ensayando para sus conciertos y audiciones en una de las cabinas de la última planta.

Minho resultó ser más hablador de lo que pensaba y la película fue más entretenida de lo que esperaba. Cuando las luces de la sala se encendieron, Minho me tendió su mano como todo un caballero para ayudarme a levantarme de la butaca, pero fingí no verlo y me puse de pie yo solita, muy digna. Avergonzado, se pasó la mano por la nuca.

Él insistió en que debíamos ir a algún sitio más. Yo, que era de las que tenían cargo de conciencia a la mínima y de las que desconfiaban de cualquiera, acepté con la única condición de estar en casa antes de la cena. Nos dirigimos a alguno de los cientos de arcades de la zona.

Paseamos hasta pararnos en el primer paso de peatones de todo el recorrido.

Ignoré a Minho un par de segundos y saludé tímidamente al chico bajito de pelo negro que estaba al otro lado de la carretera. Yoongi no correspondió a mi saludo, ni siquiera hizo un gesto apático con la cabeza. Desvió la mirada hacia los coches, metió las manos en los bolsillos y se puso a tararear la canción que estaba escuchando a través de sus auriculares blancos. Me sentí algo decepcionada, pero luego recordé que yo estaba con Minho y justifiqué el comportamiento de Yoongi. Ellos no se llevaban nada bien.

El semáforo se puso en verde, indicando que podíamos cruzar la carretera sin ningún peligro. A punto estuve de darme de bruces con Yoongi y, a pesar de que lo saludé con una sonrisa, él se limitó a murmurar un frío e insulso «hola». Él siguió su camino, y Minho y yo nos fuimos en dirección contraria.

Sí, definitivamente eso de los celos era algo que el Yoongi de dieciocho años debía arreglar.

47

Yoongi

Yooongggi 22:39
puedes ayudarme con mis deberes
de armonía dos segundos? 22:39
espero que sigas vivo 🙄 22:50

Ahora no puedo 23:00

jooder 23:00
estoy empezando a estresarme
con tantos exámenes 23:00
y acabamos de empezar la semana 23:00
qué divertido!!! 23:00
y ahora puedes ayudarme? 23:16

No 23:30
Podrías aprender a hacer los ejercicios
de armonía tú solita. Yo no voy a
estar en el puto examen para decirte
lo que tienes que hacer 23:30

solo es una dudita 23:30
has sonado exactamente como mi madre...
qué mal rollo 23:30

Estoy ocupado 23:47

a estas horas? haciendo qué? 😏😏 23:48

podrías estar ocupado conmigo 23:48

QUIERO DECIR 23:48

ayudándome 23:48

Haz los deberes tú sola 23:50

No es mi culpa si ya no sabes cómo seguir.

Te lo he explicado todo de mil formas distintas.

Deberías entenderlo ya 23:50

joder solo son dos minutos 23:50

vamos 23:50

te he ayudado con biología 23:50

simbiosis 23:50

La simbiosis es tu excusa
para disculpar tu egoísmo 23:59

qué te pasa 23:59

crees que si realmente fuera

egoísta te ayudaría tanto? 23:59

Tampoco me sirves de mucho 00:05

vaya, en serio? 00:05

entonces no sé quién estaba rogando

ayuda porque la biología le sacaba de sus casillas... 00:05

quizá yo no haya sido la persona que ha enviado

un formulario entero para que alguien consiga una

plaza en una agencia 00:05

no lo sé 00:05

quién puede servirte de ayuda entonces? 00:05

Si lo haces es porque estás
planeando tu puto futuro 00:06
Solo enviaste ese vídeo porque tienes
la falsa esperanza de que yo consiga


entrar en la agencia y de que me haga famoso 00:06
Y porque tienes la absurda fantasía de tener
un amigo que sea «idol» 00:06
Crees que va a ser todo de color rosa? 00:06

nada va a ser de color rosa 00:07
pero sería muy gracioso que tú
entraras en esa puta agencia gracias a mí 00:07

Tú solo habrías enviado el vídeo. Nada más. 00:07

pero he sido yo quien ha dado el primer paso por ti 00:07
cobarde 00:07

Egoísta 00:08
No sé si utilizando a Song
de acompañante vas a sentirte menos sola 00:08
El otro día estuve pensando en las cosas que hacías bien 00:08
Y una de ellas es perder el tiempo. Por eso suspendes,
porque prefieres ver películas a aprovechar los minutos
y estudiar para conseguir tu sueño de ser cirujana.
No dejas de ir por ahí en vez de conseguir lo que
realmente quieres 00:09
Si es verdad que ese es tu objetivo 00:09
Felicidades, eres la mejor en perder el tiempo 00:09

buenas noches  00:09
✓✓ leído a las 00:09

El cansancio empezaba a hacer mella en mí. Y puede que mi enfado con Yoongi también. Los exámenes finales del instituto ya habían llegado, y con ellos, las horas interminables de estudio, los conciertos y recitales del conservatorio, pruebas prácticas... ¿El resultado? Escasas horas de sueño y la cara de un zombi.

Todo el mundo me preguntaba si me encontraba bien. Y yo siempre respondía que sí. No me gustaba que la gente me viera mal —a pesar de estar enfermizamente pálida— porque pensaba que se burlarían de mí como habían hecho durante la secundaria. Mi madre me aconsejó que me quedara en casa, pero yo me empeñé en ir a hacer un examen de química.

La profesora me miró con preocupación.

—Im, ¿estás bien? —me preguntó con suavidad.

Asentí con pocas fuerzas, sin mucha convicción, y tomé la hoja en blanco que me tendía para empezar a hacer el examen cuanto antes. Solo estaba nerviosa. Quise huir del instituto —y también de Corea— al leer las preguntas y darme cuenta de que todo lo que había estudiado las últimas dos semanas se había convertido en recuerdos inservibles. Resoplé nada más poner mi nombre en la hoja en blanco. Claramente no estaba en mis plenas facultades mentales y no podía hacer nada más que releer una y otra vez cada pregunta, hacer esquemas, escribir fórmulas erróneas y preguntarme qué narices estaba haciendo con mi vida. Me vino a la mente lo que me había dicho Yoongi la noche anterior, ¿qué hacía allí sentada si estaba perdiendo el tiempo?

Acabé observándolo, casi embelesada. Parecía mucho más tranquilo que el resto: jugueteaba con su bolígrafo girándolo sobre su pulgar de vez en cuando y fruncía los labios, concentrado. Agité la cabeza; estaba enfadada con él, y no era el momento adecuado para quedarme mirándolo como una tonta y pensar

en la suerte que tenía porque, a diferencia de mí, apenas estudiaba y sacaba muy buenas notas.

Los minutos pasaron volando, así que cuando empecé a recordar los contenidos del examen el timbre ya había sonado. Traté de escribir más rápido y de acabar el último apartado de uno de los ejercicios, pero fue imposible. Además, la maldita profesora tenía la costumbre de salir corriendo en cuanto terminaba la clase, y como no reparó en mí, tuve que esquivar y empujar a todo el mundo que se interpuso en mi camino y alcanzar a la profesora en la mitad del pasillo. Le di mi examen de mala gana, sintiendo que estaba dentro de una lavadora. Todo me daba vueltas. Tuve que apoyarme en la pared de vuelta a clase para evitar caerme al suelo.

De soslayo, vi a Yoongi huir de la clase, evitando chocar con unos cuantos compañeros y desapareciendo como alma que lleva el diablo.

No supe dónde fue. Me encontraba tan mal que decidí manchar mi historial de asistencia impecable y dirigirme hacia la enfermería, donde podría descansar tranquilamente.

—¿Has hablado con tu tutora? —me preguntó mi padre. Estaba sentado en el sofá de la sala de estar y, como de costumbre, me seguía con la mirada por encima de la montura de sus gafas. Siempre parecía estar malhumorado cuando hacía eso.

Asentí con desgana.

—Sí...

—¿Y? ¿Qué opinas? ¿Harás enfermería o te marcharás a Europa? La verdad es que la beca no está nada mal —dijo. Sentía que su mirada me taladraba.

Yo me dejé caer al otro lado del sofá; había tenido un día larguísimo y prefería no hablar del tema. Me angustiaba saber que todos mis planes de futuro se iban a la mismísima mierda y, para empeorar las cosas, sentía que yo ya no podía hacer nada más. No podía dar más de sí.

—Ni siquiera es una beca, papá. Hay que pagar la mayoría de los gastos...

—Bueno, pero podrás seguir estudiando música y, si apruebas con buena nota el examen de acceso, podrás estudiar medicina allí. ¿Qué te parece Italia?

—Papá, estoy cansada. No quiero hablar de esto.

—¿Por qué no has buscado otras posibilidades? ¿No has mirado en universidades privadas?

—¿Podéis permitiros pagarme una universidad privada? —contraataqué.

—Eso es lo de menos. Lo que queremos es que estudies.

Chasqueé la lengua y puse los ojos en blanco.

—¿Sabes? A lo mejor sería bueno tomarme un año sabático: trabajaré y...

Como si mi padre tuviera un filtro de palabras prohibidas, se giró para encararme en cuanto escuchó «año sabático».

—¿Y no hacer nada durante un año? No. No, Aerin. Ni se te ocurra. Busca otras carreras, otras universidades, otros países, pero nada de año sabático.

—¡No descansaría! ¡Podría terminar en el conserv...!

—Te conozco bien y sé que no vas a mover ni un dedo —soltó. La cosa empezaba a ponerse fea—. Si ahora te dedicas a ir por ahí sin apenas tocar un libro, imagínate en un año en el que no tengas clase.

—¿Sin apenas tocar un libro? —repetí, ofendida—. ¡Estudio, voy a los ensayos, a la biblioteca, hago trabajos y duermo tres horas al día, papá! ¡Duermo tres horas al día solo para mantenerme a flote! ¿No es suficiente?

—Podrías hacerlo mejor.

—¿Y si esto es todo lo mejor que puedo hacerlo, papá? —murmuré, ya con un nudo en la garganta.

¿Alguna vez has oído un cristal romperse muy muy fuerte? Pues esa fui yo.

Aerin se sobresaltó cuando golpeé su hombro. Le tendí el dichoso café que me había pedido. Ella me miró preguntándose qué cojones me había picado para que le comprara su *caramel* no-sé-qué. La historia no era demasiado larga. Aerin se marchó, me sentí mal con ella y quise disculparme. Así que le compré esa mierda dulzona que tanto le gustaba al día siguiente. No es que me diera vergüenza pedirle perdón por los mensajes que le envié, pero no le dije nada al sentarme a su lado en la parada de autobús. Solo le di su café. Supuse que le haría mucha más ilusión que escuchar un simple «lo siento».

—¿Tienes fiebre?

—Coge el café y ya está —bufé. Ella hizo una mueca y lo aceptó, resignada, como si no le quedara más remedio. Parecía cabizbaja. Triste. Estaba más pálida que nunca y ni siquiera se había preocupado por el delineado de sus ojos—. ¿Vas al hospital?

Asintió con desgana.

—Sí. Después iré al conservatorio a ensayar para el concierto de mañana, luego haré los deberes al llegar a casa y estudiaré.

—No tienes cara de querer hacer todo eso.

—Tengo que hacerlo —contestó.

Dio el primer sorbo a su café. Sujetaba el vaso con una mano y me di cuenta de que sus uñas volvían a estar mordisqueadas, con motas de esmalte que no se había llegado a quitar. En la otra mano aún sostenía los folletos de las universidades.

—¿Qué universidad elegirás? —le pregunté.

—Ninguna.

Me sorprendió la respuesta. Enarqué las cejas y observé el rostro de Aerin. Su expresión neutra no me dijo nada y tampoco su mirada perdida. Notar las

diferencias entre un cadáver y Aerin era realmente jodido en aquel momento. Debía de encontrarse muy mal para apenas probar el café o para no quejarse de que no había comido nada desde las once de la mañana. Suspiré. Apoyé la cabeza contra el cristal de la marquesina.

—¿No irás a la universidad? —dije con algo de sorna—. No te creo.

—En este instante no quiero hacer nada. Ojalá pudiera parar el tiempo...

—No me digas que vas a empezar tus charlas filosóficas. Avísame antes para poder irme.

Elevé la mirada.

—Ni siquiera tengo ganas de eso.

Volví a observar a Aerin. Fruncí los labios y agaché la cabeza.

—Deberías ir al médico.

—No, estoy bien. Es solo un dolor de cabeza. Se me pasará en cuanto el analgésico haga efecto. —Se frotó los ojos con el puño de la camisa de su uniforme, por debajo del cristal de sus gafas. Sí, estaba realmente mal. Ni siquiera le importó emborronar el maquillaje de sus ojos. Después soltó una risilla suave—. Vaya..., ¿te preocupas por mi...?

—No. —Arrugué la nariz—. ¿Y si es algo contagioso? Imagina que se contagia por el aire y me lo pegas.

—Bien, moriremos juntos.

—Un genio como yo nunca muere.

—Mozart era un genio y murió, Newton era un genio y murió, Freddie era un genio y murió...

—Lo pillo, joder. —Miré hacia la pantalla que indicaba la llegada de los buses. Entorné los ojos para verla mejor—. Todavía quedan veinte minutos para que llegue el autobús.

—¿Y? No quiero caminar —se excusó. Comprendía a Aerin; yo también me hubiera quedado esperando para no tener que andar hasta el maldito hospital—. Sí, todavía quedan veinte minutos... ¿Vas a quedarte conmigo?

Hice una mueca y negué con la cabeza.

—No.

Pero aun así me quedé sentado a su lado. Era como si mis jodidas piernas no quisieran responder. Al final, me di por vencido y no me levanté. Dejé que Aerin pegara su frente a mi hombro. Oí cómo gruñía, como si fuera una niña pequeña. Hundió su rostro en mi cuello unas milésimas de segundo. Llegué a contarlas. Ni siquiera fue un segundo, pero fue una sensación extraña. Una

parte de mí no entendía por qué Aerin había hecho eso y la parte restante ni siquiera quería entenderlo. Después, ella apoyó la cabeza en mi hombro, como si nada. Se había acostumbrado a hacerlo y al parecer era imposible impedirselo.

—¿No tienes nada que hacer? Deberías irte —me dijo con voz suave—. Deberías ir a alimentarte, a estudiar y a practicar para la audición de la agencia.

—Aún no han contestado —mentí.

En realidad ya me habían enviado un correo electrónico diciéndome la fecha, hora y lugar donde se iba a llevar a cabo una audición.

—Pues menuda mierda de agencia —protestó Aerin—. Tendría que haber enviado el vídeo a una de las grandes.

—¿Para que me rechazaran?

—Bueno, pues sí... Eh, espera, ¡Min Yoon-*no-tengo-miedo-a-nada*-gi tiene miedo al rechazo!

—¿El dolor de cabeza no te impide hablar? Qué pena.

—Si yo trabajara en una de esas superagencias, te elegiría sin dudarlo. Tienes talento.

Sonreí con amargura.

—Solo me lo dices para quedar bien.

—Lo digo en serio, Yoongi.

Luego sonreí de verdad, aprovechando que ella no me veía.

—¿Alguna vez te han dicho que mientes genial?

—No, porque miento genial y la gente no se da cuenta. Pero eso lo decía de verdad, Yoongi. Eres... Ay, no puedo pensar, me duele mucho la cabeza como para buscar un adjetivo.

—¿Genial? ¿Fantástico? ¿Maravilloso? ¿Impresionante?

—Eh... sí, sí, todas esas —dijo sin mucho entusiasmo, seguramente para que me quedara callado y contento.

Nos quedamos en silencio el resto de los minutos de espera. No comenté nada, ni siquiera le pregunté si iba a pensarse lo de la universidad. Supuse que yo también tendría que darle un par de vueltas al asunto por si algo no salía como yo quería. Apenas tenía opciones y no había ni una sola carrera universitaria que me llamara la atención. Solo quería hacer música, enseñar al resto de lo que era capaz. Pensé en el correo que había recibido de aquella agencia. Solo me quedaban un par de días para preparar la audición. Lo peor

de todo es que solo era la primera. Una especie de criba donde se quedaban unos pocos, pero demasiados para entrar a la agencia. Me resultaba irónico. Siempre había estado criticando a algunos grupos de *idols*. La mayoría de su música era comercial e insulsa. Obviamente, era bueno que compraran tu música, pero debía ser una música que te gustara a ti mismo, no algo que pidiera la gente o que te impusiera tu agencia. Aquello era lo único de lo que estaba en contra. Me negaba a que cuatro gilipollas me dijeran la música que tenía que hacer. O peor, que hicieran la música por mí. Por eso aún estaba bastante reticente a ir a aquella audición.

Por eso y porque le había prometido a Aerin que iría a su recital de piano. Se enfadaría muchísimo conmigo si finalmente no iba. Y no quería que esa idiota se cabreara conmigo. Había oído que llegaba a tomar medidas drásticas cuando se enfadaba con alguien. No sabía a qué mierda se referían con «medidas drásticas», pero teniendo en cuenta que Aerin era de por sí drástica, no me quería imaginar la de putas que podía llegar a hacerme.

Estaba planeando cómo presentarme en el concierto cuando ella vio el bus a lo lejos. Se levantó despacio. Yo hice lo mismo en cuanto noté que su cabeza ya no estaba en mi hombro. Recuperé los folletos de las universidades por ella... y porque quería echarles un vistazo: Seúl, Busan, Europa. Fruncí el ceño. Aerin quería pirarse de Corea. ¿No era obvio que iba a marcharse a Europa? Seguro que ya tenía la maleta hecha.

Me arrebató los papeles de la mano.

—Te veré mañana. —Esbozó una sonrisa—. *Ciao*.

Estaba a punto de subirse al autobús cuando tuve la lúcida idea de llamar a Aerin.

—Eh, ¿te vas a Europa?

Ella ya había recogido su billete y se volvió, pero no fue lo suficientemente rápida y las puertas del autobús se cerraron antes de que contestara. A lo mejor ni siquiera había escuchado mi pregunta.

Me quedé de pie. Vi cómo se sentaba al lado de la ventana, en un asiento vacío. Se pegó al cristal y negó con la cabeza, mirándome.

Me sentí aliviado. Un poco. Solo un poco aliviado.

50

Yoongi

No sé si estás viva 20:40
Pero tengo que darte una cosa rara de biología 20:40
Algo de las células 20:40
Y tu trabajo de filosofía 20:40
Llevas tres días sin aparecer 00:00
Espero ser tu único heredero 00:00

hola 00:50
mi móvil murió 😞 00:50

Creía que tú también 01:00

casi 01:00

Qué coño te ha pasado para no contestar
en tres días 01:00
Tampoco te vi en el recital de piano 01:00

ahhh ❤️ fuiste??? 01:00

Quería lanzarte tomates 01:00



estuve en el hospital 01:01

Le ha pasado algo a tu abuela? 01:01


no! ella está genial   01:01

Tanto te gustan los hospitales? 01:01
Vas a quedarte a vivir allí? 01:02



me desmayé en el ensayo general
del concierto de flauta... 01:02
tuvieron que llamar a una ambulancia
porque no recuperaba el conocimiento 01:02
yyy 01:02

he estado tres días en el hospital   01:02
no es nada grave 01:03
serás el heredero de mis Adidas! 01:03

Estoy durmiendo. 01:04

se qué quieres mis Adidas, pillínnn  01:04
qué haces despierto a esta hora? 01:04

Ya te he dicho que estoy durmiendo. 01:04
zzzzZzzZzzZ 01:05

pues ten pesadillas de color rosa chillón 01:05
✓✓ **leído a las** 01:05
era broma 01:05
no quiero volver a cuidados intensivos 01:05
porfa no me pegues ni me envenenes 01:05
buenas noches   01:05

Apenas dormía en el hospital, así que conecté los auriculares a mi teléfono y me los coloqué para escuchar música a un nivel bajo. Mi madre pasaba las noches conmigo, cuidándome, aunque siempre se quedaba dormida mucho antes que yo en la enorme butaca de la habitación.

No estaba allí por tener un aneurisma gigantesco en la cabeza o porque me quedaran tres meses de vida. Estaba allí por el jodido estrés. El único síntoma que había notado era el dolor de cabeza que me atormentaba días atrás, ningún otro. El maldito estrés empezó a acumularse dentro de mí y justo antes del recital de flauta, colapsé. Me desmayé, y por lo que me contaron mis padres después, no conseguí volver en mí misma hasta que no llegué al hospital. No tenía lesiones cerebrales ni nada por el estilo, y los médicos solo llegaron a una conclusión: necesitaba reposo y tomarme las cosas con mucha más calma.

Aunque quise salir del hospital cuanto antes, mis padres se empeñaron en que me quedara allí al menos una semana. Era la primera vez que veía a mis padres preocupados por algo que no fueran mis calificaciones. Sí, seguía encerrada en el hospital, y sí, le había mentado a Yoongi. Le había dicho que estaba bien, que no era nada grave... En realidad, no me había visto en tres días. No quería que él se preocupara mucho por mí. Creía que él, muy muy muy en el fondo, se preocupaba por su única amiga. Admití que sus palabras me habían hecho un poquitín de daño. Eso de que perdía el tiempo, que utilizaba a Minho para no sentirme más sola... Siempre decían que las verdades son lo que más duelen, y era cierto.

Me quedé dormida escuchando el prelude de Chopin en mi menor que debía haber tocado en el recital de piano. Me salía muy bien, pero tuve la suerte de desmayarme el día anterior. ¿Lo peor de todo? Que Yoongi fue a verme... y no me vio. Todas nuestras horas de ensayo fueron en vano. Lo sentía en el alma y solo pensaba en pedirle perdón de tres mil formas distintas.

Mi madre se marchó a trabajar por la mañana y me dejó sola unas cuantas horas. Una enfermera en prácticas vino a hablar conmigo sobre catéteres y sondas, y de paso, a traerme la comida. La verdad es que no me importaba mucho estar ingresada porque a) la comida del hospital era buena, b) la cama era cómoda, y c) no tenía que moverme. Lo único malo es que desayunaba a las siete, comía a la una de la tarde, cenaba a las ocho y fin del día. Normalmente cenaba pasadas las diez de la noche, así que para mí era muy raro comer a esa hora.

La puerta se abrió inusualmente fuerte, de repente. Me asusté y quise llamar a alguna enfermera.

—¿No deberías estar en un veterinario? —reconocí su voz grave. Yoongi apareció segundos después, con aire desafiante. Se pasó la lengua por el interior del carrillo y me señaló con la barbilla, desganado—. Es donde van

las cabras locas.

—¿No deberías estar en clas...?

Se acercó a mí con rapidez y puso su mano sobre mi frente sin previo aviso, con cara de asco. Después buscó heridas, piojos en mi cabeza o yo qué sé qué, todo sin borrar su expresión de haber pisado una caca.

—Genios como yo no van a clase —contestó—. Estarás cómoda ahí tumbada. Yo me he recorrido medio Seúl y tengo los pies machacados solo por venir a verte. ¿No tienes que decir nada al respecto?

—Que te den.

Puso los ojos en blanco y suspiró dramáticamente.

—Aerin, Aerin... —sonó como si fuera mi padre reprendiéndome, resignado y con hastío. Dio una vuelta por la habitación, hojeó mi historial con las cejas enarcadas y lo dejó caer en su sitio, escéptico—. Joder, prefiero no leerlo. Has tenido más médicos que amigos.

—Oye, si solo has venido a tocarme las narices, vete. ¡Me duele la cabeza!

—Tú me diste dolor de cabeza toda una jodida noche mientras yo estaba agonizando por una apendicitis —exageró—. Creo que es la hora de mi venganza.

—Bah, como quieras.

Le resté importancia, porque, al fin y al cabo, lo único que quería era ver a Yoongi. Sonaba estúpido y ñoño, pero era lo que había estado esperando durante aquellos tres eternos días —casi cuatro—. Ni siquiera quería saber por qué se había presentado allí si en teoría le había dicho que ya no estaba en el hospital. Solo quería que se quedara conmigo un rato, y no tenía por qué hablarme, solo tenía que estar ahí, acompañándome.

—Fui al trabajo de tu madre y le pregunté dónde estaba la asquerosa de su hija —dijo Yoongi, jugueteando con uno de los piercings de su oreja mientras se sentaba en la butaca como todo un rey—. Me ha dado todos los sándwiches que no te has podido comer estos días.

—Ah, conque soy tu excusa...

—Sí. Yo también soy la tuya, así que no te quejes, Aerin.

Yoongi se rio suavemente, mirándome como un padre conmovido por su hija pequeña, con cariño. Después se dio cuenta de que yo le miraba directamente a los ojos, de que había notado la calidez de su mirada, y agachó la cabeza entre avergonzado y molesto. Fingió que no había pasado nada, miró con desinterés hacia el techo, como si siguiera el vuelo de una mosca, y volvió a

chasquear la lengua. Se rascó la sien.

—No deberías haberte tomado tan en serio lo que te dije —murmuró—. Tienes que hacer las cosas a tu ritmo porque si no, luego vas y te desmayas.

—¿Estás riñéndome?

—¡Claro que estoy riñéndote! —Hasta él mismo se sorprendió por el tono chillón de su voz. Parecía molesto, pero aun así se le escapó una risilla tímida—. Imagina que al caerte te das con un bordillo en la cabeza y te mueres. Qué, ¿eh? ¿Entonces, qué?

—Mmm... Estaría muerta, ¿no?

Yoongi suspiró, frunciendo los labios, derrotado.

—No me esperaba esa respuesta...

—Soy impredecible, querido.

—Bueno, da igual. Simplemente... Cuídate.

Después de recibir el alta del hospital, los días pasaron volando. Los exámenes finales llegaron, así que apenas salí de mi habitación para no perder el tiempo entre ida y vuelta y poder estudiar lo máximo posible.

Llegaba tarde al instituto, como de costumbre. Las sábanas se me habían pegado más de lo normal, pero, jadeando, conseguí llegar al aula 2-B, donde todos los alumnos —excepto un par— se agrupaban frente a un papel colgado en la pared del fondo: era la lista que determinaba quiénes se graduaban como los mejores. A veces decían que esa lista era un incentivo para los alumnos —cambiaba cada mes—, pero para la mayoría tan solo era una pesadilla. No ver tu nombre en los primeros puestos era desmotivador y, sobre todo, desagradable.

Me abrí paso a base de empujones. Era más alta que el resto de las chicas, así que vi la lista desde un par de pasos por detrás. Busqué mi nombre varias veces; no veía «Im Aerin» escrito por ningún lado. Finalmente, fue Sojin la que lo señaló.

—Estás ahí. Eres la quinta —me explicó Sojin, que había conseguido ponerse delante del resto y estaba mirándome con ojos brillantes, como si estuviera orgullosa.

Aunque no era el resultado al que aspiraba o el que esperaba después de hacer los últimos exámenes, estaba feliz. Pocas veces había estado tan contenta, ni siquiera cuando me acababa de llegar uno de los pedidos que hacía por internet ni cuando mi madre preparaba mi comida favorita. ¡Hasta mis poros sudaban alegría! Aplaudí con ímpetu, exultante, me aparté para que el resto viera la lista con sus calificaciones y lo único que se me ocurrió fue achuchar a Sojin, que me dio unas palmaditas en la parte media de la espalda.

—¿Qué está pasando? —oí a mi derecha. Me giré, todavía abrazada a

Sojin, y vi a Yoongi lanzar su mochila al suelo, de mala gana. Llegaba tarde, pero por su cara de «soy un amargado y estoy cabreado con el mundo», supuse que no le importaba mucho llegar a clase unos diez minutos después de que sonara el timbre.

—¡La lista con las notas! —dijo la más bajita—. ¡Aerin es la quinta!

—Bah, ya la miraré luego.

—Eres el segundo de la clase —le dije yo, acercándome a él y poniendo mis manos en sus hombros para agitarle como solía hacer él—. ¡Eres el nuevo Einstein!

—No sé qué te pasa, pero cálmate antes de que te hierva la sangre.

—¡Estoy contenta!

—¿Además de estar drogada?

Puse los ojos en blanco.

—Ay, Yoongi, eres el chico alternativo de la clase, eso ya lo sabemos, pero no tienes por qué destruir mi ilusión siempre.

Se dejó caer en la silla de su pupitre después de arrastrarla, estiró las piernas, echó la cabeza hacia atrás, se quedó mirando al techo y suspiró con cansancio. En cuanto Sojin se marchó a hablar con sus amigas de otro curso al pasillo, aproveché que mi antiguo sitio estaba vacío y me senté a su lado, observándole con cuidado. Recordé que había respondido a mi último mensaje a las cinco de la mañana. Con razón llegaba tarde.

—¿Quieres que te dé unas cuantas pastillas para dormir? —bromeé.

Yoongi, de repente, despeinó mi pelo —aún más— y me dio un golpe suave en la frente con la palma de su mano.

—Estabas preocupada porque ibas a ser la última de la clase y al final te vas a graduar como una de las cinco mejores.

—No me despeines. ¡No te haces una idea de lo que me cuesta peinarme por las mañanas!

—Pero si ni siquiera lo haces... —replicó rápidamente, riéndose.

Golpeé sin mucha fuerza su brazo. Él respondió al instante dándome de nuevo en la cabeza, y en menos de dos segundos estaba intentando protegerme de sus golpes, entre risillas, aunque era como si estuviera jugando con un gatito. En cuanto él escuchó la puerta del aula cerrarse con un golpe y vio que nuestra tutora se subía a la tarima, dejó de pegarme e hizo como si no pasara nada, aunque noté que se estaba aguantando la risa. Antes de dirigirme a mi sitio, hice que se riera al golpear su costado. Solíamos «pelearnos» cada vez

más a menudo y, como sabía todo el mundo, los que se pelean...

Perdí un poco el hilo de la clase. Cuando volví a posar los pies en la tierra, me giré hacia Haneul, mi —por desgracia— compañera de pupitre. Le pregunté de qué estaba hablando la profesora cuando escuché algo de un presupuesto.

—Un viaje de fin de curso a Busan la semana que viene —me contestó, con desgana, mascando chicle cual vaca rumiando el pasto. Era casi tradición que, dado que estábamos en nuestro último año, se organizara una excursión a algún lugar de la geografía coreana. Solía ser la isla de Jeju, pero no había dinero suficiente como para subir a todo un curso a un ferry.

—Oh... ¡Yoongi! —exclamé en un susurro, columpiándome en la silla peligrosamente hacia atrás para llamar la atención del pelinegro—. ¡Yoongi! —Él dejó de mirar por la ventana para mirarme a mí, enarcando ambas cejas—. ¿Irás?

Se encogió de hombros, pero me lo tomé como un «no» y supuse que tendría que convencerlo más tarde, aunque no me aguanté y me levanté antes de que la profesora se fuera y nos dejara solos con una manada de orangutanes. O sea, con el resto de la clase y Sojin. Me hice un hueco entre Yoongi y su compañero de pupitre, me acuclillé, escondida de la profesora —que ni siquiera se dio cuenta de que yo faltaba en mi sitio— y apoyé mis codos sobre las rodillas de Yoongi. Él hizo como si yo no estuviera ahí, aunque a su compañero le costó más fingir y huyó al creer que yo iba a hacer algo indecoroso.

—Parece que vas a tocarme la flauta, y no precisamente algo de Fauré —dijo, mirando hacia abajo en cuanto la profesora dejó la puerta abierta tras ella y en cuanto el setenta por ciento de la clase se fue.

—Vendrás a Busan conmigo, ¿verdad? —Lo miré con los ojos de una corderita.

¿Verdad, verdad, verdad?

—No quiero ir a Busan, ni siquiera me gusta la playa y me niego a andar siete kilómetros.

—¿Eh?

—¿Por qué no has prestado atención? —bufó—. ¿No has oído lo que ha dicho? Tenemos que caminar siete kilómetros al día.

—Eso no es nada, cuando vamos a Myeong-dong...

—Siete. Kilómetros.

Resoplé.

—¡Pero sería nuestro viaje de fin de curso! Ah... Ya entiendo. Estás ocupado. Bueno, no pasa nada. —Empujé la montura de mis gafas hacia atrás, algo nerviosa al pensar que Yoongi podría estar ya a punto de entrar en la agencia. No sabía si había hecho audiciones, pero cada vez que le preguntaba, lo negaba, y eso me hacía creer que me estaba mintiendo. Mi intuición me lo decía.

Se quedó un momento callado, como si le estuviera dando vueltas al asunto.

—De todas formas, ¿qué hago yo en Busan?

—¡Respirar el aire puro y fresco del mar y buscar inspiración para tus letras en la bellísima naturaleza salvaje de Busan!

—Joder, qué coñazo. Y Busan no tiene naturaleza salvaje que yo sepa.

—Ay, vamos, no me digas que prefieres apuntarte al club del jubilado y viajar a algún templo en la montaña.

—Pues sí, la verdad... Oye —Se rio suavemente. Fue totalmente inesperado —. Levántate de ahí antes de que la gente crea que me la estás chupando.

—Pero ¿cómo van a creer que...? ¿Cómo...? —Agité la cabeza y terminé sentándome de nuevo en la silla libre que Yoongi tenía al lado. Prefería que la gente no tuviera ideas equivocadas a pesar de que me parecía una estupidez. Ni drogada, ni borracha y mucho menos ni muerta se me ocurriría meneársela a alguien en medio de una clase, en ninguna circunstancia. La mayoría de la gente de clase se había marchado al pasillo, a gritar como unos cortacéspedes averiados.

Al rato, Sojin apareció, mirando hacia el pasillo con algo de suspicacia, como si hubiera escuchado algún disparate. Se acercó a nosotros deprisa, entre horrorizada y curiosa, frunció el ceño y se sentó en las sillas que teníamos delante.

—Están diciendo que...

Mi móvil vibró de repente, haciendo que me sobresaltara de una manera ridícula y vergonzosa. Me reí después a causa de mi estupidez y miré los mensajes reflejados en la pantalla de mi teléfono, fingiendo estar sorprendida.

diosss qué ascooo 11:16

en seriooo? 11:16

aerin pq querías chupársela a yoongi??? 11:16

q desesperada jajajajaj 11:16

solo quiere atención 11:17
sería asqueroso hasta si fueran
novios pero no lo son! 11:17
pobre yoongi tiene que tener un trauma 😂😂 11:17
nunca estarán juntos 11:17
lo único que quiere esa zorra es atención
y yoongi es demasiado bueno cn ella 11:17

Le enseñé los mensajes a Yoongi, y él, sin pensárselo dos veces, me arrebató el teléfono de las manos y tecleó algo antes de que yo pudiera recuperarlo. Sojin nos miraba extrañada, como si estuviera viendo un asombroso partido de tenis o de ping-pong.

Miré lo que Yoongi había escrito.

Y si estamos juntos de verdad? 11:18

No sabía qué cojones hacía sentado en un autobús de ida a Busan. Aerin era la responsable de todo aquello. Ella me había convencido con su técnica infalible de enviarme mil mensajes por minuto. Fui uno de los primeros en llegar al autobús. No mentiría si dijera que tuve un cabreo gigantesco cuando me di cuenta de que Aerin no llegaba. Seguía estando débil después de salir del hospital, así que luego me preocupé un poquito por ella. El sitio que había guardado para Aerin a mi lado seguía vacío.

Hasta que llegó Soyoung. Llevaba unos pantalones excesivamente cortos. Creí que iba en bikini. Pero resultó ser todo lo contrario. Me miró con una sonrisita.

—¿Está libre? ¿Puedo sentarme contigo?

—No —contesté, tajante. Me puse los auriculares para que viera que me importaba una mierda lo que me dijera a continuación.

—Pero no está reservado para nadie... —dijo, y se sentó como si le hubiera dado permiso—. ¿O está reservado para tu novia? Aerin dice que eres su novio. Ella solo se dedica a mentir y...

Señalé con el índice por la ventana. Vi a Aerin arrastrando una terrible mochila naranja, corriendo para llegar cuanto antes.

—Ahí viene mi novia.

Solo miré a Soyoung para ver su reacción. Frunció los labios y se quedó sentada de brazos cruzados, resignada y celosa. Me limité a apoyar la cabeza contra el cristal de la ventana. Esperé a que Aerin subiera al autobús en silencio, ignorando a Soyoung.

—Hola —jadeó Aerin, subiéndose las gafas—. ¿Puedes quitarte...?

—Busca otro sitio, yo he llegado antes.

—Busca a otro chico, yo he llegado antes —soltó Aerin, sacando la actriz

que llevaba dentro.

—¿De qué vas? Quiero sent...

Hice que Soyoung dejara de protestar levantándome y empujándola para pasar por delante de ella. Me senté en los asientos de delante, desocupados. Aerin no tardó en hacer lo mismo. Suspiró y se echó el pelo hacia delante. Se abanicó con las manos.

—Esa idiota ya me ha puesto de mal humor.

—¿Cuándo no estás de mal humor?

—Ja, ja. Qué gracioso. —Me hizo burla.

Teníamos por delante casi tres horas de viaje en autobús. Reclinamos nuestros asientos para joder a Soyoung y a Haneul. Terminaron sentándose detrás de nosotros con la intención de fastidiarnos el viaje, pero no entendían que se metían con el orgullo de Daegu y su amiga. Su novia fingida. Lo que fuera.

Si se me ocurrió fingir ser el novio de Aerin era solo para que la dejaran en paz. Bueno, luego pensé por un momento que quizá lo único que quería es que Aerin fuera mi novia de verdad. Quizá solo estaba buscando una excusa. Lo más gracioso es que me pareció lógico.

Puse algo de música a todo volumen para tapar los gritos del resto. Al ser un viaje de fin de curso todo el puto mundo chillaba. Solo nos íbamos a Busan. Bueno, realmente ni siquiera íbamos a la capital de la provincia. Íbamos a un pueblo pesquero para «aprender las viejas costumbres». Vamos, que íbamos a dormir en unas putas cabañas de pescadores. A Aerin casi le dio un paro cardíaco al enterarse de que no iba a Busan para saciar su sed consumista, pero la amenacé con romper su colección de maquillaje y al final, vino.

Notaba su mano casi sobre la mía. Estaba algo adormecido y el suave traqueteo del autobús no ayudaba mucho. Quería abrazarla. Me contuve. Pero cogí su mano. Primero rocé su meñique con el mío, después continué rozando sus dedos. No puso pega. No se quejó. Me lo tomé como una señal para entrelazar nuestros dedos, y casi sin darme cuenta, lo hice.

Mordí el pulgar de mi mano contraria, sonriendo. Miré hacia la ventana para evitar que Aerin me viera, aunque podía hacerlo porque mi imagen se reflejaba en el cristal. No podía creer que estuviera agarrando la mano de la chica que me gustaba.

Llegamos a Busan después de casi tres horas de viaje. Multiplicadas por dos. Seis putas horas de viaje en autobús. No llegaba a entender cómo un autobús podía tardar tanto en recorrer la distancia Seúl-Busan. Me había quedado dormido las tres primeras a pesar del escándalo que formaban el resto de las personas. Aerin me despertó antes de que el bus parara en un área de servicio, y lo primero que le pregunté fue a quién estaban matando. Gritaban como cerdos en un matadero. Idéntico.

Las tres horas restantes del viaje no fueron tan malas. Soyoung y Haneul se dedicaron a dar patadas al asiento de Aerin, pero ella se giró para decirles que se estaba mareando y que podía echarles la pota en la cara si no paraban. La amenaza causó efecto. También escuchamos música. Aerin se comió tres bolsas de patatas fritas. Y jugamos a encadenar palabras. Gané seis veces de siete, pero porque a la séptima dejé que fuera Aerin quien ganara. Empezaba a enfadarse y no quería morir en un autobús lleno de gente estúpida. Si moría, que fuera con un mínimo de dignidad.

Ni siquiera entramos en Busan. Aerin tuvo una crisis y se pegó a la ventana —aplastándome contra ella— al ver cómo el autobús pasaba de largo la entrada a la ciudad. Sí, íbamos a estar cuatro días en medio de la nada, encerrados en unas estúpidas cabañitas y caminando por la playa como gilipollas. A todo el mundo le emocionaba estar en la nada porque podían hacer lo que les diera la gana, pero al parecer a Aerin le agradaba más bien poco. Estuvo a punto de echarse a llorar cuando vio el pequeño pueblo donde íbamos a pasar las noches. Estaba plagado de barcos destartados, olía a pescado muerto y la playa no parecía demasiado limpia. Empujé a Aerin fuera del autobús antes de que se negara a bajar. Ella era la que estaba emocionada por ir allí, así que iba a tener que joderse y atenerse a las consecuencias.

Las profesoras que nos acompañaban pasaron lista rápidamente. Tenían pinta de que les importara una mierda perder a algún alumno. Después, para el doble espanto de Aerin, nos llevaron a un jodido campamento con cabañas de madera a punto de caerse, ordenadas en círculo. Aunque el césped que las rodeaba estaba cuidado y se podía ver el mar a lo lejos, aquellas cabañas no me dieron muy buena espina. Ni siquiera a mí, que podía dormir entre basura. Con tal de estar cómodo...

Tenía las piernas entumecidas de estar tanto tiempo en el autobús. Sí, era impresionante que yo, Min Yoongi, me quejara por estar seis horas sentado. Sentía que tenía una hernia discal. Y lo peor de todo es que íbamos a tener que

caminar miles de kilómetros hasta llegar a un puto parque natural con unos cuantos templos. ¿Para qué quería ver yo templos budistas? Para nada. Tenía hambre, hacía calor y encima tenía al equipo zorra jodiéndome. Me rodearon en cuanto Aerin se alejó dos pasos de mí para hacer fotos a un trozo de césped. Dijo que el césped del pueblo era más bonito y verde que el de Seúl. Solo a la gilipollas de Aerin se le podía ocurrir hacer fotos al césped.

Soyoung se pegó a mí como si fuera una lapa. Como si me importaran sus planes para escaparse de la excursión y marcharse a la playa. O como si no me diera cuenta de que estaba intentando actuar como Aerin. Volví a ponerme los auriculares. Por fin habían captado que estaba prohibido hablarle a alguien que estaba escuchando música. Después de que les dijera que se perdieran, se dispersaron como una manada asustada de lobos.

El viaje era jodidamente aburrido. Todo el mundo fingía prestar atención a las explicaciones de las profesoras, que pretendían ser guías turísticas. Seguro que Aerin lo hacía mucho mejor. «A su derecha pueden ver un pueblecito de Busan, y a su izquierda, un pueblecito de Busan.» Ella se quedó hablando con las amigas de Sojin un buen rato, ahogando grititos de fan loca. Hablaban de algún grupo de *idols* que no conocía y que no me interesaba conocer. Al final, Aerin me alcanzó. Tiró de la correa de mi mochila y me obligó a pararme en seco. Me tendió un bote de protector solar, pero lo rechacé. Como me negué a ponerme crema, ella terminó echándome medio bote en la cara. Me regañó por no echármela y me dijo que no quería que me quedara como una langosta. Luego empezó a dramatizar y acabó diciendo que iba a tener cáncer de piel si no usaba protector solar.

Nos fuimos quedando atrás. Conforme nos íbamos cansando, la distancia entre nosotros y el resto de los miembros de la excursión se hacía mayor. Caminábamos en silencio, pero eso no me importaba. Me gustaba que estuviera callada porque sus labios formaban una especie de triángulo y siempre tenía cara de fastidio. Aerin siempre me decía que yo parecía un crío de primaria, pero ella no se daba cuenta de que también parecía una niña pequeña. Lo irónico es que estaba todo el puto día mirándose en el espejo.

El parque natural no era gran cosa. Árboles altos, árboles más bajos, arbustos, alguna que otra flor y templos en los que no entré. Aerin también optó por quedarse sentada enfrente de un templo budista gigantesco. Estuvo dándome una charla sobre el agnosticismo. Yo solo me fijé en cómo gesticulaba de esa manera tan característica... O en cómo no dejaba de subirse

las gafas.

Caminamos todavía más. Llegó un momento en el que solo podía arrastrar los pies. Aerin cogió mi mano y se ocupó de tirar de mí. Pero después se cansó y la que tuvo que tirar de nosotros fue Sojin.

La verdad es que, a pesar de que el viaje era un coñazo, el tiempo se me pasó rápido. Era casi de noche cuando por fin retomamos el camino de vuelta. Estaba hasta los cojones de caminar, y por si fuera poco, tenía que aguantar las quejas de Aerin otros quinientos kilómetros.

Seguía haciendo calor cuando llegamos al campamento, o lo que fuera. Todo el mundo estaba cansado y hambriento. Y yo estaba hasta los huevos de todo el mundo. Gritaban, cantaban como gatos aplastados, empujaban al resto y planeaban montar una fiesta. La fiesta no era lo mío. Solo quería ducharme y dormir.

Las profesoras hicieron que nos reuniéramos en el centro del círculo de las cabañas antes de la cena. Nos dieron unas órdenes claras e hicieron una lista con las personas que iban a dormir juntas. Las cabañas tenían camas para tres o cuatro personas. Obviamente, los chicos no podían dormir con las chicas. A las once todas las luces debían estar apagadas. La gente formó grupos rápidamente. No sé cómo llegué a estar en la misma cabaña que el friki de la clase y otro tío que jugaba al baloncesto. Sabía que Aerin hablaba con el friki porque era su compañero de laboratorio. Park *algo-ho*. Y el tipo que jugaba al baloncesto —bastante mal— tenía otro nombre común que ni siquiera sabía. Fui el encargado de guardar la llave de la cabaña. En menos de cinco minutos, estaba encerrado en una casa de madera con otros dos tíos. Solo había dos literas y el espacio era bastante reducido. Lancé mi mochila hacia arriba, a una de las camas de arriba. El friki no se atrevió a ocupar la de abajo y el del baloncesto dijo que no me preocupara, que se iba a dormir con sus amigos a otra cabaña.

Decidí darme una ducha, pero Park se me adelantó. Empecé a cronometrar el tiempo que pasaba en la ducha. Bufé. Cogí la toalla de mi mochila y ropa para cambiarme. Me bajé de la litera de un salto y salí de la cabaña.

Crucé el césped recién cortado. Me importaba una mierda que alguien me viera entrar en una de las cabañas de las chicas. Ni siquiera llamé a la puerta. Entré en la cabaña de Aerin en cuanto la escuché gritar.

—¡Es terrible...! —Estaba de espaldas, casi gritando. Sollozaba. Miré hacia su derecha. Haneul estaba sentada en la cama inferior de una de las literas,

observando a Aerin. Enarqué las cejas. ¿Aerin tenía que dormir con ellas?—. Sí. Está sucio y las camas son muy incómodas. Huele a humedad. No me gusta...

Supuse que hablaba con su madre y que estaba llorando. Tendría otra de sus crisis nerviosas. Debió de verme reflejado en el cristal de la ventana abierta donde estaba apoyada y se giró, sorprendida. Sus ojos estaban rojos y húmedos. Se secó las lágrimas en cuanto me vio.

—Sí, mamá. Hasta mañana... Adiós. —Colgó y guardó su teléfono. Inmediatamente se dirigió hacia mí—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a cantarte una serenata —dije, sarcástico—. ¿Está el baño libre?

—No me digas que vienes a cagar al baño de mi cabaña, ¡lo que me faltaba! —Hizo un mohín—. No me gusta este sitio —murmuró—. Está sucio, es demasiado pequeño y es feo.

Los dos ignoramos a Haneul. Hicimos el vacío a esa zorra. Me senté en la litera contraria y esperé a que Aerin se sentara a mi lado, pero no lo hizo. Según ella, estaba demasiado sucia. Tenía algo de razón, pero tampoco era para tanto. Al menos la cama no tenía garrapatas... A simple vista.

—¿Esperabas que fuera un hotel de cinco estrellas?

—No... —Se acercó a mí, mordisqueándose la yema de los dedos—. Pero tampoco me esperaba esto. Es como... un shock cultural.

—Chútate unas cuantas pastillas para dormir y seguro que se te pasa —solté, restándole importancia al asunto. Pasé a su lado y despeiné su pelo cariñosamente—. Me voy a duchar.

—¿Aquí?!

—Sí.

Estaba seguro de que las pupilas de Haneul se habían dilatado un doscientos por ciento. Aun así, me dirigí al baño. Era algo más amplio que el nuestro y Aerin ya había colocado su neceser sobre el lavabo. Supe que era suyo por la cantidad de purpurina y colores del estampado. Dejé la ropa limpia cerca de la ducha.

—No mires.

—De todas formas, ¿tienes algo que pueda ver? —replicó, divertida. Le cerré la puerta en las narices y abrí el grifo del agua caliente. Era casi verano, pero yo era incapaz de ducharme con agua fría. Además, me vendría bien para relajarme—. ¿Estás seguro de que vas a ducharte aquí? ¿Estando ella? —Oí su voz al otro lado de la puerta. Se refería a Haneul.

—Sí —contesté.

—¡Qué fuerte! ¡Estás loco!

—La vida sin peligro no es lo mismo... —Miré con curiosidad el neceser de Aerin. Llevaba una cantidad inmensa de cosas para el pelo y geles de baño. No sabía qué mierdas era una espuma de ducha de cerezo y madera de yo-qué-sé-qué, pero supuse que olería bien y lo cogí. También utilicé su champú abrillantador y todas esas cosas que prometían y que eran mentira.

—Se ha ido —me dijo. Oí cómo se apoyaba en la puerta.

—¿Por qué no te vas tú también? —le dije yo bajo el grifo de la ducha.

—Porque esta es mi asquerosa cabaña. Y no me moverán de aquí. Ah, y no tardes. Yo también quiero ducharme. ¿Por qué has tenido que venir a mi baño? Eres un profanador de baños.

—No es tu baño.

—Bueno, pues al baño de mi cabaña.

—Tampoco es tuya...

—Vale, pues a este baño que se supone que es para mí. ¿Contento?

Me reí suavemente. Me hacía gracia hacerla rabiar. Esperé que no hubiera escuchado mi risilla gracias al agua que caía de la ducha.

—Park estaba tardando una eternidad en el baño.

—El pobre tendrá la diarrea del viajero o algo por el estilo.

—¿Cómo has acabado en la misma cabaña que Haneul?

—¡Las dos me han arrastrado con ellas! No tiene sentido. Creo que hoy no pegaré ojo, por si esas hijas de su madre se atreven a hacerme una bromita... ¿te queda mucho?

—Sí —canturreé.

Oí cómo gruñía.

—Debería haber echado decolorante en tu champú para que tu pelo se quedara del color de un pollo —bufó—. Espera, no has traído champú. —Ahogó un grito, horrorizada—. ¡¿Estás utilizando el mío?! —Me reí. El agua caía demasiado fuerte sobre el plato de la ducha, así que supuse que tampoco esta vez me oyó. Ella se tomó mi silencio como un «sí»—. Yoongi, yo..., ¡ojalá resbales y te rompas la cadera!

No supe si se marchó o si solo se quedó en silencio. Terminé de ducharme más rápido de lo que había previsto. Me sequé, me vestí y asomé la cabeza por la puerta. No vi a Aerin por ningún lado. Coloqué la toalla húmeda sobre mis hombros. Salí del baño, esperando a que Aerin saltara de cualquier lado

para arrancarme la cabeza por utilizar su champú. Esperé que no se diera cuenta de que también había utilizado su gel. O espuma, o lo que fuera. Justo cuando miraba a la derecha para irme de allí silenciosamente, Aerin apareció a mi izquierda y puso las manos en mis mejillas, apretándolas, y acercó mi cabeza a su nariz. Dobló mi cuello, pero no me quejé. Alargué el brazo para alcanzar el picaporte de la puerta de la cabaña, despacio.

—¡Has utilizado mi champú! —me soltó, empujando mi cabeza hacia atrás.

—Se me ha olvidado el mío, y, Aerin, querida amiga, los amigos suelen compartir sus cosas. Cuando alguno se olvida algo que el otro tiene, normalmente se lo deja porque así son los amigos, ¿sabes? Te lo explico porque como soy tu único amigo en diez años seguramente no lo sabes. Además, me gusta cómo huele y tengo que cuidar mi precioso y maravilloso cabello —me excusé, gesticulando de una forma similar a la suya.

—Qué mal rollo me das —soltó ella, poniendo cara de asco. Se alejó sin dejar de mirarme hasta que se golpeó con una de las barras de una litera—. Utilizas el champú de una chica solo porque te gusta el olor... Qué siniestro...

Puse los ojos en blanco. Vi cómo sacaba una toalla y algo de ropa de su maleta. Se quitó la goma que le sujetaba el pelo y agitó la cabeza. Estaba a punto de irme cuando me detuvo.

—¿Dónde vas? —me preguntó, mirándome con ojos de corderita. Tenía un pie dentro del baño y otro fuera.

—¿A mi cabaña?

—No es tu cabaña, Yoongi —replicó, con sorna—. Quédate.

—¿Quieres que te acompañe al baño? Lo digo porque eres una tía y las tías siempre vais juntas al baño. —Me encogí de hombros ante su mirada asesina—. No sé, a lo mejor también os acompañáis mientras os estáis duchando.

Fue ella quien me cerró la puerta del baño en las narices. Iba a dejar a Aerin sola. De todas formas, iba a verla en la cena. Me lo pensé dos veces. Lo único que quería era dormir. A lo mejor ni siquiera merecía la pena cenar.

Escuché el grifo de la ducha abrirse.

—¡No te vayas! —gritó desde el interior del baño.

Suspiré aparentemente resignado. Escondí una sonrisilla y paseé por la diminuta habitación. Una parte de mí se sentía estúpido. Todo lo que hacía Aerin me parecía mono. Podría matar a un cachorro y yo me limitaría a sonreír como un tonto. Que me dijera que me quedara también era mono. Y eso era una idiotez. Aerin, maestra de las onomatopeyas, chilló nada más meterse bajo la

ducha. Maldijo porque el agua estaba demasiado caliente.

—¿Cuál es tu litera? —le pregunté.

—¡La de la derecha, abajo! —me respondió. Me senté. Y nada más sentarme, me tumbé en la cama. No sé de qué se quejaba Aerin, era bastante cómoda. Me fijé en el tablón de madera que tenía sobre mí. Estaba lleno de frases sin sentido, pintado. No había ni un solo hueco. Ni siquiera para poner: «El rey de Daegu estuvo aquí»—. ¡Yoongi, también has utilizado mi...

—No te oigo...

—Esta vez te lo perdonaré, pero no pienso invitarte a un café en todo lo que me queda de vida —sentenció. Se puso a cantar, como el ochenta por ciento de la gente en la ducha—. Oye, ¿por qué no me rapeas algo? Música para la ducha.

—Mmm... No.

—¿Podrías hacer un rap con los ingredientes del champú!

—Sería un exitazo —dije, sarcástico.

Continuamos hablando. Bueno, ella continuó hablando. Me limitaba a escuchar sus ideas absurdas para futuros raps. No sé cuánto tiempo estuvo Aerin en la ducha, pero salió más rápido que yo. Llevaba el pelo envuelto en una toalla y un vestido limpio de color azul. Se ajustó bien las gafas antes de sentarse a mi lado. Aunque nunca me hubiera atrevido a decírselo a la cara, lo cierto es que estaba deslumbrante. Miró el colchón en busca de suciedad varias veces antes de sentarse. Se quedó como si fuera una puñetera columna, tensa. Me reí y sujeté mi cabeza con la mano, hincando el codo en el colchón.

—Está sucio, está sucio, está suci...

—¿Sientes cómo todas las bacterias de la colcha van pegándose a la falda de tu vestido...? —empecé a decir, calmado—. Atravesarán la tela, se adherirán a tu piel, entrarán en tu organismo por los poros... —Le dio un escalofrío—. Pasarán a tu sangre, recorrerán todo tu cuerpo...

Rocé la piel de su cuello con la yema de mis dedos. Automáticamente a Aerin se le puso la piel de gallina. Entre risas, trató de zafarse de mí. En ese momento, tuve un impulso, el de agarrarla y no soltarla nunca, hacer que se quedara conmigo para siempre. Me quedé mirándola. Aerin ya no se reía, sino que sonreía tímidamente mientras me miraba. Estaba tan jodidamente guapa cuando se sonrojaba... Joder, ¿qué me pasaba?

Carraspeé, bajé la mirada y me tumbé en la cama. Aerin hizo lo mismo.

—Creo que no voy a aguantar cuatro días encerrada con esas dos —dijo—.

Sé que planean algo. Hagan lo que hagan, no son discretas. Solo hace falta mirarlas y ver las tarántulas que tienen como pestañas...

—Me dan más asco ellas que todas las bacterias de la cama.

—¡Ay, no digas eso! —me rogó, con voz chillona. Fingió llorar.

—Imagina toda la gente que ha pasado por estas camas y la de cosas que han podido...

—¡Para! —lloriqueó. Se tapó la cara y movió la cabeza de un lado a otro. Llegué a pensar que se estaba volviendo más loca de lo que estaba—. No me lo recuerdes, no quiero saber nada. Esta cabaña es bonita, preciosa, está limpia y tiene camas tamaño rey.

Aerin seguía con la cara tapada cuando la puerta de la cabaña se abrió de golpe. Los dos miramos hacia allí. Era Zorra Dos con algunas de sus amigas. Se quedaron mirándonos. Y nosotros nos quedamos mirándolas, desafiantes.

Aerin apoyó su brazo en mi pecho. Yo le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí con fuerza.

—¿Os habéis duchado juntos? —preguntó una de las zorras. No sabía su nombre y tampoco quería saberlo.

Aerin y yo ni siquiera nos miramos.

—Sí —contestamos a la vez.

Soyoung frunció el ceño, cabreada, y empujó la maleta de Aerin hacia un lado. La de gafas sonrió.

—Es lo que hacen los novios, ¿no?

—Si sois novios, deberíais besaros.

—Es que preferimos hacerlo en la intimidad —cortó rápidamente Aerin. Cogió mi mano, se levantó, volvió a darse en la cabeza y tiró de mí hacia la puerta—. De hecho, vamos a cualquier esquina oscura para hacerlo ahora mismo. ¡Adiós!

Salió, cerró dando un portazo y soltó mi mano enseguida. Inspiró con fuerza. Suspiró después. La misma parte de mí que se sentía estúpido me dijo que yo no le gustaba a Aerin. El contacto físico para ella era algo natural. También se pegaba mucho a Sojin porque la consideraba su amiga.

Tampoco era un gran problema que yo no le gustara, pensé.

Quise convencerme de eso, pero la otra parte de mí me dijo que sí lo era. Aerin iba a ser un quebradero de cabeza para mí si no conseguía aclararme... y si ella no daba alguna señal.

Yoongi

estás despierto? 00:08

Sí 00:09

Creo que nadie ha cogido mi móvil
y se ha hecho como 100 selfies con él 00:09
Y tampoco nadie ha cambiado su nombre
de contacto a «reina Aerin puta ama» 00:09

puedes hacerme un hueco en tu cama? 🥺🥺 00:10

No 00:10

solo quiero dormir 00:10

porfavorporfavor 00:11

haneul ronca demasiado, creo que soyoung
está teniendo sueños húmedos y las chicas
de la habitación

de al lado no dejan de hablar y de
reírse como focas 00:11

SOYOUNG ES SONÁMBULA Y HASTA SE HA
COMUNICADO CON HANEUL POR LO QUE MÁS
QUIERAS SÁLVAME TENGO MIEDO Y LA CABAÑA
SEGURO QUE SE CAE 00:11

porfavor 00:11

✓✓ leído a las 00:11

está la ventana grande de tu cabaña abierta? 00:23

Para ti no. 00:23

eso es un sí 00:23
intentaré no hacer mucho ruido 00:23

Vas a cagarla, como siempre 00:23
Puedes dormir en la cama de Park 00:23

NOOOO 00:23
ABORTAR MISION ABORTAT MISION
LA PROFESORA ME HA PILFADO OMG 00:25
BUENDS NOCHWSSS 00:25

Había salido de la cabaña con el teléfono en la mano, correteando con un pijama de color rosa pastel que me quedaba gigantesco. Divisé la cabaña donde dormía Yoongi y me dirigí hacia ella, aunque tuve la mala suerte de toparme con una profesora que me gritó para que volviera a la mía. En realidad, no era la única que estaba pasándose por el arco del triunfo el toque de queda: al menos seis alumnos estaban agazapados tras los arbustos para ir a otras cabañas.

Me escondí detrás de una palmera gigantesca, intentando que la profesora de turno no me viera pasearme en pijama por el círculo de cabañas a las tantas de la noche. En teoría, todo el mundo debía estar acostado a las once, pero yo era incapaz de dormir en la misma habitación que una sonámbula y una roncadora que se comunicaban a base de palabras ininteligibles.

Continué con mi camino, despacio, mirando hacia atrás y hacia los lados, como si me estuvieran acechando. Sentía mil pares de ojos clavados en mí. Me paré en seco y busqué rápidamente un nuevo escondite al ver dos figuras acercándose a mí. Me acuclillé en el suelo con la estúpida esperanza de que no me vieran. Entorné los ojos para ver mejor en la noche y poder enfocar mi vista en aquellas dos personas. Era Minho con otra chica. ¡Otra chica! Me mordí el labio para aguantar la risa. Pues sí que me había sustituido rápido... Fingí ser un arbusto, así que ninguno de los dos reparó en mí.

Tuve que ir por detrás de las cabañas para llegar hasta la de Yoongi y su único compañero, Park, un chico que durante años había sido mi compañero

de laboratorio y etiquetado como el friki de la clase.

Miré con espanto la ventana semiabierta de la casita de madera. Era bastante grande, pero me daba algo de asquito tocar los bordes. Empujé el cristal hacia dentro para terminar de abrir la ventana, y con sumo cuidado, tratando de no hacer mucho ruido y de no rozar los bordes sucios, estiré una pierna y entré en la cabaña. Solo me faltaba haber entrado en una habitación equivocada y ese sería definitivamente el día más asqueroso de mi vida por detrás del día en el que estuve a punto de comerme un gusano —esa era otra historia—. La cabaña estaba en completo silencio y me asustaba la idea de haber entrado en la boca del lobo yo solita. Empujé la montura de mis gafas con mis nudillos, desbloqueé mi teléfono para que el resplandor de la pantalla iluminara un poco la estancia y miré hacia las dos literas que estaban pegadas a la pared.

Me reí con suavidad al ver a Yoongi tumbado en una de las camas superiores.

—Eh, no finjas estar dormido ahora que he llegado, cabrón —susurré. Vi a Park durmiendo en la otra cama.

Me acerqué a las escaleras de la litera. Toda la vida había tenido miedo de caerme o de darme contra el techo, así que siempre elegía las literas inferiores. Las dos restantes estaban libres, pero fue casi un acto reflejo, una respuesta motora inconsciente la que me hizo ir hacia Yoongi y subir las escaleras con mucho cuidado, miedosa. Dejé mi móvil sobre el colchón y di un toquecito en el hombro del pelinegro.

No dijo nada hasta que pellizqué la piel de su antebrazo.

—¡Duerme en la litera de abajo! —susurró.

—Pero... Es que me da miedo dormir sola —confesé.

—Ve a dormir con Park. Se pondrá contento cuando te vea en su cama.

Hice una mueca de disgusto. Al final, Yoongi se hizo a un lado, pegándose a la pared, y me dejó un pequeño hueco en la litera. Primero me senté, luego me tumbé despacio. Miré a mi amigo. Se había tapado la cara con mi pelo, sin querer, y no pude evitar soltar una risilla.

—Estás a un centímetro del borde de la cama y como no te calles te empujaré —dijo, bastante serio, retirando mi pelo de su cara. Me di cuenta de que Yoongi escuchaba música al oír a través de los auriculares que tenía puestos y me pregunté por qué la escuchaba a todo volumen si la cabaña estaba en completo silencio.

Debí de quedarme mirando a Yoongi como si estuviera contemplando los diamantes del escaparate de una joyería. Se me olvidó por un momento que estaba en un pueblo pesquero de Busan, tumbada en una litera con sábanas superásperas, en una cabaña de madera vieja, lejos de casa, lejos de la comodidad de mi cama. Yoongi era inteligente, tenía talento, era sarcásticamente genial y, además, era guapo. Él me miró de reojo por una milésima de segundo, pero no dijo nada y se limitó a mirar la pantalla de su teléfono con apatía. Llegué a la conclusión de que estaba mucho más cómoda con él sin importar la situación o el lugar donde nos encontráramos. Y eso, para alguien como yo, una persona que se sentía insegura allá donde pisara estuviera con quien estuviese, era un grandísimo paso. Después de observar a Yoongi durante segundos, puede que minutos, me abracé a mí misma, rodeando mi cintura, y me quedé con la vista clavada en el techo.

—Espero que este viaje de mierda mejore —susurré.

—Podríamos haber encontrado a un pavo muerto por el camino —susurró él también, encogiéndose de hombros. Me gustaba cuando Yoongi susurraba: su voz sonaba grave, tranquila, y no me extrañaría que me hiciera sonrojar cada vez que hablaba de aquella forma—. O algo peor.

—Al menos estamos vivos.

Se rio, sarcástico.

—Ya. —Eso me hizo pensar bastante. Su insulso «ya» hizo que mi cabeza empezara a trabajar y a elaborar hipótesis, conclusiones precipitadas.

Me giré y me tumbé de lado, con los brazos bajo la cabeza a modo de almohada. Siempre dormía sobre el lado derecho de mi cuerpo y eso conllevaba tener que mirar a Yoongi sí o sí. No era mi intención, pero... ¿qué le iba a hacer? Necesitaba dormir de esa forma si quería descansar bien. Y al parecer, a Yoongi le pasaba algo parecido. Guardó el teléfono bajo la almohada después de enrollar el cable de los auriculares a su alrededor, gruñó cansado y se acurrucó, tumbado sobre su costado izquierdo. El espacio era tan reducido, apenas cabíamos en la cama, que mi cara estaba casi pegada a la suya. Teníamos demasiado sueño como para comentar algo sobre aquello, así que nos quedamos un buen rato en silencio.

—Pondré una alarma a las seis y media para salir de aquí y fingir que he dormido en mi habitación —dije, buscando una excusa para poder mirar la pantalla de mi teléfono y no el rostro esculpido en mármol brillante de Yoongi. Pero después tuve que dejar el teléfono bajo la almohada, como él, y no me

quedó otro remedio que volver a mirar su nariz de gatito, sus ojos oscuros y brillantes, su flequillo azabache... ¡No podía mirar a otro sitio!—. Debería quitarme las gafas, pero... No sé dónde dejarlas.

—Duerme con ellas. ¿Qué más da?

—¿Y si se rompen? ¿Si se doblan las patillas? No puedo dormir con gafas...

Yoongi resopló, se tomó la libertad de quitarme las gafas y se reincorporó con rapidez para dejarlas a nuestra espalda, en el borde de la litera, lo suficientemente grueso como para que no se cayeran al suelo y se rompieran. Supuse que eso era mejor que dormir con las gafas puestas. Volvió a tumbarse, rápidamente, se acurrucó y adoptó la postura anterior.

Era demasiado maniática cuando se trataba de dormir. Lo primero que hice fue echarme la sábana áspera por encima de las piernas. No quería taparme del todo porque el tacto de la tela me daba muchísimo repelús y escalofríos. Luego me acordé de que había dejado la ventana abierta y tuve una especie de crisis nerviosa. ¿Debía levantarme y cerrarla? ¿Debía dejarla abierta y correr el riesgo de que miles de hormigas asesinas entraran al amanecer? Podía escuchar el ruido de las chicharras y de los grillos, también el de las olas lejanas del mar. Era relajante, así que no me moví y dejé la ventana como estaba, abierta.

Creía que Yoongi ya estaba dormido. Tenía los ojos cerrados y las manos entre las rodillas, hecho un ovillo. Dormía acurrucado como un bebé y en el fondo era igual de tierno que ellos, por mucho que a los dos nos costara admitirlo.

—Buenas noches —le susurré, pensando que no me escuchaba.

—Que tengas pesadillas —me respondió, hablando pausadamente, aún con los ojos cerrados—. Con bacterias, arañas, suciedad, garrapatas... —Le di en el hombro, molesta, y el golpe resonó por toda la cabaña. Yoongi abrió un solo ojo y me miró, como si quisiera reprenderme, pero luego sonrió enseñando las encías. Se estaba aguantando la risa—. ¿Por qué todo lo que haces termina siendo un desastre?

—Oye, he terminado el curso y no ha sido tan malo —repliqué.

—Bah —se negó a darme la razón.

Yo bostecé, cerrando los ojos con fuerza y abriendo la boca como si fuera un león rugiendo.

—Tengo sueño...

Estar cansada era distinto a tener sueño: cuando estaba cansada, tenía mal

humor, gritaba a la gente que me trajeran algo de café, solo quería asesinar a alguien y que me dejaran en paz; pero tener sueño significaba que quería tumbarme en la cama, hacerme una bolita y que mi mamá me contara un cuento con voz suave mientras me mecía en sus brazos. Pero no tenía a mi madre, solo a Yoongi. Él volvía a tener los ojos cerrados.

No se me ocurrió otra cosa que imitar su posición, doblando las rodillas, y me pegué a él hasta que pude apoyar mi frente contra su hombro. Ronroneé como si fuera un gatito rogando por caricias hasta que Yoongi me dio una palmadita en la cabeza —después de inspirar con fastidio y suspirar con resignación—. Luego, como yo rodeé su espalda con mis brazos, a él no le quedó otra que corresponder al abrazo, y me pegó contra él suavemente.

Entonces sí que me sentí cómoda al cien por cien, y entonces me olvidé de todo lo que me rodeaba. Pude respirar más tranquila, sin tener que pensar en toda la cantidad de bichos que podían picarme en aquel viaje, ni en la prueba de acceso a la universidad, ni en cualquier otra cosa que, en aquel momento, me parecía totalmente banal. No me importaba nada. Nada que no fuera Yoongi.

Estaba bastante segura de que ya no quería más a Yoongi como amigo, de que estaba completamente enamorada, pero no sabía si decírselo. Quizá lo único que conseguiría sería quedar en ridículo, que todo volviera atrás y que todo se tornara incómodo de nuevo, como al principio. O ni siquiera eso. Primero debía asegurarme de que, dijera lo que dijese, Yoongi iba a estar de acuerdo. Si yo también le gustaba, sería perfecto, pero si no le gustaba... solo tenía que asegurarme de que nada iba a cambiar.

Hundí mi rostro en su hombro, y casi sin darme cuenta, subí mi mano hasta su nuca, hasta tocar los mechones de su pelo. Yoongi olía aún a flor de cerezo.

—Me gustas, Yoongi —murmuré, sabiendo de sobra que no me había escuchado porque ya estaba dormido como un tronco. Notaba su respiración acompasada en lo alto de mi cabeza, contra mi pelo.

Todo el mundo correteaba por la playa con los pies llenos de arena y la piel que empezaba a ponerse morena por el sol. Era el último día de la excursión de Busan y por fin las inútiles de las profesoras nos habían dejado tiempo libre para ir a la playa. Yo habría preferido quedarme durmiendo en la cabaña, pero como de costumbre Aerin me arrastró con ella. Fue mi amiga-novia-novia quien estiró una toalla de rayas sobre la arena para que yo me sentara a la sombra de una palmera. Después, como de costumbre, desapareció. Me dediqué a ver al resto de las personas desde una distancia prudente. Y a resguardarme del sol lo mejor que pude. No quería quemarme.

—¡Yoongi! —reconocí la voz de Aerin a la primera. Se acercaba a mí, trotando como un poni feliz por la arena. Llevaba algo en el puño, pero no logré ver qué era. Cuando llegó se sentó a mi lado, en el borde de la toalla. Era la única que no estaba en bañador. No es que me molestara ni nada de eso. Tampoco es que quisiera verla en bañador o algo por el estilo...—. Mira, he encontrado piedras muy bonitas.

—Fotografías el césped, recolectas piedras... No sé qué será lo próximo.

Me fulminó con la mirada. Dejó caer las piedrecitas irisadas que llevaba en la mano en la falda de su vestido. Brillaban bajo la luz del sol. Tenían reflejos azules y verdes.

—¿A que son bonitas?

—Eres como una puñetera urraca, Aerin. Coleccionas cualquier cosa brillante.

Jugueteó con las piedrecitas.

—Podría hacer una pulsera con ellas.

—Las manualidades se te dan mal.

—¿Y tú qué sabes? Quién es el de las suposiciones ahora, ¿eh? —Golpeó

mi rodilla con la suya.

Me encogí de hombros.

—Es pura lógica. Si eres torpe y se te da mal cualquier cosa, las manualidades también.

—Bah. —Suspiró—. Deberías haber visto las maravillas que hacía en primaria. ¡Directitas al Louvre!

Solté una risilla y no dije nada más. Aerin también se quedó en silencio — solo ocurría una vez al año, cuando todas las constelaciones se alineaban, la luna estaba llena y hacía una temperatura de veinticinco grados—. Ella continuó jugueteando con las piedras, observando su brillo. Había estado el mayor tiempo del viaje con ella, menos por las noches. A la idiota de gafas la pillaron una vez corriendo hacia mi habitación a las tantas de la madrugada. Y no le quedó otra que quedarse todas las noches en su cabaña porque las profesoras la habían fichado.

No habíamos hecho nada interesante en Busan. Yo ni siquiera me implicaba en las actividades de mierda que habían organizado para nosotros. Simplemente me quedaba escuchando música ajeno a todo. Fingir que me dolía la tripa también funcionaba; me sentaba o tumbaba y no hacía nada. Si por mí fuera, solo dormiría.

Después de un larguísimo silencio, Aerin se atrevió a hablar. Parecía algo incómoda.

—Cuando dormí contigo, ¿escuchaste lo que te dije?

Intenté hacer memoria. Solo esperaba que no me hubiera dicho algo importantísimo. No había escuchado a Aerin. O no me acordaba. Negué con la cabeza, suspicaz.

—No. ¿Qué me dijiste?

Ella se pensó la respuesta un buen rato.

—Nada, que tenías patas de pollo. Supuse que no me oíste porque no me empujaste fuera de la litera.

—Lo hubiera hecho. Créeme.

—Y lo hiciste, así que... —Hizo una mueca al recordar su golpe contra el suelo. Yo me reí al evocarlo. Fue muy gracioso. No era mi intención reírme de su sufrimiento, pero no lo pude evitar.

No había nadie a nuestro alrededor. Hacía calor, aunque la brisa marítima movía los mechones de pelo de mi flequillo y revolvía —más— la melena castaña de Aerin. Era la primera y seguramente la última vez que iba a estar

con ella en una playa. Creí que era el momento oportuno para soltarle algo que ya sabía desde días atrás. No me había atrevido a decírselo porque me daba mal rollo su reacción. Aerin era capaz de volverse loca y de subirse por las paredes. O de echarse a llorar en cualquier esquina. Aprovechando la tranquilidad de la playa, inspiré con fuerza y miré a Aerin de reojo.

—Me enviaron un correo de la agencia. Estoy dentro.

Dejó de mover las piedras. Me miró, sorprendida, como preguntando «¿En serio?!». Sonrió. Parecía más ilusionada que yo. Cogió mis manos.

—¿De verdad? ¿No me estás mintiendo?

—No tengo la necesidad de mentirte...

Su sonrisa se ensanchó, se puso de rodillas y se abalanzó sobre mí. Se tiró encima, más bien. Rodeó mi cuello antes de que los dos cayéramos en la toalla. Le di unos golpecitos en la espalda, pidiendo que se calmara. Aerin pataleó. Yo me quejé, pero luego ella volvió a dedicarme una sonrisa y no volví a quejarme en todo el viaje de vuelta a Seúl. Pensé que a Aerin le entristecería la noticia. Y resultó ser todo lo contrario.

El viaje de vuelta a Seúl fue peor de lo que esperaba. Alguien con resaca vomitó en los asientos traseros y poco a poco la gente fue devolviendo en cadena, como un jodido dominó. Algunos chicos habían estado de «fiesta salvaje» la noche anterior. No sabía cómo habían conseguido la bebida. Mi única hipótesis era que se habían bebido el alcohol de los botiquines de las cabañas. Y de ahí la tremenda resaca que tenían. Aerin, aprovechando que llevaba un bote de colonia en su mochila, se echó unos seis litros para no oler el vómito. También se puso bálsamo para los labios debajo de la nariz.

—¿Quieres? Es un truco que utilizan los forenses para no oler a muerto — soltó, ofreciéndome el pequeño bote metálico. Negué con la cabeza—. Eres todo un hombretón. Te da igual oler a muerto... Y luego utilizas mi champú.

—Eres una rencorosa de mierda.

—Olvido, pero no perdono. ¿O era al revés? —Se encogió de hombros. Aerin sacó una bolsa de moras de goma. Era la segunda de todo el viaje, y apenas llevábamos una hora en el autobús. También me ofreció. Como la ignoré, Aerin cogió mi mano y dejó un puñado de moras en ella—. No sé cuántas veces te habré dicho que dejes de creer que haces la fotosíntesis. Tienes sangre, Yoongi, no savia bruta.

Al ver mi cara de fastidio, sonrió.

Las reacciones de Aerin siempre eran distintas a las del resto. Bueno, Aerin de por sí era distinta. Me esperaba que ella se entristeciera en cuanto le dije que estaba dentro de la agencia. Di por supuesto que ella sabría que tenía que irme, que lo más probable era que dejáramos de vernos. Pero Aerin no dejaba de sonreír y de imaginarse su vida futura junto a un *idol*. Que estuviera feliz no me aliviaba del todo. Conocía a Aerin lo suficiente para saber que, en cuanto llegara a casa, lloraría como una puta magdalena. Se ahogaría en sus propias lágrimas. O eso creía yo. Durante el viaje no parecía muy desanimada. Todo lo contrario. No tenía ni idea de qué llevaban las moras que estaba masticando, pero seguro que no era nada bueno. Estaba hiperactiva, como si se hubiera tomado diez cafés bien cargados.

El silencio del autobús era bastante inusual. Todo el mundo debía de tener resaca, menos nosotros y Haneul. Resultó ser la única que se quedó durmiendo en la habitación. Aerin estuvo toda la noche despierta solo para grabar vídeos de Haneul roncando y vengarse de lo que pasó años atrás, y yo estuve con ella. También pasamos su cepillo de dientes por el suelo. Fue asqueroso, pero era lo mínimo que podíamos hacer. En el fondo, fue divertido.

Y como había estado despierto toda la noche, tenía sueño. Me apoyé contra el cristal de la ventana. Aerin, al instante, se recostó contra mi hombro. Ella comía con desgana sus moras chiclosas. Me quedé dormido antes de notar su peso sobre mi hombro. Supuse que ella también se había quedado dormida.

Sentí un golpe suave en la mejilla, casi como una caricia. Había dormido un par de horas, quizá algo más porque ya estaba atardeciendo. Reconocí algunos edificios altos. Definitivamente, aquello ya no era Busan. Estiré los brazos y me di cuenta de que Aerin me observaba. Parecía absorta.

—¿Qué? —dije. Todavía me costaba abrir los ojos.

—¡Buenos días, princesa! ¿Has dormido bien? —Aerin sonó sarcástica, como de costumbre—. Vamos a llegar ya.

Guardé silencio. Miré por la ventana los rascacielos y las anchísimas carreteras de las avenidas de Seúl. Vi las vías del tren y la pasarela elevada que cruzaba todos los puñeteros días. No podían quedar más de cinco minutos para que el viaje terminara. Concluí que no había estado tan mal. Había descubierto que la urraca era el espíritu animal de Aerin y que me resultaba más guapa de lo que creía. Había pasado demasiado tiempo con ella. Lo curioso es que no llegué a cansarme de ella. Con otras personas me era mucho

más fácil decirles que me dejaran en paz después de un rato porque llegaban a saturarme. Aerin era la persona más pesada del universo y yo conseguía aguantarla. Maravillas de la naturaleza.

También descubrí durante el viaje que Aerin me gustaba de verdad. Joder, me volvía loco. Nunca llegué a pensar que sería ese tipo de tío enamorado de película romántica. Sonreía como un inútil cuando ella lo hacía y siempre estaba intentando acercarme a Aerin. Creo que era bastante obvio.

Pero no me atrevía a decírselo. Además, ella era bastante avisada. ¿No se daría cuenta de un momento a otro? Si se lo decía, era capaz de matarme allí mismo. No dejaba de recordar sus palabras. Aerin prefería antes una carrera universitaria que un chico.

El autobús se detuvo frente al instituto. Todo el mundo se bajó como pudo, la mayoría a trompicones. Aerin se encargó de coger su maleta, la de Sojin y la mía. Se despidió de su amiga con un abrazo, como si no se fueran a ver nunca más. Yo me alejé poco a poco. Quería llegar a casa y dormir aún más. Los viajes de casi seis horas en autobús eran muy agotadores.

Oí las ruedas de la enorme maleta de Aerin golpear contra el suelo. Vino corriendo hacia mí para alcanzarme.

—Te acompaño.

—Joder, solo quería deshacerme de ti.

—Solo serán unos minutitos más... —dijo, con una risilla.

Recorrimos el camino de siempre de vuelta a casa. Me irritaba tener que arrastrar una maleta, pero no me quedaba otra que joderme y aguantarme. Aerin estuvo callada. Debía de estar igual de cansada que yo. Bostecé. Ella se contagió segundos después. Caminamos por la avenida de todos los putos días. Empezaba a ser demasiado monótono. Como si Aerin me hubiera leído el pensamiento —o como si fuera clarividente de verdad; llegaba a asustarme con sus gilipolleces— soltó:

—Seguro que estás deseando empezar tu nueva rutina de *trainee*.

Enarqué una ceja.

—¿Y eso a qué viene?

—No dejo de pensarlo. —Sonrió por enésima vez, emocionada—. ¡Eres el *trainee* de una nueva agencia! ¿Sabes si hay más chicos? ¿Y yo puedo entrar? Quiero acompañarte algún día.

—No lo sé.

—Jo. —Hizo un puchero.

—¿No estás triste?

Pareció sorprenderle mi pregunta.

—No. ¡Me alegra que vayas a conseguir tu sueño! De verdad, cero ironía.

Me hizo sonreír con amargura.

—Tendré que irme.

—Bueno, ¿para qué están los teléfonos? Y tampoco te creas que Seúl es tan grande. No pienses que no voy a volver a verte nunca más en la vida —dijo. Hizo un gesto con la mano, quitándole hierro al asunto—. No te preocupes por eso. Ya nos las arreglaremos cuando seas un *idol* superfamoso con un montón de fans locas. Seguro que si me ven contigo, saltarán las alarmas y se armará un buen escándalo.

No sabía si me gustaba que Aerin fuera tan positiva. Más bien, me parecía poco realista. Siempre omitía lo que pasaba en la realidad si no le gustaba, y por esa lógica supuse que no le agradaba del todo que tuviera que distanciarme de ella.

Caminó algo más despacio antes de llegar al paso elevado de las vías. Se fue quedando atrás. Me giré para verla.

—Hasta nunca —me despedí.

—Oye, espera.

Ví cómo se acercaba a mí. No tenía ni la más mínima idea de lo que iba a hacer, pero de todas formas dejé que Aerin se plantara enfrente de mi cara. Yo estaba subido a la pasarela, así que ella tuvo que ponerse de puntillas para quedarse a mi altura. Volvía a tener a Aerin tan cerca que solo pensé en besarla.

Ella debía de estar pensando lo mismo. No supe quién besó a quién. Quise atribuirme la hazaña de besar a Aerin, pero ella fue una milésima de segundo más rápida.

No me lo creía. Mi mente no procesaba absolutamente nada. Los labios de Aerin eran suaves y cálidos, pero como estaba en blanco, apenas me di cuenta. Solo correspondí al beso hasta que moví —sin querer— mis labios sobre los suyos.

Y Aerin se alejó de repente. Llegué a rozar su mano, pero no logré agarrarla y no pude detenerla. Estaba rojísima, como si fuera a explotar, y tenía las gafas en la punta de la nariz. Empujó la montura varias veces mientras salía despavorida.

Estuve un par de segundos quieto, viendo cómo Aerin se volvía una figura

lejana. Luego sonreí. Quise ocultar mi sonrisa y me mordí el labio inferior. Fue todavía peor. Me dejé caer sobre la maleta y me quedé sentado en ella. Me reí tapándome la cara. No me lo creía. Aerin me había besado. Me había besado de verdad. No era un puto sueño. Aerin y yo nos habíamos besado, y fue un puto beso de verdad. ¡De verdad!

—¡Aerin, ha llegado la carta!

Me paseé por media cocina con un polo de mango a punto de derretirse y me paré justo al lado de mi madre. Tenía un sobre alargado y blanco en la mano. Lo miraba como si fuera una especie de salvación, como si tuviera la cura para la estupidez en sus manos, con los ojos brillantes y chispeantes de la más pura emoción. Yo tenía las manos pegajosas por el polo, así que dejé que fuera ella quien lo abriera y lo leyera primero. Fingí no estar nada nerviosa, continué tomando aquel trozo de hielo con sabor a mango clavado en un palo de madera y observé a mi madre abrir el sobre con un abrecartas. Se deshizo de él lanzándolo a la encimera de mármol y desdobló el papel.

—¿Qué dice? —pregunté, entre asustada y curiosa.

Esa carta solo podía significar dos cosas: una, que iba tener que quedarme para siempre jamás en Corea porque mi nota no era suficiente y mis aptitudes eran pésimas; o dos, que podía hacer las maletas e irme a Europa.

La historia no era demasiado larga. Antes de que finalizara el curso, mi tutora tuvo una aburridísima charla con mis padres para intentar convencerlos de que su hija podía hacer cualquier carrera que no fuera medicina, no porque Im Aerin fuera una criminal o porque no fuera apta, sino porque su nota era demasiado baja. Pero mi padre, el terco de la familia, se empeñó en que su hija debía cursar esa carrera. Yo podría hacer cualquier otra cosa, y después de hablar con Yoongi y con Sojin, me di cuenta de que había más salidas: enfermería, psicología, hasta fisioterapia. Pero el señor Im dijo que no. Que se negaba a que su hija no fuera una futura doctora. Y por eso, sin hablarlo mucho conmigo, mis padres me inscribieron en el programa de estudio en Europa. Sí, quería marcharme de allí, visitar nuevos países y empaparme de otras culturas distintas a la coreana, pero estaba Yoongi. ¡No quería tener que distanciarme

todavía más de él!

Sabía que iba a ser imposible vernos cada día. Él ya era *trainee* en una agencia y apenas nos veíamos. Yo estudiaba, él ensayaba. Hablábamos por las noches si teníamos la suerte de estar despiertos más tarde de las doce de la noche, cuando él volvía a casa. Los dos estábamos iniciando una nueva etapa... En el fondo me dolía, pero a base de helados y de polos, conseguí aceptarlo.

Como apenas hablábamos, Yoongi no sabía nada de lo de Europa. Sojin tampoco. Era algo entre mis padres y yo. Aún no estaba confirmado si iba a irme a estudiar allí o no —por eso hice también el examen de acceso, por si tenía que quedarme otros mil años en Corea—, así que preferí no decir nada hasta que llegara aquella carta del infierno.

Mi madre me tendió el papel en blanco para que lo leyera. Me limpié las manos en un paño de cocina y me ajusté bien la montura de las gafas antes de leer con atención lo que ponía en letra bien clara y grande:

...el próximo 7 de julio a Roma, Italia.

El corazón me latía a dos mil por hora. Tragué un nudo que se me había formado en la garganta y releí la carta, con el ceño fruncido, musitando y recalcando cada palabra. Me habían admitido. Medicina y estudios musicales superiores. Cinco años en Europa. En Roma. Con una beca de millones de won que cubría los gastos educativos. Y me iba dentro de un mes.

—Oh —fue lo único que dije después de pasarme varios minutos con la mente en blanco. Fue estúpido, pero mi cuerpo era incapaz de reaccionar.

Me dejé caer en el sofá durante el resto de la mañana y de la tarde. Estaba tan feliz que mi forma de celebrarlo fue ver un maratón de películas cerca del aire acondicionado, bebiendo zumos y comiendo helado.

—¿Por qué no llamas a Yoongi? —me sugirió mi madre cuando atardecía. La miré con suspicacia, sin saber por qué lo decía—. Ahora debe de hacer bueno. Sal un poco a la calle, hija, vas a atrofiarte de estar tanto tiempo sentada.

Mi padre, sentado a mi lado, jugando con su iPad a alguno de sus absurdos jueguitos de hacer filas, me miró por encima de la montura de sus gafas para la presbicia y asintió.

—Es verdad. Te queda poco tiempo en Seúl. Ve a dar una vuelta por ahí.

—Mmm... ¿Me dais dinero para ir al McDonald's?

No les quedó otro remedio que soltarme un billete para que me fuera de casa. Me calcé, ni siquiera me peiné y salí en busca de Yoongi. Le llamé por teléfono, pero no contestó. Supuse que estaría durmiendo en su apartamento, así que me encaminé hacia allí con calma, disfrutando del atardecer rosado y de la agradable temperatura. Odiaba el calor húmedo, pero el clima a las ocho de la tarde de aquel lunes no me disgustaba.

Subí las escaleras del edificio de apartamentos y di unos saltitos para llegar antes a la puerta del piso de Yoongi. Llamé al timbre con insistencia, pero no debía de estar allí. Hacía días que no lo veía. Algo me dijo que él ya no vivía allí... Me había comentado algo de irse a vivir con un compañero de la agencia, pero nada más. No me había dado detalles ni me había explicado el por qué.

Resignada, esperé unos cuantos minutos, con la esperanza de que apareciera, volví a dejar unas cuantas llamadas perdidas en su teléfono y me senté en los escalones hasta que dieron las ocho y media. Sin pensármelo dos veces, me fui de allí y cogí el metro para plantarme cuanto antes en el McDonald's. Comer aliviaba mis penas.

Elegí un menú extragrande y me senté a comer sola en una mesa apartada del resto, cerca de la ventana. En realidad, no tenía demasiada hambre, pero aun así estuve a punto de terminar con todas las patatas fritas. Me atraganté con una en cuanto vi a Yoongi al otro lado de la calle, tras un cruce de peatones. Quizá estaba loca, o soñando, o bajo los efectos de una seta alucinógena, y por eso veía a Yoongi por todas partes. Cruzó el paso entre otras personas y observé cómo se encaminaba hacia el restaurante. Llevaba una camiseta de rayas y unas bermudas negras. Le había dicho que iría al McDonald's, pero no sabía si Yoongi habría leído el mensaje.

Entró con aires de diva, se sentó enfrente de mí después de lanzar su mochila al otro extremo del asiento y cogió con todo el desparpajo del mundo la bolsa de patatas fritas.

—Gracias por dejarme esta miseria —protestó.

—Pensé que te habían secuestrado.

—¿Por qué me has llamado como unas quince veces? —Yoongi estaba el triple de desganado que otros días. Su apatía empezaba a molestarme, pero no le dije nada porque supuse que estaría cansado.

—Quiero decirte algo.

Mis palabras le hicieron levantar la mirada y prestar atención. Yoongi dejó de masticar de golpe. Alzó las cejas, expectante.

—Eh... Es que no sé por dónde empezar... —Me reí con nerviosismo, y como de costumbre, empujé la montura de mis gafas unas seis veces hasta que la acomodé del todo—. Mis padres me inscribieron en el programa de estudio en Europa y...

—Te vas.

Era una afirmación, pero aun así asentí.

—Sí. En julio. Quería decírtelo a ti el primero.

Yoongi miró hacia la ventana con un suspiro.

—¿Estás contenta?

—¡Claro! —exclamé. Yoongi se limitó a comer más patatas fritas, despacio, mirando a los coches que pasaban al otro lado del cristal, y no abrió la boca hasta que le pregunté—: ¿Y tú? ¿Te va bien en la agencia?

Esbozó una sonrisilla y asintió.

—Sí.

—¡Qué guay! ¿Puedo acompañarte algún día? Quiero ver las salas de ensayo, y quie...

Yoongi me interrumpió porque empezó a sorber sonoramente el poco refresco que quedaba. Puse los ojos en blanco.

—¿Nos vamos? Estoy cansado. Quiero irme de aquí y dormir en mi cama.

—Qué remedio...

Recorrimos media avenida a paso de caracol con esguince, casi arrastrando los pies. Me entretuve en pensar una manera de decirle a Yoongi que lo quería. Sabía que no íbamos a ser novios, que lo nuestro solo iba a ser fingido porque él tenía un contrato restrictivo y yo tenía que viajar a otro continente. ¡Además me moriría de la vergüenza si se lo decía! Hasta prefería besar a Yoongi. Era menos bochornoso. De todas formas, iba a huir hiciera lo que hiciese. Eso de que había perdido la vergüenza era una mentira; la timidez seguía haciendo que me echara hacia atrás a cada instante.

Caminamos juntos, casi hombro con hombro. Me fijé en su mano, libre, y me pregunté qué pasaría si la cogía de repente.

—¿Qué día te vas? —me soltó de repente, sacándome de mis pensamientos. Di un brinquito.

—El siete de julio. Todavía queda bastante. —Eso era como decir:

«Todavía tengo tiempo para intentar declararme». Fue algo así como un autoánimo.

—Te da tiempo a ver toda la cinematografía de los noventa.

—Ya... —Solté una carcajada suave—. ¿Puedo...? ¿Puedo coger tu mano?

—¿Por qué?! —medio chilló, arrugando la nariz. Luego se rio, sarcástico.

—Porque es... eh... suave.

Yoongi murmuró algo entre dientes.

—No.

—¿Po... por qué no?

—Porque... no.

—Vale. Lo entiendo. Es verdad. Mis manos son como papel de lija y no puedo estropear las tuyas. —Hice un gesto, restándole importancia al asunto. En el fondo, quería que la tierra me tragara.

Apenas dimos tres pasos y vi cómo Yoongi me ofrecía su mano. Dudé, porque solo vi su nuca, no su rostro, pero al final la cogí. Al principio con delicadeza. Solo al principio. Cuando dejé de morirme de la vergüenza y me di cuenta de que caminábamos juntos de la mano, no pude evitar llevar mi brazo hacia delante y hacia atrás, feliz, y con mi brazo, nuestras manos. Al ver que daba saltitos, Yoongi protestó como un padre harto, pero enternecido por su hija, y, sorprendentemente, no soltó mi mano. ¡No soltó mi mano y no dejó de sonreírme!

Yoongi y yo llevábamos un par de semanas sin vernos y casi sin hablar. Él estaba demasiado ocupado, y aunque yo me mantenía despierta hasta las cuatro de la mañana para hablar con él, no conseguíamos contarnos mucho. Había estado pensando en verle días atrás, pero me marché con mis padres a casa de mis tíos un fin de semana entero. Cuando se enteraron de que me iba a Italia, todo el mundo quiso verme de repente. Así que tampoco estuve tan relajada como creía. Durante los viajes, y durante la ida y vuelta de casa de mis abuelos o de Sojin, me preguntaba si llamar a Yoongi por teléfono era una buena idea. También me preguntaba si la gente de la agencia era consciente del talento que tenían allí, si sabían el peso que podían tener las palabras de Yoongi. Me dolía que se fuera, pero en el fondo estaba deseando que debutara y triunfara. Lo único que quería era que los dos alcanzáramos el éxito. Quizá él debutaba y su carrera despegaba, quizá llegaría a estar en la *Billboard* o dando conciertos por toda Asia. Y yo, a lo mejor triunfaba como neurocirujana, o quizá como la mujer que había descubierto la cura para el Alzheimer, o como una mera profesora de guardería. Bueno, en realidad no quería éxito, sino felicidad. Lo peor de todo es que no era sencillo, empezando por el hecho de que cada día que pasaba me sentía un poquito más triste. Me quedaban un par de semanas escasas para irme a Italia; era lo mejor, pero me entristecía. Sentía que la distancia con Yoongi, mi único mejor amigo, aumentaba cada vez más, ¡y ni siquiera me había subido al avión!

Subí las escaleras de aquel viejo edificio de apartamentos despacio. Aún hacía calor, y aunque llevaba un vestido de tela fina, la humedad del aire hacía que se pegara a mi cuerpo. Llamé solo una vez a la puerta y esperé pacientemente a que Yoongi abriera, saliera y caminara conmigo. Pasaron bastantes segundos, puede que minutos, así que hice lo de siempre: aporrear la

puerta y quemar el timbre hasta que un irritado Yoongi apareciera poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué quie...?

Entré en el apartamento sin decir nada, apartando a Yoongi de un empujón y busqué con la mirada las llaves de la puerta y su teléfono móvil.

—¡Nos vamos!

—Aerin...

—¿Qué?

Yoongi señaló de mala gana mis pies, con su típica cara de asco.

—No lles esas zapatillas a Italia. Por lo que más quieras. Deshazte de ellas de una jodida vez.

Bufé, volví a agarrar su muñeca y tiré de él hacia la puerta, obligándolo a arrastrar los pies. Caminamos. Ni siquiera estábamos hablando, pero tener a Yoongi al lado era casi como tener todas las Adidas edición limitada de todos los colores más llamativos. Estaba perdida por varias razones: a) mis ideales se habían ido a la mierda porque b) Yoongi me gustaba bastante y c) empezaba a ser una indecisa por eso. ¿Debía quedarme en Seúl, decirle que me gustaba y vivir una historia de amor que iba a durar aproximadamente dos meses? ¿O debía irme a Roma para fracasar en mis estudios como hacía con todo? No sabía muy bien qué hacer. Quería echarme atrás.

Recorrimos un par de calles sin rumbo hasta que mi cerebro, por medio de actos involuntarios, hizo que mi cuerpo se encaminara hacia una de mis cafeterías preferidas. Estaban a punto de cerrar, pero como era una clienta habitual, conseguí colarme y pedir dos cafés bien fríos.

Nos sentamos fuera, a la orilla del río, en un banco de piedra. Estaba bastante tranquilo, apenas había gente, y el atardecer rosado —casi al anochecer— brindaba un aire romántico a una escena de lo más normal. De repente, empecé a sentirme nerviosa y lo único que pude hacer fue sorber el café con hielo escondiendo mi cara detrás del vaso de plástico. Yoongi echó la espalda hacia atrás y se tumbó en el banco con aire tranquilo y despreocupado.

—Di algo —soltó.

—Boniato —dije yo, en voz baja. Pude escuchar a Yoongi maldecir entre dientes, así que protesté enseguida—. ¡¿Qué?! Es lo primero que me ha venido a la cabeza.

—¿Por qué estás pensando en boniatos? —Utilizó un bufido para ocultar una risilla.

Me encogí de hombros.

—No sé. ¿Porque tengo hambre, a lo mejor? Y seguro que tú también. ¿Cuándo ha sido la última vez que has comido algo?

Silencio. Puse los ojos en blanco, inspiré con fuerza y me levanté rápidamente del banco para hacer que Yoongi se levantara. Sí, parecía estar bastante cansado y hambriento. Agotado, más bien, así que decidí llevarle de vuelta a su apartamento. Sabía que ni siquiera iba a tener arroz guardado en la alacena, y mucho menos comida de su madre, y por eso, nada más pisar el suelo de parqué, encargué una pizza a domicilio. La más grande, porque tanto él como yo nos merecíamos comer la pizza tamaño familiar más grande —y cara— de Seúl. Mientras tanto, me senté en su cama deshecha, como de costumbre, y me puse a contar las vetas del suelo.

Yoongi se dejó caer a mi lado con un suspiro.

—Te vas a ir dentro de trece días.

—Vaya, llevas la cuenta mejor que yo —Intenté sonar sarcástica, pero solo me salió una risilla amarga. Jugueteeé con mis dedos y empujé un par de veces la montura de mis gafas hacia atrás—. Tengo que ir a comprar maquillaje. ¿Me acompañarás? Y, ¿ya has conocido a alguien en la agencia? ¿Ya tienes amigos? ¿Son guapos? ¿Puedo tener oportunidades con alguno de ellos? ¿Y podrían regalarme cosas? No sé, un disco firmado o algo por el estilo, para revenderlo y comprarme unos zapatos nuevos.

—Sí, no, no, obviamente no y no —respondió. Tuve que recordar mis propias preguntas para saber a cuáles había contestado.

—¡Ah...! Podrías presentármelos.

—No van a querer conocerte.

—¿Quién no va a querer conocerme...? Perdona, pero hay gente que se muere por hacerlo.

—Pues será una de cada tres millones y medio de personas —replicó.

Yoongi se recostó y se apoyó contra la pared, como yo. Notaba su mirada clavada en mí, cómo sus ojos recorrían mi rostro como si lo estuvieran analizando para recordarlo durante el mayor tiempo posible. Agaché la cabeza, abrumada, e intenté encontrar algún tema de conversación recurrente. Solo me venía a la cabeza el mismo tema, y era el que más quería evitar. No quería hablar sobre mi beca en Europa, pero lo hice, porque como siempre, lo mejor era soltar todo lo que estaba pensando antes de que se acumulara en mi cabeza y las consecuencias fueran fatales.

—¿Crees que podremos seguir hablando aunque me marche? La diferencia horaria no será un problema —dije.

—¿Por qué no íbamos a poder hablar?

—No sé. Estaremos ocupados.

—Existen los mensajes. Son unas cosas que puedes leer en cualquier momento del día, ¿sabes? —Yoongi sonaba bastante sarcástico, pero noté algo de nerviosismo en su voz. Puede que preocupación. Lo miré de reojo; se mordía la yema del pulgar. Aparté la mirada enseguida.

—¡Lo estaba pensando! —grité en un susurro. No quería romper esa especie de silencio entre nosotros. De repente, comenzamos a hablar en voz baja, susurrando, como si todo lo que decíamos solo pudiéramos oírlo nosotros.

—Aunque no pienso llamarte. Las tarifas internacionales cuestan un riñón y medio hígado.

—Si me hubieras dejado llevarme tu apéndice, podría haberlo revendido y haber contratado una tarifa de teléfono internacional.

—El apéndice no sirve para nada —objetó.

—Ya, pero es tu apéndice. El apéndice de Min Yoongi. Quién sabe, dentro de unos años puede que valga millones.

Fue él quien se rio con amargura.

—Estás tan convencida de que voy a hacerme famoso que empiezo a creérmelo...

—Yoongi —le regañé—, esa no es la actitud.

—Oye, tú siempre estás fingiendo estar feliz y luego tienes problemas de autoestima.

—Eso... da igual. La cuestión es que estás a un pasito de cumplir tu sueño, y si ya estás viéndolo remoto, imagínate cuando las cosas vayan mal de verdad. No puedes tirar la toalla con tanta facilidad.

Mi charla motivadora lo dejó sin palabras durante unos cuantos minutos. Yoongi solo abrió la boca para decir que el repartidor estaba tardando media vida en traer nuestra pizza hipergrande. Yo resoplé, él chasqueó la lengua unas seis veces, y me di cuenta de que ya era de noche por completo.

Estábamos casi a oscuras. Las rayas de la persiana medio cerrada dejaban que se colara la luz suave del exterior, y de no ser por la farola de la calle, yo no podría ver cómo los ojos oscuros de Yoongi brillaban con cierta admiración. Él devolvió la mirada al suelo en el instante en el que yo alcé la cabeza.

Inspiré.

—Dicen que cuando alguien muere realmente es cuando sus seres queridos dejan de recordarlo. Entonces, cuando alguien que quieres te olvida, ¿es como si murieras para él?

—Supongo. —Era la primera vez que Yoongi no contestaba con un «¿A qué viene eso ahora?» o algo similar, y por ese motivo me quedé un buen rato procesando aquella simple palabra.

—No quiero que tú me olvides, aunque esté en otro país comiendo pasta y pizza romana todos los días.

Esperaba que Yoongi fuera capaz de asimilar conceptos, captar indirectas y descifrar que aquello era prácticamente una confesión. Estaba segura de que el muy idiota no había leído entre líneas, pero, al parecer, mi confesión lo había pillado por sorpresa. Cruzamos la mirada más duradera de toda nuestra amistad. Me perdí en su mirada viendo chispas de determinación, hasta de cariño, y me pregunté si Yoongi también era capaz de ver más allá de mi mirada rasgada.

Él dejó de apoyarse en la pared para apoyar la mano en el colchón y poder acercarse a mí. En una situación normal en la que yo no estuviera embelesada con su nariz pequeña o con el par de pecas casi imperceptibles de sus mejillas pálidas pero mullidas, o con sus labios rosados y probablemente suaves... seguramente habría huido. Tragué con dificultad y no me aparté cuando lo noté cerca, cuando pude oír su respiración pausada y hasta notar los latidos bastante más acelerados de su corazón. Todas las terminaciones nerviosas de mi piel se pusieron en alerta. Noté el ligero roce de la mano de Yoongi en mi brazo y me quedé paralizada por completo, esperando a que mi cuerpo respondiera de una maldita vez. El tiempo se me hacía eterno, como si todo fuera a cámara lenta cuando en realidad todo ocurría en cuestión de segundos.

Se acercó, poco a poco, rompiendo la pequeñísima distancia entre nosotros. Él ya había cerrado los ojos cuando yo, de la nada, solté la estupidez más grande que podría haber dicho en toda mi patética vida:

—Los amigos no se besan.

En realidad, no era nada más que otra indirecta. Yoongi podía interpretarla de dos maneras: o bien se apartaba porque solo me consideraba su amiga... o bien me besaba porque le importaban una mierda las etiquetas.

Dudó, y se apartó unos centímetros que me parecieron metros. Me observó con cuidado, y de golpe, puso su mano en mi barbilla, para obligarme a

girarme hacia él un poco más, reduciendo la distancia.

Yoongi acercó sus labios a los míos y me besó. Esta vez, sin alcohol y sin prisas de por medio. Una parte de mí quiso incluso que él dejara la agencia y que yo no me fuera a Italia. Pero teníamos que seguir nuestros caminos, pasara lo que pasase. No podíamos tirar nuestro futuro por la borda de esa manera. Pero tampoco iba a dejar pasar la oportunidad de estudiar en el extranjero después de tanto esfuerzo. Y si en vez de toda una vida solo podíamos tener el recuerdo mágico de unos cuantos meses, que así fuera.

Al principio fue un beso torpe, pero lento, idóneo para que yo, que era un cúmulo de nervios, pudiera seguir el ritmo. Tenía una sensación extraña, una mezcla de vete tú a saber cuántos sentimientos, pero lo que sí que tenía claro es que aquel beso era reconfortante, dulce, como si él tampoco quisiera que el tiempo pasara.

Él se sorprendió cuando correspondí algo más tarde y agarré con fuerza el bajo de su camiseta. Dejó de tomar mi barbilla para, con las dos manos, sujetar mi rostro. Sus pulgares se colocaron firmemente sobre mis mejillas. El corazón me latía tan rápido que estuve a punto de llamar a una ambulancia, y para colmo, Yoongi dejó caer su frente contra la mía. Podía notar que su corazón también estaba a punto de explotar. Y sus ojos azabache, normalmente sin brillo, estaban rojos y humedecidos.

—Aerin... No te vayas —me suplicó, sabiendo de sobra que los dos teníamos que seguir nuestro propio camino.

Asentí, me atreví a pegar mi frente con la suya con algo más de fuerza y le sonreí.

—Siempre estaremos juntos.

Yoongi pareció satisfecho con mi respuesta y, tras una risilla y humedecerse los labios, volvió a besar los míos con algo más de pasión, y yo diría que hasta anhelo.

Aquel beso me hizo darme cuenta de que lo que dije era cierto. De alguna manera u otra, siempre, siempre, siempre estaríamos juntos.

Escuchamos el timbre cuando nuestras respiraciones empezaban a entrecortarse. ¡A la mierda la pizza! Cualquier cosa podía esperar si era por Yoongi, ¿no?

Yoongi empezó a estar ocupado cuatro días antes de que yo me marchara a

Italia. Tenía evaluaciones mensuales y debía ensayar para no sé qué... Y yo solo sentía que me quedaba sin tiempo. Le envié un mensaje el dos de julio preguntándole si podía verle, pero me contestó al día siguiente. Lo esperé en el lugar de siempre durante minutos, aguantando el calor terriblemente húmedo del verano de Seúl. Me senté en el bordillo de una tienda que acababa de cerrar al ver que los minutos pasaban y que Yoongi no aparecía por la puerta de aquella agencia pequeñísima. El edificio donde se ubicaba era algo viejo y parecía un simple bloque de viviendas construido a finales de los años sesenta. Definitivamente, no era una agencia de las más conocidas, pero no dudaba de Yoongi. Estaba segura de que, en un futuro, iba a conseguir cosas grandes.

Me levanté al ver su cuerpecito salir por la puerta de cristal de la agencia. Hice una seña para que me viera. Yoongi estaba solo, y al parecer, tenía bastante prisa. Bajó los escalones del edificio despacio al reparar en mi presencia, miró hacia ambos lados antes de cruzar la carretera, hincó las manos en los bolsillos y se acercó a mí con aire despreocupado.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó. Me fijé en que las gotitas de sudor de su piel hacían que su flequillo negro se le pegara a la frente. Debía de estar ensayando, bailando o ejercitándose.

—Solo quería... —«Solo quería verte» iba a sonar demasiado empalagoso, pero ni Yoongi ni yo teníamos el tiempo suficiente. Tragué con dificultad, apreté la mandíbula y empujé la montura de mis gafas hacia atrás— ... arrastrarte aquí fuera y llevarte a Myeong-dong, como todos los días. No tengo nada más interesante que hacer...

Miró hacia el horizonte, evitando el contacto visual. Yoongi inspiró.

—Hoy no tengo tiempo.

—Oh.

—Siento... eh, haberte hecho esperar —se disculpó. Pude notar que él también se estaba muriendo de la vergüenza porque, en el fondo, Yoongi era casi tan tímido, o más, que yo. Me había dado cuenta de lo mucho que le costaba hablar sobre sus sentimientos, sobre su vida en general, pero, con perseverancia, había conseguido que abriera su corazoncito, que no era tan negro y frío como creía, y me había convertido en su mejor amiga. Quizá en algo más que eso.

—No te preocupes —dije, restándole importancia. Yoongi hizo ademán de irse, despidiéndose perezosamente con la mano, pero logré agarrar su muñeca

—. ¿Yoongi? —lo llamé. No me atrevía a mirarlo, así que fijé la vista en sus pies—. Solo quería decirte que me gustas.

Alcé la cabeza solo para ver su reacción, para saber si él iba a decir lo mismo o si iba a besarme, como si fuéramos los protagonistas de alguna novela. Busqué esa sonrisa de niño pequeño en su rostro, una señal que me dijera que de verdad él sentía lo mismo, pero su rostro estaba neutro. No fui capaz de ver cómo sus ojos brillaban con cierta ilusión porque estaba demasiado nerviosa. El corazón me latía tan rápido que estaba a punto de sufrir un paro cardíaco, apenas podía respirar y sentía como si tuviera dentro del estómago una estampida de elefantes. Yoongi, poco a poco, consiguió deshacerse de mi agarre. Liberé su muñeca del todo.

Y se dio la vuelta para volver al interior de la agencia.

«Le gustas, le gustas, le gustas, le gustas.»

Odiaba que mi cabeza me repitiera una y otra vez esas palabras justo cuando estaba más ocupado que nunca. Ser *trainee* de una puta agencia era agotador. Debía esforzarme al máximo, pero con Aerin en la cabeza era incapaz. Ella me había soltado que yo le gustaba el mismo día que un chico nuevo se había unido a nosotros. Como si no tuviera suficiente con aprenderme coreografías, con grabar una y otra vez los mismos versos o con la evaluación de julio.

Y era el mismo día que Aerin se marchaba de Seúl.

Sí, nos hacían evaluaciones mensuales, e incluso semanales, que consistían en plantarte enfrente de coreógrafos y directivos y creerte Kanye. Entrenábamos como quien juega al fútbol, solo que rapeábamos, perfeccionábamos nuestro baile y componíamos... Todo a partir de las nueve de la noche, porque teníamos lecciones por la mañana. Lecciones sobre cómo producir, lecciones de baile, lecciones de todo lo que debe tener un artista. O mejor, dicho, un *idol*. La palabra me provocaba auténtico pavor y a veces hasta asco. No dejaba de pensar que iba a convertirme en lo que no quería, en una marioneta de una agencia de entretenimiento que, con suerte, no llegaría a tocar fondo. Aunque nos prometieron que tendríamos control sobre nuestras canciones y actuaciones, no llegaba a creérmelo del todo. Era muy raro que una agencia se diferenciara de las otras. Había cientos, pero solo sobresalían tres de ellas. Y en esas sí que era imposible entrar.

Empecé a formar parte de un grupo que ni siquiera tenía nombre y que no era más que un proyecto. Yo fui el segundo que fue añadido a la lista de aquel grupo. Un chico con pinta de haber pasado toda su vida en un arcade fue el primero. Se llamaba Namjoon y tenía dieciséis años. Al principio todo fue

muy incómodo, especialmente cuando me enteré de que tendríamos que irnos a vivir a otro apartamento juntos.

Fue lo primero que nos dijeron cuando anunciaron que seríamos dos de los integrantes de un nuevo grupo. Luego nos dieron los horarios, que acababan más tarde de la medianoche, y nos soltaron varias normas importantes. Me parecieron extremadamente estrictas, pero me tranquilizaron enseguida: «Son preventivas, cuando debutes serán menos duras».

El problema era que lo de debutar no estaba nada claro. Había llegado lejos, pero mi futuro como *idol*, rapero, cantante o lo que llegara a ser aún era incierto. Debutar en una industria que cambia constantemente tiene una probabilidad pequeñísima y, además, no sabía cuánto tiempo iba a estar preparándome para ello. ¿Un año? ¿Tres? ¿Diez?

Si quería conseguirlo, tenía que dedicarme enteramente a ello...

Pero estaba Aerin, que me soltó que le gustaba cuando ya era demasiado tarde.

Cuando me dijo aquello no supe cómo reaccionar. Con suerte, logré que me respondieran las piernas. Seguro que ella creía que no sentía lo mismo. Joder, no sabía cómo decírselo. Además, todo lo que había pasado... Le había dicho que no se marchara y ella respondió algo superempalagoso. ¿No eran ya suficientes señales? Joder, Aerin debía de ser muy idiota si pensaba que no estaba enamorado de ella o que lo hacía por aprovecharme. Y su declaración me pilló por sorpresa. Creí que decía en serio lo de arrastrarme hasta Myeong-dong. No era la primera vez que lo decía y lo hacía, así que no me resultó extraño.

Hacía días que no hablaba con ella. Ni siquiera nos mandábamos mensajes. Simplemente no tenía tiempo y, además, el uso de nuestros teléfonos estaba controlado por si hablábamos de más en alguna red social o lo que fuera. Yo a veces pasaba de la norma y sacaba mi teléfono durante los diez minutos de descanso que solíamos tomarnos entre ensayo y ensayo. De hecho, lo hice, y en vez de ser astuto y enviarle un mensaje a Aerin diciéndole que sí, que a mí también me gustaba, se lo envié a Sojin. Seguían siendo amigas y, aunque empezó siendo al revés, Sojin me animaba para que me declarase. Decía que se notaba a la legua que nos gustábamos, pero éramos tan gilipollas que lo negábamos una y otra vez. Nos empeñamos en decir que no cruzábamos la línea de la amistad cuando medio Seúl sabía que, en el fondo, sí.

Sojin

Cómo le digo a Aerin que me gusta? 23:45


Es urgente. 23:45

Va a marcharse y todavía
no sé cómo decírselo. 23:45


 Se marcha? 00:10

Dónde? 00:10

No me ha dicho nada!!! 00:10

Díselo como sea!!!  00:10

Cuando sea!!! 00:10

No dejes que se marche sin decírselo  00:11

Se va por mucho tiempo? 00:11

Escribe una carta a Aerin, para que
se la lleve allá donde vaya 00:11

Pero también díselo a la cara! 

Gracias. 02:38

Terminábamos de ensayar casi a las tres de la madrugada. Habíamos ensayado tanto la coreografía que el espejo de la diminuta sala de baile se había empañado. Y lo irónico del asunto es que yo entré en la agencia convencido de que no iba a bailar porque iba a estar dentro de un grupo de rap. Obviamente me mintieron, pero supuse que terminaría acostumbrándome. La prueba estaba a la vuelta de la esquina y ninguno de los dos, ni Namjoon ni yo, queríamos perder el puesto.

Volvíamos al apartamento que compartíamos caminando. No estaba a más de cinco minutos a pie. Cuanto más cerca de la agencia, mejor; así podían controlar cada paso que dábamos, y nunca mejor dicho. Era un apartamento con una única habitación. Era lo malo de estar bajo la tutela de una agencia con escasos ingresos. Aunque nuestros gastos de manutención estaban cubiertos, teníamos poco más que ramen instantáneo y algo de carne. Y luego llegaron las literas. Al principio solo estaban nuestros colchones y Namjoon y

yo teníamos espacio suficiente para movernos por la habitación sin molestarnos. Días después, instalaron otras camas. Y eso nos hizo pensar que no seríamos los únicos que viviríamos allí. Íbamos a terminar como sardinas en lata.

El único sitio cómodo para escribir era una pequeña mesa baja en la sala de estar. Después de ducharme, me senté allí con papel y bolígrafo y me dispuse a escribir una carta para Aerin. Me acordé del día de San Valentín. Le hizo mucha ilusión que otro gilipollas le escribiera una carta, así que hice un esfuerzo y traté de poner todos mis sentimientos sobre el papel. Pero todo me parecía demasiado... empalagoso. Arrugué el primer folio y lo lancé a la basura. Nada de lo que escribía era suficientemente bueno para ella.

Mi compañero de piso —que lo seguiría siendo después de ocho años— me miraba interrogante desde la cocina. Llegué a asustar al pobre chaval cuando dejé caer la cabeza sobre la mesa y me golpeé con la madera.

—¿E... estás...bien? —me preguntó.

—Sí.

—Eh, oye... —Señaló con timidez los papeles en los que yo escribía—. ¿Eso son letras?

—No. —Las escondí rápidamente. Puse mi brazo sobre los papeles—. Digo, sí. Sí. Para la evaluación de julio... Oye, eh... ¿No crees que es tarde? ¿No deberías dormir?

Coló y mi compañero se marchó después de sentirse algo incómodo. Suspiré con alivio y continué intentando escribir algo sin demasiado éxito. Después de unos cuantos intentos frustrados, me quedé dormido. Eran casi las cinco de la mañana.

El día siguiente volví a la agencia, sin poder quitarme a Aerin de la cabeza. Podía sentir la presión hasta en el aire. No solo se sentía. Se respiraba. El tiempo se me pasaba demasiado rápido. Apenas me sobraban minutos para mirar mi teléfono y ver si tenía algún mensaje de Aerin. Ni siquiera tenía tiempo para saber si de verdad la iba a echar de menos o no. Y obviamente, pasaron los días.

Sojin me llamó lloriqueando un día antes de que Aerin cogiera su primer vuelo. Estaba cruzando la avenida para llegar a la agencia. Si Sojin me hubiera telefonado tres minutos después, no me habría enterado de que Aerin ya había hecho la maleta.

—Yo...Yo...Yoongi... —sollozó—. ¡Aerin se marcha cinco años! ¡¿Cómo no

me lo habéis dicho?! —chilló, histérica—. ¡Se va! ¡Dime que ya le has declarado tu amor!

—Eh... No. —Me reí, entre avergonzado y nervioso—. ¿Sabes cuándo es su vuelo? ¿A qué hora?

—¡Se marcha mañana, Yoongi! ¡No puedes esperar al último momento! —me riñó. Hice una mueca. Ni siquiera iba a poder despedirme de ella. La evaluación mensual de la agencia era más importante. O eso quería creer—. Su vu... vuelo es a las tres de la tarde.

—Joder...

—¿Pasa algo?

—Nada —corté rápidamente—. Gracias por la información.

—Tienes que decir...

Colgué. Suspiré con fuerza y me di media vuelta. Busqué el número de Namjoon y marqué.

—¿Dónde estás? Vamos a empezar...

—¿Pasaría algo si no voy a la evaluación mensual? ¿Y al ensayo? —solté.

Él tartamudeó y se quedó unos segundos en silencio. Después gritó en un susurro.

—¿E... estás loco?! ¡No lo hagas! ¡Podrían echarte!

—¿Seguro?

—Por favor, ven ya.

—¿Crees que de verdad me echarían de la agencia?

—Bueno, eso hacen en todas, pero... Supongo que ahora que ya estamos dentro del grupo no pasaría nada... ¿po... por qué lo dices? —terminó preguntándome. Escuché de fondo un grito pidiendo que dejara su teléfono. Iba a comenzar una de las lecciones.

—Por nada. Gracias. Y siento no ir a la lección de hoy, tengo... que ir al médico. —Finalicé la llamada dejando a Namjoon con la palabra en la boca y llamé a quien realmente tenía que llamar.

Aerin era la primera en mis contactos, así que no tardé nada en marcar su número. La agencia podía esperar. «Que le jodan.»

—¿Por qué no me contestas al puto teléfono tan rápido como otros días? —bufé en cuanto ella cogió la llamada.

—Estoy en casa de mis abuelos. Mis primos han venido a verme —se excusó.

—Mierda. ¿No estás en casa?

—No. ¿Por qué lo preguntas? —Sonó algo intranquila—. No creo que llegue hasta las nueve...

Esa hora era mi hora menos libre. Chasqueé la lengua.

—Tengo que darte algo.

—¿Es un regalo de despedida?! ¡Qué guay!

—No te hagas ilusiones.

—Ay... —suspiró.

—No voy a poder verte. Estoy ocupado —dije. Aerin se quedó callada, probablemente haciendo una mueca.

—¿No vas a poder despedirte de mí? —Me dolió que dijera eso.

—No creo.

—Bueno, las despedidas siempre son amargas, así que no hace falta que lo hagas. Céntrate en la agencia. ¡Quiero un disco firmado por el gran Min Yoongi en cuanto vuelva a Seúl!

Reí con algo de amargura.

—Ten un buen viaje y esas mierdas.

—Vale. Adiós.

—Adiós.

Colgué con mal sabor de boca. Era un gilipollas. Debía habérselo dicho. Continué caminando hacia su casa en vez de ir en dirección contraria, hacia la parada de autobús. Llegué lo más rápido que pude. Caminar deprisa con tanto calor era contraproducente, pero estaba algo más acostumbrado después de pasar tantas horas con las jodidas coreografías.

El portero del edificio me abrió la puerta. Debía conocerme de todas las veces que había estado allí con Aerin. Subí en el ascensor hasta la sexta planta y llamé al timbre de su casa. Sabía que ella no estaba allí, pero estaba seguro de que su madre sí estaría. Apareció tras la puerta, sorprendida.

—Oh, hola, Yoongi. ¿Qué haces aquí? Aerin no está en casa —me dijo con tono amable. Su madre era simpática. Sentí que podía confiar en ella, así que saqué de la mochila el sobre con la carta para su hija y se lo tendí.

—¿Podría dárselo a Aerin en cuanto llegue?

Observó el sobre.

—Claro. ¿Qué es?

—Nada interesante —contesté—. Ah, no lo lea. Por favor.

No era mi intención, pero no pude evitar sonar algo amenazante.

La mujer asintió.

—No te preocupes, se lo daré enseguida. En cuanto llegue.

—Gracias. —Me despedí con una leve reverencia. La madre de Aerin hizo lo mismo y cerró la puerta.

Volví a la agencia. Seguí la rutina de todos los días, esforzándome para dar lo mejor de mí. Me quedé dormido en cuanto llegué al apartamento. Iba a echar de menos mi cama en el viejo apartamento del barrio del otro lado de las vías. Y el olor a cerezo de Aerin. La almohada que traje desde allí todavía conservaba aquel olor suave a flores.

Me arrepentía de no haberle confesado mis sentimientos. No tenía que haber sido tan reservado con ella, aunque después de pensarlo un buen tiempo, llegué a la conclusión de que no quería que ninguno de los dos termináramos con el corazón roto. Yo había llegado a Seúl con una intención clara: dedicarme a la música. Fuera como fuese, íbamos a terminar separados.

Aerin empezó a gustarme cada vez más, y prácticamente desde que nos hicimos amigos... y tampoco quería romper aquella amistad porque era preciosa. Podíamos hablar de lo que fuera, y de hecho ella fue la única persona que supo por qué estaba en Seúl, que vivía solo y que no me llevaba muy bien con mis padres. Pagaría millones de won solo por volver a darle una de esas clases de piano. O por volverla a ver celebrar uno de los goles virtuales que marcaba en aquel videojuego.

Sí, definitivamente, estaba coladito hasta los huesos. Quién lo diría... Yo, que llevaba el «me importa una mierda» por delante y como lema de vida.

Debí haberme puesto una alarma para despertarme antes. Cuando mis pies tocaron el suelo después de dormir durante parte de la mañana, eran casi las dos. Necesitaba ver a Aerin fuera como fuese, pero ella ya debía de estar en el aeropuerto, a unos cuantos kilómetros de Seúl.

Maldije en alto como veinte veces. Llamé a Sojin, preguntándole si sus padres podrían llevarme hasta allí en coche. Me dijo que estaban trabajando. Podría haber ido en tren, o en metro, pero no tenía dinero suficiente para comprarme un billete de tren que me llevara hasta Incheon. No sabía qué cojones hacer. Estaba algo desesperado por ver a Aerin antes de que se fuera, así que me gasté media paga en un puto billete.

Creía que no iba a llegar al aeropuerto nunca. El tren iba demasiado lento. Los coches también. Todo me parecía lento. Me mordí las uñas durante el camino. Parecía una puta película, el puto *Love Actually* o algo por el estilo. Perdí la cuenta de los bufidos y los suspiros. Eran casi las dos y media de la

tarde cuando pisé el suelo de Incheon. Y me encontré con más problemas. Era demasiado grande para mí. En mi vida había estado en un aeropuerto, y menos en uno tan enorme. Había gente por todos los lados. ¿Podía explicarme alguien cómo iba a encontrar a Aerin? Tampoco sabía desde qué terminal salía su vuelo.

No creía en cosas como el destino. Me parecían idioteces. Pero aquella vez sí. Estuve a punto de rezar por tener un poco de suerte y toparme con Aerin.

Sí, las cosas parecían haber llegado a su fin, pero no podía esperar menos del chico nuevo que había llegado a principio de curso, que, por mi culpa, se había visto varias películas románticas en las que, a pesar del drama y la angustia, todo salía bien. Yoongi había aprendido de aquello. Y, puede que, en el fondo, se arrepintiera de no haberme visto una última vez...

Por eso se presentó en el aeropuerto antes de que yo llegara para facturar. Era casi como un milagro que hubiera llegado a tiempo. El aeropuerto de Incheon estaba a casi una hora en taxi, algo más en tren o autobús. Lo vi unos cuantos metros más allá, a lo lejos, pero ¿cómo no iba a reconocer su figura delgada? Había estado observándolo casi durante un año entero. Llevaba una gorra hacia atrás y una camiseta blanca. No supe si era la vestimenta o qué narices, pero estaba más guapo que nunca.

Sonreí como una tonta al verle.

—¡Eh, patas de pollo! —llamé a Yoongi.

Él se giró algo desorientado al escuchar mi grito y sonrió con alivio en cuanto me vio. Mis padres intentaron arrastrarme hacia delante, pero me detuve frente a mi amigo, incapaz de dejar de sonreír. Ninguno de los dos esperábamos encontrarnos... pero todos somos capaces de hacer cualquier cosa por alguien querido, ¿no?

—Creí que no tenías tiempo para... despedirte —murmuré, mirando al suelo. Poco a poco se formó un nudo en mi garganta al pensar que esa sería la última vez en mucho tiempo que vería a mi mejor amigo. Nerviosa, agarré la tela de su camiseta y jugueteé con ella.

—¡Aerin, vas a llegar tarde y vas a perder el vuelo! —gritó mi padre. Ay, él tan puntual como siempre, intentando romper el momento más romántico de la vida de su hija...

—¡Todavía queda un montón de tiempo! —respondí. Les hice una seña exagerada con ambas manos para que se marcharan al interior de la enorme terminal de vuelos internacionales. Ellos, resignados, me obedecieron.

Yoongi aprovechó la coyuntura y enseguida me rodeó con sus brazos. Era la primera vez que se lanzaba... en el último momento. Correspondí al abrazo y pegué mi mejilla contra su hombro. Froté su espalda, como si quisiera consolarlo, y eso que no estaba llorando.

—Gracias por ser mi amigo —dije como pude. Mi voz sonó temblorosa.

—De nada —respondió él sin vacilar.

—Y gracias por ser tan sarcástico y por seguirme el rollo.

—De nada —repitió, sonriente.

—Vas a contestar a todos mis mensajes, ¿verdad? —Estuve a punto de sollozar—. Y vas a debutar en un grupo que se hará superfamoso, ¿a que sí?

—Sí. —Acarició con suavidad mi cabeza—. ¿Estás llorando?

Me aparté bruscamente y señalé mis ojos. Estaban rojos, pero no había ni un rastro de lágrimas.

—¡No! ¿Lo ves? No estoy llorando.

—Menos mal...

—Ay, Yoongi —Golpeé su brazo con aire juguetón—, si yo ya sé por qué no quieres que llore... es porque luego te echas a llorar tú, tonto...

Él soltó una carcajada.

—Espero que cuando vuelva a tener algún tipo de problema médico no me operes tú. No quiero que termines siendo una cirujana que quita apéndices. Debes aspirar a ser una neurocirujana reconocida en todo el mundo.

Me conmovió.

—Claro que seré la mejor. Ya lo soy, y ni siquiera he empezado la universidad... —Lo abracé con rapidez—. Cuídate un montón, Yoongi. Te quiero mucho.

—Igualmente... Cuídate.

—¡Arg, cómo odio las despedidas! —Volví a oír a mis padres pedirme que me diera prisa, así que me separé lentamente de Yoongi, dando pasos cortos. Estaba al borde del llanto, pero verlo allí me había hecho tan feliz que era incapaz de dejar de sonreír de oreja a oreja—. Espero que algún día me regales entradas para tu concierto. Y, por favor... No me olvides. Yo nunca lo haré.

Le lancé un beso con esos aires de diva que tenía a principio de curso. A lo

tonto, había cambiado mucho durante nueve meses. Yoongi se despidió con la mano y una sonrisa que esperé guardar en mis recuerdos para siempre.

Me marché arrastrando mi maleta y enjugando mis lágrimas para no estropear mi escaso maquillaje. Aún no había cruzado la puerta de la terminal cuando noté que alguien agarraba mi mano y tiraba de mí.

Ni siquiera me di cuenta de que mis padres estaban mirándome.

Yoongi me agarró del brazo, me giró hacia él y me besó. Lo primero que pensé fue: «Joder, ¿siempre tiene que hacer todo en el último momento?». Pero después no me resistí y solté la maleta, le devolví el beso y rodeé su cuello con mis brazos. Apreté fuertemente los ojos. «No olvides nunca esto», le supliqué a mi memoria. «No olvides nunca a Yoongi, por favor». Con un suspiro, nos separamos.

—Buen viaje —me dijo. No pude evitar acariciar su rostro cálido y suave.

—¡Gracias, Yoongi! —fue lo último que le dije, y una lágrima resbaló por mis mejillas.

Él sonrió ampliamente y dejó que me marchara a un continente totalmente nuevo para mí. Volvió a agitar la mano y no se volvió hasta que me perdió de vista.

Esperaba no olvidarlo nunca, nunca, nunca. Ni siquiera años después.

Aunque, de todas formas, siempre lo han dicho: el primer amor es el que nunca se olvida.

Poco a poco, el suelo se iba acercando, las nubes se iban disipando y la pista de aterrizaje se hacía más cercana. Noté el traqueteo de las ruedas del avión chocar con el suelo; no había sido un aterrizaje especialmente suave. Los pasajeros se levantaron para salir lo antes posible en cuanto el cartel luminoso que indicaba que los cinturones de seguridad debían estar abrochados se apagó. Tardé un momento en quitarme el cinturón. Mis piernas estaban terriblemente entumecidas después de doce horas de vuelo y el *jet-lag* ya empezaba a causar estragos. Con lentitud, me levanté del asiento y estiré los brazos para alcanzar mi equipaje de mano, una simple mochila de cuero marrón prácticamente vacía.

Casi cinco años pasan volando, y seguía recordando mi primera historia de amor como si hubiera sido el día anterior. La mente humana es mágica, ¿verdad?

Caminé por el pasillo del avión, hacia la salida, y me quedé parada al ver el edificio de la terminal cinco de Incheon y el atardecer rosado de Seúl. Inspiré con fuerza, cogiendo todo el aire que mis pulmones me permitieron, y lo solté en un largo y pesado suspiro. Volvía a estar en casa.

Bajé la escalinata del avión contando cada paso. Cuando pisé el suelo, quise agacharme y besar el asfalto, pero me contuve. Me apresuré algo más para ir a buscar mis maletas. Aquella de color naranja que, con el paso de los años, se había ido quedando cada vez más pequeña. Demasiada ropa y demasiada comida coreana que llevar a Roma para poder alimentarme sin necesidad de salir de casa. Así que tuve que comprarme otras dos. No me molesté en mirar la hora en la pantalla de mi teléfono, y asegurarme de que no tenía mensajes nuevos era absurdo. Ni siquiera tenía un número de teléfono con el prefijo surcoreano. Llegué a la zona de recogida de maletas y esperé a

los pies de la cinta a ver las mías. Las recuperé, las coloqué en un carrito sin ayuda de nadie —como de costumbre— y me dirigí hacia la salida.

No había demasiada gente; fui capaz de distinguir a mis padres con un simple vistazo. Sonreí sin enseñar los dientes, algo melancólica. No me gustaba admitirlo, pero los echaba de menos. Solo veía a mis padres en las vacaciones de verano y Navidad, aunque mi último año en Italia había sido tan agotador que no tuve tiempo de verlos en diciembre. Fueron ellos quienes corrieron hacia mí con los brazos abiertos y, aunque el contacto físico tampoco era lo mío, dejé que me estrecharan en sus brazos con fuerza. Al fin y al cabo, seguía siendo su única hija.

Iba a pasar una buena temporada en casa de mis padres. Me había dado cuenta de que la carrera de medicina era para gente muy dedicada, y que quizá hacerlo todo a la vez no era lo más adecuado para mí. El estrés de la universidad, sumado al estrés de aprender nuevos idiomas y sumado al estrés de terminar con los estudios musicales terminó acabando conmigo. Así que decidí volver a Seúl y darme un tiempo, el suficiente para poder recuperar la asignatura de biología. Irónico, ¿verdad? Aún recordaba lo bien que se me daba la biología en el instituto... Pero todo era demasiado distinto. Vivir sola, por mi propia cuenta, no era nada fácil, y la vida de una universitaria tampoco. El gran miedo que tenía con dieciocho años terminó cumpliéndose: todo había salido mal.

Pero todo el mundo comete errores, así que no me sentía tan mal conmigo misma. Lo mejor en esos casos es no lamentarse. Solo hay que respirar profundamente, cerrar los ojos y pensar en todo lo bueno que está por llegar. Siempre había oído eso de que, cuando se cierran unas puertas, se abren otras. Lo que aprendí en Italia y en mis cuatro años y medio como estudiante de medicina fracasada fue que, si no se abrían nuevas puertas, siempre se puede saltar por la ventana.

Pasé unos cuantos días recibiendo visitas, y unos cuantos meses después, decidí volver a retomar los estudios en la universidad de Seúl. Mis padres me buscaron un apartamento bastante módico cerca de la facultad, pero yo no tenía ni idea de que iba a tener que cuidar de mi prima de diecisiete años —en su plena etapa de rebeldía—, y tampoco que iba a tener que compartir piso con un tío tailandés que me daba muy mala espina. Sí, me marché a vivir de una casa de locos a un psiquiátrico en toda regla. Los gritos en tailandés y las frases como «ojalá me muera» eran típicas cada mañana, y a mí no me

quedaba otra que tomármelo con humor por muy agotador que fuera.

El apartamento era demasiado pequeño para mí. Estaba acostumbrada a los techos altos y abovedados de las casas del centro de Roma, no a las habitaciones minúsculas y claustrofóbicas. Aun así, terminé acostumbrándome. Pero nos quedamos sin espacio por culpa de mis apuntes de medicina, mis libros y las memorias de todas las prácticas. Así que volví a casa de mis padres para recuperar los viejos archivadores y cajas de almacenaje que utilizaba cuando estaba en el instituto.

Estaban en el armario de mi vieja habitación, todavía con las paredes empapeladas con pósteres y con los muebles en el mismo sitio que cuando dejé Seúl por primera vez. Abrí las puertas del armario, saqué las dos cajas de cartón blancas y vi cómo un sobre pequeño, de tamaño cuartilla, caía al suelo, sobre mis pies.

Fruncí el ceño. No había nada escrito en el dorso, ni siquiera un nombre. Aparté la carta y vacié las cajas, en las que encontré algunas fotos, cuadernos y anuarios de mi antiguo instituto. Me atreví a abrir el anuario para escandalizarme con mi estilo extravagante y con mis gafas que, en aquel tiempo, se consideraban horteras. Me reí, aunque eran más bien carcajadas amargas, como diciendo: «Ojalá pudiera volver años atrás...».

—¡Jiho, ven aquí! —grité, llamando a mi prima. Ella, siempre que podía, venía conmigo a casa de mis padres para fisgar en mi habitación. Le fascinaba que yo tuviera tantos pósteres y peluches—. ¿Te acuerdas de que te dije que ese tío del grupo que te gusta fue mi compañero en el instituto? —Le tendí el anuario del último curso abierto por una página concreta.

—Sí, y sigo sin creérmelo.

—Juzga por ti misma.

Mi prima se dejó caer sobre el colchón de mi cama, con el álbum en el regazo. Abrió la boca al ver la foto que le mostraba: una Aerin cinco años más joven, con sus gafas y un uniforme demasiado insulso, posaba junto a otra chica de pelo corto y flequillo y junto a un chico de cabello azabache. Sonreí con melancolía al ver la foto. Aunque lo que más recordaba era la presión de mi último año de instituto, no me había olvidado de Min Yoongi.

Perdimos el contacto rápidamente. Los primeros meses que pasé en Italia fueron demasiado ajetreados y él estaba muy ocupado con los temas de la agencia. Aún recordaba una charla de al menos veinte minutos al teléfono con él para decirle que no tirara la toalla. Siempre fingía estar bien para darle un

empujoncito, para que él consiguiera su sueño. Unas cuantas semanas después, Yoongi desapareció del mapa y nos distanciamos aún más. Curiosamente, vi una noticia en internet de que un nuevo grupo de chicos iba a debutar. Mi etapa de locura por los *idols* pasó en cuanto descubrí la música más internacional, así que desconecté por completo y apenas me di cuenta de que Yoongi estaba en ese grupo. Escuché sus canciones una vez, por curiosidad, y luego, como estaba tan ocupada, ni siquiera tuve tiempo de volver a escucharlas. Le envié un mensaje al que nunca respondió. Solo le felicitaba por el debut.

Jiho era muy fan de su grupo. Chicos a prueba de granadas. O de misiles, cortes, o lo que fuera. En tres años, eran casi una sensación mundial. Según Jiho se llamaban así porque «cortaban las fronteras de la música con sus letras». Cuando me lo dijo yo no supe si reír o llorar.

Me alegraba por Yoongi. Me alegraba por el chico que tiempo atrás, en mi último año de instituto, fue mi mejor y único amigo. A veces, mi cabeza me recordaba automáticamente que ese era el chico que me había gustado, que era mi primer amor, y enseguida me preguntaba: «¿Y si te hubieras quedado en Seúl?».

Las posibilidades eran infinitas, pero lo más seguro era que Yoongi, en el hipotético caso de que hubiésemos empezado a salir, no tuviera tiempo para estar conmigo. Y yo, si hubiera entrado en la universidad, quizá tampoco habría podido verlo. Habríamos roto. Yo habría terminado con el corazón hecho añicos, aplastado, y me habría arrepentido de no haber cogido aquel vuelo a Roma el siete de julio.

Siempre que echaba la mirada atrás, me alegraba de haber pasado casi cinco años en Roma.

Por el rabillo del ojo, vi el sobre blanco que había caído al suelo. Fruncí el ceño. Jiho estaba ocupada mirando las fotos del anuario, guardando cada una en la memoria de la cámara de su teléfono —no tardaría mucho en subirlas a internet; debía advertirle que no podía hacerlo—, así que cogí el sobre y desdoblé el papel escrito a mano que tenía dentro.

No reconocía la letra, y tampoco la carta. Nunca la había leído.

Hola.

No sé cómo decirte esto porque soy un asco, pero solo te escribo esta carta para decirte que me gustas. Tú me lo dijiste, así que... supongo que yo también debo decírtelo. Sé que es muy tarde porque vas a irte. Siento no haberte dicho que me gustabas antes. No estaba muy seguro, pero en el viaje a Busan me di cuenta de que podrías decirme que me lanzara de un precipicio y yo lo haría sin dudar. ¡Lo pillas? En Busan creo que noté lo mucho que me gustas. Aunque creo que ya lo hacías desde antes. Al principio estaba muy confuso porque te acercabas mucho a mí y pensaba que eso era tu actitud natural. Luego ni siquiera sabía qué sentía por ti. Bueno, ni siquiera lo sé ahora. Solo he supuesto que me gustas porque te tengo cariño y esas cosas... Y también me pareces muy guapa.

Deberías mirarte al espejo y darte cuenta de que no estás gorda. Sé que tienes problemas con tu autoestima. Quiero que eso no sea así. O sea, eres muy guapa. Al menos para mí. No sé. Tienes... gafas. Espero que en un futuro te des cuenta de lo genial que eres. También me gusta mucho tu personalidad. Eres la primera chica que no me molesta aunque tenga una actitud de lo más irritante.

Siento tener que dejarte ir. En el Fondo (pero muuy en el Fondo)

no quiero que te marches. Pero tienes que cumplir tu sueño y graduarte (y encontrar a un viejo millonario a punto de morir del que heredes todo su dinero), y si te quedas en Seúl no lo conseguirás. Me dijiste que la gente que siempre está callada es de la que hablarán sin parar en un futuro. Tú también te mereces ser una de esas personas.

Gracias por ser mi amiga este año. Soy una basura. No sabía cómo reaccionar cuando tú me decías algunas cosas y me ponías nervioso cuando te acercabas demasiado. Ah, y gracias por todos los cafés. Y gracias por crear recuerdos tan bonitos. Aunque no seamos novios en el futuro, quiero que sepas que eres la primera chica que me ha gustado.

Espero que aprendas mucho en Roma. Cuidado con los espaguetis. Son mortales.

MIN YOONGI DE DAEGU

P.D.: Espero que leas esto porque tardé una noche entera en escribirlo.

Otra posdata: Querías una carta de San Valentín, así que... Feliz San Valentín.

Ni siquiera recordaba la existencia de esa carta. Hizo que volviera a los últimos años de mi adolescencia de golpe, y me metí tanto en la Aerin de dieciocho años que estuve a punto de brincar. Era curioso a la par que digno del inicio de un nuevo drama. Acababa de encontrar una carta de amor escrita por un chico que ya era famoso, y casi cinco años después, me enteraba de que lo que sentíamos el uno por el otro era recíproco.

Salí de la habitación casi volando, en busca de mi madre. Ella cocinaba algo tranquilamente mientras escuchaba algún programa de radio hecho a

medida para amas de casa. Le enseñé el sobre.

—No me digas que escondisteis la carta durante todo este tiempo.

Mi madre sonrió a modo de disculpa, sintiéndose culpable.

—Aerin... —Se secó las manos en un paño de cocina e hizo una seña para que me sentara a la mesa. Me quedé de pie, con el sobre en la mano—. Tenías que irte a Roma, cielo. El chico... Se llamaba Yoongi, ¿no? El chico me dio la carta un día antes de que te fueras. Papá y yo teníamos miedo de que te echaras atrás y la escondimos. Perdónanos. Queríamos dártela, pero como nunca volvías... De veras, lo sien...

—No te preocupes —corté a mi madre, tranquilizándola con un gesto apático de la mano—. Lo pasado, pasado está. Es... curioso. —Reí, incrédula—. Nunca pensé que todo esto iba a pasarme a mí.

Volví a mi habitación en busca de mi prima. Jiho reía, balanceándose de adelante atrás, como si estuviera perdiendo la cordura mientras miraba la pantalla de su teléfono de última generación. Dejó de reírse en cuanto me vio entrar.

Le mostré el sobre.

—¿Puedes hacerme un favor?

—¿A cambio de qué? —Sin dudarlo, había aprendido bien de su prima mayor.

—¿De no hacer la colada durante una semana?

—Vale. —Se cruzó de brazos, desafiante—. ¿Qué?

—Irás al *fansing* de ese grupo que te gust...

—CUT —pronunció.

—Como se llame. —Le resté importancia—. ¿Puedes dárselo a...? No sé cuál es su nombre artístico. A Yoongi.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—Es suyo. Yo no lo quiero para nada, así que puede quedárselo —le dije. Le tendí el sobre cuadriculado a Jiho, que lo tomó vacilante—. Dáselo. —Le señalé amenazadoramente con el índice—. Está en juego una semana sin hacer la colada.

—Vale... Pero ¿qué es?

—Nada especial, una carta.

Era curioso haber encontrado la confesión de Min Yoongi años después junto a unas sencillas cajas de cartón; era curioso que leer aquello me sentara tan bien, pero todavía más curioso era ver cómo un vídeo de un *idol* leyendo

una carta se hacía viral en todo Corea. Era el vídeo más simple del universo: un tal Yoongi de CUT, un grupo famoso nacional e internacionalmente, recibía una carta y se sorprendía al ver la familiaridad del sobre. La abría, la leía y sonreía con cierta añoranza. Nada más. En cuestión de días, el vídeo era el más popular en la red.

La anécdota de la carta de amor que Yoongi escribió a una chica sin nombre se hizo tan popular que todas las fans del grupo empezaron a elaborar teorías. Todo el mundo quería saber qué ponía en la carta, todas las canciones cobraban sentido después de que se descubriera la carta, todos decían que la chica a la que estaba dirigida era una afortunada.

En las entrevistas, en las firmas con fans, en los conciertos... siempre le hacían la misma pregunta: «¿Y a quién iba dirigida esa carta...?». Pero él guardaba silencio. Simplemente evitaba la pregunta con una sonrisilla, o bien agachaba ligeramente la cabeza y se limitaba a dar una respuesta aún más misteriosa:

—A mi primer amor.

Agradecimientos

Gracias al equipo de Penguin por ofrecerme esta enorme oportunidad; gracias también a Yaiza, a quienes me han soportado durante este viaje y a quienes han creído en mí desde el primer momento. Mención especial a quienes, en cambio, no han creído en mí y no creían que escribiera historias. Esto va por vosotros, para que veáis que queriendo y con esfuerzo se puede conseguir lo inimaginable. Gracias también al verdadero Yoongi (que nunca leerá esto) por inspirarme a mí y a muchas otras personas, y también por enseñarnos a inspirar a otros.

Y por último, pero no menos importante, ¡gracias a ti por leer este libro!

Una historia llena de pasión por la música, por el k-pop, por los amigos, por Seúl y por el primer amor, aquel que marca de por vida.

Ambos compartirán pupitre, su tendencia a gastar bromas y un entusiasmo y entrega por la música sin límites. Y puede que también compartan los mismos sentimientos.

Elsa M.R. es la autora que ha triunfado en Wattpad bajo el nick @thatsmyego. Tiene más de 35k seguidores y su primera novela, *First Love*, cuenta con 2.6 millones de lecturas en Wattpad y con 252K votos.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Elsa M.R.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Uxia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17671-98-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Mi primer amor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Elsa M.R.](#)

[Créditos](#)